

¡Proletarios de todos los países, uníos!

La Forja



Órgano Central del Partido Comunista Revolucionario

Año VIII - II Época - N° 24/ Noviembre 2001 300 ptas.



SUMARIO:

Editorial	2
<i>Saborear su propia medicina</i>	2
<i>Por el derecho a la autodeterminación para Euskal Herria</i>	5
La batalla decisiva	8
¿Terrorismo o guerra revolucionaria de masas?	10
Plataforma de la Fracción Octubre del PCE(r)	50
Del Borrador de Programa del Partido Comunista Revolucionario de los EE.UU.	66
<i>El camino al poder</i>	66
<i>La revolución significa librar la guerra popular</i>	68
La Línea Militar de la Revolución Proletaria en Colombia (1ª parte)	72

¡NO AL TERRORISMO!

¡SÍ A LA GUERRA POPULAR!

¡Trabajador: estudia y difunde La Forja!

Saborear su propia medicina

En los últimos meses, las repercusiones de la destrucción en EE UU de las Torres Gemelas en Nueva York y del Pentágono en Washington acaparan los informativos y comentarios de los periodistas. El despliegue de medios de comunicación para hacernos sentir implicados en las muertes, como si nuestras vidas hubiesen sido atacadas igualmente, ha sido espeluznante. Para la prensa pagada, no importa quién hubiese efectuado el ataque, lo que han buscado es un culpable para la represión. Es complicado saber si el autor ha sido la organización de Bin Laden, ya que **no se han presentado pruebas**. Desde el 20 de Agosto de 1998, en que el gobierno de Clinton bombardeó sus bases en Afganistán, lo han presentado como un enemigo a batir.

La cobertura informativa de la respuesta militar imperialista contra la población de Afganistán es muy inferior. Las dictaduras democráticas occidentales han silenciado las consecuencias de los ataques, a Kabul y Kandahar principalmente, con una doble censura: del gobierno norteamericano y de los propios emisores de noticias. En esta guerra contra la población, también intervienen los medios de comunicación alabando a la "Alianza del Norte" apoyada por la coalición guerrera occidental y Rusia. Dicho sea de paso, los líderes de esa Alianza son señores feudales, igual que los talibanes, y someterán a la población con las mismas leyes coránicas, en connivencia con sus amos occidentales. Con la toma de Kabul, se ha constatado que los nuevos *señores de la guerra* impondrán el mismo sistema de explotación semi-feudal, manteniendo la religión islámica como vigilante para impedir cualquier avance social y político de la población oprimida.

Intervienen los medios de información imperialistas, llamando "errores" o "daños colaterales" a los muertos civiles, a la destrucción de la sede de la ONU en Kabul, de la Cruz Roja Internacional, de los hospitales. Intervienen, cuando hablan de los "magnánimos" envíos humanitarios USA desde los aviones, silenciando que van a parar a los que tienen las armas, los talibanes, y que muy escasamente llegan a la población.

Intervienen esos vendidos periodistas, cuando hablan de los gobiernos de los países imperialistas (con matices cómicos, como la petición de controles por parte de la OTAN, o que la ONU supervisase los ataques "selectivos" contra los habitantes, petición de Francia y Rusia) como adalides de un frente mundial contra el terrorismo, cuando en realidad están maniobrando de forma clara y cómplice, para imponer nuevas medidas represivas en el interior y para preparar nuevas agresiones militares hacia el exterior.

El Sr. Presidente del imperialismo yanqui ha impuesto, como en los peores tiempos de la dictadura nazi, medidas terroristas para los próximos años. Como advertencia de cuatrero, ha indicado que el mundo se divide en dos: quienes no estén con su política militarista, están con los terroristas. Dichas medidas, que están dirigidas contra la mayoría de los habitantes del planeta, en realidad, buscan afianzar el dominio de un puñado de potencias sobre el resto del mundo, por vía militar.

El chantaje imperialista es claro: **nosotros hemos provocado el ataque a nuestra población, pero nuestra**

población y la de los países cuyos gobiernos son cómplices nuestros deben apoyar nuestras acciones criminales.

Aunque en las portadas de prensa y televisión saquen banderas y muchos norteamericanos clamen venganza, otra gran parte de ellos, silenciada, piensa que habría que buscar a los culpables en su misma casa, en las poltronas del Estado Burgués y del Gobierno USA. Así, muchos estadounidenses se hacen preguntas, y se interesan por conocer más detalladamente lo que hace su gobierno, dentro y fuera de sus fronteras, colándose en los medios de comunicación alguna que otra opinión en contra (Entrevistas en la calle por la CNN, el día 13.09.01, en Nueva York: Jane Desese —diseñadora—: "Parece la venganza del mundo contra nosotros, y yo, como estadounidense, me siento culpable de pertenecer a un país con tanto poder y orgullo, que además lo ejerce contra el resto del mundo"). Lo que el norteamericano medio debe entender es que los obreros y oprimidos del mundo no están contra ellos, sino contra los gobiernos que defienden un sistema de explotación y de aniquilamiento contra cualquier otra forma de pensar o actuar.

Los capitalistas hablan demagógicamente de terrorismo, cuando ellos mismos practican el peor de todos los terrorismos —reaccionario y más masivo que ningún otro— contra los opositores a su sistema y contra los pueblos del mundo. Los palestinos saben, desde 1948, lo que es terrorismo. Israel, Estado impuesto por las dictaduras occidentales, les quitó la tierra y hoy sigue matando "sostentadamente" a quién y cuando se le antoja, con el apoyo directo e indirecto de todos los países imperialistas. También lo sufre el pueblo cubano, asfixiado económicamente, durante 40 años, por un bloqueo inhumano que ningún organismo internacional ha logrado romper, ya que la dictadura burguesa yanqui lo impide.

Para los capitalistas, la democracia y la libertad son estrategias para ocultar sus políticas hegemónicas. ¿Qué clase de humanidad entienden ellos, cuando la misma BBC reconoce que ha empezado un desastre sin comparación, ya que las ONGs dedicadas a ayudar a la población han sido obligadas, por quiénes las pagan, a abandonar Afganistán? ¿Qué justicia es esa, que piensa que por cada persona muerta en EE.UU., tienen que dejar de existir niños, mujeres y hombres afganistanos (1)? ¿Es libertad para la población afganistana morir de hambre y que los que sobrevivan esperen que una bomba los mate?

En Estados Unidos, la justicia está encerrada en barrotes de silencio y dinero. Sus leyes las promueven fanáticos capitalistas que apoyan la venta de armas a su población; que tienen a 3.500 presos —muchos de ellos políticos o médicos que practicaron abortos—, esperando ser asesinados por una inyección letal o en la silla eléctrica. No puede haber democracia cuando no han sido juzgados presidentes yanquis como Truman, que ordenó el exterminio de miles de japoneses al lanzar las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. No hay Nürembergs suficientes contra los genocidios efectuados por presidentes y gobiernos USA, que masacraron en diferentes acciones: a un millón de indonesios tras el golpe de estado en 1965; a un millón de vietnamitas y 600.000 camboyanos por medio de bombardeos masivos; a 750.000

guatemaltecos, nicaragüenses, salvadoreños, granadinos y panameños, en acciones directas o encubiertas por grupos paramilitares. También hay asesinos —sin castigo aún— entre los presidentes y ejecutivos de empresas petrolíferas, metalúrgicas o químicas que en diferentes países de África, América o Asia (como Warren Anderson, responsable de "Union Carbide" que mató a 16.000 personas en la ciudad india de Bhopal, en 1984), producen miles y miles de víctimas, por la búsqueda rápida de ganancias. La historia de América, de Norte a Sur, es un santuario de crímenes, asesinatos y golpes de estado, perpetrados por ese orden capitalista estadounidense. En estas reflexiones debería caer esa mayoría que agita las banderas de las barras sangrientas y estrellas de explosiones.

La mayoría del pueblo estadounidense ignora que solamente la intervención de los EE.UU. en Irak desde 1990 ha provocado 1,5 millones de muertes. Pero conocen perfectamente a los asesinos; la anterior secretaria de estado, Madeleine Albright, en 1996, al preguntarle en TV por qué las sanciones a Irak habían provocado la muerte de 500.000 niños, respondió: "Es muy duro, pero ... creemos que es un precio que valía la pena pagar". La mayoría de los norteamericanos identifica como propios los deseos de los gobiernos USA, que en realidad defienden únicamente los intereses de la clase explotadora imperialista. Esa ignorancia, evidente en el caso estadounidense, sin embargo, es común a las poblaciones de todos los países capitalistas. El sistema burgués deforma intencionadamente la historia y las causas de la explotación, gracias a que controla cualquier información masiva que pueda minar sus intereses económicos.

Los gobiernos estadounidenses, desde los inicios de su nación, han estado realizando las campañas **terroristas de estado** más destructivas en vidas humanas, de todos los tiempos. Encadenar de por vida a los esclavos negros en el algodón fue terrorismo; exterminar a la mayoría de indígenas fue terrorismo; a principios del siglo pasado, destruir la independencia, matando a sus aliados en Filipinas y Puerto Rico, fue terrorismo; durante todo el siglo veinte, ha sido terrorismo de estado armar, adiestrar e intervenir militarmente en apoyo a las clases dominantes y líderes más represores con sus pueblos (los aliados-ejecutores son conocidos: Hitler, Franco, Somoza, Marcos, Stroessner, Banzer, Suharto, Mobutu, Pinochet, Fujimori, Sharon, Bin Laden, etc.).

Volviendo a la actualidad, no sabemos quiénes han sido a ciencia cierta los autores del ataque a EE.UU. Lo que sí es claro es que, si fueron de origen islámico (o de cualquier país oprimido), uno de ellos ha devuelto a los yanquis la cosecha que éstos han abonado. Para expulsar a los imperialistas soviéticos (2) de Afganistán, enrolaron en sus filas a todo tipo de mercenarios musulmanes, **con el verdadero fin de extender el poder de las compañías petrolíferas occidentales**, principalmente hacia la URSS (más tarde, hacia las repúblicas exsoviéticas). Los sucesivos gobiernos USA utilizaron importantes sumas de dinero, creando como fuente de

financiamiento los mayores campos de cultivo de opio del mundo, entre Pakistán y Afganistán. En Pakistán, desde 1979 a 1985, el número de adictos a la heroína creció hasta un millón y medio de personas. (Esta heroína es la que se vende en las ciudades norteamericanas, matando también a la población estadounidense).

Estos soldados reclutados reclutados por EE.UU. "en nombre de Alá" —no importaba que sus ideas retrocediesen hasta los siglos XIV o anteriores— han terminado con los avances sociales de las últimas décadas (ya sean los *talibanes* o los *muyahidines* de la Alianza del Norte). Su ideario sigue pautas similares al credo instalado en Arabia Saudita. Dividen a la población en dos bloques: uno, los *mulá* o altos sacerdotes privilegiados con el apoyo directo de los terratenientes feudales de cada región, junto con una cohorte de hipnotizados estudiantes; y, en el otro bloque, al resto de la población que, como un rebaño, debe seguir los mandamientos coránicos, de riguroso cumplimiento. De entre la población, aparte de los niños, las mujeres han sido las más perjudicadas: "El ascenso de los talibanes estuvo acompañado de salvajes ataques contra las mujeres. Las mujeres son obligadas a llevar velos negros que las cubren de pies a cabeza; se les prohíbe trabajar o ir a la escuela; no pueden andar por la calle, ir a una tienda o acudir a un hospital si no van acompañadas de un hombre *mahram* (marido, hermano o padre), e incluso se les prohíbe entrar en los baños públicos. Las mujeres son compradas y vendidas, tomadas como botín de guerra, violadas y asesinadas" (Declaraciones de M. N. Cham a la revista *Un Mundo que ganar*, 1998/24). La mujer afganistana perdió sus derechos antes de llegar los talibanes, ya que los señores feudales *muyahidines* prohibieron que las jóvenes estudiaran, las echaron de sus



Parti Communiste d'Afghanistan

puestos de trabajo, lapidaban hasta la muerte a aquéllas que no llevaran la *burka* (túnica cerrada desde la cabeza hasta los pies), llamándolas inmorales, y enterraron vivas a aquéllas que tachan de "adúlteras" por separarse del marido.

¡Éste es el gobierno que pusieron los burgueses de EE.UU. de América en Afganistán!

La hipocresía de la burguesía occidental ha batido records con motivo de esta opresión de la mujer por los talibanes. Este hecho le tuvo sin cuidado mientras el Emirato Islámico convino a sus intereses hegemónicos y explotadores. Los otros *muyahidines*, los del Estado Islámico (Alianza del Norte), se muestran ahora más respetuosos ... mientras las cámaras de los grandes medios de comunicación les estén enfocando, pero cuando gobernaron se hicieron famosos por cometer violaciones masivas. Y todas esas mesnadas feudales se hicieron fuertes gracias a la ayuda de EE.UU. y sus aliados, que los consideraban «combatientes de la libertad» contra el ateísmo comunista. Pero no sólo es eso: el gobierno republicano yanqui cuenta entre sus apoyos con los fascistas cristianos que ponen bombas y disparan contra los médicos que ayudan a las mujeres que deciden abortar. Además, ¿qué clase de liberación proporciona el capitalismo a la mujer? Aunque suprime las formas más extremas del patriarcado (y

no todas ellas ni en todos los países), mantiene muchos residuos del mismo. A eso se añade la conversión de la fuerza de trabajo de la mujer en mercancía, con lo que, no sólo comparte la esclavitud asalariada que sufren los obreros varones, sino que ésta se ve empeorada por las características naturales de la femineidad (los períodos de gestación y amamantamiento reducen el valor de uso de su fuerza de trabajo, y por ende su valor de cambio) y por el mantenimiento de la familia como núcleo de reproducción física de la clase proletaria (es todavía en el salario del hombre en el que suelen retribuirse los costes comunes de la familia). Pero ahí no para la cosa: además, apoyándose en los prejuicios culturales del patriarcado, el capitalismo convierte en mercancía y en capital al propio cuerpo de la mujer, haciendo de ésta una esclava sexual destinada a procurar el máximo beneficio a unos cuantos. El precio por esta cosificación es de sobra conocido: millones de mujeres maltratadas, violadas, prostituidas, víctimas de enfermedades psicológicas (anorexia, bulimia, ...), degradadas en su inteligencia, etc. Pero a los civilizados explotadores les escandaliza la *burka* ¡Vaya con los nuevos adalides del «feminismo»! A partir de las conquistas del régimen burgués, el progreso en la liberación femenina es inseparable del de la revolución proletaria (al mismo tiempo que ésta no puede avanzar más que a condición de emancipar a la mujer, como parte de la humanidad oprimida). Y sólo podrá garantizar este avance social la incorporación de masas crecientes de mujeres a la lucha por el Comunismo.

En los países musulmanes, la única alternativa que ofrecen los islamistas a las masas para salir de la miseria es repetir los misma opresión imperialista y feudal, empeorada con el ropaje religioso. Los frentes nacionales de liberación —pequeñoburgueses que ignoraron las demandas obreras y campesinas, en los años 60— se han convertidos en apéndices de las directrices económicas del Banco Mundial, las cuales fomentan niveles de desempleo altísimos (Argelia, Marruecos, Egipto, Siria, etc.). La resistencia contra esos corruptos gobiernos es canalizada, con eslóganes populistas, por los movimientos mahometanos. Irán es un ejemplo de República Islámica, cuyos habitantes siguen soportando el sistema reaccionario de explotación y un sistema de educación que promueve las diferencias, ¡por Alá!, de ricos y pobres. Aquellos afganistanos que marcharon a Irán, huyendo de la guerra, creyendo las prédicas de los sacerdotes musulmanes, han sufrido en sus carnes el brutal sistema religioso chiíta. Son contratados con sueldos menores que los trabajadores iraníes. Mucho de ellos vuelven desengañados a Afganistán, pero ocurre que en la frontera, muchas veces, un cuerpo especial de las fuerzas armadas de Irán —los *Pasdaran*— los cachean y les quitan los ahorros que llevan.

La hostilidad contra el Islam por parte de la mayoría de la población es cada vez más palpable, y muchos habitantes vagan por las fronteras para no caer en manos de los ejércitos, tanto de los talibanes como de la "Alianza del Norte". Crece el movimiento de resistencia, desde las organizaciones secretas de mujeres anti-islamistas (por ejemplo, la Asociación de Mujeres Revolucionarias de Afganistán) hasta las de jóvenes laicos. La mayor parte de la población está harta de guerras feudales y religiosas manipuladas por el imperialismo, tanto en el interior y en el exterior del país. Entre las organizaciones no religiosas que luchan contra esa carnicería, están los comunistas. El Partido Comunista de Afganistán, cuyo órgano central es *Llama Eterna*, ya luchó



Muyahidines de la Alianza del Norte

contra la invasión soviética (muchos de sus miembros y destacados responsables, como Aktam Yari, murieron en sus cárceles y otros muchos, a manos de los *muyahidines*). Propugna como tarea esencial crear un frente único contra los terratenientes y panzudos religiosos, superando las contradicciones entre las diferentes nacionalidades afganistanas (pashtos, hazaras, ismailitas, nuristanos, tayikos, etc.) y uniendo a todos los obreros y campesinos, sea cual sea su nacionalidad. Estos comunistas luchan, en primer lugar, por la construcción y el desarrollo del Partido Comunista en Afganistán, como vanguardia del proletariado afganitano. El PCA sostiene que "la revolución de nueva democracia es una revolución democrática no sólo porque se trata de una revolución antifeudal sino también porque es una lucha... antiimperialista y antichovinista. 'La tierra para quien la trabaja' es la consigna central de esta revolución y el campesinado se beneficiará de la victoria de esta revolución más que ninguna otra capa y clase". Siendo la mayoría de población afganitana campesina, el proletariado será la fuerza dirigente. Los objetivos de la revolución de nueva democracia son: "derrocar a las clases compradoras burguesas y feudales y establecer el poder democrático de las amplias masas de todas las nacionalidades del país...; derrocar la dominación imperialista y lograr la independencia... y reconocer el derecho a la autodeterminación de todas las nacionalidades; acabar con el chovinismo machista y establecer la igualdad entre el hombre y la mujer..." (Principios Básicos, PCA, *Un mundo que Ganar*, 1998/24).

Según las últimas informaciones, el curso de la guerra de agresión imperialista está dando la ventaja a los señores de la "Alianza del Norte" y a los patriarcas pashtunes más serviles hacia los yanquis (algunos de ellos, llamados

eufemísticamente por la prensa occidental «talibanes moderados»). Pero, la estrategia del imperialismo no es liberar a ese país, sino convertirlo en un protectorado, dividiéndolo en zonas controladas por Irán, Pakistán y las grandes potencias como EE.UU., Rusia y algunos países de la Unión Europea. Están muy equivocados quienes piensen que la derrota de los talibanes por parte de la «civilización occidental» vaya a traer la democracia al pueblo afganistán. Deben comprender que, sin el apoyo del imperialismo, los regímenes semi-feudales del tercer mundo no podrían sostenerse. Los imperialistas son los peores enemigos de la lucha democrática en esos países, porque temen, con razón, que la dirija nuestra clase social y la desarrolle consecuentemente hacia el socialismo como parte de la Revolución Proletaria Mundial. Por eso, y aunque pueda parecer paradójico, lo más beneficioso para la democracia en Afganistán y en el resto de las naciones atrasadas sería la derrota de los agresores anglo-norteamericanos a manos del pueblo, la cual iría seguida muy pronto por la caída de los talibanes y de todos los demás reaccionarios locales.

Sin embargo, como demuestran los recientes casos bélicos de Irak y Yugoslavia, una verdadera guerra popular victoriosa no puede ser dirigida por las clases opresoras nacionales, las cuales debilitan la resistencia antiimperialista de sus pueblos. Pero estos fáciles triunfos **parciales** de EE.UU. y sus aliados están muy lejos de desvirtuar un veredicto inapelable de la Historia: la Guerra Popular es invencible. Así lo comprobaron las grandes potencias en sus agresiones contra la URSS y China durante la Segunda Guerra Mundial y, más tarde, contra Vietnam. Sólo se necesita que el proletariado, con su Partido Comunista, esté al mando.

En España, como en cualquier otro país dominante, la resistencia antiimperialista no se desarrollará más por realizar acciones espectaculares y aventureras, sino que, al contrario, eso obstaculizará la incorporación a ella de masas mayores. Únicamente crecerá si formamos y organizamos a la vanguardia que hoy se moviliza, encomendándole la tarea de educar y sumar al resto de los explotados para nuestra causa. Sin embargo, la solidaridad con los pueblos oprimidos por el imperialismo será realmente eficaz cuando se realice como parte de la lucha revolucionaria por derribar el capita-

lismo e instaurar el socialismo, porque aquél se verá contra las cuerdas en su propia casa y no podrá distraer fuerzas hacia el exterior. Y eso, a su vez, exige que los actuales combatientes antiimperialistas se unan al esfuerzo por reconstituir el Partido Comunista, como la más importante de todas las tareas políticas de los obreros y demás oprimidos, en estos momentos.

Carlos Ros

NOTAS:

- (1) En dari, la palabra «afgano» se refiere a una persona de la nacionalidad pashto. Por tanto nosotros como el PCA usamos el término «afganistanos» en lugar de «afganos» para referirnos al pueblo de todas las nacionalidades de Afganistán.
- (2) La URSS dejó de ser socialista en los años cincuenta, cuando la burguesía burocrática revisionista arrebató el poder al proletariado. A partir de ahí, es evidente que la política exterior soviética no podía tener relación alguna con el internacionalismo proletario, sino que, al contrario, agitaba demagógicamente esta bandera para encubrir sus apetitos imperialistas.

A finales de los años 70, cuando Afganistán ya se encontraba inmerso en una grave crisis política que aún no se ha resuelto al día de hoy, Washington y Moscú la aprovecharon para entrar a pelear por el dominio de este país. El Kremlin optó por intervenir militarmente en apoyo de sus aliados del Partido Democrático Popular, el cual representaba a ciertos sectores burgueses de «orientación socialista», como gustaban de llamarlos los brezhnevianos. Esta camarilla emprendió algunas medidas de carácter social y laico (como una «reforma agraria»), pero lo hizo de manera burocrática, por arriba, y no apoyándose en la lucha democrática de las masas obreras, campesinas y oprimidas en general. De ese modo, para la reacción clerical sostenida por EE.UU., fue fácil hacer que el pueblo identificase la justa causa de expulsar a los invasores socialimperialistas con la lucha contra el «comunismo» e incluso contra cualquier progreso anterior.

Por el derecho a la autodeterminación para Euskal Herria

Las elecciones del 13 de mayo pasado han vuelto a demostrar la clara victoria de las opciones políticas que defienden el reconocimiento efectivo del derecho a la autodeterminación de Euskal Herria. Es también, a pesar de la reducción sustancial de votantes y parlamentarios de Euskal Herritarrok, la victoria de los partidos que suscribieron el acuerdo de Lizarra. Esta posición mayoritaria de la población vasca, refrendada por enésima vez, delata la asignatura pendiente, desde el punto de vista democrático burgués, que el Estado español suspende reiterada y conscientemente, al negar una respuesta acorde con los legítimos anhelos de au-

todeterminación expresados por el pueblo.

El bloque nacionalista español

La opción nacionalista opresora española, representada en estas elecciones por el PP-UA y el PSOE, es la clara derrotada, más si cabe cuando el Estado español ha desatado un ataque sin igual en toda la transición. En esta ofensiva, el gobierno español ha utilizado a todos los medios de comunicación, tanto los públicos como los privados, a los sindicatos

mayoritarios, a las fuerzas represoras, a los partidos españolistas, a un amplio abanico de fuerzas vivas, y también ficticias, encargadas de mantener el statu quo imperialista español. El objetivo ha sido coaccionar a la población, tejiendo una red manipuladora, sesgada y ahistórica sobre la lucha por el derecho a la autodeterminación y a la independencia, intentando reducir el problema a una cuestión de delincuencia y orden público, simplificando y confundiendo, ridículamente, las consecuencias derivadas de la cuestión nacional, que están sin resolver satisfactoriamente para la mayoría de la población vasca, con las causas que la han engendrado.

La ofensiva del bloque españolista

En las primeras declaraciones posteriores a los resultados, el bloque españolista volvía a repetir la consigna básica para proseguir la política del avestruz y no abordar la irresuelta cuestión nacional, «el terrorismo es el problema, y no hay otro». Este nacionalismo español ha respondido con más represión e intenta apoyarse en la cruzada imperialista decidida desde EE.UU. después de los ataques al *World Trade Center* y al Pentágono. La pretensión de relacionar a grupos armados, que practican el terrorismo y otras formas de lucha y que responden a realidades sociales y nacionales muy diversas y distantes entre sí, en una ficticia e interesadamente inventada "Internacional del terrorismo", responde a la necesidad de justificar ante la opinión pública de los países desarrollados la opción por la violencia para conseguir "pacificar" y dominar el mundo bajo los parámetros ideológicos, políticos y económicos del imperialismo.

Al gobierno del PP le ha venido como llovida del cielo esta cruzada mundial contra el "terrorismo". Consigue, así, equiparar su respuesta al problema nacional, por el que ha optado desde hace tiempo, con la solución que la administración yanqui impone contra el mundo árabe y musulmán, y fortalece su estrategia de condena, criminalización y represión de todo el denominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) y a decenas de miles de personas englobándolos, en una burda simplificación, bajo las siglas de la organización armada ETA. Siguen, además, intentando responsabilizar al nacionalismo vasco moderado de la pervivencia, directa o indirectamente, de ETA y el MLNV, mientras PNV-EA no se decide a dirigir el proceso de autodeterminación por miedo a ser rebasado por el independentismo radical y a verse afectado económicamente en sus relaciones con el imperialismo español al cual está unido en estrecha alianza (más allá de las visibles contradicciones).

Esta estrategia del Estado ya se puso en marcha hace tiempo, pero ahora se ve reforzada con nuevos apoyos internos y externos, gracias al 11 de septiembre.



La táctica política del gobierno es criminalizar cualquier lucha popular, extendiéndola al resto del Estado, sea esta sindical o laboral, estudiantil, de ocupación de viviendas, independentista, etc.... que se salga del estrecho margen de la actual lectura ultraderechista de la (ya de por sí limitada en cuanto a lo tocante a los derechos democráticos) Constitución española.

Al jefe del Estado Mayor de la Defensa se le "escapa" que el ejército se plantea misiones antiterroristas en el interior del país. Quizá ven llegada la hora de pasar a una ofensiva general contra la nación vasca, a semejanza de Afganistán, y salvando las distancias. Los golpes represivos que últimamente se han centrado contra las Gestoras pro Amnistía y la organización de familiares de presos Senideak, conculcan incluso los más elementales derechos de procedimiento en materia de registro e incautación de bienes sin que ni siquiera se utilice una orden judicial, para terminar violando el secreto profesional de los abogados de los presos. La prensa, mayoritariamente amordazada y comprada, acalla o minimiza las denuncias contra los actos represivos. Si una manifestación pacífica de estudiantes, como la de Santiago de Compostela del pasado día 12 de noviembre, termina con una carga policial sin mediar provocación alguna, tal agresión será justificada por gran parte de los medios de comunicación en aras de la seguridad nacional, después de recibir la

correspondiente información -orden- desde el Ministerio del Interior: asistían los duques de Lugo a una inauguración.

Todas estas actuaciones pretenden aislar al disconforme, aumentar la indefensión del preso, acallar las voces de denuncia contra esos mismos procedimientos, limitando el ejercicio de la democracia solamente a los que están de acuerdo con

la visión y actuación de la clase dominante y, en definitiva, crear un consenso social mayoritario que haga la vista gorda con la represión. Esta es la triste canción de la transición, primero ley de punto final salvando la cara del franquismo, después el terrorismo de Estado y la liquidación del movimiento obrero y ahora sometimiento de los derechos democráticos a la lógica represora del sistema capitalista, con la complicidad, por pasiva o por activa, de la mayoría de la población.

De todas maneras, la resistencia nacional del pueblo vasco ha creado la primera brecha en el lateral más débil del frente opresor, en el PSE-PSOE, cuyo sector más autonomista está dispuesto a batallar dentro de su formación para abrir, aún calificándolo de "equivocado", el debate sobre la autodeterminación y la forma de ejercitar este derecho.

El PCE-IU, la comparsa

Ezker Batua-IU-PCE presenta una postura totalmente ambigua y oportunista. Por una parte, ya renunció hace lustros a la revolución, colaborando en la imposición de la

transición e instalándose en la mera reforma del sistema en lo económico y político, enarbolando la bandera del comunismo únicamente como ideal utópico y romántico. Por otro lado, dice defender el derecho a la autodeterminación por razones de coherencia histórica y porque el nacionalismo vasco lo reclama claramente, mientras defiende un Estado federal que no es la unión de repúblicas autodeterminadas. Se alía con la derecha entrando en el gobierno vasco, mientras sigue buscando la unidad electoral con el PSOE a nivel estatal. Defiende la aplicación de la Constitución y el desarrollo del Estatuto (que niegan explícitamente la posibilidad de la autodeterminación) como vía para encontrar la paz — una paz abstracta cuando condiciona el ejercicio del derecho a la autodeterminación al cese de las acciones terroristas—, entroncando peligrosamente con el discurso del bloque españolista y contribuyendo a ocultar las bases objetivas del conflicto. Claramente, IU-PCE juega a ser la pelota en la cancha de tenis de la política vasca, unas veces en el campo de la burguesía nacionalista vasca, las otras en el terreno del hipócrita pacifismo del bloque españolista. La renuncia a la alternativa revolucionaria le hace ser la comparsa del conflicto vasco.

La táctica terrorista de la izquierda abertzale

En la actual etapa de retroceso y debilidad del movimiento obrero y popular —a pesar de la incipiente reactivación debida a la reacción que provoca la ofensiva capitalista hacia un mundo unipolar globalizado—, la táctica terrorista, basada en la acción-reacción, sólo conduce al fortalecimiento del aparato represivo del Estado y a la separación de la vanguardia luchadora con respecto al resto de las masas trabajadoras, sin las cuales es imposible abrir la vía revolucionaria.

No basta con que tanto ETA como Batasuna reconozcan que la política llevada a cabo hasta ahora les ha llevado a la derrota del frente electoral del MLNV. No pueden echar la culpa a las masas, y menos a las vascas que, sobre el derecho a la autodeterminación, resisten una y otra vez la embestida del nacionalismo español (esta vez, volcándose en reforzar la coalición PNV-EA para evitar la ocupación españolista del gobierno vasco, el voto útil al que echa la culpa ETA en su análisis sobre los resultados electorales). ¿Qué esperaban después de su política de atentados y de la fácil carnaza que le han dado al gobierno español, facilitándole una demagógica campaña mediática? La izquierda abertzale debería aprender de esta derrota y del resquebrajamiento que está sufriendo su movimiento. Ahora son más débiles que antes. El progreso en el camino de la autodeterminación que supuso Lizarra, hace ya tres años, se ha venido abajo.

La actuación terrorista es la coartada que justifica la virulencia del imperialismo para someter a los pueblos. Es la misma virulencia con la que, con un mayor consenso después del 11 de septiembre, se incrementa el ataque contra las masas que aún combaten en Euskadi y en el Estado español.

La peor consecuencia que se desprende de este proceso no es el hecho de que aumente la represión, cualitativa y cuantitativamente, sino el riesgo de que la extensión de la criminalización a todas las luchas antisistema que se producen provoque un divorcio entre las masas de vanguardia que

las entablan y la inmensa mayoría de masas trabajadoras sujetas por infinidad de hilos, aún, al reformismo y oportunismo que la ideología burguesa les transmite. Este divorcio retrasará, lo está haciendo ya, la toma de conciencia progresiva, en el sentido de clase, por parte de esta mayoría del pueblo trabajador.

Esto supone un hándicap a la hora de encarar nuevas y más cruentas luchas debidas a la ofensiva capitalista que se abate actualmente sobre la clase obrera y sus conquistas. Debilita al movimiento que se le enfrenta, radicaliza al sector más consciente y combativo mientras frena a la mayoría, resta apoyos solidarios circunscribiéndolos al entorno de inmediata influencia, favorece el aislamiento de las distintas luchas, refuerza las posiciones reformistas del sistema dentro del movimiento en un momento en que aún pesa la derrota de la experiencia práctica de construcción del socialismo, pone barreras al desarrollo teórico para elevar la ideología del proletariado superando dicha derrota, limita la perspectiva general de transformación social a la resistencia inmediata y al posibilismo idealista, relegando la lucha por el comunismo —la sociedad sin clases—, a futuras y mejores condiciones para dicha lucha; futuro siempre incierto si el presente no empieza a sentar las bases que creen las condiciones subjetivas para mejorarlo.

La verdadera alternativa revolucionaria

Es pues un error táctico que la izquierda abertzale anteponga, como punta de lanza de su acción política, la práctica del terrorismo individual. No sirve, en los momentos actuales, para educar a las masas trabajadoras en el camino de la revolución social. Parece claro que la mayoría del MLNV relega la revolución a la resolución de la cuestión de la autodeterminación con lo que rechaza desde el principio la verdadera fuerza de liberación del pueblo trabajador.

Por supuesto, la exigencia del derecho a la autodeterminación es un derecho inalienable de todo pueblo, de toda nación. Este es un principio que debe levantarse en toda lucha proletaria, pero no sólo en Euskal Herria, sino en todas las luchas que entabla la clase obrera del Estado español y del mundo entero. En esto, la lucha contra la agresión imperialista sobre Afganistán y la exigencia de su soberanía se basan en el mismo derecho del pueblo vasco a su autodeterminación. Euskadi podrá avanzar libremente hacia su soberanía sólo si el resto del pueblo trabajador abandona la lógica del discurso nacionalista español difundido por los partidos dirigentes y grupos de presión del Estado, empresariales y sindicales. Para ello hay que extender la ideología proletaria dentro de la clase obrera y virar las luchas hacia la consecución del comunismo para todo el planeta. En este sentido, el proletariado vasco ha de ponerse al servicio de la revolución proletaria mundial y luchar junto al proletariado del Estado español contra la clase y las instituciones que nos explotan y reprimen. Trabajar para reconstituir el Partido Comunista a través del que se organice la clase obrera de todo el Estado es la principal tarea. Sólo la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado podrán garantizar la igualdad entre las naciones y el verdadero y completo ejercicio del derecho de autodeterminación.

Iñigo Montoya

La batalla decisiva

Reproducimos a continuación el comunicado difundido por el Partido Comunista Revolucionario a los participantes en la Fiesta del PCE revisionista celebrada en septiembre de 2001.

Nuevo Orden Internacional, Pensamiento Único, Fin del Comunismo y hasta de la propia Historia, etc...., todas esas patrañas de la burguesía se están viniendo abajo.

La derrota del bloque socialimperialista al término de la Guerra Fría dio el tiro de gracia a los viejos movimientos populares dirigidos por el revisionismo, hegemónicos hasta entonces, y redujo momentáneamente la capacidad de resistencia de las masas en muchos lugares. Las potencias imperialistas vencedoras han aprovechado tales circunstancias, coludiéndose, es decir, uniéndose para extender su dominación explotadora a la antigua zona de influencia soviética, para intensificar su yugo neocolonial en el "tercer mundo" y para acelerar su ofensiva neoliberal contra las conquistas obreras (liquidación del "Estado de bienestar", privatizaciones, desregulación laboral, etc.). Como consecuencia lógica de todo ello, se ha ido recuperando la combatividad de las masas.

En los países oprimidos, se suceden huelgas, movimientos campesinos e insurrecciones. Aun más importante, en Nepal, Filipinas, Perú, India, ..., se libran pujantes guerras populares dirigidas por verdaderos partidos comunistas que apuntan a destruir al imperialismo, sirviendo a la Revolución Proletaria Mundial; mientras, en otros países, se desarrollan los preparativos para tales guerras revolucionarias mediante la reconstitución de partidos comunistas.

En los países imperialistas, como España, los obreros prosiguen su resistencia, lastrados por el entreguismo de sus dirigentes oportunistas. A su lado, viene creciendo un movimiento de jóvenes, de intelectuales y de las masas trabajadoras más explotadas contra la globalización. Por primera vez desde los años sesenta, en Occidente, cientos de miles de activistas plantean que hace falta un cuestionamiento general y radical del capitalismo, en lugar de ilusionarse con su reforma.

Para remate, todo parece indicar que, después de una década de gran-

des negocios, la economía capitalista globalizada se precipita hacia una crisis tal, que no se vislumbra ninguna potencia capaz de ejercer de locomotora para reactivarla, como sí la hubo en anteriores ocasiones. Esta situación agudizará y pondrá en primer plano las contradicciones entre los imperialistas (apuntando hacia otra guerra mundial mucho más devastadora), aumentará la explotación y la opresión que ya sufren las grandes masas de la humanidad y, por consiguiente, crecerá su propia respuesta combativa. Incluso se verán afectadas las capas más acomodadas de la clase obrera. Se acerca, pues, la batalla decisiva.

¿Con qué armas contamos?

Para afrontar este combate aquí, las organizaciones de que disponemos hoy no nos sirven:

- **Los sindicatos, IU y otros**, que representan realmente a los sectores aburguesados del proletariado, se prosternan ante lo más atrasado del pueblo y sólo son capaces de ofrecer reformas que repugnan a los más conscientes y luchadores porque no hacen más que prolongar el sufrimiento de la mayoría; además, predicán el pacifismo para tranquilizar a los poderosos, en lugar de preparar a las masas para la guerra revolucionaria que necesitarán librar para emanciparse.
- **El anarquismo**, con su más contundente anticapitalismo y su antiautoritarismo dirigido esta vez justamente contra las viejas estructuras dirigentes traidoras, ha contribuido poderosamente a revitalizar el movimiento popular. Sin embargo, poco más podrá aportar debido a sus limitaciones, puestas de manifiesto muchas veces por la experiencia histórica: su oposición a la dirección de las masas proletarias por su vanguardia revolucionaria, es decir, su oposición al Partido Comunista; su negativa a participar en la lucha política; su aspiración a alcanzar el Comunismo espontáneamente y de la noche a la mañana, sin comprender la necesidad

de un largo proceso revolucionario tras la destrucción del Estado burgués y su sustitución por la Dictadura del Proletariado hasta la eliminación de las clases y de todas las divisiones opresivas de la sociedad y, con ello, la extinción de cualquier forma estatal y política; su rechazo al centralismo, limitando la socialización a pequeñas colectividades, lo que conserva el régimen mercantil y sus consecuencias desastrosas. En definitiva, su negativa a asumir el marxismo.

- **El trotskismo** (con sus múltiples variantes, incluidas las más anarquistas: el bordiguismo del PCI y el "comunismo de izquierda" de *Acción Proletaria* y la Corriente Comunista Internacional) ha experimentado cierto crecimiento, parasitando al calor de la reciente crisis del movimiento comunista y de la propaganda burguesa antiestalinista que la ha acompañado. Recoge ciertos aspectos del marxismo, pero sus peculiaridades lo vuelven incapaz de conducir al proletariado al poder y a la construcción del socialismo, como lo prueba la historia del movimiento revolucionario: rebaja la exigencia de constituir un partido proletario revolucionario independiente, conformándose con la teoría socialdemócrata de un gran partido "obrero" con una corriente marxista en su seno; niega la alianza estratégica de la clase obrera con el campesinado, esencial en los países oprimidos, y las revoluciones democrático-nacionales en ellos como parte de la Revolución Proletaria Mundial; opone la prédica abstracta de ésta al único modo concreto en que puede realizarse, es decir, mediante la ruptura de la cadena imperialista por el eslabón más débil, y rechaza, por consiguiente, la construcción del socialismo "en un solo país" como sólida base de apoyo al servicio de la revolución mundial; sigue sirviendo a la reacción como ariete "izquierdista" contra la teoría, la historia y la organización de los comunistas. En definitiva, su "marxismo" sesgado y, a la vez, dogmático le impide asumir el leninismo, como desarrollo

superior.

➤ **Los viejos grupos "marxistas-leninistas"** fueron incapaces de romper totalmente con el revisionismo y, por tanto, de fundir la política revolucionaria con el movimiento obrero, y han degenerado ya en reformistas que se niegan a luchar directamente por la Revolución Socialista Proletaria, para subordinarse a la izquierda pequeñoburguesa. El *PCPE* poco se diferencia del *PCE-IU*; la *UCE*, con su negocio periodístico, ha llevado su adhesión a la oportunista "teoría de los tres mundos" hasta la prédica del más reaccionario socialimperialismo español; la *O.C. Octubre*, que ya se limita a reivindicar la república burguesa, sigue la línea hoxhista de defensa cerrada de Stalin, sin aprender de sus errores, oponiéndose a continuar el desarrollo del marxismo-leninismo; frente al reformismo legalista y parlamentario de los anteriores, el *PCE(r)* representa la vertiente opuesta, es decir, el reformismo armado, con terrorismo individual, con una lucha armada que no es de masas.

La necesidad de reconstituir el Partido Comunista

En los pocos años que lleva existiendo, el PCR centra su lucha en el objetivo de reconstituir un verdadero Partido Comunista, teniendo presente la experiencia del movimiento revolucionario. Esto significa romper con el revisionismo y asumir el marxismo-leninismo en general, y sobre todo en un aspecto concreto que es el **principal**: la comprensión de la importancia y verdadera naturaleza del PC y, por ende, de los requisitos y tareas para su reconstitución. El PC es imprescindible para

conducir al proletariado a la revolución, pero no puede ser una organización ajena a él, ni siquiera es solamente la organización de su sector de vanguardia: es ésta más sus vínculos con las grandes masas obreras, es la forma superior de organización del proletariado como clase, cuando ésta ya se ha puesto en marcha hacia el Comunismo. Por eso, la lucha por reconstituir el PC no es previa ni distinta al desarrollo revolucionario del propio movimiento obrero, sino que supone la primera etapa de la revolución. La segunda etapa conducirá al proletariado ya constituido en Partido Comunista a la conquista del poder político. Y la tercera etapa lo llevará, a través del desenvolvimiento de la revolución socialista, hasta el Comunismo.

En el PCR, hemos comenzado con el estudio de las obras fundamentales de Marx, Engels y Lenin, aplicando sus enseñanzas a la lucha contra las políticas revisionistas y difundiendo a las masas las correspondientes bases políticas revolucionarias. Por lo demás, el movimiento comunista internacional está saliendo de su mayor crisis, motivada por la restauración del capitalismo en los países que fueron socialistas; así pues, necesitamos un correcto balance de la primera ola de revoluciones proletarias (de Octubre a la Gran Revolución Cultural Proletaria), con el fin de desarrollar el marxismo-leninismo como arma teórica para la definitiva emancipación de la humanidad. Realizar tal investigación es nuestra actual tarea primordial, antes de pasar directamente a la lucha por conquistar, para la causa del Comunismo, al conjunto de la vanguardia del proletariado; es decir, a la lucha por elevar los actuales movimientos de resistencia limitados y fragmentados hasta converger en un único torrente por la revolución socialista; en

definitiva, a la lucha por culminar el proceso de Reconstitución del Partido Comunista.

¡Ningún comunista al margen de este combate decisivo!

También los comunistas que militan en organizaciones revisionistas como el *PCE-IU* deben y pueden contribuir a la Reconstitución del Partido Comunista. Hay que sacudirse el derrotismo inculcado y sumarse a las tareas señaladas. Hay que formar Fracciones Rojas en las viejas organizaciones, que lleven hasta el máximo desarrollo político y orgánico la lucha contra el revisionismo. Hay que establecer contacto, discusión y unidad de acción con el PCR y todos los demás destacamentos que defiendan esa línea, hasta forjar una única organización que reconstituya el Partido Comunista.

¡Viva la lucha por la Reconstitución del Partido Comunista!

**¡Abajo el revisionismo!
¡Viva el marxismo-leninismo!**

¡Desarrollar la lucha de la clase obrera en función de la Revolución Socialista en España, sirviendo a la Revolución Proletaria Mundial!

¡Por la Dictadura del Proletariado, para construir el socialismo mediante sucesivas revoluciones culturales, hasta alcanzar el Comunismo con el conjunto de la Humanidad!

Septiembre de 2001



¡Estudiamos las obras fundamentales de Marx, Engels y Lenin!

¡UNITE A LA LUCHA DEL PCR POR LA RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA!

¿Terrorismo o guerra revolucionaria de masas?

La historia de nuestra polémica con el autodenominado Partido Comunista de España (reconstituido) se remonta a 1996, cuando, en el número 12 de *La Forja*, criticamos su estrategia, junto con la de otras organizaciones de nuestro país que se proclaman marxistas-leninistas. Estos camaradas nos respondieron en el primer número de su revista *Antorcha* y nosotros ejercimos la contrarréplica en 1999, en el número 18 de nuestro Órgano Central, al inicio de un Editorial que dedicamos a esclarecer los principios básicos de la táctica revolucionaria del proletariado y a criticar la de otros grupos, particularmente el PCE(r). Al paso de esta exposición nuestra, salió un artículo del número 6 de *Antorcha*, fechado en septiembre de 1999, titulado "La Forja vuelve a la carga" y suscrito por V. Ferrer.

En todo momento, nosotros hemos procurado tratar nuestras contradicciones con el PCE(r) como contradicciones entre camaradas, dentro del campo revolucionario, criticando como desviaciones¹, como algo que es posible corregir (a pesar de los años que llevan insistiendo en ellos), sus puntos de vista que nos parecen erróneos. En cambio, estos camaradas sentencian que nuestra controversia es antagónica y nos sitúan claramente en el campo del enemigo, tergiversando descaradamente nuestras posiciones. Veamos algunas expresiones del último artículo mencionado:

"... no me siento capaz de desenredar el embrollo "teórico" que estos señores han montado en su editorial" (pág. 21); "... si se pretende reconstruir un partido para competir en la *carrera institucional*, como persigue *La Forja* ... *La Forja* busca ganar el apoyo de una supuesta *vanguardia* de electores para codearse con los partidos de la burguesía" (pág. 22); "... se han quedado fosilizados mirando con nostalgia al partido carrillista que quieren poner de nuevo en pie (cuando Carrillo aún utilizaba la fraseología marxista) ... se atreven a perdonarnos nuestras locuras y nos inviten a unimos a su tartana." (pág. 23); nuestro editorial es, para ellos, "su tocho" (pág. 25); "métodos manruelleros ... propósito demagógico y embrollador" (pág. 29);

¹ Como dice Stalin en su Informe al XIV Congreso del PC(b) de la URSS: "Una desviación es una desviación, una cosa que aun no ha cuajado. La desviación es el comienzo del error. O bien dejamos que el error crezca, y entonces el asunto toma mal cariz; o bien cortamos el error en su germen, y el peligro queda entonces liquidado. La desviación es algo erróneo, cuyas consecuencias aparecen después, si no se ataja a su debido tiempo". (*Obras*, tomo VII, pág. 346)

"fariseísmo ... cantamañanas ... La valentía y el espíritu autocritico no va, desde luego, con estos críticos; quizás porque, verdaderamente, carecen de trayectoria" (pág. 32); "con mirarse el ombligo y tratar de dar lecciones con ese ridículo aire de suficiencia a que ya nos tienen acostumbrados hacen bastante" (pág. 33).

Acerca de la propuesta que les hacíamos para rectificar su desviación terrorista de la manera más conveniente para el proletariado y más honrosa para ellos, afirman que es la misma que la del Estado y es propia de

"... un revisionista de tomo y lomo, ya que, en el fondo, entre los agentes desembozados de la burguesía y sus agentes encubiertos no existe ninguna diferencia. De ahí esa coincidencia."

Nuestra defensa de los principios tácticos marxistas-leninistas con respecto a las instituciones burguesas nos sitúa, para ellos, entre esos

"... banqueros, parlamentarios, milicos, periodistas adheridos a los fondos de reptiles, líderes de los sindicatos amarillos, picolos, torturadores..., y esa gentecilla que revolotea, como las moscas alrededor del festín, mendigando unas migajas. Para eso, naturalmente, tienen que hacer algunos méritos, tal como los está haciendo *La Forja*". (pág. 34); "¡Pobres cretinos! Como todos los revisionistas que en el mundo han sido, estos apologetas de la democracia burguesa no se proponen otra cosa que seguir el camino trillado de sus predecesores, y por eso predicen el legalismo y el reformismo. No conciben otra forma de lucha y de organización más que las que están permitidas y reglamentadas, y se disponen, claro está, no a organizar la insurrección, sino a sabotearla. Su desgracia consiste en que han llegado tarde a la cita de la historia ya no van a tener las mismas posibilidades que tuvo Carrillo y su banda de medrar a la sombra del poder de la gran burguesía con iguales o muy parecidos «argumentos»". (pág. 36).

¿Cómo ven nuestra propaganda a favor de los principios tácticos marxistas-leninistas en materia sindical?:

"No tiene nada de extraño que ... [*La Forja*] llame a la clase obrera a tapar las vías de agua abiertas en CCOO y UGT y se dedique a echar una mano al Estado para mantenerlas a flote. Se ponen así la zaga del movimiento sindical y pretenden arrastrarlo hacia atrás, a las aguas cenagosas del pantano en el que ellos se encuentran." (pág. 39)

A la vista de tan brutales calumnias, la primera pregunta que le viene a uno a la mente es: ¿merece la pena se-

Lenin contra el terrorismo individual

A finales de 1899, el movimiento obrero ruso hace poco que ha iniciado su andadura y crece, principalmente por medio de huelgas. En las filas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR) reina cierta confusión y división debido a la represión policial y a la influencia de la tendencia "economicista" que predica el seguidismo del movimiento espontáneo de masas, renunciando a las tareas preparatorias de la revolución que corresponden a la organización de vanguardia. Lenin escribe entonces el *Proyecto de Programa de nuestro Partido*:

"... creemos que los medios de lucha deben ser jus-

tamente los que señala el grupo 'Emancipación del Trabajo' (agitación, organización revolucionaria y paso, en el 'momento oportuno', a la ofensiva resuelta, que, *en principio*, no habrá que renunciar al empleo del terror), pero opinamos que en el programa de un *partido obrero* no cabe indicar los medios de lucha, que necesariamente debía recomendar, en 1885, el programa de un grupo de revolucionarios residentes en el extranjero. El programa debe dejar abierta la cuestión de los medios, y permitir a las organizaciones que luchan y a los congresos del partido, que son los que fijan su *táctica*, la elección de los medios. Es muy dudoso que las cuestiones *tácticas* puedan figurar en el programa

guir discutiendo con el PCE(r) sobre argumentos políticos? La respuesta no puede ser otra que sí, ya que esta discusión —si no les aprovecha a ellos²— sí que ayudará al conjunto de la vanguardia proletaria a asumir los principios comunistas y a formular la estrategia y la táctica de la revolución. En este sentido, resultan interesantes algunos argumentos más serios y constructivos con que nos responde el camarada V. Ferrer.

¿Por qué, entonces, hemos tardado tanto tiempo (más de dos años) en contestar? La explicación se encuentra en el plan que seguimos para reconstituir el Partido Comunista, según el cual la tarea a la que nos estamos consagrando hasta hoy y durante algún tiempo más es la de estudiar la teoría científica del marxismo-leninismo, tanto en sus fuentes clásicas como a través de la experiencia revolucionaria posterior que la enriqueció. Así es como nuestra crítica al PCE(r), entre otros, servía sobre todo como ilustración de una exposición sistemática de los fundamentos de nuestra doctrina en el campo de la estrategia y de la táctica. Para nosotros, hoy por hoy, el estudio y la investigación son lo principal, mientras que resulta secundaria la propaganda de sus resultados, incluyendo la lucha de dos líneas en el seno de movimiento comunista actual. Pues bien, la resolución de ciertas contradicciones en el desarrollo de nuestra labor de investigación —que, repetimos, es la principal actualmente— nos ha obli-

² La política equivocada que siguen —a juzgar por la molestia que se toman en responder de forma tan extensa y violenta a las opiniones de *La Forja*— debe estar cuestionada incluso dentro de su propia organización por algunos sectores. De hecho, quizás como concesión a éstos, ellos mismos admiten en su IV Congreso:

“... ha sido un error de subjetivismo por nuestra parte sobreestimar la conciencia política de las masas, es decir, considerar que éstas, por el solo hecho de vivir sometidas durante un largo período bajo el régimen fascista, estaban vacunadas contra las ilusiones reformistas burguesas y pondrían en práctica nuestros planteamientos en un plazo relativamente más corto, sin necesidad de una labor mucho más profunda y perseverante por nuestra parte (...) Ante todo, al dirigimos a las masas obreras y populares hay que tener en cuenta sus verdaderas necesidades y su nivel de conciencia política. Hay que reparar también en la capacidad de engaño y manipulación de la burguesía y sus lacayos, así como en los efectos ‘disuasorios’ que logra siempre la represión. Todo eso no lo vamos a combatir o neutralizar solamente con la voluntad y el ejemplo. Además hace falta tiempo y que se den otras condiciones políticas más favorables. Ciertamente, no se trata de ir a la zaga del movimiento de masas, pero tampoco de precipitarnos o de menospreciar a los sectores más rezagados...”. (citado en *Antorcha* n° 6, págs. 32 y 33)



TRANSFORMAR LA GUERRA
IMPERIALISTA
EN GUERRA CIVIL
REVOLUCIONARIA



Portada de la revista Antorcha

gado a retrasar nuestra respuesta.

Entretanto, dos acontecimientos importantes han sacudido las filas del PCE(r): uno, positivo, ha sido el surgimiento de una fracción en su interior que ha publicado un análisis que corrige sustancialmente las desviaciones de esta organización (publicamos a continuación su plataforma con algunos comentarios); el otro, negativo, fue la detención, hace pocos meses, por la policía francesa de algunos dirigentes de este partido. Nuestra posición con respecto a quienes practican o impulsan el terrorismo individual es clara: criticamos su actividad porque perjudican con ella el desarrollo del movimiento revolucionario de masas, pero jamás nos uniremos a los reaccionarios para combatirlos porque, pese a su error y el daño que causa, están en el campo revolucionario; nuestro objetivo no es reconciliarnos con la clase capitalista, sino rechazar al terror individual para facilitar y acelerar el desencadenamiento de un terror aplicado por las grandes masas del proletariado y el pueblo a fin de derrocar la dominación burguesa y abrir la vía de la revolución socialista. La detención de estos camaradas, aun habiendo sido facilitada por su

Lenin contra el terrorismo individual

(a excepción de las que tengan importancia *de principio*, como la de nuestra actitud ante los demás grupos que luchan contra la autocracia). Los problemas tácticos, a medida que vayan surgiendo, se discutirán en el periódico del partido y se resolverán definitivamente en los congresos. Entre estos problemas figura también, a nuestro entender, el del terror. Los socialdemócratas deben necesariamente someter a discusión este problema (no desde el punto de vista de los principios, claro está, sino en el aspecto táctico), pues el desarrollo mismo del movimiento, de modo espontáneo, torna cada vez más frecuentes los atentados contra los espías y más intensa la violenta indignación de los

obreros y los socialistas, que ven cómo un número cada vez mayor de camaradas suyos muere en los calabozos y en lugares de destierro, víctima de las torturas. Para evitar equívocos, diremos ya ahora que, en nuestra opinión personal, *en los momentos actuales* el terror es un medio de lucha inadecuado, que el partido (*como partido*) debe rechazarlo (mientras no se produzca un cambio de la situación que exija un cambio de táctica) y concentrar *todos sus esfuerzos* en el fortalecimiento de la organización y la distribución sistemática de materiales políticos. No es éste el lugar para tratar el problema con más detalles.” (tomo IV, págs. 241 y 242, Ed. Akal)

actividad errónea que los separa de las masas, es parte de la ofensiva capitalista contra los trabajadores y su movimiento de resistencia, y todos los proletarios conscientes debemos condenarla y exigir la inmediata puesta en libertad de aquéllos.

Al mismo tiempo, no podemos caer en el sentimentalismo de contemperizar con los errores de la dirección del PCE(r) porque hayan sufrido un "accidente de trabajo", valga la expresión de J. C. Mariátegui. Entre otras cosas, debido a que errores de este tipo no son exclusivos de ellos y vuelven a brotar de cuando en cuando en el movimiento revolucionario. Los intereses supremos del proletariado exigen que prosiga la lucha por desbrozar el camino del comunismo.

Para que el lector pueda recordar de una forma muy concentrada nuestras discrepancias con el PCE(r), afirmamos que la línea política de esta organización viene aquejada de una desviación pequeñoburguesa, que se constata tanto en su estrategia como en su táctica.

En cuanto a la **estrategia**, su actividad no se subordina al objetivo inmediato del derrocamiento del capitalismo, de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado, sino que lucubran sobre la necesidad de un objetivo previo para atraer a las masas populares pequeñoburguesas; con ello muestran su falta de confianza en la fuerza y en los fines de la clase obrera, así como su prosternación ante la "capacidad política" de esa pequeña burguesía que lleva décadas monopolizando y anestesiando a la izquierda; esa fase previa a la revolución socialista la justifican por la necesidad de derrocar primero el régimen fascista imperante (aunque luego se contradigan cuando, para zafarse de la correspondiente acusación de reformismo³, alegan que el fascismo es

la forma madura de la superestructura política del Estado burgués en la época del imperialismo; siendo así, pierde todo sentido esa fase previa que ya sólo subsiste por puño servilismo ante la pequeña burguesía).

En cuanto a la **táctica**, las formas de organización y de lucha que propugnan los dirigentes del PCE(r) coinciden



³ Más abajo, el camarada Ferrer iba a regocijarse sin razón con una suelta amnesia o amnistía nuestra hacia su organización: "En otra ocasión sorprendimos a los de *La Forja* en su empeño en hacernos aparecer combatiendo por una «revolución democrático-burguesa». Ahora parecen haber olvidado esa historia, y tienen motivos sobrados para ello, pues ¿cómo hacer compatible la «revolución burguesa» con nuestro rechazo del parlamentarismo y el apoyo a la la lucha armada dirigida contra el Estado capitalista? Imposible." (pág. 26) ¿Rechaza el PCE(r) el parlamentarismo?

No, lo que rechaza es el actual Parlamento, pero añora el "verdadero" parlamentarismo y sueña con una Asamblea Constituyente. ¿Anima el PCE(r) la lucha armada contra el Estado capitalista? No, no contra éste como tal, sino tan sólo contra su forma fascista. No pretende destruirlo hasta sus cimientos, sino negociar con él y reformarlo (restituir la legítima República española, por ejemplo). Quizás esta acusación pueda parecer exagerada, a la vista de algunos planteamientos más revolucionarios de esta organización, pero es lo que se desprende, es el resultado final ineluctable, de su línea política ambigua, contradictoria y centrista, tal como demostramos en los números 12 y 18 de *La Forja*.

Lenin contra el terrorismo individual

En mayo de 1901, Lenin publica su importante artículo ¿Por dónde empezar?:

"(...) El problema del terror no es en absoluto un problema nuevo, y nos bastará recordar brevemente, a ese respecto, el punto de vista ya establecido de la socialdemocracia rusa.

En principio, nosotros nunca hemos renunciado ni podemos renunciar al terror. El terror es una de las formas de la acción militar que puede ser perfectamente aplicable, y hasta indispensable, en un momento dado del combate, en un determinado estado de las fuerzas y en determinadas condiciones. Pero el problema reside, precisamente, en que ahora el terror no se propugna como una de las operaciones de un ejército en acción, como una operación estrechamente ligada a todo el sistema de lucha y coordinada con él, sino como un medio de ataque individual, independiente y aislado de todo ejército. Por otra parte, careciendo de una organización revolucionaria central y siendo débiles las organizaciones locales, el terror no puede ser otra cosa. Ésta

es la razón que nos lleva a declarar, con toda energía, que semejante medio de lucha, en las circunstancias actuales, no es oportuno, ni adecuado a su fin; que sólo sirve para apartar a los militantes más activos de su verdadera tarea, de la tarea más importante desde el punto de vista de los intereses de todo el movimiento; que no contribuye a desorganizar las fuerzas gubernamentales, sino las revolucionarias. Recordad los últimos acontecimientos: ante nuestros ojos, grandes masas de obreros urbanos y de la 'plebe' de las ciudades arden en deseos de lanzarse a la lucha, pero los revolucionarios carecen de un estado mayor de dirigentes y organizadores. Si en tales circunstancias, los revolucionarios más enérgicos pasan a la clandestinidad para dedicarse al terror, ¿no se corre con ello el riesgo de debilitar precisamente aquellos destacamentos de combate que son los únicos en los que se pueden cifrar esperanzas serias? ¿No amenaza esto con romper los lazos de unión existentes entre las organizaciones revolucionarias y la masa dispersa de descontentos que protestan y quieren luchar, pero que son dé-

con las clásicas de la pequeña burguesía radicalizada: en ésta, es el afán de contener y de manipular a las masas del proletariado y, en estos camaradas, es la convicción de que resulta imposible “bajo el fascismo” educar de manera revolucionaria a nuestra clase por medio de la propaganda y la acción política independiente; pero el resultado común es la tendencia a la política y a la organización sectarias, en particular, al terrorismo individual, en lugar de la lucha por la preparación revolucionaria de las masas obreras y populares en el vasto campo de la lucha de clases, en las más diversas expresiones políticas y organizativas en que aquéllas desenvuelven **realmente** esta lucha.

Por lo tanto, el PCE(r) desconfía del potencial revolucionario de las masas proletarias y exagera la capacidad de la reacción para sustraerlas de la influencia de los comunistas, y eso le conduce a errar en el principal cometido de los revolucionarios aquí y ahora: **reconstituir el Partido Comunista**, entendido como la forma superior de organización del propio movimiento proletario. El PCE(r) insiste, como todavía lo hacen los demás grupos comunistas, en que el partido debe crearse a base de tareas principalmente **internas** de la organización “iniciadora” y que sólo luego puede generar o reconducir el movimiento proletario. No concibe, como nosotros, el proceso de reconstitución del Partido Comunista como la primera etapa del desarrollo revolucionario **del propio movimiento proletario** (la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos y no de salvadores formados al margen de su movimiento real).

Con esta crítica de la desviación pequeñoburguesa que padece esta organización no queremos decir que el PCE(r) sea enteramente un partido pequeñoburgués. Se trata de un partido obrero, formado fundamentalmente por obreros, que se orienta hacia la clase obrera y que, en muchos aspectos, propugna metas propias de nuestra clase. Es más, en muchos aspectos correctos, nos lleva una considerable ventaja fruto de su larga y tenaz experiencia en la defensa y aplicación de algunos principios marxistas-leninistas; y todos los comunistas debemos reconocérselo y asumir esos progresos. Pero lo que aquí criticamos es la parte de su línea con la que dis-

crepamos y que, en nuestra opinión, destruye sistemáticamente la parte correcta de su trabajo político, la hace ineficaz en la práctica, aunque ellos no quieran o no puedan comprenderlo así.

Pasemos ya, sin más preámbulos, a analizar los argumentos más interesantes del artículo de V. Ferrer, por el mismo orden de su exposición.

1- ¿Qué significa la Reconstitución del Partido Comunista?

Lo primero que aparece es la cuestión del partido. El autor se estrena con una ironía que debe parecerle inteligente:

“*La Forja*, para quien no lo sepa todavía, es el Organó Central del Partido Comunista Revolucionario (¡un partido sin constituir!) ...”. (pág. 21)

Ya hemos explicado esta “paradoja” en más de una ocasión y los dirigentes del PCE(r) lo saben, pero seguramente piensan que, al hacerse los graciosos, cobran más fuerza sus opiniones. Concediéndoles el beneficio de la duda, quizás les resulte más fácil comprender el porqué de la denominación de nuestra organización si se lo explica el propio Lenin: “... la expresión República Socialista Soviética presupone la decisión del poder soviético de realizar la transición al socialismo, y de ningún modo que el nuevo sistema económico pueda considerarse socialista.”⁴. Como resulta evidente, no toda denominación designa una realidad ya plasmada: unas veces, sólo expresa una meta, como en el caso de nuestro Partido Comunista Revolucionario, y otras veces, una falsedad, como en el del Partido Comunista de España (**reconstituido**).

Sobre este hecho que nosotros denunciarnos, *Antorcha* se defiende como puede:

“Para ellos no constituimos el Partido porque, aseguran que, en resumidas cuentas, no hemos conseguido ganar el

⁴ V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo XXIX, pág. 89, Ed. Akal.

Lenin contra el terrorismo individual

biles, precisamente porque están dispersos? Y sin embargo, esos lazos de unión son la única garantía de nuestro éxito. Está muy lejos de nuestro pensamiento el querer negar todo valor a los golpes aislados llevados a cabo con heroísmo, pero es nuestro deber prevenir con toda energía contra el excesivo entusiasmo por el terror, contra la tendencia de considerarlo como procedimiento de lucha principal y fundamental, cosa hacia la que tanto se inclinan muchísimos en el momento actual. El terror nunca será una acción militar de carácter ordinario: en el mejor de los casos sólo puede ser considerado como uno de los medios para el asalto definitivo. Cabe preguntarse: ¿podemos nosotros, en el momento actual, llamar a semejante asalto? *Rabócheie Dielo*, por lo visto, cree que sí. Al menos exclama: “¡Formad en columnas de asalto!” Pero también esto es un desatino. La masa principal de nuestras fuerzas de combate son los voluntarios y los insurrectos. Como ejército regular, no tenemos más que unos cuantos pequeños destacamentos, y aun éstos sin movilizar, sin relación entre sí, destaca-

mentos que ni siquiera saben, en general, formar en columnas militares, y menos aún en columnas de asalto. En tales circunstancias, para todo aquel que sea capaz de abarcar con la mirada las condiciones generales de nuestra lucha, sin dejar de tenerlas presentes en cada ‘viraje’ de la marcha histórica de los acontecimientos, debe ser claro que nuestra consigna en el momento actual no puede ser ‘ir al asalto’, sino ‘organizar debidamente el asedio de la fortaleza enemiga’. En otras palabras: la tarea inmediata de nuestro partido no debe ser la de llamar al ataque, ahora mismo, a todas las fuerzas con que cuenta, sino llamarlas a constituir una organización revolucionaria capaz de unificar todas las fuerzas y de dirigir el movimiento no sólo de palabra, sino de hecho, es decir, que esté lista para apoyar toda protesta y toda explosión, aprovechándolas para multiplicar y fortalecer los efectivos que han de utilizarse para el combate decisivo.” (tomo V, págs. 15 y 16)

apoyo de la vanguardia proletaria. ¿Qué entienden por vanguardia?. ¿a qué tipo de partido se están refiriendo?”. (págs. 21 y 22)

Aquí parece que han intuido la raíz del problema que padecen y que hemos intentado hacerles comprender. Sin embargo, lo que continúa atestigüa, desgraciadamente, que siguen atrincherados en la autoafirmación, incapaces de mirar la verdad a los ojos.

“Es claro que si se pretende reconstruir un partido para competir en la carrera institucional, como persigue *La Forja*, el apoyo con que contamos los comunistas entre la verdadera vanguardia proletaria, no sería suficiente. Pero la cuestión se plantea de forma muy diferente cuando no se trata de integrarse en el sistema capitalista, sino de combatirlo resueltamente encabezado y organizando la lucha revolucionaria. Aquí es donde, según mi punto de vista, se encuentra el meollo de este asunto. *La Forja* busca ganar el apoyo de una supuesta vanguardia de electores para codearse con los partidos de la burguesía, situarse a su izquierda y darles la «batalla» desde dentro de las instituciones. Nuestro Partido, por el contrario, se creó para luchar contra esas instituciones y también contra todos los que, so pretexto de «combatirlas», lo que en realidad hacen es embellecerlas y reforzarlas”. (pág. 22)

El “punto de vista” del autor pone de manifiesto una visión distorsionada y miope de la realidad y de la política. En primer lugar, ¿de dónde ha sacado que el PCR persiga reconstruir un partido “para competir en la carrera institucional”, “integrarse en el sistema capitalista”, “ganar

el apoyo de una supuesta vanguardia de electores para codearse con los partidos de la burguesía, situarse a su izquierda y darles la «batalla» desde dentro de las instituciones”, “embellecerlas y reforzarlas”? Muy al contrario, el PCR siempre ha proclamado con nitidez que su objetivo estratégico es el Comunismo, el cual será alcanzado por medio de una Revolución Socialista Proletaria que empezará con el derrocamiento violento del poder burgués, con la destrucción de su aparato estatal. No obstante, es cierto que hemos reivindicado los **principios** marxistas-leninistas de la táctica revolucionaria, según los cuales, para lograr estos objetivos, **puede** ser necesario llevar la lucha revolucionaria también dentro de las instituciones burguesas. No hemos dicho que eso sea necesario en todo momento ni ahora mismo, sino hemos sostenido que no es propio de marxistas-leninistas y sí de anarquistas hacer dejación de este principio y proclamar que el trabajo de los comunistas en los parlamentos ha caducado **políticamente**, como hace el PCE(r)⁵.

Pero dejemos a un lado esta necia acusación contra nosotros y fijemos la atención en dos de las ideas mucho más interesantes del resto del párrafo citado. Lo que V. Ferrer llama “verdadera vanguardia proletaria” no sería suficiente para competir en la *carrera institucional* o para integrarse en el sistema capitalista o para codearse con los partidos de

⁵ Véase *La Forja* n° 18, pág. 24.

Lenin contra el terrorismo individual

En *¿Qué hacer?*, su obra fundamental para la puesta en pie de un verdadero partido proletario revolucionario, Lenin plantea lo siguiente:

“Los economistas [espontaneístas-sindicalistas-reformistas] y los terroristas contemporáneos tienen una raíz común, a saber: el *culto a la espontaneidad*, del que hemos hablado en el capítulo precedente como de un fenómeno general y que ahora examinamos bajo el aspecto de su influencia en el terreno de la actividad política y de la lucha política. A primera vista nuestra afirmación podría parecer paradójica: tan grande parece la diferencia entre la gente que subraya la ‘lucha cotidiana y gris’ y la gente que preconiza la lucha más abnegada, la lucha del individuo aislado. Pero esto no es una paradoja. Los economistas y los terroristas rinden culto a dos polos opuestos de la corriente espontánea: los economistas, a la espontaneidad del ‘movimiento netamente obrero’, y los terroristas, a la espontaneidad de la indignación más ardiente de los intelectuales, que no saben o no tienen la posibilidad de ligar el trabajo revolucionario al movimiento obrero para formar un todo. A quien haya perdido por completo la fe en esta posibilidad, o nunca la haya tenido, le es realmente difícil encontrar para su sentimiento de indignación y para su energía revolucionaria otra salida que el terror. (...) La actividad política tiene su lógica, que no depende de la conciencia de los que, con las mejores intenciones del mundo, exhortan o bien al terror o bien a imprimir un carácter político a la lucha económica misma. De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno, y en el caso presente las buenas intenciones no bastan a salvar del apasionamiento espontáneo por ‘la línea del menor esfuerzo’, ...

Svoboda [pequeñosburgueses socialistas-revolucionarios] hace propaganda del terror como medio para ‘exci-

tar el movimiento obrero e imprimirle un ‘fuerte impulso’. ¿Es difícil imaginarse una argumentación que se refute a sí misma con mayor evidencia! Cabe preguntar si es que existen en la vida rusa tan pocos abusos, que aun falta inventar medios ‘excitantes’ especiales. Y, por otra parte, si hay quien no se excita y no es excitable ni siquiera por la arbitrariedad rusa, ¿no es acaso evidente que seguirá contemplando también el duelo entre el gobierno y un puñado de terroristas sin que nada le importe un comino? Se trata justamente de que las masas obreras se excitan mucho por las infamias de la vida rusa, pero nosotros no sabemos reunir, si es posible expresarse de este modo, y concentrar todas las gotas y arroyuelos de la excitación popular que la vida rusa destila en una cantidad inconmensurablemente mayor de lo que todos nosotros nos figuramos y creemos y que hay que reunir precisamente en *un solo* torrente gigantesco. Que es una tarea realizable lo demuestra de un modo irrefutable el enorme crecimiento del movimiento obrero, así como el ansia de los obreros, señalada más arriba, por la literatura política. Pero los llamamientos al terror, así como los llamamientos a que se imprima a la lucha económica misma un carácter político, representan distintas formas de *esquivar* el deber más imperioso de los revolucionarios rusos: organizar la agitación política en todos sus aspectos. (...) ...tanto los terroristas como los economistas *subestiman* la actividad revolucionaria de las masas. ... Además, nos se precipitan en busca de ‘excitantes’ artificiales, otros hablan de ‘reivindicaciones concretas’. Ni los unos ni los otros prestan suficiente atención al desarrollo de *su propia actividad* en lo que atañe a la agitación política y a la organización de las denuncias políticas. Y ni ahora ni en ningún otro momento se puede *sustituir* esto por nada. (...)

Unos comenzaron a decir que la masa obrera no

la burguesía, lo que quiere decir que no sería suficiente para "dar la batalla desde dentro de las instituciones". Pues si no es suficiente para eso, ¿para qué puede ser suficiente esta supuesta "verdadera vanguardia proletaria" que agrupa o dirige el PCE(r)? Es evidente que una vanguardia insuficiente para conducir a las masas de la clase obrera a la lucha revolucionaria **también y de forma secundaria** dentro de las



Con motivo del 25° Aniversario del PCE(r)

instituciones burguesas, menos suficiente aún será para dirigirlas en los aspectos mucho más complejos y elevados de la lucha por el poder, como es la lucha armada. **Una vanguardia del proletariado así ni es suficiente ni es verdadera;** significa que todavía queda mucha vanguardia que ganar para la política comunista o que queda todavía un largo trecho de "bajar" hasta la pobre realidad de los movimientos de masas actuales, que engloban a cientos de miles, a llevarles una política revolucionaria, para que promuevan de su seno unos cuantos miles de elementos de vanguardia que adopten las posiciones del comunismo y sin los cuales (gracias a sus vínculos con las grandes masas) la revolución será imposible.

Sin embargo, esa vanguardia escasa y precaria que ensalza *Antorcha* sí que es suficiente para una cosa que se menciona al final del párrafo: para luchar contra las instituciones burguesas y contra los cretinos parlamentarios; es suficiente para esa línea de resistencia que el PCE(r) venera como un *non plus ultra*; es suficiente para quien se autoimpone los límites de la impotente pequeña burguesía. Aun reconociendo la necesidad de la resistencia, los comunistas revolucionarios no nos conformamos con tan poco y **aspiramos a reconstituir un partido capaz de conducir al proletariado al poder** y, valiéndose de éste, hasta la sociedad sin clases. Por eso, combatiremos sin tregua todo intento de rebajar nuestros objetivos y de desviar a la actual vanguardia ideológica de sus verdaderas tareas revolucionarias hacia un ilusorio

Lenin contra el terrorismo individual

había planteado aún ella misma tareas políticas tan amplias y tan combativas como las que le 'imponían' los revolucionarios, que debe luchar todavía por reivindicaciones políticas *inmediatas*, sostener 'una lucha económica contra los patronos y el gobierno' (y a esta lucha 'accesible' al movimiento de masas corresponde, naturalmente, una organización 'accesible' incluso a la juventud menos preparada). Otros, alejados de todo 'gradualismo', comenzaron a decir que se podía y se debía 'hacer la revolución política', pero que, para eso, no había necesidad alguna de crear una fuerte organización de revolucionarios que educara al proletariado en una lucha firme y empeñada; que para eso era suficiente que empujáramos todos el garrote ya conocido y 'accesible'. Hablando sin alegorías: que organizásemos la huelga general o estimulásemos el proceso del movimiento obrero, 'dormido', con un 'terror excitante'. Ambas tendencias, la oportunista y la 'revolucionista', capitulan ante los métodos primitivos de trabajo imperantes, no tiene fe en la posibilidad de librarse de ellos, no comprenden nuestra primera y más urgente tarea práctica: crear *una organización de revolucionarios* capaz de dar a la lucha política energía, firmeza y continuidad.

... nuestra 'táctica-plan' consiste en rechazar el *llamamiento* inmediato al asalto, en exigir que se organice 'debidamente el asedio de la fortaleza enemiga', o dicho en otros términos, en exigir que todos los esfuerzos se dirijan a reunir, organizar y *movilizar* un ejército regular. (...)

Precisamente porque 'la multitud no es nuestra', es insensato e indecoroso dar gritos de 'asalto' inmediato, ya que el asalto es un ataque de un ejército regular y no una explosión espontánea de la multitud. Precisamente porque la multitud *puede* arrollar y desalojar al ejército regular, necesitamos sin falta que toda nuestra labor de 'organiza-

ción rigurosamente sistemática' del ejército regular 'marche a la par' con el auge espontáneo, porque cuanto más 'consigamos' esta organización tanto más probable es que el ejército regular no sea arrollado por la multitud, sino que se ponga delante de ella, a su cabeza. Nadiezhdin se confunde, porque se imagina que este ejército sistemáticamente organizado se ocupa de algo que lo aparta de la multitud, mientras que, en realidad, éste se ocupa exclusivamente de una agitación política múltiple y general, es decir, justamente de la labor que *aproxima y funde en un todo* la fuerza destructora espontánea de la multitud y la fuerza destructora consciente de la organización de revolucionarios. La verdad es que vosotros, señores, cargáis al prójimo las faltas propias, pues precisamente el grupo *Svoboda*, al introducir en el *programa* el terror, exhorta con ello a crear una organización de terroristas, y una organización así distraería realmente a nuestro ejército de su aproximación a la multitud, que, por desgracia, no es aún nuestra y, por desgracia, no nos pregunta, o casi no nos pregunta aún, cuándo y cómo hay que romper las hostilidades." (tomo V, págs. 425-428, 452-453, 516 y 518-519)

Advertirá el lector que, aquí y ahora, esas dos tendencias aparentemente opuestas pero igual de erróneas se presentan a los jóvenes revolucionarios como las dos únicas opciones posibles (con la ayuda inestimable del enemigo burgués y su aparato de propaganda) y, hasta ahora, han tenido un rotundo éxito en su empeño contrarrevolucionario. Esperemos que tanta sangría termine pronto, y haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que así sea.

atajo que lleva sistemáticamente a la ruptura de los vínculos con las masas proletarias, sirviendo así únicamente a la reacción capitalista.

Luego, el artículo explica cómo se creó el PCE(r) y, al referirse al contexto político de aquellos años, reproduce la siguiente frase significativa del *Manifiesto-Programa* de esta organización:

“El movimiento obrero y popular se había repuesto de los efectos de la derrota sufrida en 1939 y de los largos años de terror fascista abierto y, toda vez que había fracasado la política de reconciliación carrillista ..., comenzaba a encaminar sus pasos por la vía de la resistencia y la lucha armada”. (pág. 22)

Amén de que esa fracasada política carrillista de conciliación de clases acabó imponiéndose, aunque no sin dificultades y detractores, el problema fueron las limitaciones políticas de tales detractores: éstos nunca fueron más allá de contraponer democracia a fascismo, velando así la idéntica naturaleza clasista de ambas formas del régimen político capitalista y se enredaron en la reivindicación de una “ruptura” que no impugnaba en realidad el proyecto “democratizador” de la burguesía como clase, sino, en todo caso, la profundidad de las reformas, los ritmos y las formas de lucha para alcanzarlas (frente al reformismo-pacifismo burgués de Carrillo, el radicalismo pequeñoburgués de la “democracia popular” conquistada mediante “la resistencia y la lucha armada”).

Y es que el movimiento obrero y popular no se había repuesto cabalmente de las causas de la derrota sufrida en 1939, lo que era mucho más importante que reponerse de sus efectos. La derrota de la Segunda República española fue la del último intento de reforma políticamente progresista, popular y democrática de la burguesía. Pero esta derrota no se produjo en 1939 a manos del fascismo, como pretenden a coro burgueses y pequeñoburgueses, sino antes, a partir del bienio negro y de la revolución de 1934 que revelaron que tal “república democrática” había llegado tarde, que el antagonismo entre la burguesía y el proletariado dominaba ya la escena, que la revolución proletaria se desarrollaba espontánea pero arrolladora y que el fascismo franquista no iba a ser sino la forma de la contrarrevolución burguesa. El primer y fundamental hándicap del proletariado iba a ser que su partido de vanguardia, el PCE, no comprendió esta realidad ni asumió los retos correspondientes. Pues bien, en los últimos años del franquismo, ninguno de los distintos fragmentos en los que estalló el PCE revisionista fue capaz, no ya de comprender lo sucedido en los años 30, sino incluso de propug-

nar directamente la revolución proletaria como salida a los 40 años de fascismo. Tampoco el PCE(r), que sólo consiguió aparentar más “radicalismo” (sin salirse del marco pequeñoburgués), enredándose con la cuestión de la continuidad del fascismo.

Prosigamos con el relato de la creación del PCE(r):

“En ese marco se creó la OMLE en 1968. Su objetivo principal (la reconstrucción del Partido), en torno al que giró toda la labor de agitación, propaganda y organización política, tuvo un carácter fundamentalmente interno. (...) El PCE(r) nació con unos firmes cimientos ideológicos, políticos y orgánicos, ganando la confianza y el apoyo de la mayor parte de los que en aquel momento constituían la vanguardia de la clase obrera en España. No obstante, esas tareas son permanentes y, consiguientemente, se puede afirmar que desde entonces el Partido no deja de constituirse”. (pág. 22)

Esto último es absurdo, pues la constitución del Partido es un salto cualitativo en su construcción; significa que, antes de su constitución, el Partido es precario, embrionario, inmaduro y, sólo a partir de ella, estamos ante un PC como tal, como vanguardia dirigente efectiva del proletariado. Sostener que el Partido se está constituyendo continuamente es tanto como decir que siempre existe como tal, que un círculo de comunistas ya es el Partido; es tanto como negar el significado cualitativamente diferente y nuevo del PC en relación con las demás organizaciones obreras. De ahí la inclinación a rebajar los requisitos y las tareas de la transición desde el no-Partido hasta el Partido, los requisitos y las tareas para su constitución. Es cierto que un Partido Comunista puede necesitar constituirse varias veces a lo largo de su historia (aquí luchamos por la **Reconstitución** del PCE), pero eso sólo tiene sentido cuando ese partido ha sido desnaturalizado o destruido, v.gr., por el revisionismo. Una vez constituido y mientras exista como tal, ya no hace falta volver a constituirlo (lo cualitativo), sino que prosigue su construcción y desarrollo (lo cuantitativo) hasta su extinción en el Comunismo.

En cuanto al resto del párrafo citado, ya respondimos en el n.º 18 de *La Forja* lo siguiente: “Fijémonos, por ahora, en que las dos tareas de las que Lenin hablaba — ‘ganar a la vanguardia’ y ‘ganar a las masas’ — se convierten, para estos camaradas en una tarea interna (calificativo destacado por ellos) y una tarea de ‘trabajo de masas’, de ‘ir hacia ellas’. Una cosa es que la tarea de ‘ganar a las masas’ caracterice a la segunda etapa de la revolución y otra cosa es que la primera etapa consista en tareas internas, que no requieran trabajo de masas, que no exijan ir hacia ellas. Aun-

Lenin contra el terrorismo individual

En 1902, el movimiento obrero ruso está desarrollándose a buen ritmo, sobre todo mediante manifestaciones y huelgas, aunque todavía no ha alcanzado el nivel insurreccional. El POSDR centra su actividad en los preparativos de la revolución armada mediante la educación política del proletariado y de los oprimidos (denuncias, agitación y propaganda, hojas volantes, periódico revolucionario, etc.). En ese momento, el partido revolucionario pequeñoburgués (campesino) —llamado “socialista revolucionario”, preconiza el terrorismo como método de preparación de la revolución. Lenin, que observa con preocupación que tal planteamiento está arrasando a los sectores más inestables del partido, se ve

obligado a escribir *Por qué la socialdemocracia debe declarar una guerra decidida y sin cuartel a los socialistas revolucionarios*:

“(…) 6º) Porque los socialistas revolucionarios, al preconizar en su programa el terrorismo y difundirlo como medio de lucha política en su forma actual, causan un daño gravísimo al movimiento, destruyendo los nexos indisolubles entre la labor socialista y la masa de la clase revolucionaria. Ninguna afirmación verbal, ningún juramento pueden refutar el hecho incontrovertible de que el terrorismo actual, tal como lo aplican y lo predicán los socialistas revolucionarios, no tiene la menor relación con el trabajo entre las masas, para las masas, ni está en contacto con ellas; que

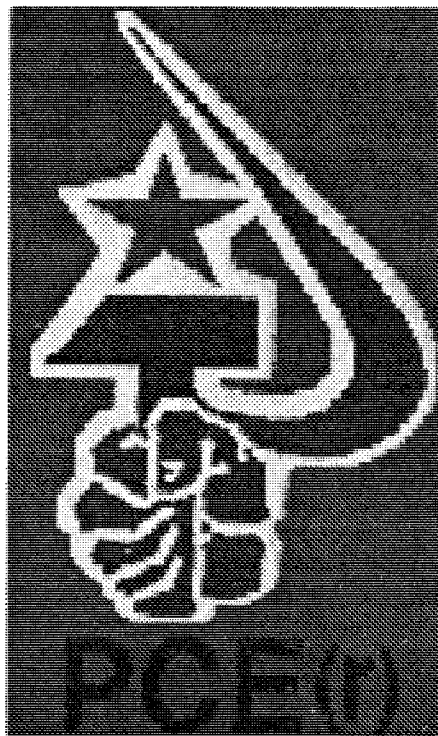
que se nos diga también que la OMLE [precursora del PCE(r)] estableció 'los vínculos indispensables con las masas', el problema no es éste, porque todo comunista y toda organización comunista, por muy pequeña que sea, tiene ciertos vínculos con las masas; el problema a resolver es la relación entre esa organización comunista y el conjunto de la vanguardia proletaria. Ni en los años setenta ni ahora se encuentra ésta ganada para el comunismo y encuadrada en la organización comunista. Y eso significa que la pretendida reconstitución del PCE en 1975 no fue tal. 'Ganar a la vanguardia para el comunismo' no es una tarea meramente interna de una determinada organización de vanguardia, y no se puede resolver sin 'trabajo de masas', sin 'ir hacia ellas'.⁶

Veamos ahora como despacha el camarada Ferrer esta crítica. Con respecto al problema de si la vanguardia está ganada o no, lo resuelve de un plumazo invirtiendo demagógicamente los términos. ¿A qué llama **verdadera** vanguardia?: a la que ya ha conquistado políticamente el PCE(r). Todo lo demás es un amasijo de oportunistas y de masas atrasadas, así que ... ¡misión cumplida! ¿Qué importa que la **inmensa mayoría** de las manifestaciones de resistencia de los obreros estén encabezadas por individuos absolutamente ajenos al PCE(r), individuos honestos, combativos y abnegados aunque, eso sí, limitados ideológica y políticamente (lo cual aprovechan los oportunistas para recuperarlos o derrotarlos)? El Partido Comunista es la vanguardia **efectivamente** dirigente del proletariado y no basta que lo sea potencialmente, que "prometa", pues ya se sabe que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.

Con respecto al carácter de las tareas necesarias para la reconstitución partidaria, quizás nuestra explicación más arriba reproducida resultara insuficiente, ya que *Antorcha* nos responde:

"*La Forja* intenta enredar la cuestión con la perogrullada de que no se puede ganar a la vanguardia sólo en base a tareas internas, sin trabajo de masas, como si alguna vez hubiéramos sostenido lo contrario. Es claro que el trabajo comunista no se puede concebir sin «ir a las masas» en ningún periodo, por eso, nosotros nunca hemos hecho de ésta una consigna especial; otra cosa se plantea a la hora de establecer el orden de las prioridades, «la tarea central» en cada momento, como se hace en el referido artículo. Así, aunque parezca increíble, de esta tontísima manera, pretende *La Forja* demostrar que «la reconstitución del PCE en 1975, no fue tal»." (pág. 22)

⁶ *Ibid.*, pág. 14



Lo que ocurre es que estos camaradas tratan de ridiculizar nuestra crítica ocultando lo más importante que se menciona en ella: "la relación entre esa organización comunista y el conjunto de la vanguardia proletaria" que debe forjarse durante el proceso de Reconstitución. Es verdad que reconocen con acierto la necesidad del trabajo de masas durante dicho proceso, pero están totalmente equivocados cuando sostienen que "la prioridad", "la tarea central", es **interna**. No es correcto concebir que, antes de la Reconstitución partidaria, lo principal es lo **interno** y, después, lo **externo**, o sea, el trabajo de masas. No está aquí la diferencia cualitativa entre estas dos etapas de la revolución, pues los resultados del trabajo de masas resultarán determinantes para la culminación de ambas. La diferencia cualitativa en este punto radica en **qué masas** tomamos por objetivo de nuestra actividad **externa**. En la primera etapa, la del proceso de Reconstitución del PC, la organización comunista actúa como una vanguardia incompleta: en su desarrollo empieza siéndolo casi exclusivamente en lo ideológico para acabar convirtiéndose en vanguardia revolucionaria efectiva. Y, durante toda esta etapa, toma como masas (como su objeto de trabajo) **al conjunto** de la vanguardia, de lo más avanzado, del movi-

Lenin contra el terrorismo individual

para llevar a cabo actos terroristas una organización de partido distrae a nuestras fuerzas organizativas, ya de por sí muy escasas, de su difícil tarea de organizar un partido **obrero** revolucionario, tarea que dista mucho de estar ya lograda; que *en la práctica*, el terrorismo de los socialistas revolucionarios no es otra cosa que el **combate individual**, método que ha sido enteramente condenado por la experiencia histórica. Hasta los socialistas extranjeros comienzan a desconcertarse ante esa estrepitosa propaganda del terrorismo que realizan ahora nuestros socialistas revolucionarios. Y entre las masas obreras rusas esta propaganda siembra la nociva ilusión de que el terrorismo 'obliga a la gente a pensar políticamente, aunque sea contra su voluntad'

(*Revolutsiónaia Rossia*, núm. 7, pág. 4), de que el terrorismo 'es más capaz de convertir ... a miles de personas en revolucionarios y de inculcarles el sentido [!] de sus actos, que meses y meses de propaganda verbal', de que puede 'infundir nuevas energías a los que vacilan, a los desalentados, a los que se sienten derrotados por el lamentable desenlace de muchas manifestaciones' (*ibid.*), etc. Estas nocivas ilusiones sólo pueden conducir a un rápido desengaño y debilitar la labor destinada a preparar el asalto de las masas contra la autocracia". (tomo VI, pág. 217. Ed. Akal)

miento proletario de resistencia, del movimiento del proletariado como "clase en sí" (vanguardia práctica). En la segunda etapa, la que media entre la existencia del Partido como tal y la conquista revolucionaria del poder por nuestra clase, el objeto del trabajo externo son las masas propiamente dichas (de la clase obrera y del resto del pueblo).

Por lo demás, es bastante razonable pensar que, en la etapa de la Reconstitución partidaria, ocupan un lugar destacado y básico las tareas internas de la propia organización de la vanguardia ideológica: el estudio del marxismo-leninismo, la investigación de la experiencia histórica de la revolución mundial, el análisis de la realidad actual, etc. De hecho, el PCR ha empezado, lógicamente, por ahí y continúa con esta labor preparatoria, combinada con cierto trabajo de masas, como algo subordinado. Pero considerar que el Partido Comunista es el simple resultado de esta labor meramente inicial, como sostiene el PCE(r), es abortar el proceso necesario, es sustituir a aquél por una caricatura, por un feto inviable. Es reducir el Partido a un colectivo de intelectuales revolucionarios presuntuosos que se otorgan el título de vanguardia de un movimiento obrero al que se dirigen desde fuera, sin haberse "fusionado" previamente con él, sin que éste lo haya reconocido como vanguardia, como su Partido. Ése no es el verdadero Partido Comunista, sino, en el mejor de los casos, el partido del nuevo despotismo ilustrado. A un engendro así, si prospera, sólo le quedan dos salidas para relacionarse con la clase obrera: el reformismo-sindicalismo-parlamentarismo o el terrorismo individual.

Para desviar la atención de las carencias de su proceso reconstitutivo, V. Ferrer pasa entonces a especular y fantasear sobre los orígenes del PCR. Hace tiempo, hemos explicado que los cuadros que se unieron para organizarlo procedían de la militancia de base del revisionismo, cuya crisis a finales de los años 80 favoreció el desarrollo de las posiciones marxistas-leninistas en el movimiento comunista de entonces. Ésa es la realidad que tiene un verdadero interés político porque delata la incapacidad del PCE(r) para incidir y aprovechar esa coyuntura. Y es que este partido carecía de atractivo y de autoridad política para ese nuevo movimiento antirevisionista, porque resultaba una alternativa frustrada, una opción lastrada por el revisionismo, aunque fuera formalmente de signo contrario al dominante.

Este hecho procura esquivarlo *Antorcha* vinculándonos a la historia de uno de aquellos grupos oportunistas: el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE). Jamás hemos reivindicado ese engendro salido del llamado "Congreso de Unidad de los Comunistas" de 1984, auspiciado por los revisionistas soviéticos. Es más, hemos denunciado que todos los intentos de reconstituir el PCE desde los años 60 fueron incapaces de librarse por entero y de raíz del revisionismo del viejo partido. Dicho sea de paso, ¿no es acaso muy revelador que una organización que presume de clan-

destinidad publique datos que ellos creen ciertos, que no tienen ninguna relevancia política y que sólo podrían interesar a la policía? ¿Qué clase de línea conspirativa es la suya? ¿Qué nos aguarda en la próxima respuesta de ellos: un listado de nombres y direcciones? Pero qué les importa esa imprudencia —por elegir una expresión suave— si les sirve para desautorizar y ridiculizar a quienes se levantaron en el seno de las viejas organizaciones revisionistas para combatir por el marxismo-leninismo:

"...que todavía a principios de los años 90 estas elementos de *La Forja* se dedicaran a jugar dentro del PCPE a ser revolucionarios y que ahora pretendan darnos lecciones, mueve a risa".

Lo que realmente da lástima es contemplar el espectáculo de esos veteranos narcisos "comunistas", que ya están de vuelta de todo, y que son incapaces de aprender de las masas y de escuchar a las nuevas generaciones de marxistas-leninistas que no se quieren unir a su "tartana" porque los muchos años transcurridos evidencian el fracaso del PCE(r).

Y para rematar esta parte:

"Por lo demás, es bien sabido que desde hace ya bastantes años, unos cuantos grupúsculos como el que forma *La Forja*, intentan «reconstituir el partido» sin dar un solo paso en ese sentido, ni siquiera son capaces de ponerse de acuerdo entre ellos; el motivo esencial de su fracaso no es otro sino el hecho de que el Partido está ya reconstituido y tiene un Programa y una Línea Política que se ven confirmados día a día por la práctica de la lucha de clases en nuestro país". (pág. 23)

¡Y el proletariado entero sin enterarse! Simplemente, patético.

¿Acaso no es un paso en la dirección de reconstituir el Partido Comunista el restablecimiento de los principios marxistas-leninistas contra las tergiversaciones del revisionismo más enmascarado con fraseología de "izquierda", el del PCE(r)? Por no hablar ya de la *Tesis de Reconstitución* formulada por el PCR, que nuestros demolidores críticos han pasado por alto, seguramente porque no aparecen mencionados expresamente. Pero ese desconocimiento suyo no sólo les impide comprender nuestra discrepancia de principio, de método, con los otros "grupúsculos", sino que les lleva a sugerirnos tan alegremente el método de la "unidad de los comunistas"⁷, como condición previa para "dar un solo paso" hacia la Reconstitución partidaria.

2- El contradictorio pretexto del fascismo

"La tesis del Partido acerca del carácter o naturaleza del Estado español constituye el centro de la crítica que nos ha

⁷ Véase *La Forja*, números 5, 7, 10, 12 y 16.

Lenin contra el terrorismo individual

A mediados de 1903, entre los *Proyectos de resoluciones para el II Congreso del POSDR*, Lenin propone el siguiente "Proyecto de resolución sobre el terrorismo":

"El Congreso rechaza con toda energía el terrorismo, es decir, el sistema de asesinatos políticos individuales, por ser un método de lucha política que en los momentos actuales resulta particularmente contraproducente, porque

aparta a las mejores fuerzas de la labor urgente y perentoria de organización y propaganda, destruye los vínculos entre los revolucionarios y las masas de las clases revolucionarias de la población y difunde entre los propios revolucionarios, y entre la población en general, las más falsas ideas acerca de los objetivos y los métodos de lucha contra la autocracia". (tomo VI, pág. 510)

dirigido *La Forja*; todas las cuestiones que plantean convergen en este tema central". (pág. 23)

Con el clásico método idealista de sustituir la realidad por su reflejo, es cómo *Antorcha* empieza a defender su táctica. Lo cierto es que las cosas son exactamente al revés. Es el PCE(r) quien busca justificar su estrategia reformista y su táctica de terrorismo individual insistiendo en la naturaleza fascista del Estado actual. Y nosotros hemos tenido que penetrar en las relaciones causa-efecto que tejen para desmontar su línea errónea. Sin embargo, creemos que en esta manera de plantear el problema hay algo más que deshonestidad: hay un motivo poderoso del que estos camaradas no son plenamente conscientes.

Y es que, efectivamente, para ellos, el fascismo no es un hecho *a priori* del que se deriva una determinada táctica, sino una "justificación" para la concepción dogmática (anticientífica) que les anima. En realidad, parten de una enfoque subjetivista (falso) según el cual la revolución puede adelantarse, rebajando el objetivo (la dictadura del proletariado y el socialismo) para ganar el apoyo de la pequeña burguesía políticamente activa (dirigente hegemónico de la izquierda radical) y valiéndose del terrorismo de una pequeña vanguardia que "fuerce" la descomposición del orden reaccionario y estimule el desarrollo revolucionario de las masas. Luego, con el correr de los años, es posible que la falta de apoyo de las masas a esta línea les haya hecho perder la confianza en éstas y, lo que en un principio sólo propugnaron



M.P.M. Arenas, Secretario General del PCE(r)

como un atajo, se les haya aparecido como el único camino de una revolución a la que el proletariado ha dado la espalda (de ahí que formulen programáticamente la necesidad de rebajar el objetivo revolucionario para atraer a la pequeña burguesía; y, llegados a este punto, parece que el enfoque pequeñoburgués se ha adueñado del alma de este grupo). Pero, ¿cuál es el origen histórico del enfoque erróneo del PCE(r)?

Esta concepción tuvo su caldo de cultivo en las condiciones especiales en que se desarrolló la lucha de clases en los años 60 y 70, a escala mundial. Fue la época del auge del movimiento de liberación de las naciones oprimidas por las viejas potencias coloniales y de la consiguiente crisis política del sistema imperialista, pero, al mismo tiempo, fue la del triunfo del revisionismo contemporáneo en la mayor parte de los partidos comunistas. De ese modo, el movimiento revolucionario fue obteniendo importantes éxitos, disminuyendo poco a poco el peso específico del marxismo (y de la clase obrera consciente) en su seno y creciendo el de las teorías pequeñoburguesas. Esos éxitos —que empezaron con la victoria en China— ponían de manifiesto la validez de la lucha armada frente al pacifismo y parlamentarismo de los viejos partidos hundidos en el revisionismo. En la batalla ideológica, esto ocupaba un plano primordial con relación a los matices sobre la naturaleza de esa lucha armada. Por eso, había conseguido cierta legitimidad "marxista" la concepción castrista-guevarista del foco guerrillero que podría conquistar el poder sin organizar a la clase obrera en Partido Comunista, sin preparar políticamente a las masas populares y sin el protagonismo de éstas, reduciendo su participación a simple apoyo de la guerrilla (militarismo). Para quien no se esforzase en comprender las cosas en profundidad —y en aquel momento prevalece en la mayoría el entusiasmo sobre la reflexión—, todo ello se parecía a la teoría de la guerra popular prolongada, que formularon Mao Tse-tung y los comunistas chinos teniendo presente la experiencia del movimiento revolucionario mundial. En cualquier caso, se parecía más que el reformismo pacífico que defendían los burócratas del revisionismo soviético... ¡y, además, había funcionado en Cuba! Desde entonces, muchos grupos mezclaron ambos enfoques y pocos son los que intentaron deslindar campos entre estas dos teorías militares correspondientes a dos clases sociales diferentes: la de la Guerra Popular Prolongada, al proletariado, y la del foco guerrillero, a la pequeña burguesía.

A pesar de que el PCE(r) se pronunciara a favor de la China de Mao (aunque también, a principios de los 80, a favor de la URSS), tomó del foquismo guevarista su espíritu, dándole forma de "guerrilla urbana". Ese espíritu no es otro que el del terrorismo individual o acción directa anarquista,

Lenin contra el terrorismo individual

En su muy importante trabajo *Carta a un camarada sobre nuestras tareas de organización* (que se publicaría en 1904, ¡tan sólo un año antes del estallido revolucionario de 1905!), Lenin inserta la siguiente nota:

"Debemos lograr que los obreros comprendan que si bien matar a los espías, provocadores y traidores puede ser, a veces, como es natural, absolutamente inevitable, resultaría muy inconveniente y equivocado convertir esto en sistema, y que debemos tender a crear una organización que, al desenmascararlos y perseguirlos, volverá *inocuos* a los

espías (*). Será imposible que nos desembaracemos de todos, pero *podemos y debemos* crear una organización que les siga la pista y *eduque* a la masa obrera". (tomo VI, pág. 266)

(*) Éste es uno de los esfuerzos que está realizando actualmente el movimiento contra la globalización imperialista, lo que enfurece a la policía, porque dificulta su labor de infiltración y provocación. De ahí su asalto al Foro Social de Génova, durante la Cumbre del G-7.

el de estimular el movimiento por medio de una práctica elitista contundente, o sea, el espíritu de la pequeña burguesía radicalizada que quiere utilizar a las masas para sus propios fines ajenos a éstas.

Una vez establecida su línea terrorista, el PCE(r) procede a adaptar a ella toda la realidad circundante. De este modo, se inventan que las condiciones del fascismo *per se* obligan a un Partido Comunista a empuñar las armas desde el primer momento y rematan su construcción dogmática afirmando que el Estado español sigue siendo fascista. Hacen cuadrar todo de antemano, pero los resultados de su actividad son opuestos a los deseados, así pasen años o décadas. ¿Qué hacen entonces? Ya lo hemos visto: negar los hechos y persistir en el error.

En definitiva, no somos nosotros los que centramos nuestra crítica en la cuestión del fascismo, sino ellos los que pretenden justificar su impaciencia revolucionaria con ese argumento que hace aguas por todas partes, resquebrajado por sus contradicciones lógicas, como ya demostramos en el editorial del número 18 de *La Forja*. Pero, abordemos ahora lo que hay de interesante en la contestación de V. Ferrer.

Dicho sea de paso, empieza lanzando contra nosotros un ataque demagógico que sólo puede tener efecto sobre quien carezca de la oportunidad de leerlos:

“De la concepción de *La Forja* se desprende que, para ellos, desde el siglo XIX no se ha producido ningún cambio significativa en la forma de dominio o de dictadura de la burguesía”. (pág. 23)

Sin embargo, en el mismo editorial que suscita las iras de nuestro crítico (por no mencionar ya nuestros comentarios sobre *El Estado y la revolución* y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* de Lenin⁸), afirmábamos, después de destacar la idéntica esencia opresora de todas las formas de Estado burgués: “Dicho esto, es cierto que el régimen burgués en este siglo tiende a la reacción, a una menor democracia para las masas que en el siglo pasado, por todas las características del monopolismo que explican los camaradas”. Y, a continuación, advertíamos que, siguiendo al propio Lenin que ya conoció el imperialismo en sus fundamentos, eso no invalidaba los principios marxistas de la táctica consistentes en aprovechar al máximo las posibilidades legales y pacíficas para la preparación revolucionaria del proletariado.

2.1- El régimen político del imperialismo

Pues bien, después de éste y otros infundios (según *Antorcha*, nosotros negamos la existencia de guerra sucia, de terrorismo de Estado, de torturas, de asesinatos y encarcela-

⁸ Véanse los cuadernillos de formación de los números 5 y 6, así como el editorial del número 15 de *La Forja*.

mientos de revolucionarios por parte de la nueva democracia burguesa española), estos camaradas sostienen que “la raíz económica, política e histórica” del “problema fundamental” que, según ellos, es el fascismo, se encuentra en la teoría de Lenin sobre el imperialismo. En realidad, como comprobaremos, es más bien que ellos identifican fascismo con el conjunto de características que reviste el Estado burgués en la época imperialista. Reproduzcamos ahora su argumentación hasta donde la compartimos:

“*«El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, los cuales traen aparejada en todas partes la tendencia a la dominación y no a la libertad. La reacción en toda la línea, sea cual fuere el régimen político; la exacerbación extrema de las contradicciones en esta esfera también: tal es el resultado de dicha tendencia».* (Lenin *«El imperialismo, fase superior del capitalismo»*).

¿Qué conclusiones cabe sacar de todo esto? Es evidente que del monopolismo no hay vuelta atrás al capitalismo de libre competencia. Son igualmente evidentes los cambios producidos por el monopolio en la base económica de la sociedad, a la que corresponde una superestructura política, jurídica e ideológica característica que se levanta sobre la base del capital financiero para ponerse a su servicio con el fin de limpiar de trabas el camino para la obtención del máximo beneficio posible para los monopolios. Esta superestructura encamada en el Estado y sus instituciones no puede más que tender a la reacción, al control y al dominio de toda la vida económica, social y política.

La teoría sobre el imperialismo que dejó sentada Lenin cobra cada día mayor vigencia como resultado de la agravación de todas las contradicciones del capitalismo. El imperialismo no puede mantenerse en pie sin imponer su dominio a sangre y fuego; sin las constantes guerras de rapiña que nos sitúan a las puertas de una nueva conflagración mundial; sin incrementar la explotación y la opresión más bestial sobre todos los pueblos del mundo”. (pág. 24)

Como se ve, hasta aquí, el camarada V. Ferrer no hace sino explicar la tendencia a la reacción que el imperialismo imprime a la superestructura política de la sociedad capitalista⁹. Pero, de esto, el PCE(r) saca inmediatamente, como deducción lógica, algo que resulta un auténtico salto mortal:

“El imperialismo no puede permitirse ninguna veleidad democrática, tiene que permanecer «bunkerizado» intentando impedir por todos los medios que las condiciones objetivamente revolucionarias prendan en las masas y se desarrollen las condiciones subjetivas para su derrocamiento”. (pág. 24)

⁹ En el número 9 de *Antorcha*, el artículo “La institucionalización del fascismo”, suscrito por Jon Agirre, profundiza sobre este asunto: las características diferenciadoras de los Estados actuales en relación con los del capitalismo de libre competencia, sus semejanzas con los Estados fascistas clásicos y la conclusión ya conocida del PCE(r) de que todo régimen burgués contemporáneo es fascismo, ya sea abierto o encubierto.

Lenin contra el terrorismo individual

Un poco más adelante, escribe *Sobre las tareas del movimiento socialdemócrata*:

“(…) Cuando el movimiento revolucionario se extiende a las clases verdaderamente revolucionarias del pueblo: más aún, cuando crece no sólo en profundidad sino también en extensión, y promete convertirse muy pronto en una fuerza invencible, al gobierno le resulta ventajoso provocar a los mejores revolucionarios para que se lancen a

perseguir a los mediocres cabecillas de la más escandalosa violencia. Pero no debemos dejarnos provocar. No debemos perder la cabeza ante los primeros estallidos del estruendo verdaderamente revolucionario del pueblo, ni entregarnos a todos los excesos y arrojar por la borda, para aliviar nuestra mente y nuestra conciencia, toda la experiencia de Europa y de Rusia, todas las convicciones socialistas más o menos definidas, toda pretensión de una táctica basada en



Más adelante, al referirse a los derechos políticos reconocidos por el régimen actual, afirma rotundamente:

“Todos esos derechos han sido férreamente regulados de modo que no puedan prestar **ningún** servicio a la clase obrera”. (pág. 25; el resaltado es nuestro)

Si estos camaradas se hubiesen limitado a decir que el imperialismo **restringe** aún más las libertades que las dictaduras burguesas del siglo XIX y que eso **dificulta** el trabajo de masas de los comunistas, les daríamos la razón. Pero exageran unas tendencias o unos hechos ciertos, convirtiéndolos de relativos en absolutos, haciendo que todo lo demás desaparezca. Es verdad que el capital financiero imprime al régimen político un sesgo cada vez más reaccionario y opresivo contra el pueblo, pero **no está solo**, no es la única clase o fracción de clase que existe en la sociedad burguesa: las masas proletarias, aun con su actual conciencia espontánea sindicalista, la pequeña burguesía y los capitalistas no monopolistas representan una fuerza **real** en sentido contrario. Y el capital financiero de cualquier país no puede dejar de tenerla muy en cuenta puesto que explota no solamente a su propio pueblo sino también a otros, muy especialmente a los de las naciones oprimidas, y esa actividad exterior demanda paz social en el interior, lo que, a su vez, exige cierto consenso o alianza “nacional”¹⁰. De ahí que el capital financiero no suele recurrir al terror abierto y se vea obligado no sólo a disimular su política, sino también a ceder en determinados momentos y parcelas. Y eso es lo que **puede** y debe aprovechar la organización comunista para preparar (particularmente, en sus primeras etapas) al proletariado para la revolución. Pero el PCE(r) necesita presentar lo difícil como imposible, para justificar su recurso prematuro a las armas.

¹⁰ En este aspecto, se puede establecer un paralelismo con el Estado Socialista: “La dictadura del proletariado es una forma especial de alianza de clase entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc.) (...).” (J. V. Stalin, *Octubre y la táctica de los comunistas rusos*. Obras, tomo VI. Págs. 381 y 382. Editorial Vanguardia Obrera)

No contentos con negar *a priori* las posibilidades del trabajo preparatorio no armado, necesitan falsear otro aspecto más de la realidad para “vender” la viabilidad de su línea política. En efecto, según ellos, no sólo es imposible empezar la preparación revolucionaria de las masas proletarias con medios pacíficos, sino que eso ni siquiera es imprescindible, puesto que las condiciones objetivas están tan maduras que un pequeño foco armado puede inclinar la balanza hacia la revolución. Para ellos, se dan ya “las condiciones objetivamente revolucionarias”, dado que el capitalismo entra en “crisis general” en la actual etapa imperialista¹¹ (pág. 22).

¹¹ El artículo mencionado en la nota 9 es de lo más explícito al respecto:

“Las razones del surgimiento del fascismo radican en la **crisis general** que alcanza el capitalismo en su última fase, en la fase monopolista e imperialista, en la agudización de todas las contradicciones que impide resolverlas por los métodos de la democracia burguesa.

(...) El imperialismo es un sistema en descomposición, **en crisis permanente** y, a fin de impedir su hundimiento definitivo, está obligado a adoptar las más drásticas medidas de fuerza.” (pág. 14)

De alguna manera, como consecuencia de esta visión apocalíptica del imperialismo (otra cándida exageración dogmática), añaden a la sublimación de la capacidad de la burguesía imperialista, una idealización de la disposición revolucionaria de las clases o capas que se le oponen:

“Una de las características más sobresalientes del fascismo es la constante ostentación de sus medios, de su poderío policial y militar, el permanente despliegue de fuerza que muestra a todas horas. Pero esa es precisamente su debilidad: no podría sustentarse **ni un minuto** en su dominación sin esos medios.” (pág. 14; los resaltados son nuestros)

Esa sobreestimación de la capacidad política de las clases oprimidas parece contradecir lo que les criticábamos más arriba: a saber, la subestimación de las posibilidades del proletariado de movilizarse por la revolución socialista. Sin embargo, esta contradicción es sólo aparente. En realidad, siguen siendo escépticos con respecto a la lucha proletaria por el socialismo, pero son optimistas con respecto a un *objetivo* antifascista **no socialista**, conquistado por las masas populares no monopolistas. Para ellos, el imperialismo-fascismo está acabado, pero el socialismo todavía está lejos: de ahí la necesidad de conquistar un estadio intermedio del desarrollo social. El *sujeto* principal que realizaría ese cambio sólo podría ser la pequeña y mediana burguesía; ¿cuál sería el papel del proletariado? Serviría como auxiliar de esas clases, que para eso lo ha preparado su “partido”, desde que rebajó el objetivo inmediato para adaptarlo a la mediocridad burguesa. ¿Puede ser ése el verdadero partido proletario? Eso no es extraer consecuencias teóricas y políticas de la guerra de 1936-1939 (como nos exige V. Ferrer en la página 23); eso es mirar hacia el pasado con nostalgia, para repetirlo hasta en sus errores que, en este caso, se remontan al siglo XIX, cuando los obreros se limitaban a respaldar a la burguesía revolucionaria.

Lenin contra el terrorismo individual

los principios, y no aventurera. (...) Nuestra respuesta a los intentos de pervertir a las masas y provocar a los revolucionarios no debe darse en un ‘programa’ que abriría las puertas de par en par a los más funestos errores anteriores y a nuevas vacilaciones ideológicas, o en una táctica que acentuaría el aislamiento de los revolucionarios con respecto a las masas, que es la fuente principal de nuestra debilidad, de nuestra incapacidad para iniciar desde ahora una lucha

revolucionaria. Debemos contestar afianzando los vínculos entre los revolucionarios y el pueblo; y en nuestro tiempo tales vínculos no pueden crearse de otro modo que desarrollando y fortaleciendo el movimiento obrero socialdemócrata. Sólo el movimiento de la clase obrera levanta a la clase realmente revolucionaria y de vanguardia ...” (tomo VI, págs. 299 y 300)

Aquí, hay un problema de fondo que hunde sus raíces en una de las dudosas teorizaciones del Movimiento Comunista Internacional. Lenin demostró científicamente la tendencia del capitalismo a la descomposición, al llegar a su etapa imperialista (el hecho probatorio fundamental de esa descomposición es el monopolio, negación del mecanismo mercantil de reproducción del capital). Incluso llegó a referirse a la existencia de una crisis general del capitalismo precipitada por la primera guerra mundial imperialista. Sin embargo, en el primer caso, se trata de una característica fundamental del régimen burgués desde inicios del siglo XX, una realidad de la que sólo la revolución proletaria mundial

triumfante podrá sustraerle; y Lenin siempre matizó que tal tendencia a la descomposición y al estancamiento monopolista no excluía ni mucho menos la posibilidad de un desarrollo económico y técnico incluso más rápido que en las condiciones anteriores (si bien más lento que si esas mismas fuerzas productivas socializadas se colocan bajo la dirección del proletariado revolucionario, como ha corroborado la pasada experiencia del socialismo). A esta característica **histórica**, se le añade otra de carácter coyuntural, **político**, como es la de la crisis general, indisociable del caos provocado por la guerra de 1914-1918; pero, a partir del año 1925 y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, el sistema ca-

Lenin contra el terrorismo individual

A finales del año, publica *Nuevos acontecimientos y viejos problemas*:

“... entre nuestros intelectuales —de orientación revolucionaria, pero sin vínculos asiduos ni sólidos con la clase obrera, y cuyas convicciones socialistas definidas no se asientan sobre recios fundamentos— han comenzado sin embargo a levantarse numerosas voces que expresan abatimiento y falta de fe en el movimiento obrero de masas por una parte, y por la otra preconizan la necesidad de volver a la vieja táctica de los asesinatos políticos individuales, como método de lucha política indispensable y obligado en los momentos actuales. En los pocos meses transcurridos desde los días de las manifestaciones de la temporada pasada, ha alcanzado ya a formarse entre nosotros el ‘partido’ ‘socialista revolucionario’, el cual comenta en voz alta que las manifestaciones ejercen un efecto desmoralizador, que ‘el pueblo, ¡ay!, no marcha bastante de prisa’, que es fácil, *naturalmente*, hablar y escribir acerca del armamento de las masas, pero que ahora hace falta aferrarse a la ‘resistencia individual’, sin desentenderse de la apremiante necesidad del terrorismo individual con gastados llamamientos a la eterna tarea (¡tan aburrida y ‘desprovista de interés’ para los intelectuales libres de la fe ‘dogmática’ en el movimiento obrero!) de desplegar la agitación entre las masas del proletariado y organizar el asalto de las masas.

Pero he aquí que en Rostov del Don estalla una de las huelgas que a primera vista parece más corriente y ‘cotidiana’, y da pie a acontecimientos que muestran con claridad cuán absurdo y perjudicial es el intento de los socialistas revolucionarios de restaurar el movimiento de ‘Naródniaia Volia’ [La Voluntad del Pueblo, grupo terrorista], con todos sus errores teóricos y tácticos. La huelga, que arrastró a miles de obreros y que había comenzado con reivindicaciones puramente económicas, no tardó en convertirse en un acontecimiento político, pese a la escasa participación de las fuerzas revolucionarias organizadas. Muchedumbres populares que llegan, según el testimonio de algunos participantes, a 20 ó 30 mil personas, realizan concentraciones políticas asombrosas por su seriedad y organización, en las que se leen y comentan con verdadera avidez las proclamas socialdemócratas, se pronuncian discursos políticos, los representantes más fortuitos e improvisados del pueblo trabajador explican las verdades más elementales del socialismo y de la lucha política, y se dan lecciones prácticas y ‘objetivas’ sobre cómo comportarse con los soldados y cómo dirigirse a ellos. Las autoridades y la policía pierden la cabeza

(¿tal vez, en parte, porque no confían en los soldados?) y durante varios días son impotentes para impedir que se organicen en las calles asambleas políticas de masas como jamás las había conocido Rusia. Y cuando, por último, entra en acción la fuerza militar, las masas le oponen porfiada resistencia, y la muerte de un camarada provoca al día siguiente una manifestación política que acompaña su cadáver* ... Pero los socialistas revolucionarios ven quizá las cosas bajo una luz distinta, y desde su punto de vista tal vez habría sido ‘más eficaz’ que los seis camaradas que cayeron en Rostov hubieran entregado su vida en atentados contra tales o cuales tiranos policiales.

Por nuestra parte, pensamos que sólo merecen el nombre de actos *verdaderamente revolucionarios* y capaces de infundir verdadero aliento a cuantos luchan por la revolución rusa, los movimientos de masas en los cuales el ascenso de la conciencia política y de la actividad revolucionaria de la clase obrera resulta patente para todos. No vemos en ello la tan cacareada ‘resistencia individual’, cuyos nexos con las masas se reducen a declaraciones verbales, a sentencias escritas, etc. Vemos la auténtica resistencia de las masas, y el grado de desorganización y de improvisación, el carácter espontáneo de esta resistencia, nos recuerdan cuán poco juicioso es empeñarse en exagerar las propias fuerzas revolucionarias, cuán criminal el menospreciar la tarea de mejorar cada vez más la organización y preparación de esa masa que realmente está luchando ante nuestros propios ojos. La única tarea digna de un revolucionario es aprender a elaborar, utilizar, tomar en sus manos el material que brinda sobradamente la realidad de Rusia, en lugar de disparar unos cuantos tiros para crear pretextos que estimulen a las masas y motivos para la agitación para la agitación y la reflexión políticas. Los socialistas revolucionarios no se cansan de alabar el gran efecto ‘agitativo’ de los asesinatos políticos, acerca de los cuales cuchichean a todas horas en las tertulias liberales y en las tabernas de la gente sencilla del pueblo. Para ellos, es poca cosa (¡ya sabemos que están libres de todos los estrechos dogmas de cualquier teoría socialista definida!) sustituir la educación política del proletariado (o por lo menos complementarla) por la *sensación* política. Por nuestra parte, *sólo* consideramos capaces de ejercer una acción real y seriamente ‘agitativa’ (estimulante), y no sólo estimulante, sino también (cosa mucho más importante), educativa, los acontecimientos que protagoniza la propia masa, que nacen de los sentimientos y estados de ánimo de ésta, y no son puestos en escena ‘con



pitalista tuvo nuevas oportunidades de recuperarse, por muy relativa que fuera esa recuperación. Concebir la época actual de transición al Comunismo como de "crisis general del capitalismo" sería correcto desde el punto de vista **histórico**, pero pretender que tal crisis es una realidad **política** que se sostiene ininterrumpidamente desde hace un siglo, es burlarse de la dialéctica ... y de los hechos. Esto es uno de los errores que favoreció el desarrollo del revisionismo contemporáneo (pues concilia con la tesis socialdemócrata del advenimiento de la bancarrota automática del capitalismo) y que el PCE(r) pretende aprovechar

Lenin contra el terrorismo individual

una finalidad especial' por tal o cual organización. Pensamos que cien asesinatos de zares juntos no producirán jamás un efecto tan estimulante y educativo como la participación de decenas de miles de obreros en concentraciones para discutir sus intereses vitales y la relación de éstos con la política, como esta participación en la lucha, que de veras *pone en pie* a nuevas y nuevas capas 'vírgenes' del proletariado, elevándolas a una vida política más consciente, a una lucha revolucionaria más amplia. Se nos habla de la desorganización del gobierno (que se ha visto forzado a sustituir a los señores Sipiaguin por los señores Pleve, y a 'reclutar' a su servicio a los peores rufianes), pero estamos persuadidos de que *sacrificar* un solo revolucionario, aunque sea a cambio de diez rufianes, sólo equivale a desorganizar nuestras propias filas, ya de por sí escasas, tan escasas, que no dan abasto para todo el trabajo que de ellas 'demandan' los obreros. Creemos que lo que verdaderamente desorganiza al gobierno son sólo aquellos casos en que las amplias masas verdaderamente organizadas por la misma lucha hacen que el gobierno se desconcierte, en que la gente de la calle comprende la legitimidad de las reivindicaciones presentadas por la vanguardia de la clase obrera, y en que comienza a comprenderlas inclusive una parte de las tropas llamadas a 'pacificar' a los revolucionarios; en que las acciones militares contra decenas de miles de hombres del pueblo van precedidas por vacilaciones de las autoridades, quienes carecen de posibilidades efectivas de saber a dónde conducirán esas acciones militares; en que la masa ve y siente en quienes caen en el campo de batalla de la guerra civil a sus hermanos y camaradas, y acumula nuevas reservas de odio y anhela nuevos y más decisivos encuentros con el enemigo. Aquí no es ya un rufián determinado, sino todo el régimen el que aparece como enemigo del pueblo, contra el cual se alzan, pertrechados con todas sus armas, las autoridades locales y las de Petersburgo, la policía, los cosacos y las tropas, para no hablar de los gendarmes y los tribunales que, como siempre, complementan y coronan toda insurrección popular.

La insurrección, sí. Aunque el comienzo de lo que parecía ser un movimiento huelguístico en una alejada ciudad provincial distaba mucho de ser un 'auténtica' insurrección, su continuación y su final traen involuntariamente a la mente la idea de una insurrección. El carácter trivial de los motivos que desencadenaron la huelga, y la pequeñez de las reivindicaciones presentadas por los obreros, no sólo proporcionaron particular relieve a la poderosa fuerza que

representa la solidaridad del proletariado —el cual en seguida se dio cuenta de que la lucha de los obreros ferroviarios era su causa común—, sino también a su capacidad de asimilar las ideas políticas y la propaganda política, y su disposición a defender con sus pechos, en abierto combate con las tropas, el derecho a una vida libre y a un libre desarrollo, que se han convertido ya en patrimonio común y elemental de todos los obreros que reflexionan. El comité del Don tenía razón mil veces cuando declaraba en la proclama 'A todos los ciudadanos', cuyo texto reproducimos más abajo, que la huelga de Rostov era el comienzo de la ofensiva general de los obreros rusos que exigían la libertad política. Ante acontecimientos de esta naturaleza comprobamos en verdad que la insurrección armada de todo el pueblo contra el gobierno autocrático va madurando no sólo como idea en la mente y en los programas de los revolucionarios, sino también como el *paso siguiente*, inevitable, natural y práctico del movimiento mismo, como resultado de la creciente indignación, de la creciente experiencia y la creciente audacia de las masas, a quienes la realidad rusa se encarga de suministrar tan valiosas enseñanzas, tan magnífica educación.

Paso inevitable y natural, he dicho, y me apresuro a añadir: *siempre que* no nos permitamos apartarnos ni un paso de la tarea urgente de ayudar a estas masas, que van poniéndose ya de pie, a actuar con más audacia y más unidades; de suministrarles, no dos, sino docenas de oradores de calle y dirigentes; de crear una auténtica organización de combate capaz de orientar a las masas, y no una supuesta 'organización de combate' que oriente (suponiendo que oriente a alguien) a las individualidades inaprehensibles. Es indiscutible que se trata de una tarea difícil, hay que decirlo, pero podemos con entera justicia adaptar las palabras de Marx, que tantas veces y con tan poca fortuna se cita en los últimos tiempos, y afirmar: 'Cada paso de movimiento *real* vale por docenas' de atentados y resistencias individuales, es más importante que cientos de organizaciones y 'partidos' puramente intelectuales.' (tomo VI, págs. 306 a 310)

(*) La descripción de este movimiento de masas no puede por menos que recordarnos las valientes luchas de Seattle, Gotemburgo, Génova, etc., porque es esencialmente idéntico, en oposición a lo que propugnaban los socialistas revolucionarios rusos de entonces y lo que defienden los actuales partidarios del "nuevo movimiento de resistencia" en Europa, al estilo Baader-Meinhoff, Brigadas Rojas, Grapo, etc.

para justificar su amplia "revolución" antifascista con detonante terrorista¹².

Resumiendo, es cierto que el régimen burgués contemporáneo nos pone mucho más difícil a los comunistas la preparación revolucionaria del proletariado; pero, ni es imposible ni existe otro camino para esa preparación que empezar por desarrollar la conciencia socialista de los obreros por medio de una correcta propaganda unida a la experiencia que vayan adquiriendo éstos sobre la base de su propio movimiento de resistencia, principalmente político¹³.

2.2- Fascismo versus democracia imperialista

Continuemos con la exposición del camarada V. Ferrer, que vuelve a dar otro salto mortal para identificar el régimen político burgués imperialista con el fascismo:

"Es de esta manera como se dieron las condiciones para la aparición del fascismo que pone fin a los restos que quedaban de las formas económicas y políticas propias del liberalismo económico del siglo XIX. El fascismo es la respuesta a nivel internacional del capital financiero ante el triunfo de la Revolución de Octubre y ante los progresos revolucionarios de la clase obrera. La oligarquía implanta un férreo control sobre todos los sectores económicos y sociales y un régimen político policiaco o de terror abierto sobre las masas, por lo que determinadas tácticas del movimiento revolucionario en función del *momento*, sólo pueden variar dentro de ese margen de férreo dominio del capital". (pág. 24)

¹² Mucho más correcta resulta esta otra aseveración del Programa del PCE(r), según la cual el sistema capitalista, en la etapa imperialista, tiende "al fascismo, al militarismo, a la reacción abierta en general, lo que aboca a la sociedad burguesa a una profunda crisis revolucionaria". (pág. 25) Aunque debería subrayar que lo último no se gestará espontáneamente y que exigirá la educación revolucionaria de las masas por parte de una vanguardia realmente comunista.

¹³ "... los llamamientos al terror, así como los llamamientos a que se imprima a la lucha económica misma un carácter político [sindicalismo ideológico], representan distintas formas de *esquivar* el deber más imperioso de los revolucionarios rusos: organizar la agitación política en todos sus aspectos. (...) unos se precipitan en busca de 'excitantes' artificiales, otros hablan de 'reivindicaciones concretas'. Ni los unos ni los otros prestan suficiente atención al desarrollo de *su propia actividad* en lo que atañe a la agitación política y a la organización de las denuncias políticas. Y ni ahora ni en ningún otro momento se puede *sustituir* esto por nada". (V. I. Lenin. *¿Qué hacer?*, págs. 77 y 78. Ed. Progreso)

En realidad, no sólo el fascismo pone fin a las formas políticas decimonónicas; el imperialismo lo ha hecho incluso allí donde no necesitó recurrir al fascismo: Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc. Porque no es cierto que el fascismo fuese la "respuesta internacional" a los progresos del movimiento proletario revolucionario; fue la respuesta únicamente en unos países donde la burguesía no podía mantener su dominio de otro modo, bien debido a una crisis revolucionaria interna o bien a que su desarrollo imperialista fuese impedido por la falta de colonias o mercados exteriores (la Alemania derrotada en la Primera Guerra Mundial). En los demás países, la oligarquía financiera consiguió implantar su férreo control sobre la población sin necesidad de un "régimen político policiaco o de terror abierto", recurriendo a formas represivas generalmente encubiertas y menos burdas, aunque desde luego crecientes y superiores a las del siglo XIX.

V. Ferrer entiende que

"... para *La Forja* no existe gran diferencia entre las democracias burguesas premonopolistas y las actuales; para ellos lo único que cambia es la táctica de la burguesía en función de cada situación concreta. Esto, junto a que nos reprochan que 'idealizamos' el régimen burgués del siglo XIX son sus únicos argumentos en esta cuestión". (pág. 24)

La crítica del régimen político actual, en contraste con la exaltación de la democracia anterior (siglo XIX o república democrática española), sin destacar el carácter de dictadura burguesa contra los trabajadores que comparten ambas formas estatales, junto a la reivindicación inmediata de unas "elecciones libres a unas Cortes Constituyentes" en lugar de la revolución socialista y la dictadura del proletariado, ¿acaso no es eso idealización del pasado?, ¿acaso no desprende todo eso cierto tufillo reaccionario pequeñoburgués? El proletariado revolucionario estudia el pasado, la evolución de las cosas hasta el presente, pero no lo hace para suspirar por lo que fue o lo que pudo ser, sino para mejor combatir por un futuro radicalmente nuevo.

En cuanto a la "gran diferencia" que, según el PCE(r), revela la evolución de la democracia capitalista, nosotros sostenemos *primeramente*, con Lenin, que "Los Estados burgueses tienen las formas más variadas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados, cualquiera que sea su forma, en última instancia, son inevitablemente la **dictadura de la burguesía**". Asimismo, que "Democracia para una minoría insignificante, democracia para los ricos: esa es la democracia de la sociedad capitalista" (nunca es democracia para las masas explotadas). Y que "La república democrática

Lenin contra el terrorismo individual

A principios de 1905, con la insurrección armada del pueblo a punto de estallar, Lenin escribe lo siguiente en su artículo *La autocracia y el proletariado*:

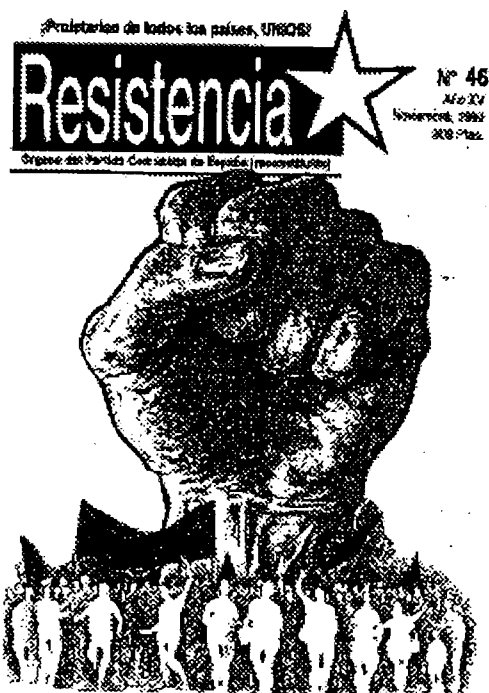
"Hay que distinguir entre las causas profundas, que originan de un modo inevitable e incontenible —y con fuerza cada vez mayor a medida que pasa el tiempo— la oposición y la lucha contra la autocracia, y los pequeños motivos determinantes de una pasajera agitación liberal. Las causas profundas provocan movimientos populares hondos, poderosos y tenaces. Los pequeños motivos son, a veces, un cambio de personas en el gabinete ministerial, o los habituales

intentos del gobierno, de pasar por breve tiempo a la política 'de la zorra astuta', después de un acto de terrorismo. Es indudable que el asesinato de Pleve [ministro del interior y sanguinario represor ejecutado por un socialista revolucionario de izquierda] costó a la organización terrorista tremendos esfuerzos e implicó una larga preparación. Y el éxito mismo de este acto terrorista destaca en forma más notable la experiencia de toda la historia del movimiento revolucionario en Rusia, que nos previene contra métodos de lucha como el terror. El terrorismo ruso ha sido y sigue siendo un método de lucha específicamente intelectualista. Y por

es la mejor envoltura política posible para el capitalismo; y, por lo tanto, una vez que el capital logra dominar ... esta envoltura óptima, instaura su poder con tanta seguridad, con tanta firmeza, que **ningún** cambio de personas, de instituciones o partidos en la república democrática burguesa puede conmoverlos"¹⁴.

En segundo lugar, sí que reconocemos las diferencias "entre las democracias burguesas premonopolistas y las actuales" y **también** entre las formas fascistas y democráticas del Estado imperialista, cosa que no saben apreciar los de *Antorcha* (mejor dicho, hablan de fascismo abierto y de fascismo encubierto, pero al final ponen un signo de igualdad entre ambos, mientras los contraponen absolutamente a las democracias premonopolistas).

En tercer lugar, a nuestro juicio, lo que cambia en el caso primero es el grado de evolución del capitalismo y de la burguesía (de la libre competencia progresiva al monopolio reaccionario); y, en el caso segundo, nos reafirmamos en que "lo único que cambia es la táctica de la burguesía en función de cada situación concreta".



Resistencia, Órgano Central del PCE(r)

¹⁴ V. I. Lenin. *El Estado y la revolución*, págs. 36, 90 y 14 respectivamente, tomo 33, Obras Completas, Ed. Progreso.

Y, en cuarto lugar, denunciamos al PCE(r) por ampararse en esas modificaciones del mismo régimen capitalista, no sólo para revocar los principios marxistas-leninistas de la táctica (sustituyéndolos por el terrorismo individual y el boicot absoluto a las instituciones reaccionarias seguidas **aún** por las masas, salvo cuando respaldan a la dirección pequeñoburguesa de Euskal Herritarrok), sino incluso para justificar una estrategia reformista que subordina el objetivo principal del socialismo al derrocamiento del "régimen fascista".

Por todo eso, resulta un auténtico sofisma confundir el problema de la evolución histórica del Estado burgués con el de los cambios de forma del mismo, como hace V. Ferrer en la siguiente pregunta:

"¿Se puede retroceder del fascismo a la democracia parlamentaria burguesa propia del estadio premonopolista del capitalismo? Obviamente, para *La Forja* eso es muy posible y para demostrarlo pone como ejemplo la transición española del fascismo a la democracia". (pág. 24)

Y, acto seguido, se siente obligado a matizar:

"Esto no quiere decir que el régimen fascista español se haya mantenido sin reformar, desde que fue implantado sobre los escombros de la república democrática en 1939". (pág. 24)

¡Con qué desnudez adjetivan estas camaradas como "democrática" a la Segunda República española! ¡Es realmente enternecedora esa disculpa de su carácter de clase! Y los "escombros", la destrucción, ... ¿No pretenderán hacernos comulgar con que el Estado burgués español —que adoptó una forma republicana entre 1931 y 1939— fue **destruido**, reducido a "escombros", por el fascismo? Pese a la ingenuidad de los nostálgicos, lo cierto es que nos oprime el **mismo aparato** de Estado que entonces y que anteriormente aun: el grueso del ejército, de las fuerzas represivas interiores y más de la mitad de la burocracia (hasta de la legislación) de la República Democrática, lejos de ser destruidos, se transmutaron sin más en fascistas. Y la minoría que se les opuso entabló una guerra, junto a las masas populares, pero con fines muy distintos a éstas: la diferencia fundamental entre ambos sectores del aparato estatal era si se debía frenar la revolución en ascenso por las buenas o por las malas.

El PCE(r), aunque por la izquierda, sigue la tradición de toda esa democracia pequeñoburguesa —revisionistas incluidos— que reaccionó con tal pánico a la apuesta fascista del capital monopolista que renunció al criterio de clase, para sustituir la oposición de socialismo-capitalismo por la de democracia-fascismo. En el caso que aquí nos ocupa, relegan la revolución socialista, priorizando la sustitución del "fascis-

Lenin contra el terrorismo individual

mucho que se nos diga en cuanto a la importancia del terror, no en sustitución del movimiento del pueblo, sino combinado con él, los hechos demuestran de manera irrefutable que, en nuestro país, los asesinatos políticos individuales nada tienen que ver con las acciones violentas de una revolución popular. En la sociedad capitalista un movimiento de masas sólo es posible como movimiento de clase de los obreros. En Rusia, este movimiento se desarrolla de acuerdo con sus leyes propias e independientes, sigue su propio camino, se ahonda y se extiende, y pasa de la calma pasajera a un nuevo ascenso. La marea liberal, en cambio, sube y

baja en estrecha relación con el estado de ánimo de los diferentes ministros, cuyo remplazo es acelerado por las bombas. Por eso, nada tiene de extraño que en nuestro país se registren con tanta frecuencia manifestaciones de simpatía hacia el terrorismo entre los representantes radicales (o que muestran una actitud radical) de la oposición burguesa. Tampoco tiene nada de extraño que entre los intelectuales revolucionarios se entusiasmen con el terrorismo (por mucho tiempo o por un instante) quienes no creen en la vitalidad y la fuerza del proletariado ni en la lucha de clase del proletariado." (tomo VIII, págs. 10 y 13)

mo" imperante por la República Democrática y Popular. Pero, como cree el ladrón que todos son de su condición, resulta que, según ellos, somos nosotros los oportunistas en esta cuestión, aunque eso les lleve a sostener una auténtica temeridad que deja desarmadas a las masas populares:

"Cuando hablamos del fascismo, a todos los oportunistas se les pone la *came de gallina*: no quieren reconocer la realidad, sólo quieren ver el fascismo en las formas del nazismo alemán, del fascismo italiano, del franquismo español y otras formas calcadas de éstas. Pero esas formas hace tiempo que han sido arrojadas por los mismos imperialistas al basurero de la historia". (pág. 25)

Y a continuación, citan diversas instituciones actuales para demostrar que los capitalistas ya no necesitan aquellas formas para negar esa democracia burguesa idealizada por los de *Antorcha*. Por mucho que ahora no las necesiten, eso no quiere decir que no lo hagan en un futuro, y eso es lo que debe destacar un Partido Comunista para mostrar la continuidad de la dictadura burguesa bajo esas diversas formas, para poner sobre aviso a las masas y para que a nadie más le entre el pánico con el cambio de forma de dominación hasta el punto de rebajar los objetivos estratégicos del proletariado. Eso es lo que ha hecho el PCE(r), y es natural que no pueda comprender este requisito político.

Al mismo tiempo que denunciamos la opresión burguesa en cualquiera de sus formas, los comunistas debemos también aprovechar los resquicios que se abren para nuestro trabajo revolucionario, cuando la oligarquía financiera cambia a una táctica más disimulada de dominación. Y es un hecho cierto que del franquismo para acá, han mejorado relativamente las posibilidades legales para nuestro trabajo con las masas: derechos de expresión, de manifestación, de huelga, de organización, etc. Por supuesto que sería un crimen deducir de eso —como hacen los revisionistas de derecha— que hemos conquistado la "democracia", que los trabajadores ya no están sometidos a la dictadura de sus explotadores y que no procede prepararse para la guerra revolucionaria. Pero tan criminal es negar la existencia de condiciones políticas legales para el trabajo comunista, con el fin de justificar una

línea que conduce a cientos de revolucionarios a una actividad armada rechazada de continuo por las masas y que acaba arrojándolos en vano a las mazmorras del enemigo de clase.

2.3- Tergiversando a Engels (según la escuela socialdemócrata)

Antes de proseguir con la cuestión de los medios de lucha, vale la pena censurar la manera en que los ideólogos del PCE(r) tratan los textos de los clásicos del marxismo-leninismo, instrumentalizándolos para encubrir sus desviaciones. No contentos con tergiversar a Mao Tse-tung para justificar la lucha armada *ab ovo* bajo el fascismo¹⁵, lo hacen ahora burdamente con Engels:

"¿Está reconocido en la constitución monárquico-fascista, el derecho a la revolución o a la resistencia, del que Engels dijo que es el único derecho en el que descansan todos los Estados modernos sin excepción?. ¿no es esta afirmación de Engels la prueba más concluyente de lo lejos que estamos de aquellos Estados democrático-burgueses del siglo XIX? Cuando Engels habla de las posibilidades que ofrecían las leyes e instituciones burguesas, «para luchar contra esas mismas leyes e instituciones», ¿no se está refiriendo al régimen democrático?" (pág. 25)

¡Henos aquí a Engels convertido en defensor de la democracia burguesa decimonónica! Más de un siglo después, los del PCE(r) toman el relevo de la socialdemocracia oportunista alemana para tergiversarle (se trata de su introducción a la obra de Marx "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850"). En aquel entonces, Engels se quejaba así: "Hoy he visto en *Vorwärts* un extracto de mi Introducción, publicado *sin mi consentimiento* y arreglado de tal modo que aparezco como un pacífico adorador de la legalidad a toda costa".

Nuestros reformistas armados necesitan ahora dar pábulo a esta versión para "demostrar" que, si la democracia del siglo XIX se ha transformado en su contrario, han caducado entonces los medios de lucha que ensalzaba Engels para

¹⁵ Véase *La Forja* n.º 18, págs. 34 a 36.

Lenin contra el terrorismo individual

Después del Domingo Sangriento (9 de enero) e iniciada la insurrección, Lenin explica en su artículo *Un acuerdo de lucha para la insurrección*:

"El terrorismo de la intelectualidad y el movimiento obrero de masas *aparecían separados lo cual hacía que ambos carecieran de la fuerza necesaria*. Precisamente esto es lo que siempre dijo la socialdemocracia revolucionaria. Y por ello luchó siempre, no sólo contra el terrorismo, sino también contra la propensión al terrorismo que más de una vez revelaron los representantes del ala intelectual de nuestro partido. Por ello se manifestaba la vieja *Iskra* contra el terrorismo cuando publicaba en el núm. 48: 'La lucha terrorista *a la manera antigua* era la forma más arriesgada de la lucha revolucionaria, y los hombres que la practicaban tenían fama de ser combatientes intrépidos y abnegados [...] Pero ahora que las manifestaciones se convierten en una resistencia abierta contra el poder público [...] el viejo terrorismo ha dejado de ser un método de lucha que requiera una valentía excepcional [...] El heroísmo ha salido ahora

a la plaza pública: los verdaderos héroes de nuestro tiempo son, hoy, los revolucionarios que se colocan a la cabeza de la masa del pueblo que se ha rebelado contra sus opresores [...] El terrorismo de la gran revolución francesa [...] comenzó el 14 de julio de 1789, con la toma de la Bastilla. Su fuerza era la fuerza del movimiento revolucionario del pueblo [...] *Ese* terrorismo no surgió porque la gente se sintiera decepcionada de la fuerza del movimiento de masas, sino, al contrario, porque creía inconmoviblemente en su fuerza [...] La historia de *ese* terrorismo es extraordinariamente aleccionadora para los revolucionarios rusos.'

¡Sí, una y mil veces sí! La historia de *ese* terrorismo es extraordinariamente aleccionadora. Y también lo son las citas tomadas de *Iskra*, procedentes de año y medio atrás. Estas citas nos exponen en toda su magnitud las ideas a que podrían llegar también los socialistas-revolucionarios bajo la influencia de las enseñanzas revolucionarias. Nos recuerdan la importancia de la *fe* en el movimiento de masas; nos recuerdan la firmeza revolucionaria que sólo se logra me-



preparar la revolución.

Pero, ¿qué dice realmente Engels en dicha *Introducción*? Señala que han caducado las formas en que se desarrollaron los procesos revolucionarios anteriores, tanto en cuanto a sus actores como en relación con la táctica y la lucha pasiva de barricadas. Defiende la necesidad de una acumulación pacífica de fuerzas proletarias y campesinas utilizando el sufragio universal, de suerte que la burguesía se ve obligada a romper con su propia legalidad, situándose así la revolución en un nivel superior de madurez y capacidad. Reproducamos algunos fragmentos muy aleccionadores:

“... con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. (...) Y así se dio el caso de que la burgue-

sía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales. (...) ¿Comprende el lector, ahora, por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sables? ¿Por qué hoy nos acusan de cobardía porque no nos lanzamos sin más a la calle, donde sabemos que nos aguarda la derrota? (...)”¹⁶

La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trata de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. (...) El trabajo lento de propaganda y la actuación parlamentaria se han reconocido también aquí [en la Francia de las revoluciones.— *nota de LF*] como la tarea inmediata del partido. (...)

La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros los ‘revolucionarios’, los ‘elementos subversivos’, prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos. (...) Y si no *somos* tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos.”¹⁷

Pero como el PCE(r) es incapaz de comprender la diferencia entre el plano político y el histórico, considera que éste es ya un hecho consumado hoy (el fascismo), debido a lo cual podemos pasar sin más a la lucha armada.

¹⁶ Es con idéntica intención que, por ejemplo, la policía infiltró a sus provocadores “rompe-escaparates” en la reciente manifestación antiglobalización de Barcelona.

¹⁷ Marx y Engels. *Obras Escogidas*, tomo I, págs. 125 a 132.

Lenin contra el terrorismo individual

dante la consecuencia en los principios y que es lo único que puede precavernos contra las ‘decepciones’ producidas por una prolongada paralización *aparente* del movimiento. Ahora, después del 9 de enero, resulta imposible a primera vista, sentirse ‘decepcionados’ del movimiento de masas. Pero sólo es a primera vista. Hay que distinguir entre la ‘fascinación’ momentánea producida por el admirable heroísmo de la masa, y la convicción firme y profundamente meditada que une en forma indisoluble toda la actividad del partido con el movimiento de masas, dada la fundamental importancia que se asigna al principio de la lucha de clases. No debe olvidarse que el movimiento revolucionario, por elevado que sea el nivel que pueda haber alcanzado después del 9 de enero, tendrá que recorrer todavía muchas etapas hasta que nuestros partidos socialistas y democráticos resurjan sobre nuevas bases en una Rusia libre. Y debemos saber mantener en alto, a lo largo de todas estas etapas y a través de todas estas vicisitudes de la lucha, los vínculos indisolubles entre la socialdemocracia y la lucha de clases

del proletariado, y velar para que dichos vínculos se fortalezcan y afiancen continuamente.

(...) El asesinato de Serguei [gran príncipe, tío del zar y ultrarreaccionario, ajusticiado por un socialista revolucionario], llevado a cabo en Moscú el 17 (4) de febrero, cuya noticia telegráfica acaba de recibirse, es, evidentemente, un acto terrorista de la vieja escuela. Los pioneros de la lucha armada *aún no* han sido absorbidos por las filas de la masa excitada. No cabe duda de que fueron esos pioneros los en Moscú arrojaron las bombas contra Serguéi, en los momentos en que la masa (en Petersburgo) sin pioneros, sin armas, sin mandos ni estado mayor revolucionarios, ‘se lanzaba con furiosa ira contra la afiladas puntas de las bayonetas’, ... El divorcio del que hablamos más arriba *sigue existiendo*, y la ineficacia del terrorismo individual, intelectualista, se percibe con tanta mayor claridad, pues ahora todo el mundo se da cuenta de que ‘la masa se ha puesto a la altura de los héroes individuales, de que ha despertado en ella el heroísmo de masa’ ...” (tomo VIII, págs. 160 a 162)

Veamos ahora qué dice Engels sobre ese "derecho a la revolución" que, según estos camaradas, nos reconocía la burguesía del siglo XIX:

"... el derecho a la revolución es el único 'derecho' realmente 'histórico', el único derecho en que descansan todos los Estados modernos sin excepción. ... El derecho a la revolución está ... incommoviblemente reconocido en la conciencia universal ..."¹⁸

Engels no está diciendo que el derecho a la revolución esté **formalmente** reconocido en la legislación burguesa (además, lo pone entre comillas), sino que se refiere al hecho de que todos los Estados modernos (burgueses) son obra de revoluciones recientes, y por eso la conciencia de las masas admite como natural el fenómeno de las revoluciones, a diferencia de hoy. Ni mucho menos se trata, como viene a sostener *Antorcha*, de que la burguesía diga al proletariado: "Nosotros hemos tomado el poder por medio de revoluciones, así que os invitamos a que nos desplacéis del mismo por ese mismo procedimiento, desde ahora convertido en derecho".

En conclusión, cuando la burguesía se vea obligada a romper su legalidad ante la fuerza que la clase obrera ha acumulado por medios principalmente pacíficos, habrá llegado la hora de la lucha armada para el partido proletario. Esto es lo que sostiene Engels, el cual no puede dar la razón a la táctica del PCE(r) sencillamente porque se trata de una táctica contraria al marxismo.

3- Los medios de lucha

3.1- Negación de los medios legales y pacíficos

Tratando de razonar la táctica terrorista de su organización, el camarada V. Ferrer incurre en una identificación simplista, antidialéctica y anarquista de fines y medios:

"Si aspiramos a conquistar un lugar al sol del sistema, por más estandartes o eslógans comunistas que portemos, no podremos traspasar los límites que nos marca el Estado y utilizaremos los medios legales y pacíficos. Si, por el contrario, lo que pretendemos es destruir hasta sus cimientos el régimen fascista y monopolista, no nos queda más remedio que enfrentarlo desde el comienzo e ir organizando al proletariado en la lucha más resuelta, al tiempo que intentamos convertirnos en una pesadilla para el Estado, aplicando las formas de organización y los procedi-

mientos de lucha revolucionaria que corresponden a nuestras condiciones y que resultan más adecuados a nuestros fines: la clandestinidad se antepone a la *legalidad* y la lucha de resistencia a las formas ya asimiladas o controladas por el sistema y relegadas, de hecho, por el propio movimiento de masas". (pág. 26)¹⁹

La trampa principal de este razonamiento está en la supuesta asimilación o control burgués de las **formas** legales de lucha y su abandono por las masas: ¿Se debe dicho fenómeno a esas formas **en sí** o, muy al contrario, a que esas formas se vienen poniendo al servicio de unos **contenidos** reformistas? Porque tampoco puede afirmarse que haya progresado la revolución española porque el PCE(r) haya empleado formas ilegales. Y esto, por la sencilla razón de que su política es, asimismo, reformista (también, en segundo lugar, por su aversión fetichista a las formas legales, que también pueden ser útiles a la causa revolucionaria).

El enfoque del camarada Ferrer sigue la línea unilateral y, por tanto, errónea del *Manifiesto-Programa* del PCE(r) por él citado así:

«Los actuales Estados capitalistas, en virtud de las experiencias que han ido acumulando, no permitirán al movimiento obrero revolucionario acumular y concentrar sus fuerzas de manera pacífica, ya que estos Estados son la contrarrevolución organizada permanentemente. Hoy no nos encontramos en la época de la libre competencia económica y de la dictadura democrático-burguesa, cuando todavía le era posible a la clase obrera organizarse y utilizar las instituciones burguesas para 'luchar contra esas mismas instituciones', tal y como señaló Engels.

¹⁹ Este punto de vista que hace depender lo reformista o lo revolucionario de los medios de lucha (legales o ilegales, respectivamente) es perdonable en militantes inmaduros, pero no en comunistas que pretenden conocer a sus clásicos. Así, por ejemplo, Stalin no puede ser más claro: "Es preciso señalar que el camino de las reformas, el camino constitucional, no excluye en modo alguno las 'acciones revolucionarias' ni la 'lucha revolucionaria'. No son las 'acciones revolucionarias' en sí lo que debe considerarse decisivo al determinar si el carácter de tal o cual partido es revolucionario o reformista, sino las tareas y los objetivos políticos en cuyo nombre se emprenden y utilizan por los partidos. En 1906, después de la disolución de la primera Duma, los mencheviques rusos proponían, como es sabido, organizar una 'huelga general' e incluso una 'insurrección armada'. Pero ello no impidió en lo más mínimo que continuasen siendo mencheviques. Porque ¿para qué proponían todo eso? Naturalmente, no era para aplastar el zarismo y organizar la victoria completa de la revolución, sino para 'presionar' al gobierno zarista, con objeto de obtener una reforma, con objeto de ampliar la 'Constitución', con objeto de que se convocase una Duma 'mejorada'. " (J. V. Stalin, *Obras*, tomo 7, pág. 224, Editorial VOSA) Cualquier parecido con la línea política del PCE(r) ... ¿es sólo mera casualidad?

¹⁸ *Ibid.*, pág. 130.

Lenin contra el terrorismo individual

Por los mismos días, Lenin escribe así en su artículo *¿Debemos organizar la revolución?*:

"(...) Armar al pueblo con la ardiente necesidad de armarse constituye una tarea permanente y general de la socialdemocracia, valedera siempre y en todas partes, y lo mismo es aplicable en Japón que en Inglaterra, en Alemania tanto como en Italia. Dondequiera que existan clases oprimidas y en lucha contra la explotación, la propaganda socialista las pertrecha siempre, y ante todo, con la ardiente necesidad de armarse, y esta 'necesidad' existe ya cuando

se inicia el movimiento obrero. La socialdemocracia sólo tiene la misión de convertir esta ardiente necesidad en una necesidad consciente, para que quienes la sienten reconozcan la necesidad de organizarse y actuar de acuerdo con un plan y aprendan a tomar en cuenta toda la situación política. Fíjese, por favor, señor redactor de *Iskra*, en cualquier mitin de los obreros alemanes: vea qué odio, digamos contra la policía, enciende los rostros, qué sarcasmos henchidos de ira menudean, cómo se cierran los puños. Pues bien, ¿cuál es la fuerza que refrena a esta ardiente necesidad de

La implantación de formas de poder de tipo fascista y policíacas en la casi totalidad de los países capitalistas ha terminado por arruinar y hacer inútiles los viejos métodos de lucha pacífica y parlamentarios, lo que por otra parte no ha impedido que hayan surgido y se vayan implantando otros métodos nuevos». (pág. 26)

Ya hemos contestado a todo eso que 1º) es cierto que la burguesía imperialista tiende a la reacción pero que su dictadura es a la vez una alianza de clase, que los explotadores no **pueden** todo lo que **quieren**; 2º) asimismo, pese a actuar en la etapa monopolista del capitalismo, Lenin siempre se opuso a dar por superados los medios pacíficos y parlamentarios de preparación revolucionaria²⁰; y 3º) no han caducado tales formas sino que se ha desenmascarado el revisionismo reformista, y las masas han ido repudiado más y más el contenido y los fines que éste les transmite a través de los medios pacíficos y parlamentarios.

Para los ideólogos del PCE(r), los "nuevos métodos de lucha" que corresponden a la etapa imperialista del capitalismo —no sólo en lo estratégico, sino en lo táctico, o sea, en todo momento y circunstancia— son los métodos ilegales y militares²¹. Y para avalar su apuesta, no tienen reparos en

²⁰ "De que el parlamento se convierta en el órgano y 'centro' (dicho sea de paso, nunca ha sido ni ha podido ser en realidad el 'centro') de la contrarrevolución y de que los obreros creen los instrumentos de su Poder en forma de Soviets, se desprende que los trabajadores deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los Soviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los Soviets. Pero de esto no se deduce en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada, o no sea facilitada, por la presencia de una oposición soviética en el seno de un parlamento contrarrevolucionario. (...) la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, ... acredita la singular utilidad que representa en tiempos de revolución combinar la acción de masas fuera del parlamento reaccionario con una oposición simpatizante de la revolución (o mejor aún, que la apoya francamente) dentro de ese parlamento." (V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, capítulo VII)

"La crítica —la más violenta, implacable e intransigente— debe dirigirse no contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben —y más aún contra los que no quieren— utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna parlamentaria a la manera revolucionaria, a la manera comunista." (*Ibidem*)

²¹ No es correcto identificar las actividades ilegales con las militares. Por ejemplo, bajo las condiciones actuales —en que la ruptura de las hostilidades, la elevación de la lucha de clases hasta su forma armada, no es conveniente para la causa revolucionaria—, existe una tarea ilegal que es imprescindible realizar desde ahora: propugnar la necesidad de la insurrección y de la Guerra Popular en general. La diferencia entre la propa-

tergiversar esta vez a Lenin. Todas las aseveraciones tácticas de su artículo *La guerra de guerrillas* son sacadas fuera del contexto de una revolución armada **de masas** en curso, como es la rusa de 1905-07, y convertidas en **nueva verdad absoluta** que se enfrenta al pensamiento anterior del líder bolchevique y que eclipsa al posterior.

"Que conste que Lenin dirige esta obra contra los que sólo reconocen como válidas las formas de lucha pacíficas y califican de «terrorismo» la lucha guerrillera, es decir contra los que renuncian a **sintetizar, organizar y hacer conscientes los nuevos métodos de defensa y ataque**. Y bien, ¿cuáles son esos nuevos métodos de defensa y ataque?, ¿cuál es la lucha de masas en curso?, ¿son acaso el parlamentarismo y el sindicalismo amarillento; o son, más bien, la guerrilla acompañada de la lucha callejera, los sabotajes, las huelgas fuera del control de los sindicatos, el boicot al régimen, y otras muchas formas de lucha democrática que se desarrollan al margen de la legalidad? Estas nuevas formas que se han abierto paso y que incluyen la lucha armada organizada, son las que nuestro Partido encuadra en lo que ha calificado como «**movimiento de resistencia**». (pág. 26)

Sin duda, ha llegado el momento de poner sobre el tapete la verdadera posición de Lenin sobre la cuestión del terrorismo individual, a qué se refería por tal, qué rechazaba de él y en qué circunstancias. Esto es lo que publicamos adjunto al presente artículo.



Insurrección de 1919 en Berlín

ganda y la **práctica** de la lucha armada es lo decisivo, en este campo, para desarrollar con éxito la contradicción entre la vanguardia y las masas proletarias hacia la Revolución Socialista.

Lenin contra el terrorismo individual

acabar inmediatamente con los burgueses y sus lacayos, que se burlan del pueblo? Es la fuerza de la organización y de la disciplina, la fuerza de la conciencia, la conciencia de que los asesinatos individuales carecen de sentido, de que aún no ha sonado la hora de la lucha popular revolucionaria seria, de que no se da todavía la coyuntura política propicia. Por eso los socialistas en esas circunstancias, no dicen ni dirán jamás al pueblo: ¡consigan armas!, pero en cambio lo pertrechan y pertrecharán siempre (de otro modo no serían socialistas, sino vacuos charlatanes) con la ardiente necesi-

dad de armarse y de atacar al enemigo. Pero las condiciones actuales de Rusia son diferentes de las circunstancias de labor cotidiana que acabamos de mencionar. Por lo tanto, los socialdemócratas revolucionarios que hasta ahora jamás gritaron ¡a las armas!, pero que siempre procuraron pertrechar a los obreros con la ardiente necesidad de armarse; por lo tanto, todos los socialdemócratas revolucionarios han lanzado *ahora* la consigna de *¡a las armas!*, siguiendo la iniciativa de los obreros revolucionarios. (...) (tomo 8, págs. 172 y 173)

Pero, contestemos a la pregunta que estos camaradas nos dirigen. Lenin se refiere a los nuevos métodos de defensa y ataque **que practican las masas**. Esa guerrilla terrorista que defiende el PCE(r) no tiene carácter de masas y los nuevos métodos de defensa y ataque que actualmente emplean las masas todavía están muy por debajo del grado de confrontación violenta que representa aquélla, de suerte que carece del apoyo de éstas (por mucho que ellos se engañen y pretendan engañarnos a los demás con la creencia de que es tal el apoyo de las masas que consigue "... mantenerse e ir en ascenso la lucha de resistencia y el combate guerrillero" (pág. 28)). Y no les va a salvar ese truco demagógico de esconder su actividad armada entre el conjunto de medios de lucha más avanzados que sí practican masas del proletariado, con el fin hacer pasar por legalista y reformista toda crítica revolucionaria de su labor terrorista.

3.2- La historia como dogma

Examinemos ahora cómo responden a la crítica que les dirigimos, en cuanto a que confunden los planos histórico y político a la hora de determinar la táctica. V. Ferrer responde de manera bastante confusa e incluso contradictoria²². Sin embargo, trataremos de extractar las ideas clave de su argumentación al respecto:

En primer lugar, nos acusa de cometer el error opuesto, es decir, que evitamos "establecer cualquier relación" en-

²² Llega incluso a reproducir un comentario nuestro, con dos erratas muy pequeñas, pero que invierten completamente su significado: donde decíamos que "... Lenin hace depender del desarrollo **real** de los movimientos de masas, no sólo la 'batalla decisiva', sino incluso la guerra de guerrillas", él cita que "... hace depender el desarrollo **real** de los movimientos de masas, no sólo de la 'batalla decisiva', sino incluso de la guerra de guerrillas". O sea que estos camaradas están tan condicionados por su dogma del terror como estímulo del movimiento de las masas que les cuesta incluso reproducir fielmente el punto de vista leninista, que es el contrario, a saber: que los medios de lucha que emplea el Partido Comunista en cada momento no deben rebasar el nivel de conciencia de las masas proletarias, hasta el punto de provocar su rechazo.

Más adelante, vuelven a reproducir defectuosamente nuestra opinión: les criticamos la "... utilización de la lucha armada atendiendo a razones histórico-estratégicas, y no a motivos político-tácticos ..." (pág. 28), pero V. Ferrer olvida incluir ese "no" en la cita. Así, no hay forma de que el lector de *Antorcha* pueda hacerse una idea cabal de lo que pensamos, ni podrá entender los puntos de controversia en un debate que atañe a todo el proletariado revolucionario.

tre esos dos planos. Esto, en lo fundamental, no es justo: por ejemplo, apoyándonos en la evolución histórica de la lucha de clases, hemos criticado la creencia de que la conquista del poder podrá realizarse reduciendo la actividad armada a una simple insurrección concebida como un solo acto²³. No obstante, es cierto que nos queda mucho por estudiar al respecto y por aprender de la práctica viva de las masas. Pero estas carencias nuestras no deben utilizarse de manera oportunista para obviar los argumentos de una crítica dirigida contra el error contrario, esto es, el de identificar el plano histórico con el político, o, para ser más concreto, el de conformarse con lo que la historia ha demostrado **como tendencia** para llevarlo a la práctica inmediatamente, sin tener en cuenta el estado de conciencia de las masas (como si éste fuese invariablemente ascendente o no pudiese nunca retroceder).

En segundo lugar, el artículo de *Antorcha* se reafirma en dicho error, realizando una interpretación forzada del siguiente fragmento de la obra de Lenin *La guerra de guerrillas*: «La lucha guerrillera es una forma de lucha inevitable en tiempos en que el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección y en que se abren intervalos más o menos grandes entre las 'grandes batallas' de la guerra civil». Por lo tanto, cuando el movimiento de masas se encuentra a un nivel insurreccional (muy cercano a la insurrección, a favor ella), la lucha guerrillera es conveniente y positiva. En nuestra crítica anterior, hacíamos ver a los camaradas del PCE(r) que tal nivel no se daba en la actualidad, que tal nivel no se había mantenido desde la Guerra Civil de 1936-39 (durante 50 ó 60 años). Bajo el impacto de esta evidencia, V. Ferrer nos responde que ellos nunca han pretendido esto (unas pocas líneas después, sí que lo pretenderá²⁴), sino que interpretan la cita de Lenin en el sentido de que,

²³ Véase el Editorial de *La Forja* n°18, pág. 39.

²⁴ Efectivamente, nada más que cinco líneas después, nos habla de "**una continuidad**" entre la Guerra Civil de 1936-39 y el momento actual "como parte de un mismo proceso, toda vez que «*el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección*»". Además, en un alarde de subjetivismo en estado puro, nuestro terrorista defiende que si una vanguardia empuña las armas, puede mantener un "movimiento de masas en el nivel insurreccional". Y remata: "No se puede reconocer la existencia de un nivel insurreccional durante tantos años, a menos que se reconozca al mismo tiempo esos 'intervalos más o menos grandes' entre las grandes batallas de la guerra civil". (pág. 27) O sea que, después de desmarcarse de semejante absurdo, la justificación de su táctica terrorista les exige volver a defenderlo ... y se indignan porque no queremos seguirles.

Lenin contra el terrorismo individual

En septiembre de 1905, sigue creciendo la efervescencia revolucionaria y Lenin comenta, en su artículo *De la defensa al ataque*, el asalto a la prisión de Riga por decenas de insurrectos, para liberar a presos políticos:

"(...) ; Así, pues, las cosas avanzan, a pesar de todo! A pesar de increíbles e indescriptibles dificultades se avanza en que las masas se armen. El terror individual, engendro de la debilidad intelectualoide, va quedando relegado al pasado. En lugar de gastar decenas de millares de rublos y una gran cantidad de fuerzas revolucionarias para matar a algún Sergio [se refiere a Serguéi Románov, ya mencionado más arriba] —quien quizá hizo más que muchos revolucio-

narios por exaltar el espíritu revolucionario en Moscú—, para matar 'en nombre del pueblo', en lugar de eso comienzan las acciones militares *juntamente con el pueblo*. Participando en tales acciones, los pioneros de la lucha armada se funden con la masa no de palabra, sino en los hechos, se colocan al frente de los grupos y destacamentos de combate del proletariado, educan en el fragor de la guerra civil a *decenas de jefes populares*, que mañana, en el día de la insurrección obrera podrán ayudar con su experiencia y su heroísmo a millares y decenas de millares de obreros.

¡Salve, héroes del destacamento revolucionario de combate de Riga! Que su éxito sirva de estímulo y ejemplo para los obreros socialdemócratas de toda Rusia. ¡Vivan los



mente a sustituirla, de modo que el fracaso y la derrota están garantizados²⁷. Pero ya que estos camaradas no son capaces de distinguir el dogmatismo de una posición de principios, habrán de responder al menos por qué Lenin no sostuvo el mismo criterio que ellos después de la revolución rusa de 1905-07 y por qué no siguió preconizando la lucha guerrillera en todo el período posterior a la misma.

Veamos ahora cómo M.P.M. "Arenas" —citado por V. Ferrer— concreta este dogmatismo histórico en el caso español: «Nadie se atreve hoy a calificar como 'anarquismo', 'terrorismo' o como 'aventurerismo' la lucha de guerrillas que siguió en España a las 'grandes batallas de La Guerra Civil', lucha que se prolongó hasta bien en-

sólo en las "grandes batallas de la guerra civil", el nivel de conciencia de las masas es insurreccional, pero que entre ellas, aun sin ese nivel de conciencia, es preceptiva la lucha guerrillera. Es decir, que la Guerra Civil de 1936-39 sólo sería una de las grandes batallas, la primera, de una larguísima guerra civil que empezó entonces, que continúa hasta que obtengamos la victoria²⁵ y, entre cuyas "batallas", hay que practicar sin falta la lucha armada.

Y esto, porque interpretan a Lenin en el sentido de que, cuando "el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección", hasta la guerra civil, esta realidad y sus consecuencias tácticas son indestructibles, es imposible retroceder²⁶. ¡Otra vez, la reducción y subordinación del hecho político concreto a la abstracta síntesis histórica! Este enfoque es idealista-dogmático y confunde los deseos con la realidad: así, la teoría revolucionaria deja de ser una guía para actuar en una realidad concreta y pasa directa-

mó como aventurera y liquidacionista, al igual que la del PCE(r) en defensa de la lucha armada **permanente** por imperativo **histórico**.

²⁷ Contra tal acusación, se limitan a arremeter contra la desviación opuesta —la empirista—: "En lo que respecta al «plano político» o a la «coyuntura», es igualmente claro que ésta no nos la revela el Espíritu Santo ni podemos determinarla solamente fijando obsesivamente la mirada en los hechos políticos de «cada día», pues toda «coyuntura» hunde sus raíces en la historia y está, en buena medida, determinada por ella." (pág. 28) Cierto, pero, por otra parte ¿se puede comprender la coyuntura (y así definir correctamente la táctica) sin reconocer los hechos nuevos y concretos, en particular el retroceso de la conciencia de la gran mayoría de los obreros que les lleva a rechazar la lucha armada (cuanto más, una lucha armada ajena a ellos)? "Lo universal —observaba Lenin— existe sólo en lo individual y a través de lo individual. Todo individual es (de uno u otro modo) un universal. Todo universal es (un fragmento, o un aspecto, o la esencia de) un individual." (*Cuadernos filosóficos*, "Sobre el problema de la dialéctica". O. C., tomo XLII, pág. 329). Así pues, para la filosofía marxista-leninista, lo general como tal sólo existe como abstracción y ésta se construye a través de lo particular; y esto es posible porque lo general forma parte de lo particular, aunque no lo es todo. Por eso, la necesidad objetiva de la revolución armada está en los hechos cotidianos pero no de manera absoluta o dominante, sino en lucha con aspectos contrarios que hoy prevalecen. Se abrirá camino transformando —bajo la dirección del factor consciente, el Partido Comunista— una realidad subjetiva que le es adversa por ahora. Desde luego que eso no se logrará negando el carácter contradictorio de la realidad concreta e imponiendo dogmática y metafísicamente la necesidad histórica desde fuera, sino partiendo de las contradicciones en su estado concreto-real para desarrollarlas correctamente hacia el cumplimiento de aquella necesidad objetiva.

²⁵ Que la continua lucha de clases entre la burguesía y el proletariado se puede considerar una guerra civil: primero, sólo es cierto en un sentido muy general e incluso metafórico, pero nunca en su sentido estricto, el único que hay que tomar en cuenta al emprender una lucha armada; segundo, ¿qué les hace pensar a los del PCE(r) que sólo comenzó en 1936 y no mucho antes?

²⁶ Es un error del mismo tipo que el cometido por el revisionismo moderno y el trotskismo, los cuales sostenían que del socialismo no se puede regresar al capitalismo, puesto que, según la teoría marxista, estamos ya en la época de la transición este régimen a aquel otro. Esta tesis se confir-

Lenin contra el terrorismo individual

iniciadores del ejército popular revolucionario!

(...) ¡¡Esto sí que es una brillante victoria!! Es una verdadera victoria después de una batalla librada contra un enemigo armado hasta los dientes. Esto no es ya un complot contra un odiado personaje cualquiera, no es un acto de venganza, no es una salida provocada por la desesperación, no es un simple acto de 'intimidación', no: esto es el comienzo, bien meditado y preparado, calculado desde el punto de vista de la correlación de fuerzas; es el comienzo de operaciones de los destacamentos del ejército revolucionario. El número de combatientes de tales destacamentos, de 25 a 75 hombres, puede ser aumentado en varias decenas en cada ciudad grande y a menudo en los suburbios de una gran

ciudad. Los obreros acudirán por centenares a estos destacamentos; lo único que se requiere es pasar inmediatamente a propagar esta idea, en vasta escala pasar a formar estos destacamentos, dotarlos de todo tipo de armas, desde cuchillos y revólveres hasta bombas, instruirlos y educarlos militarmente.

Por fortuna, han pasado los tiempos cuando, porque el pueblo no era revolucionario, 'hacían' la revolución terroristas revolucionarios individuales. La bomba dejó de ser el arma de un 'tirabombas' solitario y se convirtió en *un arma necesaria del pueblo*. (...) (tomo IX, págs. 279 y 280)

trados los años 50. Cuando se emprendió aquella lucha de guerrillas fue considerada justa y necesaria por todos los demócratas y revolucionarios del mundo. Posteriormente, esta forma de lucha no se ha manifestado con tanta fuerza y claridad, pero nadie podrá negar que ha existido en estado latente en las huelgas revolucionarias de los mineros y metalúrgicos, en las manifestaciones de carácter insurreccional, y en las constantes escaramuzas libradas entre los manifestantes y las fuerzas represivas que han ocasionado docenas de muertos. Esa lucha es la que ha vuelto a resurgir en España como prolongación de las anteriores, aunque esta vez está más vinculada a la actual crisis económica y política del régimen». (pág. 28)

Sin entrar a valorar en detalle la experiencia del "maquis", lo evidente es que su conveniencia podía venir dictada por la proximidad temporal de la propia Guerra Civil de 1936-39 **en la conciencia** de los trabajadores españoles y por el relativo aislamiento internacional del régimen franquista en medio de un poderoso movimiento antifascista de masas a escala planetaria; incluso los primeros años de guerrilla se enfocan en el contexto de la segunda guerra mundial y como parte de ella. Además, la dirección del PCE que, durante la guerra, demostró su escasa firmeza proletaria, fue luego acentuando sus bandazos a "izquierda" y derecha, del guerrillerismo a la "reconciliación nacional". Y ésta fue su línea de conducta cuando se disolvieron las guerrillas al desaparecer las circunstancias que las sustentaban. No es cierto que esos destacamentos guerrilleros **de vanguardia** continuaran en estado latente o transmigrando su alma en otras formas de lucha. Lo que realmente ocurrió fue que el movimiento espontáneo **de masas** se fue recuperando después del brutal terror reaccionario de la primera etapa franquista, y encontró la abnegada y heroica ayuda de las organizaciones de base del Partido. La dirección de éste ya se había hundido definitivamente en el pantano del conciliacionismo, del pacifismo y del cretinismo parlamentario, y no estaba dispuesta a dar a ese movimiento una orientación correcta, revolucionaria; pero tampoco era solución que "volviera a resurgir" esa lucha guerrillera distinta del propio movimiento de masas, sino impulsar el desarrollo de éste hacia una insurrección armada generalizada, hacia una guerra popular auténtica y, por tanto, de masas.

Por eso, el surgimiento posterior de la guerrilla (los GRAPO), que se apoya solamente en "la crisis económica y política del régimen" y en una inexistente continuidad de las ya precarias condiciones que justificaron a los "maquis", **mu**y **especialmente el estado revolucionario de conciencia de las masas**, no fue sino un aborto terrorista, un engendro militarista comprensible en la pequeña burguesía (ETA, por ejemplo), pero inaceptable desde el punto de vista del proletariado revolucionario.

3.3- La importancia de las masas y de su nivel de conciencia

Por fin, llegamos al otro grave error del PCE(r):

"Estos [se refiere a *La Forja*] admiten, «teóricamente», incluso la lucha armada. «pero —dicen—, no antes de que las masas hayan madurado para apoyarla o, al menos, mantener una neutralidad benévola frente a ella». ¿De qué masas hablan?, ¿acaso no son los sectores más avanzados de entre las masas los que hoy apoyan y llevan a cabo todo tipo de acciones violentas?, ¿acaso sin el apoyo de las masas podrían mantenerse e ir en ascenso la lucha de resistencia y el combate guerrillero? He aquí la concepción de todos los oportunistas, el seguidismo rastreador tras los sectores más atrasados o los desclasados que no merecen el nombre de **masas**". (pág. 28)

Aparte de que ese ascenso del combate guerrillero sólo lo ven ellos, lo grave es que confundan a las masas con su sector más avanzado (la vanguardia). Veamos: que la lucha de clases tendrá que resolverse en su fase álgida por medio de las armas, máxime dada la tendencia reaccionaria del imperialismo (carácter estratégico de la lucha armada), no lo ponemos en duda, pero ¿quién habrá de empuñar esas armas?: ¿sólo la vanguardia?; y el resto que no merece el nombre de **masas** ¿cuántos son y cuál pretendemos que sea su actitud?; ¿y cuál es nuestra pretensión: ganar la guerra o solamente crear un grupo armado de presión? A todas esas preguntas hay que contestar y, según la respuesta, se estará en el campo del proletariado o en el de la pequeña burguesía.

Nosotros sostenemos que, cuando esos que —según los del PCE(r)— no merecen el nombre de masas, constituyen una abrumadora mayoría de la población y la actividad armada de la minoría de vanguardia, así pasen los años, no la sienten como suya, ni la comprenden, sino que más bien la repudian, hay que cesarla hasta que vuelvan a surgir y a forjarse condiciones favorables. Porque en las actuales, esa lucha armada sólo lleva el agua al molino de la reacción, sólo ayuda a engrosar sus filas, y es, por lo tanto, contrarrevolucionaria, por muy distintas y nobles que sean las intenciones de quienes la practican. Así son los hechos reales y no los podrá cambiar ninguna justificación, ninguna excusa, sino solamente una modificación de la política realizada. Nada cambia, por ejemplo, el disculparse con que, a la lucha armada que dirigen, no le asignan el papel principal:

"En este movimiento [se refiere al "movimiento de resistencia popular"] **la lucha de masas y la actividad del partido desempeñan el papel principal**. La lucha armada guerrillera y la organización militar son formas de lucha y organización **subordinadas** a las anteriores". (citado del *Manifiesto-Programa*, en la pág. 29)

No tiene ningún sentido mantener una actividad pernicioso como secundaria cuando hay tanta labor útil que

Lenin contra el terrorismo individual

En idéntico contexto político y pocos días después, Lenin explica *Las tareas de los destacamentos del ejército revolucionario*:

"(...) Por supuesto, todo extremismo es malo; todo lo bueno y útil, llevado al extremo, inevitablemente llega a convertirse, cuando pasa cierto límite, en malo y perjudicial. Pequeños actos terroristas, desordenados, no prepara-

dos, cuando son llevados al extremo, sólo desperdigarán y maldastarán nuestras fuerzas. Esto es cierto, y por supuesto no debe olvidarse. Pero, por otra parte, en ningún caso debe olvidarse que ahora ya *está dada* la consigna para la insurrección, la insurrección ya *está en marcha*. Comenzar el ataque cuando existen condiciones favorables no es sólo un derecho, sino una obligación directa de todo revolucionario. (...)" (tomo IX, pág. 424)



realizar y escasean las fuerzas para llevarla a efecto.

En respuesta a nuestra enumeración de condiciones para iniciar la lucha armada, V. Ferrer nos responde, entre otras cosas, que **esencialmente** ya se da para las masas la evidencia de que es la fuerza armada de la burguesía el principal escollo que se interpone en su lucha liberadora (pág. 32)²⁸. Ésta es una sobreestimación aberrante

²⁸ Al final de su artículo, V. Ferrer llevará hasta un extremo pueril su incompreensión y su desprecio del estado en que se encuentra realmente conciencia de las masas trabajadoras: "¿qué pueblo es ése que no «considera necesaria» la lucha armada dirigida contra los opresores? Evidentemente, se trata de los banqueros, parlamentarios, milicos, periodistas adheridos a los fondos de reptiles, líderes de los sindicatos amarillos, picolos, torturadores... y esa genticilla que revolotea, como las moscas alrededor del festín, mendigando unas migajas." (pág. 34) ¡Ojalá fuese así! Tendríamos, entonces, de nuestra parte a la inmensa mayoría de la población y la tarea inmediata sería el inicio la Guerra Popular. Lamentablemente, cuando volvemos a la realidad, nos damos cuenta de que aún demasiadas masas comparten el punto de vista de aquella gentuza, por lo que a los comunistas nos espera mucho trabajo previo de educación y de organización del pueblo, empezando por la Reconstitución de un verdadero Partido Comunista.

Lenin contra el terrorismo individual

A principios de 1906, se han producido ya insurrecciones en varias ciudades de Rusia (noviembre y diciembre de 1905) y ha sido aplastada la de Moscú, pese a lo cual Lenin considera que todavía el movimiento revolucionario está en ascenso y puede ser culminado con una insurrección victoriosa del pueblo, debiendo continuar la preparación de ésta (a diferencia del menchevique Plejánov que se arrepiente de haber empuñado las armas y quiere reconducir el movimiento de masas por la senda legal y constitucional). El líder bolchevique expone su punto de vista en el artículo *La situación de Rusia y la táctica del partido obrero*, explicando lo siguiente:

"(...) Vamos a hacer aquí una pequeña digresión respecto de las operaciones guerrilleras de los destacamentos de combate. Pensamos que es erróneo compararlas con el viejo tipo de terrorismo. El terrorismo consistía en actos de venganza contra determinadas personas; era una conspiración de grupos de intelectuales. No reflejaba en absoluto el estado de ánimo de las masas. No se proponía preparar dirigentes de lucha de las masas. Era el resultado —como así también el síntoma y el complemento— de la falta de fe en la insurrección, de la falta de condiciones para la insurrección.

Las operaciones de guerrillas no son actos de venganza, sino operaciones militares. Se parecen tan poco a una aventura, como las incursiones de las patrullas de cazadores en la retaguardia enemiga, durante un momento de calma en el campo de batalla principal, pueden parecerse al homicidio que comete un duelista o un asesino. Las operaciones de guerrilla de los destacamentos de combate, formados desde hace tiempo por socialdemócratas de ambos sectores en todos los grandes centros del movimiento e integrados fundamentalmente por obreros, reflejan sin duda alguna y del modo más claro y directo el estado anímico de las masas. Las operaciones de guerrilla de los destacamentos de combate preparan en forma directa los dirigentes combativos de las masas. Las operaciones de guerrilla de los destacamentos de combate no son el resultado de la falta de fe en la insurrección y no se realizan porque la insurrección

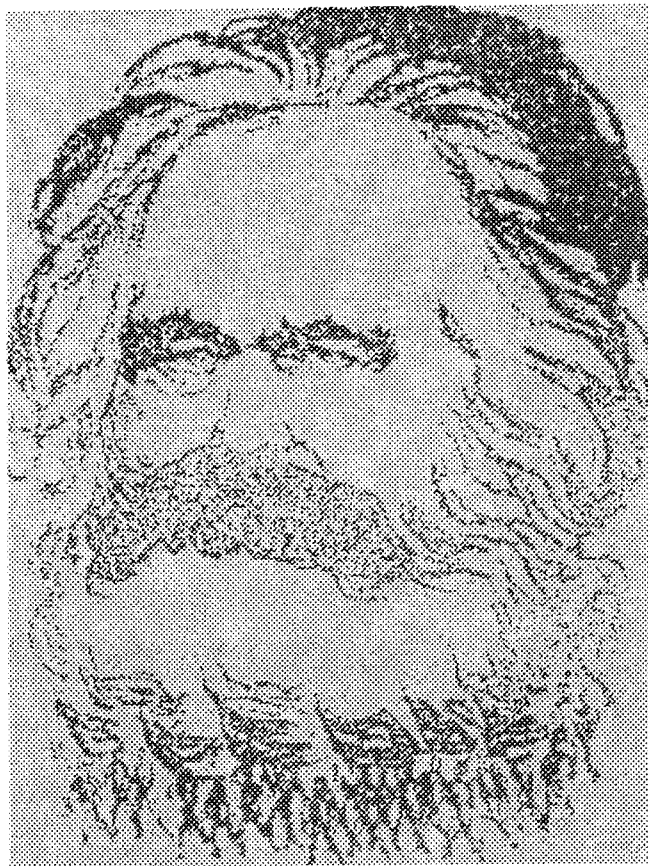
es imposible; por el contrario, son una parte esencial de la insurrección en marcha. Es claro que siempre y en todo se puede cometer errores: pueden producirse tentativas de insurrección prematuras e innecesarias; puede haber arrebatos y excesos que son siempre e incuestionablemente nocivos y pueden perjudicar la mejor de las tácticas. Pero hasta ahora, en la mayoría de los centros netamente rusos adolecemos del otro extremo, es decir, de la insuficiente iniciativa de nuestros destacamentos de combate, de su falta de experiencia combativa y de insuficiente determinación en sus acciones. En este aspecto se nos han adelantado el Cáucaso, Polonia y la región del Báltico, es decir, los centros donde el movimiento se alejó más del viejo terrorismo, donde la insurrección fue mejor preparada y donde la lucha proletaria adquiere un carácter de masas más claro y evidente.

Tenemos que alcanzar a esos centros. No debemos contener, sino estimular las operaciones de guerrillas de los destacamentos de combate si queremos preparar la insurrección no sólo de palabra y si juzgamos que el proletariado está verdaderamente preparado para la insurrección.

La revolución rusa comenzó con una petición al zar: que concediera la libertad. Las matanzas, la reacción, los desmanes de Trépov no sofocaron el movimiento, sino que avivaron aun más sus llamas. La revolución dio el segundo paso: obligó por la fuerza al zar a reconocer la libertad. Con las armas en la mano defendió esa libertad. No logró conquistarla en el primer intento. Los fusilamientos, la reacción, los Dubásov, no sofocarán el movimiento sino que avivarán sus llamas. Ante nosotros se perfila el tercer paso, que va a decidir el desenlace de la revolución: la lucha del pueblo revolucionario por un poder capaz de asegurar en los hechos la libertad. (...) La lucha por llevar hasta el fin la revolución democrática, hasta su victoria total, es una grande y ardua lucha. Pero en los momentos actuales, todo indica que esa lucha avanza con el curso de los acontecimientos. Esforcémonos, pues, por asegurar que la nueva ola encuentre al proletariado de Rusia en una nueva etapa de su preparación para el combate." (tomo X, págs. 111 a 113)

del nivel de conciencia de las masas. Quien ha comprendido aquello es exclusivamente una ínfima minoría del proletariado y algunos intelectuales. Sí, es cierto que masas algo más numerosas (aunque absolutamente insuficientes) han sufrido la acción de la fuerza armada de la burguesía. Pero no han podido verla como obstáculo a su lucha liberadora por la sencilla razón de que nunca han emprendido tal clase de lucha, sino una mera resistencia económico-sindical (o alguna otra equivalente desde el punto de vista político). La gran mayoría de los obreros carece actualmente de conciencia de clase, cuanto más de conciencia revolucionaria (liberadora).

A diferencia de muchos regímenes del tercer mundo (cuyas reminiscencias semi-feudales han entrado en una aguda crisis que la voracidad del mercado mundial no deja de espolpear), bajo un capitalismo desarrollado como el español y en períodos ordinarios, las responsabilidades políticas de la opresión que sufre el pueblo aparecen más diluidas, y, en cambio, son atribuidas por éste a causas "naturales" e "impersonales" que muy pocos cuestionan: el mercado, el máximo beneficio so pena de ruina, lo que uno vale en competencia con los demás, el interés individual, la suerte, la casualidad, la crisis económica en curso, etc... La espontaneidad del desarrollo social ha desembocado en el capitalismo de la forma más "natural". Esa menor "visibilidad" del enemigo dificulta asimismo la comprensión de la necesidad de empuñar las armas contra él. Y de ese atolladero sólo nos podrá sacar la acción del factor consciente, pero no cualquier acción, sino



Lenin contra el terrorismo individual

Por fin, llegamos a la obra *La guerra de guerrillas, tan socorrida para los camaradas del PCE(r)*. El contexto sigue siendo el de la revolución de 1905-07, después de año y medio de movimiento revolucionario armado y de grandes masas, con varias insurrecciones recientes y la perspectiva inmediata de una o más insurrecciones decisivas. Se trata de un texto fundamental sobre el problema militar, pero aquí nos ceñiremos a la cuestión en liza, esto es, ¿por qué Lenin defiende en aquel momento concreto la lucha armada de pequeños grupos, al tiempo que sigue oponiéndose al terrorismo individual?:

"El fenómeno que nos interesa es la lucha *armada*. Sostienen esta lucha individuos aislados y pequeños grupos. Unos pertenecen a las organizaciones revolucionarias otros (la *mayoría*, en cierta parte de Rusia) no pertenecen a ninguna organización revolucionaria. La lucha armada persigue dos fines *diferentes*, que es preciso distinguir *rigurosamente*: en primer lugar, esta lucha se propone la ejecución de personas aisladas, de los jefes y subalternos de la policía y del ejército; en segundo lugar, la confiscación de fondos pertenecientes tanto al gobierno como a particulares. (...) Esta forma de lucha ha tomado un amplio desarrollo y extensión, indudablemente, tan sólo en 1906, es decir, después de la insurrección de diciembre. La agudización de la crisis política hasta llegar a la lucha armada y, sobre todo, la agravación de la miseria, del hambre y del paro en las aldeas y en las ciudades han desempeñado un importante papel entre las causas que han originado la lucha de que tratamos. El mundo de los vagabundos, el «lumpenproletariat» y los grupos anarquistas han adoptado

esta forma de lucha como la forma principal y hasta *exclusiva* de lucha social. Como forma de lucha empleada en «respuesta» por la autocracia, hay que considerar: el estado de guerra, la movilización de nuevas tropas, los pogromos de las centurias negras (Siedlce) y los consejos de guerra. (...)

Nadie se atreverá a calificar de anarquismo, de blanquismo, de terrorismo, estas acciones de los socialdemócratas letones. Pero, ¿por qué? Porque en este caso *es evidente* la relación de la nueva forma de lucha con la insurrección que estalló en diciembre y que madura de nuevo. En lo que concierne a toda Rusia, esta relación no es tan perceptible, pero existe. La extensión de la lucha de «guerrillas», precisamente después de diciembre, su relación con la agravación de la crisis no sólo económica, sino también política, son innegables. El viejo terrorismo ruso era obra del intelectual conspirador; ahora, la lucha de guerrillas la mantiene, por regla general, el obrero combatiente o simplemente el obrero sin trabajo. Blanquismo y anarquismo se les ocurren fácilmente a gentes que gustan de los clichés, pero en la atmósfera de insurrección, que de un modo tan evidente existe en la región de Letonia, es indudable que estas etiquetas aprendidas de memoria no tienen ningún valor.

El ejemplo de los letones demuestra perfectamente que el método, tan común entre nosotros, de analizar la guerra de guerrillas al margen de las condiciones de una insurrección, es incorrecto, anticientífico y antihistórico. Hay que tener en cuenta esta atmósfera insurreccional, reflexionar sobre las particularidades del período transitorio entre los grandes actos de la insurrección, comprender qué for-

aquella que se base en la educación (agitación y propaganda) de las masas en el marxismo-leninismo, junto con la propia experiencia de éstas en su combate de clase organizado. En buena lógica, el desenvolvimiento de esta labor con calidad y en cantidad exige la simultánea e incluso previa realización de una amplia formación, elaboración y lucha teóricas en el seno de la vanguardia proletaria, como nos esforzamos por llevar a cabo en la páginas de *La Forja*. Violentar hoy el desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado con actividades armadas es empezar la casa por el tejado; no sólo es inútil sino que amenaza continuamente con aplastar a los que se cobijen bajo él o incluso a los que pasen cerca. Por eso, los revolucionarios tenemos el imperativo deber de prevenir a los proletarios de vanguardia contra el "atajo" terrorista.

V. Ferrer nos acusa de "concepción *masista*" (!!) cuando aplicamos al problema militar el principio marxista de que "son las masas las que hacen la historia". Reconoce que en el momento de la insurrección, será preciso tener de nuestro lado a las amplias masas, pero afirma justamente que, entretanto, debemos desarrollar nuestro trabajo revolucionario de masas sin concebir a éstas como la mayoría de la población asalariada. Apela, entonces, al Informe de Lenin al III Congreso de la Internacional Comunista, para rebatir nuestra supuesta posición:

"«El concepto de 'masas' es variable, según cambie el carácter de la lucha. Al comienzo de la lucha bastaban varios miles de verdaderos obreros revolucionarios para que se

puadiese hablar de masas (...). Cuando la revolución está ya suficientemente preparada (...) unos cuantos miles de obreros no constituyen ya la masa». El concepto de masas, pues, cambia, no puede ser el mismo al comienzo que al final de un proceso revolucionario; y si, como dice Lenin, por él se entiende a «la masa de los explotados», en ningún país lograremos atraerlos ni se logrará la victoria «sin una preparación a fondo» de la revolución. «En determinados momentos no hay necesidad de grandes organizaciones. Mas para la victoria es preciso contar con la simpatía de las masas». Lenin, como vemos, habla aquí de dos momentos diferentes: el de la preparación, para el que no es necesario «grandes organizaciones», y el de la victoria, para el que es preciso «contar con las simpatías de las masas».

Es así como hay que entender el concepto de masas, en relación a la situación. Actualmente en España, con la represión campando a sus anchas y con un movimiento aún débil y disperso, unos miles o incluso centenares de obreros y jóvenes combativos muestran en numerosas ocasiones el carácter masivo del movimiento y de la lucha de resistencia. Igualmente se comprende que la vanguardia del proletariado no puede ser muy numerosa en nuestras condiciones y que se irá ampliando a medida que se vaya extendiendo la lucha." (pág. 31)

Poco tenemos que objetar a esta explicación (salvo que no justifica el recurso a la lucha **armada por esas masas**, en la actual situación descrita por el camarada). Es más, en nuestra *Tesis de Reconstitución del Partido Comunista*, aplicamos este enfoque relativo del concepto de masas y decimos que, durante todo el proceso de reconstitución partidaria hasta

Lenin contra el terrorismo individual

mas de lucha surgen necesariamente como consecuencia de ello y no salir del paso con un surtido de palabras aprendidas de memoria, ...

(...)La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre «grandes batallas» de la guerra civil. (...)

En ciertos períodos de crisis económicas y políticas agudas, la lucha de clases, al desenvolverse, se transforma en guerra civil abierta, es decir, en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista *está obligado* a tomar posición por la guerra civil. Toda condenación moral de ésta es completamente inadmisibles desde el punto de vista del marxismo. (...)

En todo el país se libran encuentros armados y choques entre el gobierno centurionegrista y la población. Es un fenómeno absolutamente inevitable en la fase actual de desarrollo de la revolución. Espontáneamente, sin organización -y, precisamente por eso, en formas a menudo poco afortunadas y *malas*-, la población reacciona también mediante colisiones y ataques armados. (...)

Se dice que la guerra de guerrillas aproxima al proletariado consciente a la categoría de los vagabundos borrachines y degradados. Es cierto. Pero de esto sólo se desprende que el partido del proletariado no puede nunca considerar la guerra de guerrillas como el único, ni siquiera como el principal procedimiento de lucha; que este procedimiento debe estar subordinado a los otros, debe ser proporcionado a los procedimientos esenciales de lucha, ennoblecido por la influencia educadora y organizadora del so-

cialismo. Sin esta *última* condición, *todos*, absolutamente todos los procedimientos de lucha, en la sociedad burguesa, aproximan al proletariado a las diversas capas no proletarias, situadas por encima o por debajo de él, y, abandonados al curso espontáneo de los acontecimientos, se desgastan, se pervierten, se prostituyen. Las huelgas, abandonadas al censo espontáneo de los acontecimientos, degeneran en *Alliances*, en acuerdos entre obreros y patronos *contra* los consumidores. El parlamento degenera en un burdel, donde una banda de politicastros burgueses comercia al por mayor y al por menor con la «libertad popular», el «liberalismo», la «democracia», el republicanismo, el anticlericalismo, el socialismo y demás mercancías de fácil colocación. La prensa se transforma en alcahueta barata, en instrumento de corrupción de las masas, de adulación grosera de los bajos instintos de la muchedumbre, etc., etc. La socialdemocracia no conoce procedimientos de lucha universales que separen al proletariado con una muralla china de las capas situadas un poco más arriba o un poco más abajo de él. La socialdemocracia emplea, en diversas épocas, diversos procedimientos, rodeando *siempre* su aplicación de condiciones ideológicas y de organización *rigurosamente* determinadas. (...)

Las acciones de guerrillas que revisten la forma de actos terroristas son *recomendadas* contra los opresores gubernamentales y los elementos *activos* de las «centurias negras», pero con las condiciones siguientes: 1) tener en cuenta el estado de ánimo de las grandes masas; 2) tomar en consideración las condiciones del movimiento obrero local; 3) preocuparse de no gastar inútilmente las fuerzas del proletariado." (tomo XI, págs. 223 a 229)

su culminación, nuestra línea de masas no irá dirigida a las grandes masas del proletariado y demás oprimidos como tal, sino a su sector de vanguardia. Pero, a menos que nos obstinemos en una visión mecanicista de los procesos, no sólo tenemos que delimitar a quién nos dirigimos **principalmente** o qué masas protagonizan cada etapa del desarrollo del movimiento revolucionario, sino también tenemos el deber de tener en cuenta al resto de la población explotada para luego poder pasar a la etapa siguiente, en la que ésta ocupará un lugar decisivo. Si esas masas actuales de unos pocos miles o incluso sólo cientos se lanzan a una lucha armada que el resto rechaza, volverán antagónicas sus contradicciones con las grandes masas, destruirán los vínculos con ellas y obstaculizarán el desarrollo del movimiento a una etapa superior donde es ya la mayoría de los oprimidos la que va a empuñar las armas o, por lo menos, a ayudar y apoyar a la guerra popular; y el paso a esta etapa superior es condición *sine qua non* para derrocar al capitalismo y pasar al socialis-

¡Proletarios de todos los países, UNIOS!

Resistencia



N° 54

Año XVII
Abril 2001
300 Ptas.

Órgano del Partido Comunista de España (reconstituido)



mo, único objetivo estratégico legítimo desde el punto de vista proletario (cualquier otro, como "combatir al fascismo", "golpear al Estado", "forzar a negociar unas reformas", etc., si no se subordina de **verdad** a aquél, delata su naturaleza pequeñoburguesa).

Y, por supuesto, la consecuencia negativa más inmediata de perder de vista el conjunto de la labor revolucionaria es facilitar a las fuerzas represivas su cometido de apartar a los militantes comunistas de la clase obrera por medio de su detención y encarcelamiento por años, lo que les impide incluso realizar las tareas iniciales que necesitan de nosotros los trabajadores.

Por todo ello, incluso cuando se produce cierta lucha armada de destacamentos de nuestra clase partiendo de su movimiento de resistencia básico (p. ej., obreros de Reinos, Cádiz, Naval Gijón, etc.)²⁹, al tiempo que los comunistas

²⁹ En el n° 54 de *Resistencia*, de abril de 2001, un artículo titulado "La clase obrera no debe esperar nada de los capitalistas", editado asimismo como hoja volante, analizaba algunos aspectos de la lucha de los obreros de Sintel. Después de situar algunas reflexiones correctas (aderezadas con su habitual tono rabioso y soez, que en nada ayuda a elevar a nuestra clase hasta la asunción de su misión histórica), nos descubren la milagrosa solución: "**más vale un día de enfrentamiento con la policía que mil de acampada 'pacífica'**". (...) **quién mejor que ellos** [los empleados de Sintel] **para convertirse en 'incontrolados'**. (...) Porque matándoles la esperanza, **dejándoles sin ilusiones**, es la única manera de que ese campamento se mueva y eche a andar por los rumbos de la resistencia activa. Y luego, sí, luego, toda la ayuda y la solidaridad que hagan falta, hasta que los patrones abran la mano, hasta que los sindicalistas y oenegeros vayan a esconderse en sus despachos, hasta que los antidisturbios vuelvan a correr delante de los obreros y hasta que todas las tapas de los registros de Telefónica salten por los aires". ¿Y la **lucha de clase** del proletariado? ¿Y la **educación socialista** de los obreros? ¿Y la **revolución proletaria como única solución**? De todo eso ... NADA. Nada de Plan, de estrategia enfilada hacia una guerra popular **para la conquista del poder**. En lugar de eso: dar rienda suelta a los instintos primarios, rebajando la conciencia del trabajador hasta la mentalidad del lumpen.

Lenin contra el terrorismo individual

Nos situamos ahora a mediados de 1908, cuando la revolución rusa ya ha terminado por ahora y deberá esperar nueve años más para reanudarse y culminarse con la victoria. Lejos de seguir alentando la guerra de guerrillas, Lenin lucha por recuperar y acumular fuerzas en un contexto de derrota donde brota toda suerte de tendencias liquidacionistas que pretenden revocar las enseñanzas de la revolución; en particular, la de los socialistas-revolucionarios que anhelan volver a sus orígenes **terroristas**:

"Toda esa 'revisión', todo ese 'trabajo creador crítico' que promete el nuevo periódico es, naturalmente, pura fraseología. En realidad, no se trata, ni puede tratarse, de ninguna revisión de la teoría, pues el nuevo periódico no muestra concepción teórica alguna. Lo único que muestra es una repetición en mil tonos distintos de las exhortaciones al terrorismo y una adaptación más inexperta, desmañada e ingenua, de sus opiniones sobre la revolución, sobre el movimiento de masas, sobre la importancia de los partidos en general, etc., a este método, supuestamente nuevo, pero en realidad viejo, viejísimo. (...)

De la revolución han salido desilusionados tanto

los mencheviques como los populistas 'revolucionarios'. Unos y otros están dispuestos a renunciar al espíritu de partido, a las viejas tradiciones de partido, a la lucha revolucionaria de masas. 'La fe exagerada en la posibilidad y necesidad de la insurrección popular de masas —escribe *Revoliutsionnoie Nedomislie*— ha sido un error común a casi todos los partidos revolucionarios, un error que ha desempeñado un papel funesto en la crisis que sufrimos'... 'La vida no ha justificado las esperanzas del partido'. Resulta que los socialistas revolucionarios elaboraron en vano 'un programa socialista de acuerdo con el modelo marxista', crearon 'una concepción de la revolución que la identificaba con el movimiento de masas y con la insurrección armada, causada por las necesidades económicas, haciendo una corrección, sin embargo, en el sentido de confiar en una minoría con iniciativa'. (...) Conclusión: en Rusia: 'la revolución política sólo puede ser realizada por la minoría revolucionaria'. (...) los revolucionarios se propusieron, ustedes ven, las 'irrealizables tareas' de dirigir de verdad a las masas; los socialdemócratas *confundían* a los eseristas y los inducían, en detrimento de la verdadera tarea —la **lucha terrorista**—, a pensar en la organización del campesino-

participamos en ella con las masas, debemos llevarles la comprensión de que hay que contar con el resto de la clase y de los sectores oprimidos: hay que organizar una revolución, una guerra del pueblo. Por tanto, no se deben empeñar todas las fuerzas en esta sola batalla en curso, que es la que más les afecta en ese momento, sino reservar la mayor parte posible de dichas fuerzas para la construcción del Partido revolucionario del proletariado en todos los aspectos y en todo el territorio estatal; se debe desistir de la comprensible tentación de ajustar ya las cuentas al capitalismo, porque no somos suficientemente poderosos para ello, y hay que armarse de paciencia revolucionaria y ocuparse en la más dura y prolongada labor de llevar a la clase obrera como tal al combate que pondrá fin a este odioso régimen.

En todo el artículo del camarada V. Ferrer, hay un solo párrafo donde parece tener en consideración el nivel de conciencia de las masas para determinar la táctica:

“Si la táctica no tuviera nada que ver con la lucha armada, podríamos, hoy mismo, lanzar todas nuestras fuerzas a una ofensiva contra el Estado, pero como no tenemos ningún deseo **táctico** de suicidarnos, no lo vamos a hacer hasta que tácticamente llegue su *momento*. La lucha armada sirve al movimiento de masas y no puede rebasar su nivel de conciencia, esto y otras muchas cosas hay que sopesarlas detenidamente en su aplicación en las distintas situaciones: la lucha armada podrá ser más o menos intensa, las acciones pueden revestir distinto carácter, se pueden declarar treguas, etc.; eso son cuestiones tácticas supeditadas a la permanencia de la lucha armada hasta el derrocamiento del capitalismo.” (pág. 29)

En *primer lugar*, nos habla de que hoy su organización todavía no lanza todas sus fuerzas a la lucha armada. Así que tenemos tres sujetos: el partido, el “brazo armado” y las masas desarmadas (también en conciencia). Lo que concuerda con la clásica concepción terrorista de la vanguardia armada que “excita” al movimiento de masas para elevarlo, corregido con el matiz de que el partido no practica la lucha armada sino a través de su “brazo armado”, apoyándolo, etc...

En cambio, el marxismo-leninismo sostiene la necesidad de una guerra popular, de armar a las masas para la guerra revolucionaria, cuando éstas han desarrollado su conciencia, han madurado para tal guerra. En el trabajo de la Internacional Comunista, *La insurrección armada*, publicado en 1928, se puede leer: “No son las acciones militares de una vanguardia lo que puede y debe suscitar la lucha activa de las masas por el poder; es el poderoso impulso revolucionario de las masas laboriosas lo que debe provocar las acciones militares de los destacamentos de vanguardia; éstos deben entrar en la acción (según un plan previamente bien estudiado en todos sus aspectos) impulsados por el aliento revolucionario de las masas”³⁰.

En *segundo lugar*, el artículo de *Antorcha* nos advierte que “La lucha armada sirve al movimiento de masas y no puede rebasar su nivel de conciencia”. Pero eso no es correcto: la lucha armada no debe servir al movimiento de masas porque no debe ser ajena a él, sino que debe ser, ante todo, la lucha armada **del propio movimiento de masas**. En caso contrario, una de dos: o estamos rebasando el nivel de conciencia de las masas o estamos incumpliendo el deber de armar a las masas cuando ya están preparadas para elevar su lucha hasta la forma militar. Los camaradas del PCE(r) están acostumbrados a considerar la lucha armada como un medio más de lucha al lado de cualquier otro, y eso es falso: la lucha armada es esencialmente la forma superior que reviste la lucha de clases. Por eso, la acción militar de grupos de vanguardia sólo puede servir al movimiento de masas cuando éste ya se ha elevado a esta forma superior, ya es un movimiento de masas armadas (o deseosas de armarse). Lo contrario es terrorismo y perjudica el desarrollo de la lucha de clases. La línea divisoria es clara.

En *tercer lugar*, V. Ferrer reconoce la posibilidad de treguas dentro de “la permanencia de la lucha armada hasta el derrocamiento del capitalismo”. Ese reconocimiento es un

³⁰ *La insurrección armada*, A. Neuberg, pág. 89, Akal Editor.

Lenin contra el terrorismo individual

nado y a prepararlo para la insurrección armada general (...)

Y no crea el lector que tales argumentos son pura tontería accidentalmente dichos por un insignificante grupito desconocido. No, esa creencia sería equivocada. Aquí, tienen su lógica, la lógica de la desilusión en el partido y en la revolución popular, desilusión en la capacidad de las *masas* para la lucha revolucionaria directa. Es la lógica de la excitación de los intelectuales, de la histeria, de su incapacidad para realizar una labor firme y tenaz, para aplicar los principios fundamentales de la teoría y la táctica a las nuevas circunstancias, y para llevar a cabo una labor de propaganda, agitación y organización en condiciones que se diferencian mucho de las que hemos vivido hace poco. En vez de hacer todos los esfuerzos para luchar contra la desorganización pequeñoburguesa, que penetra tanto en las clases altas como en las bajas; en lugar de unir más estrechamente a las fuerzas dispersas del partido para defender los principios revolucionarios probados; en lugar de eso, gente desequilibrada, que carece de toda relación de clase con las masas, arroja por la borda todo lo que aprendió y proclama la ‘revisión’, es decir, el retorno a los trastos vie-

jos, a los métodos artesanales en la labor revolucionaria, a la actividad dispersa de pequeños grupos. El heroísmo de estos grupitos y personas aisladas en la lucha terrorista no podrá modificar el hecho de que su actividad como miembros de *partido* es una expresión de *decadencia* y es de extraordinaria importancia asimilar la verdad —confirmada por la experiencia de todos los países que han sufrido la derrota de la revolución— de que el abatimiento del oportunista y la desesperación del terrorista revelan la misma psicología, la misma particularidad de clase, por ejemplo, de la pequeña burguesía. (...)

Los socialdemócratas no lanzaron la ‘consigna’ de la insurrección ni en 1901, cuando las manifestaciones obligaron a Krichevski y Martínov a hablar a gritos del ‘asalto’, ni en 1902 y 1903, cuando el difunto Nadiezhdin calificó de ‘lucubraciones literarias’ el plan de la vieja *Iskra*. Lanzaron esa consigna sólo después del 9 de enero de 1905, cuando nadie podía dudar ya de que la crisis política nacional *se había desencadenado*, de que se agravaba, no por días, sino por horas dado el movimiento directo de las masas. Y en unos cuantos meses, esa crisis *llevó* a la insurrección. (tomo XV, págs. 150 a 153)



... según *La Forja*, esta concepción «También se opone a la primera tesis leninista, puesto que, por toda una época histórica, la del imperialismo, ata el movimiento a una forma especial de lucha, la forma militar...». Los dedos se les hacen duendes a estos críticos. No hace falta demostrar que no atamos el movimiento a ninguna forma de lucha especial, y mucho menos en toda la época del imperialismo, por eso no voy a insistir más en ello.” (pág. 29)

O sea que, si exceptuamos los primeros años de la época imperialista, no tienen ningún argumento que oponer a nuestra crítica y simplemente hay que creerles, contra toda evidencia.

3.4- La táctica terrorista y el desarrollo del marxismo-leninismo

paso en la buena dirección, sólo uno, pero que podría ser el primero si estos camaradas se propusieran considerar seriamente nuestra crítica (con criterio científico y sentido de la responsabilidad por la causa proletaria), declarar la “tregua” necesaria y volcarse en la preparación efectiva del proletariado para la revolución socialista, sin concesiones estratégicas ni tácticas a la pequeña burguesía.

En cuarto lugar, es significativo cómo responde (o, mejor dicho, no lo hace) a la crítica que hicimos de esa “permanencia de la lucha armada hasta el derrocamiento del capitalismo”, que es lo que quiere decir su expresión eufemística y engañosa de “carácter estratégico de la lucha armada”. Dicha crítica³¹ se basaba en las exigencias que planteaba Lenin sobre las formas de lucha en su artículo *La guerra de guerrillas*, exigencias, por cierto, descaradamente amputadas por el artículo de *Antorcha* en todo aquello que no le conviene (pág. 26).

Podemos recapitular, pues, destacando que el marxismo-leninismo sostiene la necesidad de desarrollar la lucha de clase del proletariado hacia la guerra revolucionaria de masas, como su forma superior, y que condena como contraproducente el intento de estimular este proceso con una previa actividad armada de su vanguardia (táctica terrorista). ¿Es esto suficiente para desenmascarar y destruir la línea militar peculiar del PCE(r) como algo contrario al marxismo-leninismo? Resulta que no, porque estos camaradas todavía guardan un as en la manga: ya no basta el viejo marxismo-leninismo; los dogmáticos se nos han vuelto dialécticos ... ¿o acaso un tanto revisionistas?, y somos nosotros los que cargamos ahora con el pecado del dogmatismo. Veamos ahora su interesante argumentación que, desgraciadamente, sólo sirve de subterfugio para reafirmar su posición:

“*La Forja* simula mantener una posición marxista-leninista ante este problema (en la línea de la revolución de Octu-

³¹ Editorial del número 18 de *La Forja*, pág. 34.

Lenin contra el terrorismo individual

Seis meses más tarde y en condiciones similares, Lenin analiza la trayectoria de los eseristas, en su artículo *Cómo hacen los socialistas revolucionarios el balance de la revolución y cómo hizo la revolución el balance de los socialistas revolucionarios*:

“La revolución nos enseña que sólo los partidos que cuentan con un apoyo de clase definido son fuertes y sobreviven, sean cuales fueren los virajes de los acontecimientos. La lucha política franca obliga a los partidos a estrechar más sus vínculos con las masas, pues no son nada sin esos vínculos. Formalmente, los eseristas son independientes de los trudoviques. Pero en la práctica, en la revolución, se vieron obligados a marchar juntos so pena de desaparecer por completo de la escena política. Y puede garantizarse que durante el próximo ascenso revolucionario, los eseristas se verán obligados de nuevo (por mucho que griten ahora sobre su independencia) a marchar con los trudoviques o con organizaciones de masas similares. Las condiciones objetivas de la vida social y de la lucha de clases son más poderosas que los buenos deseos y los programas escritos. Desde este punto de vista —el único justo—,

los actuales desacuerdos entre trudoviques y eseristas no reflejan más que la desintegración de un movimiento pequeñoburgués, la falta de estabilidad de los pequeños burgueses, que, incapaces de mantener su cohesión en circunstancias adversas, ‘vagan a la deriva’. Nos encontramos, por un lado, ante trudoviques desorganizados, inestables, vacilantes, sin ninguna línea política firme en la III Duma, pero, indudablemente, surgidos de las masas, ligados a las masas y portavoces de las demandas de las masas. Por otro lado, un puñado de eseristas ‘otzovistas’, que no tienen ninguna ligazón con las masas, furiosamente desesperados han perdido la confianza en la lucha de masas (véase *Revoliutsiónnaia Misl*) y se concentran en el terrorismo. El oportunismo extremo de los trudoviques (desde el punto de vista de la situación del campesinado revolucionario) y el revolucionarismo extremo, puramente verbal, sin contenido, de los eseristas, son dos límites de una misma corriente pequeñoburguesa, ‘dos síntomas’ que revelan la misma ‘enfermedad’: la inconsistencia de la pequeña burguesía, su incapacidad para sostener una lucha de masas sistemática, tenaz, firme y unánime”. (tomo XV, págs. 361 y 362)

bre) pero pasa por alto una etapa del desarrollo histórico, así como de las experiencias del movimiento revolucionario, que vienen a ser los términos en los que Lenin, como hemos visto, sitúa este importante problema.

La revolución de Octubre puso en alerta al imperialismo, que fue tomando medidas drásticas para no verse sorprendido por la lucha revolucionaria. A partir de Octubre, los Estados capitalistas se peitrecharon de tal modo contra una insurrección del tipo de la Soviética que en ningún país volvió a triunfar una insurrección parecida. La Internacional Comunista y, a su vez, la mayor parte de los partidos comunistas, antepusieron la llamada *vía de Octubre* o insurreccionalista a cualquier otra, cosechando un fracaso tras otro. La IC no supo extraer las consecuencias obligadas de estos errores, que atribuía principalmente a la colaboración de clase con la burguesía practicada por la socialdemocracia y al rechazo de ésta a la unidad con los comunistas. La IC, ante los fracasos, fue abandonando la vía insurreccional y acogiendo a los viejos métodos legales y parlamentarios. De este modo se facilitó el ascenso del fascismo que cogió desprevenidos y desarmados a la mayor parte de los partidos comunistas en Europa. Se olvidaron de las enseñanzas de Lenin en el sentido de dar prioridad a los nuevos métodos de lucha con respecto a los viejos para «convertirlos todos en un arma completa del comunismo». Se olvidaron de que Lenin siempre subordinó los métodos de organización y de lucha legales a los ilegales y clandestinos; y, así, al fascismo le resultó fácil barrerlos de un zarpazo. Se olvidaron de la larga e intensiva preparación que precisó la revolución Soviética. Tendieron a interpretar la obra de Lenin «*La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo*» como un imperativo que obligaba a utilizar las formas de lucha ya caducas, sin encontrar otra salida del atolladero. Aquellos errores de los años 20 y 30 que no se corrigieron y que quedaron tapados por el desencadenamiento de la II Guerra Mundial, serían erigidos posteriormente por el revisionismo en su línea política, de la que todavía colean algunos flecos.

Preparar la revolución y lanzar a las masas a la insurrección son dos fases del mismo proceso revolucionario cuya diferencia consiste en el grado de madurez del movimiento y de todas las condiciones necesarias. Un requisito que resulta imprescindible para preparar la insurrección es la formación de un ejército popular revolucionario que se irá forjando a lo largo de

una guerra prolongada sin esperar a que se creen unas supuestas condiciones ideales, sino que habrá que contribuir a crearlas en el transcurso de la lucha. Las revoluciones rusas, especialmente la de Octubre, fueron posibles gracias a la conjunción de una serie de factores favorables que es prácticamente imposible que vuelvan a repetirse. Aun así, esos factores favorables no hubieran podido aprovecharse sin la enérgica preparación de la insurrección. Entre otras condiciones que se debían crear, Lenin no descuidó nunca la preparación militar durante largos años: los pequeños grupos de combate, la milicia obrera y campesina y el trabajo por ganarse al ejército. En aquella situación todavía era posible atraerse a una parte del ejército, la tropa, formada por obreros y campesinos, vacilaba ante el movimiento popular, y los bolcheviques, en Octubre, ya habían logrado ganar para la revolución al ejército vacilante. Lenin, tras constatar que en 1905 los socialdemócratas no estaban preparados para ponerse a la cabeza del ejército revolucionario, planteaba en el «*Informe sobre la revolución de 1905*»:

«... el militarismo jamás ni en caso alguno puede ser derrotado y eliminado por otro método que no sea la lucha victoriosa de una parte del ejército nacional contra la otra parte. (...) La tarea consiste en mantener en tensión la conciencia revolucionaria del proletariado, no sólo en general, sino preparar concretamente a sus mejores elementos para que, llegado un momento de profundísima efervescencia del pueblo, se pongan al frente del ejército revolucionario».

¿Cómo podemos ir preparando, en la actualidad, ese ejército popular capaz de aniquilar al ejército reaccionario? ¿Podemos confiar en que una parte del ejército fascista y mercenario vacile ante el movimiento popular? Sin duda, en situaciones de guerra o de extrema gravedad, una parte de la tropa desertará y se pasará a las filas del pueblo; pero, hoy día, los ejércitos están peitrechados de tal modo que esas desertaciones no podrán causar mella en ellos. Será en el transcurso de la guerra popular prolongada como el proletariado irá formando y fortaleciendo su propio ejército revolucionario; primero, a través de la lucha de resistencia y de la lucha guerrillera hasta transformarla en una verdadera milicia popular que, combinada con la insurrección, derrocará, en su momento, al Estado capitalista. El asalto al poder hay que prepararlo concienzudamente, adelantando, desde hoy, aunque sólo sea en germen, todas las condiciones necesarias para la

Lenin contra el terrorismo individual

Casi dos años después, en diciembre de 1910, el movimiento obrero ruso vuelve a animarse. ¿Acaso Lenin propugna en tales condiciones una actividad terrorista o guerrillera que acompañe y apoye este nuevo despertar de las masas? Ni hablar, sino todo lo contrario. Veamos qué orientaciones traza en su artículo *El comienzo de las demostraciones*:

“El proletariado ha comenzado. La juventud democrática continúa. El pueblo ruso despierta a la nueva lucha, avanza hacia una nueva revolución.

Ese mismo comienzo de la lucha volvió a mostrarnos que aún están vivas las fuerzas que hicieron temblar en 1905 al régimen zarista y que lo destruirán en la revolución que se avecina. Ese mismo comienzo de la lucha vuelve a mostrarnos el significado del movimiento de masas. No hay persecución ni represalia que pueda detener el movimiento, una vez que las masas se han levantado, que comienzan a moverse millones de seres. La persecuciones sólo avivan la lucha e incorporan a ella nuevas y nuevas filas de comba-

tientes. No hay actos terroristas que puedan ayudar a las masas oprimidas, y no hay poder en la tierra que pueda detener a las masas cuando se hayan levantado.

Ahora han comenzado a levantarse. Este ascenso puede ser rápido o puede ser lento e intermitente; pero, en todo caso, se encamina hacia una revolución. El proletariado ruso señaló el camino en 1905. Recordando este glorioso pasado, debe ahora empeñar todos sus esfuerzos para restablecer, consolidar y desarrollar su organización, su partido, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Nuestro partido vive actualmente días difíciles, pero es invencible, como es invencible el proletariado.

¡A trabajar, pues, camaradas! Pónganse en todas partes a estructurar organizaciones, a crear y consolidar células de obreros socialdemócratas, a intensificar la agitación económica y política. ¡En la primera revolución rusa, el proletariado enseñó a las masas populares a luchar por la libertad, en la segunda revolución debe conducir las a la victoria!” (tomo XVI, pág. 357)

insurrección, incluida la lucha armada.

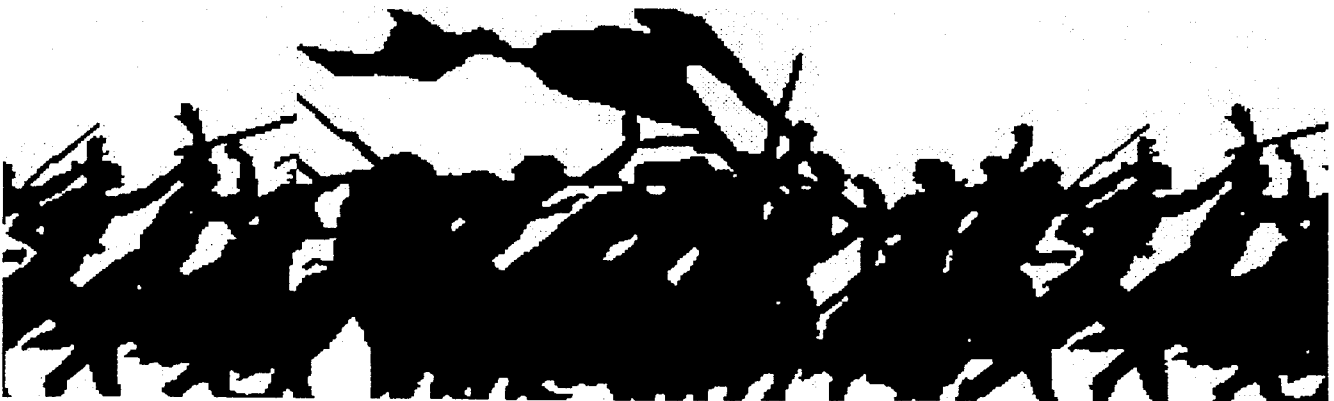
¿Qué dice *La Forja* de todo esto?: «... 'preparar' no es idéntico a practicar': hoy la preparación de la lucha armada, debe circunscribirse al estudio de la teoría militar en general, incluida la experiencia del movimiento revolucionario, a la atenta observación de las formas de violencia que acompañan las luchas espontáneas de las masas y todo tipo de simulaciones y prácticas que no impliquen la ruptura de las hostilidades». **Estudiar, observar y simular: palabrería sin actos.** que decía Lenin." (pág. 30)

Una reflexión seductora, ¿verdad? Pero analicemos en detalle si se corresponde con la realidad o sólo es una construcción apriorística para resucitar un falso atajo que toda la experiencia anterior ya había dado por muerto (desde el punto de vista de su utilidad para la revolución proletaria).

1º) Según el PCE(r), el imperialismo tomó medidas a raíz del triunfo de la Revolución de Octubre: es ésta una observación que compartimos y, como ejemplo, valga el de la ofensiva fascista de los años 1920-30 para anticiparse a la maduración de la crisis revolucionaria y, por tanto, lanzar una contrarrevolución de carácter preventivo (una korniloviada adelantada y más elaborada). Pero, continúan estos camaradas afirmando que tomó dichas medidas "de tal modo" que no volvió a triunfar ninguna insurrección del tipo de la Soviética. Una vez más, sale a relucir el subjetivismo con que enfocan la política: hacen depender absolutamente los acontecimientos históricos —las insurrecciones y su desenlace, v.gr.— de la voluntad de los actores más conscientes, dejando de lado los factores objetivos sin cuya participación una insurrección puede reducirse al bonito nombre que se le da a una aventura. Además, destacan como decisiva la actuación de uno solo de los sujetos conscientes: los imperialistas. ¿Y el proletariado revolucionario? ¿Acaso no podía o no puede neutralizar aquellas medidas preparando de otro modo las insurrecciones y guerras populares, sin que dejen de serlo? Esa unilateralidad es una constante en estos camaradas, los cuales absolutizan cuanto atañe al enemigo de clase y reducen a cero el papel de las masas oprimidas.

2º) El PCE(r) acusa a la Internacional Comunista de haber antepuesto la "vía de Octubre o insurreccionalista" a cualquier otra, con lo que fracasó. ¿Y cuál es esa vía? Desde luego que no es "insurreccionalista" en el sentido pretender resolver la cuestión del poder en un solo y breve alzamiento popular armado, puesto que la actividad militar de Octubre abarcó desde los preparativos durante la Primera Guerra Mundial hasta la guerra civil y contra la intervención extranjera de 1918 a 1920. Y de eso siempre fueron conscientes los bolcheviques y la IC. ¿Querían entonces imponer al proletariado mundial la espera hasta una repetición de la guerra imperialista? En absoluto. Como lo atestiguan las diferentes tentativas insurreccionales de los años 20 y su estudio sistemático en el texto ya mencionado, *La insurrección armada*, la IC tenía también en cuenta la revolución rusa de 1905-07 —en la que tuvo menor influencia la guerra con el exterior— y sus enseñanzas en el sentido de concebir la victoria de la clase obrera en cada país como fruto de una guerra civil prolongada, compuesta por varias insurrecciones, incluida la decisiva. Lo que sí es cierto es que la IC nunca se apartó en lo militar del principio según el cual la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos, y continuó defendiendo que la lucha armada debía ser la de las masas y condenando la táctica terrorista y aventurera.

3º) ¿Fracasaron las insurrecciones porque esta línea era incorrecta? Esto lo tendrían que demostrar quienes así lo afirman (lo mismo que la supuesta atribución principal de los fracasos a la socialdemocracia o el supuesto abandono de la vía insurreccional). En nuestra opinión, no era equivocada, a pesar de las derrotas: en todo caso, debía desarrollarse, mejorarse y perfeccionarse con la experiencia; pero lo que realmente incidió negativamente en su éxito durante los años 20 fue que el movimiento revolucionario del proletariado sufrió **objetivamente** un receso y luego una lenta recuperación que culminaría en la confluencia de los años 30 y 40. Aquí, en combinación con la II Guerra Mundial, la línea militar proletaria de masas arrancó al imperialismo la mitad de Eu-



Lenin contra el terrorismo individual

En la segunda mitad de 1913, el movimiento huelguístico revolucionario de masas sigue creciendo. Lenin redacta, entonces, las *Resoluciones de la reunión del verano de 1913 del CC del POSDR con funcionarios del partido*, entre las cuales figura lo siguiente:

"3. El partido de los socialistas revolucionarios continúa defendiendo oficialmente el terrorismo, cuya historia en Rusia ha confirmado plenamente la crítica social-

démocrata de esta forma de lucha, que acabó en completo fracaso. Por lo demás, el boicot a las elecciones y la total incapacidad de esta organización de intelectuales para ejercer una influencia sistemática sobre el curso del desarrollo social del país han determinado que en ningún lugar haya sido este partido, ni en la más mínima medida, un factor en el nuevo ascenso del movimiento revolucionario." (tomo XX, pág. 186)

ropa y creó el campo socialista. ¿Se puede considerar eso un fracaso? Claro que los del PCE(r) pueden respondernos que la "vía insurreccionalista" fue incapaz de adelantarse a la guerra imperialista. En esto, sin duda influyó la contraofensiva fascista como un fenómeno nuevo que sorprendió a los comunistas, que no siempre fue bien analizado por éstos y que, por eso, favoreció la degeneración revisionista en más de un partido (síntoma de la precaria "bolchevización" de éstos). Pero, esa incapacidad de adelantar la revolución a la guerra mundial sobre todo se debió —repetimos— a que la situación revolucionaria **todavía** no se había desarrollado hasta su fase crítica (salvo quizás en España). ¡Y es que la revolución no se hace sólo cuando uno quiere, sino, además, cuando uno puede! Mientras la posibilidad objetiva madura, hay que preparar las condiciones subjetivas para ese momento. Y eso es lo que hizo la IC, incluso en su VII Congreso (con graves errores), para conquistar a las grandes masas del pueblo y sortear el obstáculo del fascismo que la burguesía había lanzado contra la revolución que maduraba.

4º) El PCE(r) describe la historia de la IC de una manera simplista, antidialéctica y hasta maniquea: abandonó la vía insurreccional y volvió a los viejos métodos legales y parlamentarios, olvidó la primacía que Lenin otorgaba a los ilegales y clandestinos, interpretó su obra *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* como un imperativo, ... Ese cambio de rumbo de la IC es una falsedad de cabo a rabo: nunca abandonó la vía insurreccional sino que trató de concretar cómo abrirle camino a su triunfo³²; nunca olvidó la necesidad de primar los métodos ilegales y clandestinos **en el sentido estratégico**, que no táctico; y nunca volvió a los viejos métodos legales y parlamentarios y al imperativo de *La enfermedad infantil...*, por la sencilla razón de que nunca los había abandonado y siempre luchó por su apli-

cación correcta (revolucionaria).

No queremos dar una apariencia idílica a la historia de la IC ya que hubo errores y bandazos serios, pero nunca tan exagerados y tan burdos como el PCE(r) los pinta, reduciendo todo a la lucha entre el bien (lo ilegal, lo militar) y el mal (lo legal, lo pacífico).

5º) Este partido sostiene la necesidad de forjar un ejército popular para la insurrección, a lo largo de una guerra prolongada, sin esperar condiciones ideales. Veamos. Certo es que se necesita forjar un ejército popular, pero ¿para la insurrección, antes de la insurrección? Se necesita tal ejército para triunfar en la guerra civil revolucionaria que la burguesía obligará al pueblo a librar contra ella para imponer éste su voluntad de cambio social. Pero la insurrección no debe concebirse como acto único y final de esa guerra (otra cosa es que el desenlace de la misma pueda ser una gran insurrección donde el poder rojo no estuviere ya establecido), sino que ésta se compondrá de una serie de insurrecciones que no son otra cosa que el armamento de las masas proletarias, el desarrollo de su lucha de clase hasta su forma superior —la militar—, la continuación de su lucha política por otros medios. Es a lo largo de esas insurrecciones y de toda la guerra civil (que comprenderá también la lucha guerrillera) cómo se forjará el ejército popular. Lo que propone (y practica) el PCE(r) es aplicar los métodos de la fase superior de la lucha de clases cuando ésta aún no ha llegado: eso es una aventura, eso es terrorismo.

Pero, esa guerra prolongada que empieza como guerra de guerrillas, ¿no es lo que defendía Mao Tse-tung? Sí, pero en una situación bien concreta. Lo defiende desde un partido recién salido de una experiencia insurreccional en las ciudades y como fruto del análisis concreto de la sociedad china: semi-colonial, semi-feudal, pendiente de una revolución agraria, con la masa de la población trabajadora perteneciente a la pequeña burguesía y dispersa en el campo, con predominio de la coacción y violencia extraeconómica sobre ella, sin poder reaccionario centralizado y unido, inmersa ya en continuas guerras (en sentido estricto) entre territorios y clases sociales con diferentes ejércitos, pésimas comunicaciones, aislamiento de áreas geográficas, etc., etc. Querer transplantar mecánicamente las conclusiones del planteamiento de Mao a un país imperialista como España es, otra vez, dogmatismo. En aquella China, la lucha armada era ya

³² Lejos de "arrepentirse" de la insurrección de 1934 en España, el entonces líder de la Internacional Comunista, Dimitrov, analiza las causas de su derrota, tras hacerse la siguiente pregunta: "¿Tenían que triunfar la burguesía y la nobleza en España, país donde las fuerzas de la insurrección proletaria se combinan tan ventajosamente con la guerra campesina?". ("La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo". *Informe ante el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, 2 de agosto de 1935*. Jorge Dimitrov. Obras Escogidas, tomo I, págs. 590 y siguientes)

Lenin contra el terrorismo individual

El 17 de octubre de 1914, cuando ya ha estallado la primera guerra imperialista mundial, Lenin escribe, a A. G. Shliápnikov, acerca de la táctica revolucionaria a seguir ante este nuevo hecho. ¿Acaso, en tales circunstancias, vuelve a recomendar los actos terroristas o la lucha guerrillera? Tampoco; veamos:

"No sabotear la guerra, no lanzarse a acciones individuales, aisladas, en ese espíritu, sino una propaganda de masas (no sólo entre los 'civiles') que conduzca a la transformación de la guerra en guerra civil. (...)

No se trata de sabotear la guerra, sino de luchar contra el chovinismo y de concentrar toda la propaganda y la agitación en la cohesión (aproximación, solidaridad, acuerdo, *selon les circonstances* [según las circunstancias]) internacional del proletariado con vistas a la guerra civil.

Sería erróneo tanto llamar a actos *individuales* de disparar contra los oficiales, etc., como tolerar argumentos tales como el de que no queremos ayudar al kaiserismo. Lo primero es desviarse hacia el anarquismo; lo segundo, hacia el oportunismo. Nosotros, por el contrario, debemos preparar la acción de masas (o por lo menos colectiva) entre las tropas —no sólo de una nación— y desarrollar en ese sentido **todo** el trabajo de propaganda y agitación. La dirección de nuestra labor (una labor tenaz, sistemática, tal vez prolongada) en el espíritu de convertir la guerra nacional en guerra civil; he ahí lo esencial. En qué momento debe producirse esta transformación es otra cuestión, que ahora todavía no es clara. Habrá que dejar que este momento madure y 'hacerlo madurar' sistemáticamente." (tomo XXXIX, págs. 164 y 165)

la forma de lucha **de las masas**, antes de que se lanzara a ella el Partido Comunista; aquí, todavía no. ¡Aprendamos de la teoría de la guerra popular prolongada de Mao como una guía para la acción en nuestra realidad que es, en gran parte, diferente! Nos consta que el PCE(r) tampoco intenta aplicarla al pie de la letra, pero toma de ella lo que le interesa en función de su idea preconcebida, y no en función de la realidad social.

6º) El PCE(r) afirma justamente que Lenin no descuidó la preparación militar durante largos años, pero calla que, en la mayoría de ellos, se opuso a la lucha armada de las organizaciones de vanguardia, como podrá comprobar el lector al pie de este artículo.

7º) No nos parece lo más probable que el ejército popular revolucionario vaya a surgir como una parte del ejército reaccionario escindida de sus filas. Sin embargo, de ahí a despreciar la utilidad del trabajo revolucionario dentro de las fuerzas armadas de la burguesía —como hace el PCE(r)—, media un abismo. Siguiendo su enfoque metafísico, no hay contradicciones ni fisuras (salvo en el proletariado cuyas masas mayoritarias no merecen tal nombre): el Estado imperialista es reacción **absoluta**, sin “márgenes de libertad para acumular fuerzas”, y su ejército es tan compacto que no cabe esperar que lo descomponga o siquiera influya en él mínimamente la lucha de clases que se desarrolla en el seno de la sociedad. El fascismo que han descubierto estos camaradas ha venido a subvertir, no ya las leyes esenciales de la superestructura capitalista, sino las de todas las formaciones políticas de la historia: éstas nos informan que, en las revoluciones sociales, siempre han concurrido la derrota militar de la reacción y, a la vez y como parte de ésta, la descomposición de sus fuerzas armadas.

Tras más de 20 años de que le dé la espalda, estos camaradas no se preguntan qué le ocurre a la clase obrera a la que dicen servir, cómo se compone internamente, qué intereses ligam a tal o cual sector de la misma con el Estado y con su papel en la división imperialista internacional del trabajo. ¡Como para interesarse por influir en las contradicciones al interior de las fuerzas armadas burguesas! ¡Qué importa que la tropa y las escalas básicas las compongan hijos del proletariado y demás trabajadores (aunque ya estén profesionalizados y eso dificulte las cosas), que cobran sala-

rios de obreros, que con el aumento de la represión interna y externa se les exija una intensificación redoblada de su ya asqueroso “trabajo”, que sufran toda clase de vejaciones por parte de sus superiores para imponerles una disciplina ciega, que se les prohíba la libre sindicalización, etc.!

8º) Los simpáticos camaradas del PCE(r) tratan de atacar nuestras posiciones con ese “Estudiar, observar y simular: palabrería sin actos, que diría Lenin”³³. Sin embargo, a estas alturas, el lector habrá podido comprobar cuál era la auténtica línea táctica de Lenin en las condiciones que más se asemejaban a las actuales: concentrar todos los esfuerzos en el fortalecimiento de la organización y la distribución sistemática de materiales políticos; crear una organización de revolucionarios que se centre en la agitación política; cada paso de movimiento de masas real vale por docenas de atentados y de resistencias minoritarias: no es la hora de armarse sino de pertrechar a las masas con la ardiente necesidad de armarse y de atacar al enemigo; hasta en la mismísima guerra imperialista, propugnar no los atentados ni el sabotaje de ésta, sino la propaganda y la agitación contra el chovinismo y por la guerra revolucionaria; etc.

V. Ferrer nos conmina a adelantar “desde hoy, aunque sólo sea en germen, todas las condiciones necesarias para la insurrección, incluida la lucha armada”. De acuerdo, pero ¿qué significa “en germen”? Quiere decir algo intermedio entre la lucha de clases pacífica y la guerra civil abierta en que habrá de convertirse. La concreción de ese estadio embrionario debe hacerse teniendo presente, no sólo el objetivo, sino también el punto de partida, la situación actual que

³³ Un poco más abajo, V. Ferrer se atreve incluso a predecir que, cuando llegue el momento de la insurrección, seguiremos negándonos a la lucha armada (pág. 32). A una hipótesis de futuro así, tan contraria a nuestras intenciones, sólo podemos responder que históricamente nunca le ocurrió eso a quien se atuvo de verdad a los principios leninistas: en cambio, con respecto a los defensores de la táctica terrorista, Lenin pudo constatar que “... en diciembre de 1905, cuando las cosas adquirieron al fin el carácter de un movimiento de masas, de una insurrección —cuando fue necesario ayudar a las *masas* a emplear la violencia— entonces, en ese preciso momento, los ‘terroristas’ brillaron por su ausencia”. (O. C., tomo XXXIX, pág. 369) Así que, siguiendo las malas artes de los dirigentes del PCE(r), tendríamos derecho a preguntarnos si, también en este vergonzoso desenlace, acabarán repitiendo los errores de sus predecesores rusos.

Lenin contra el terrorismo individual

El 25 de octubre de 1916, Lenin escribe a A. F. Koritschoner sobre el atentado mortal del socialdemócrata austriaco Friedrich Adler contra el primer ministro de su país:

“En cuanto a la apreciación política del acto nosotros mantenemos, desde luego, nuestro antiguo criterio, confirmado por décadas de experiencia, de que los actos terroristas individuales son métodos *inadecuados* de lucha política.

‘Killing is no murder [Matar no es homicidio]’, decía nuestra vieja *Iskra* a propósito de los actos terroristas: **no nos oponemos en absoluto** al homicidio político (en este sentido, son sencillamente repugnantes los escritos serviles de los oportunistas de *Vorwärts* y el *Arbeiter Zeitung* de Viena), pero como táctica revolucionaria los atentados individuales son inadecuados y perjudiciales. Sólo el movi-

miento de masas puede ser considerado como genuina lucha política. Sólo en vinculación directa, inmediata con el movimiento de masas, pueden y deben tener algún valor los actos terroristas individuales. En Rusia, los terroristas (contra los cuales siempre hemos luchado) realizaron una serie de atentados individuales; pero en diciembre de 1905, cuando las cosas adquirieron al fin el carácter de un movimiento de masas, de una insurrección —cuando fue necesario ayudar a las *masas* a emplear la violencia— entonces, en ese preciso momento, los ‘terroristas’ brillaron por su ausencia. Ese fue el error de los terroristas.

Adler habría sido mucho más útil al movimiento revolucionario si, sin asustarse de una división, se hubiera entregado sistemáticamente a la propaganda y a la agitación clandestina”. (tomo XXXIX, pág. 369)

comprende el nivel de conciencia de las masas (dependiente de su educación política comunista y del desarrollo efectivo alcanzado por su movimiento). Los de *Antorcha* hablan a la ligera del fracaso de la "vía de Octubre o insurreccionalista", pero lo que realmente pone de manifiesto la experiencia de los últimos 20-30 años en Europa es que la lucha armada de destacamentos de vanguardia, lejos de incorporar a tal actividad a masas crecientes, ha favorecido la movilización de éstas por parte de la reacción, facilitando así sus planes represivos antipopulares³⁴.

3.5- Los límites de la acumulación de fuerzas por medios pacíficos

Llegados a este punto, los camaradas del PCE(r) suelen alegar que, según su propia experiencia, el Estado burgués reprime implacablemente y desde el principio todo intento de trabajo revolucionario por métodos no militares e incluso legales³⁵. Sin embargo, no quieren reconocer que son ellos mismos los que se lo ponen fácil al enemigo de clase, ya que pretenden realizar esa labor manteniendo su guerrilla, su lucha armada, al mismo tiempo. A los imperialistas nunca les faltan ganas de aplastar la actividad revolucionaria, pero, salvo que peligre su régimen en lo inmediato, se contienen si amplias masas la apoyan o, al menos, la consideran legítima,

³⁴ Es como ejemplo de eso que citábamos el "espíritu de Ermua", en la página 38 del Editorial del n° 18 de *La Forja*. No lo hicimos para sumarnos a él o para "loarlo", como afirma V. Ferrer tergiversando nuestra posición y acusándonos de pasarnos a la trinchera del enemigo y de abrazarnos a su "espíritu", con el pretexto de la "crítica marxista-leninista al terrorismo". (págs. 31 y 32)

³⁵ Véase, por ejemplo, *Antorcha* n° 11, pág. 26.

(p. ej., el derecho a expresar ideas comunistas o a organizarse para tareas pacíficas o incluso para cierta autodefensa). De lo contrario, se desenmascararían innecesaria y precipitadamente, y las cosas empeorarían para ellos. Pero si los revolucionarios tratamos de **imponer** a esas masas objetivos inmediatos o métodos de lucha que no comparten, los reaccionarios ya no se sentirán obligados a contenerse y su represión se cebará sobre nosotros con el beneplácito o la indiferencia de la inmensa mayoría.

Un problema que sí es real y difícil pero no imposible de solucionar es el del golpe contrarrevolucionario preventivo. Hemos visto que la táctica terrorista no sirve porque legítima a la reacción a los ojos de las grandes masas. Ahora bien, en el caso de que la burguesía rompa las reglas del juego "democráticas" antes de que el pueblo haya elevado su conciencia y su actividad hasta el nivel militar, ¿qué debemos hacer los comunistas?:



Lenin contra el terrorismo individual

Nos situamos ya a primeros del año 1918, cuando la guerra imperialista que estalló en 1914 toca ya a su fin y, sobre todo, cuando el proletariado ruso dirigido por su partido, el Partido Comunista (bolchevique), ha conquistado el poder político y se esfuerza en construir la nueva sociedad en su país, al tiempo que ayuda a la revolución mundial. Este último extremo es esgrimido entonces por los "izquierdistas" pequeñoburgueses para oponer a concertar una paz separada con Alemania que saque al País Soviético de los horrores de la Guerra Mundial. Veamos cómo Lenin, en su artículo *La fraseología revolucionaria*, enfoca el problema desde la perspectiva que le ofrece la rica experiencia de los revolucionarios rusos:

"¿Cualquier tipo de 'resistencia' al imperialismo alemán ayuda a la revolución alemana? Cualquiera que se preocupe por pensar un poco, o recordar siquiera la historia del movimiento revolucionario en Rusia, comprenderá fácilmente que sólo una *adecuada* resistencia a la reacción ayuda a la revolución. Durante medio siglo del movimiento revolucionario en Rusia hemos presenciado y conocido innumerables ejemplos de inadecuada resistencia a la reacción. Nosotros, los marxistas, nos hemos enorgullecido siempre de saber determinar, por medio de un riguroso análisis

de la fuerza de las masas y las relaciones de clases, si tal o cual forma de lucha es adecuada. Hemos dicho que una insurrección no siempre es adecuada; si no existen entre las masas las necesarias condiciones previas, es una aventura. A menudo hemos condenado las formas más heroicas de resistencia individual, como inadecuadas y perjudiciales desde el punto de vista de la revolución. En 1907, sobre la base de una amarga experiencia, rechazamos por inadecuada la resistencia a participar en la III Duma, etc., etc.

Para ayudar a la revolución alemana debemos limitarnos a la propaganda, la agitación, y la confraternización, mientras las fuerzas no sean suficientemente poderosas para asestar un golpe enérgico, serio y decisivo en un choque militar o insurreccional abierto, o debemos aceptar ese choque *si estamos seguros* de que no ayudará al enemigo.

Es evidente para todos (salvo para quienes están completamente marcados por la fraseología) que si entramos en un conflicto de carácter insurreccional o militar, *sabiendo* que no contamos con fuerzas, *sabiendo* que no tenemos ejército, es una aventura que no ayudará a los obreros alemanes, sino que entorpecerá su lucha y facilitará la tarea de su enemigo y de nuestro enemigo." (tomo XXVIII, págs. 218 y 219)

1) Es necesario prepararse y preparar a las masas para hacer frente a esta eventualidad ya experimentada históricamente, de modo que el avance hacia la revolución sufra el mínimo de daños.

2) Con un correcto trabajo revolucionario previo de educación y organización de las masas, un golpe preventivo de esta índole sólo podría suscitar la indignación de éstas y acelerar su maduración para la insurrección armada.

3) Si, a pesar de ello, tal insurrección aún no es posible o inmediata, quizás cierta actividad militar de una amplia vanguardia pueda gozar de la simpatía del pueblo, pero la decisión de emprenderla no debería precipitarse sino basarse en un correcto cálculo de su utilidad para llevar a las masas a la lucha armada victoriosa; en el caso de que aquella fuere inconveniente, deberemos seguir acumulando fuerzas por medios más pacíficos (legales e ilegales), a pesar de las mayores dificultades, hasta que se forjen objetiva y subjetivamente condiciones propicias para elevar la lucha de clases hasta su forma superior: la guerra popular.

3.6- Una salida digna y revolucionaria

V. Ferrer se muestra muy ofendido por la propuesta que hicimos al PCE(r) en el Editorial del número 18 de *La Forja*. Para que esta organización pudiese servir realmente, y no sólo con buenas intenciones, a la causa del comunismo, le proponíamos una salida del atolladero terrorista en el que se ha metido. Ésta resulta indudablemente muy dura, pero es la más conveniente, a falta de una poderosa reactivación del movimiento revolucionario de masas:

“... creemos que pueden contribuir positivamente a la Reconstitución del verdadero Partido Comunista. Para hacerlo de manera cabal, tendrán que emprender un proceso de rectificación con una valiente autocrítica de sus concepciones y de su trayectoria. Teniendo en consideración el problema de los presos políticos del PCE(r) y de los GRAPO, deberían adoptar las siguientes medidas:

1º) Entablar una negociación con el Gobierno para conseguir las máximas concesiones para éstos.

2º) No imponer al Gobierno, como condición insalvable, “nuestras libertades y derechos” y otras cosas imposibles bajo el capitalismo.

3º) Disolver los GRAPO como organización militar, cesar la lucha armada y jurar al pueblo que no volverán a emprenderla hasta que éste la considere necesaria.

4º) Dedicar todas sus fuerzas a la labor de educación revolucionaria del proletariado, principalmente de su vanguardia.

Por supuesto que el Estado considerará que no son medidas suficientes para liberar a los presos y legalizar el PCE(r) (esta última nos parece una reivindicación innecesaria), porque aquél pretende una apostasía de los principios revolucionarios, una renuncia para siempre al derecho a rebelarse y a empuñar las armas, una política de arrepentimiento por haber luchado contra el régimen capitalista, una práctica de delaciones y demás traiciones repugnantes. Esperamos que estos camaradas no acepten nunca tales condiciones, por lo que los presos tendrán que seguir algún tiempo en las cárceles. Sin embargo, el desarrollo de su trabajo revolucionario desde ellas y, sobre todo, el acertado trabajo de masas de todos los comunistas de los distintos destacamentos organizados —esta vez sin el obstáculo de una lucha armada que esas masas no comparten— levantarán un movimiento de simpatía popular con estos héroes de nuestra clase (que cometieron el error de una lucha armada prematura, pero tuvieron la valentía de arriesgar sus propias vidas para servir al pueblo). Y ese movimiento los sacará de las prisiones y los volverá a reunir con sus gentes, más pronto de lo que desearía la reacción, y esperamos que sea para seguir contribuyendo a la futura revolución”. (pág. 41)

De la respuesta injuriosa de *Antorcha*, sólo merece la pena contestar a dos cuestiones:

1º— Nosotros nunca hemos dicho que, en esa negociación, fuera imposible obtener “ninguna contrapartida pobajo el capitalismo, es pedir peras al olmo, es algo que sólo se podrá conseguir con el socialismo. Así pues, si el PCE(r) plantea una negociación seria, basada en la correlación de fuerzas existente, o bien pretende que la burguesía le conceda la mismísima revolución socialista, o bien confunde “los derechos y libertades” de la clase obrera con la idílica democracia burguesa soñada por todos los pequeñoburgueses.

2º— Tiene la desfachatez de confundir nuestra propuesta con la que les formuló el CESID en las últimas negociaciones (pág. 33). Si las cosas fueran así, el Estado les habría reconocido el derecho a combatirlo con las armas en la mano si cuentan con el beneplácito del pueblo. En ese caso, el actual Estado imperialista no sólo no sería la reacción absoluta, sino que sería el más democrático que jamás ha existido. ¡Aclaraos, camaradas del PCE(r)! No obstante, tenemos que concederles que sí compartimos con la burguesía una petición de arrepentimiento y rendición. Pero eso es lo formal, lo aparente, porque ambas propuestas son antagónicas en cuanto a su esencia de clase: el Estado les pide someter sus inclinaciones pequeñoburguesa al interés de clase de la burguesía monopolista y nosotros al interés de clase del proletariado... ¡Nada menos!

Lenin contra el terrorismo individual

Por último, en su obra *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, escrita en abril-mayo de 1920, Lenin se refiere a su posición sobre el terrorismo, en la crítica a la táctica del partido de los socialistas-revolucionarios, de una manera que sólo cabe interpretar en el sentido de todo lo afirmado anteriormente:

“... ese partido se consideraba particularmente ‘revolucionario’ o ‘de izquierda’ porque reconocía el terror individual, los asesinatos, cosa que nosotros, los marxistas,

rechazábamos en forma categórica. Es claro que nosotros rechazábamos el terror individual sólo por razones de oportunidad: mientras que las personas que eran capaces de condenar ‘por principio’ el terror de la gran Revolución Francesa o, en general, el terror empleado por un partido revolucionario victorioso, acosado por la burguesía de todo el mundo, fueron ridiculizadas y escarnecidas por Plejánov en 1900-1903, cuando éste era un marxista y un revolucionario.” (tomo XXXIII, pág. 138)

4- Acerca de la táctica electoral de los comunistas

Frente a nuestra crítica contra el antiparlamentarismo “izquierdista” del PCE(r), el artículo de *Antorcha* responde con los siguientes argumentos que vamos a rebatir:

1) Busca algunas citas de los clásicos que le amparen. Una es de F. Engels, describiendo la tradición abstencionista en España. “Sólo” le falta añadir que éste no se refiere a este hecho precisamente como una virtud de nuestro movimiento revolucionario decimonónico, recordando que “Ya el *Manifiesto Comunista* había proclamado la lucha por el sufragio universal, por la democracia, como una de las primeras y más importantes tareas del proletariado militante, ...”³⁶. La otra cita es de Lenin, reclamando el boicot a la Duma ... **¡en plena revolución de 1905-07!** Pero al camarada Ferrer sólo se le ocurre preguntar: “¿acaso el parlamento español representa hoy mejor al pueblo que la Duma de 1905 y 1906 contra la que Lenin escribió?” (pág. 36) No repara en que Lenin condiciona el boicot no tanto a esa falta de representatividad cuanto al “vigor de nuestra lucha”, en referencia a la revolución armada de masas en curso, y que considerará erróneo el boicot a las siguientes convocatorias de la Duma.

2) Afirma con rotundidad absoluta y contra toda estadística que

“las masas hace tiempo que han perdido la fe, la esperanza y hasta la caridad en el sistema electoral y en el parlamentarismo burgués.” (pág. 36)

¿Será que la mayoría que sigue participando en las farsas electorales son esas masas que no merecen tal nombre? Estaríamos de acuerdo con él si se hubiera limitado a hablar de crecimiento de la abstención electoral en la vanguardia proletaria, como manifestación del creciente desengaño de las ilusiones democrático-burguesas que albergaba **esa vanguardia**. Pero, lo que afirma muestra la mayor incapacidad para entender la realidad o, lo que es peor, el mayor desprecio hacia esas grandes masas que serán decisivas en la cumbre del proceso revolucionario. Esto confirmaría nuestra sospecha de que los dirigentes del PCE(r) —carentes de confianza en la clase obrera y en la Revolución Socialista— se conforman con el papel de “mosca cojonera” del sistema capitalista.

3) Otra vez, V. Ferrer se atreve a predecir nuestro futuro: en esta ocasión, vaticina que, cuando se haya reconstituido el Partido Comunista, nos presentaremos a las elecciones para seguir los pasos de Carrillo (pág. 36). No le entra en la cabeza que se puedan utilizar los medios de lucha legales para hacer un trabajo revolucionario, **al mismo tiempo** que se emplean otros medios ilegales (incluso militares, llegado el caso). En cuanto a la conveniencia de que el proletariado revolucionario concorra a las elecciones y al parlamento burgués es algo que no se puede re-

solver de antemano; entretanto, nos reservaremos el derecho de acudir a este medio de lucha, entre otros, siempre que sea más beneficioso que perjudicial para el avance hacia la Revolución Socialista. En cualquier caso, el desarrollo de la democracia y de la representatividad de la clase obrera no se basarán en esta posibilidad, sino en la construcción de sus instrumentos políticos: el Partido Comunista, las organizaciones del Frente Único, el Ejército Rojo y los organismos del nuevo poder revolucionario.

5- Sobre la actitud de los comunistas hacia los sindicatos

En el Editorial del número 18 de *La Forja*, criticábamos la consigna “izquierdista” del PCE(r) de boicot a los sindicatos reaccionarios (CC.OO. y UGT, principalmente) para aislar al régimen, por cuanto favorecía el aislamiento de los comunistas con respecto a las masas del proletariado. Ocultando la lucha que siempre hemos sostenido contra los dirigentes sindicales oportunistas y su política vendeobrero, el camarada Ferrer nos acusa de concebir el trabajo en los sindicatos “como un fin en sí mismo” y de ayudar así al Estado burgués a “mantenerlos a flote”. (págs. 37 y 39) Examinemos los principales argumentos que sustentan tan peregrina conclusión:

1º) Es interesante detenerse un instante en ese curioso objetivo que es el “aislamiento del régimen boicoteando los sindicatos afines a él”. De principio, debemos subrayar que el objetivo de los comunistas no es otro que la **destrucción** del régimen burgués. El aislamiento de éste, si tiene algún sentido, habrá de entenderse como el del aparato estatal y otras instituciones **de la superestructura**, puesto que los obreros formamos parte del régimen social capitalista y no podemos aislarnos de nosotros mismos; lo que debemos hacer es destruirlo transformándolo en otro superior, como resultado del desarrollo de la contradicción antagónica **interna** que conforma y corroe al régimen actual. Por lo tanto, el aislamiento del régimen no puede ser un objetivo en sí, y sólo será conveniente en cuanto sirva al objetivo revolucio-



Bulgaria, 1944

³⁶ K. Marx y F. Engels, Obras escogidas, tomo I, pág. 124. Ed. Akal 74.

nario.

Pero es que, además, los sindicatos ni siquiera son, sin más, instituciones burguesas, por mucho que su dirección lo sea: son organizaciones de las masas proletarias que el capital necesita controlar para quebrar la unidad y la independencia de nuestra clase, y, con ello, el camino revolucionario. En un principio, aquél no quería ni oír hablar de ellos, porque entorpecían su base de libre concurrencia individual. Pero, cuando el desarrollo capitalista engendró el monopolismo y se extendió la organización de nuestra clase, se hicieron inevitables los sindicatos y se volvió imprescindible para la burguesía su control. Éste ya habíase demostrado posible gracias a la espontánea tendencia al corporativismo inherente al sindicalismo (por cierto, una característica esencial del fascismo). La burguesía necesita ese control permanente y los jefes oportunistas se lo proporcionan **porque sus organizaciones dirigen, de un modo más o menos directo, a grandes masas del proletariado** (y no tanto a las más atrasadas, sino a las medias que han alcanzado una conciencia de "clase en sí", o incluso mayor, en algunos casos). Por eso, si los revolucionarios las boicoteamos, nos aislaremos de dichas masas por propia voluntad y para infinito regocijo de los explotadores.

Por supuesto que una acción propagandística y organizativa externa es imprescindible. Aunque su carácter externo no será absoluto, puesto que la propaganda se situará en el terreno de las contradicciones ideológicas y políticas de las masas obreras sindicalizadas o no, y los organismos generados por el Partido se guiarán por los principios del Frente Único anticapitalista en su relación con aquéllas. Sin embargo, como enseña el materialismo dialéctico y corrobora toda la experiencia del movimiento obrero, las contradicciones externas sólo pueden actuar a través de las internas, siendo éstas las principales: por ello, los comunistas sólo podemos conquistar a las masas (sean las que sean, en cada momento), también y **primordialmente**, por medio de la más estrecha vinculación organizativa con ellas.

Ésta es la verdadera razón de fondo por la que Lenin nos impelía a trabajar en los sindicatos reaccionarios.

2º) Tiene razón el camarada V. Ferrer cuando sostiene que, a diferencia de hoy, en los tiempos en los que Lenin escribió *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, los sindicatos

"estaban en pleno auge y aglutinaban a grandes masas de obreros". (pág. 37)

Sin embargo, esto no basta para validar ahora la táctica "izquierdista" de boicot hacia ellos, puesto que conservan su mando sobre aquellas grandes masas del proletariado, aunque sea de una manera más indirecta. Para justificar su consigna, el PCE(r) necesita exagerar su correcta apreciación anterior:

"...¿de dónde extrae *La Forja* que esos sindicatos amarillos son *de masas*? Las masas hace tiempo que no sólo no los siguen, sino que los han abandonado y se han enfrentado a ellos en un sinfín de ocasiones hasta dejarlos casi vacíos, reducidos a su estructura burocrática". (pág. 37)

Hay mucho de verdad en esta descripción de hechos, pero han sido exagerados para llegar a una conclusión falsa. En efecto, las grandes masas de nuestra clase no se han organizado al margen de

esos sindicatos oportunistas y, por lo general, siguen dependiendo de ellos, para organizar su lucha reivindicativa. Ésa es la realidad con la que hay que lidiar.

Pero, ¿y los obreros más avanzados? El artículo de *Antorcha* nos reprocha:

"¿qué pinta una *fracción roja* o un círculo obrero dentro de CC.OO. o UGT? Los obreros más avanzados no se encuentran en CC.OO. y UGT por la sencilla razón de que se han hecho *incompatibles* con esas centrales." (págs. 38 y 39)

Es cierto que muchos proletarios de vanguardia ya no militan en esos sindicatos, pero también lo es que otros muchos lo siguen haciendo para combatir la línea oportunista **procurando movilizar contra ella a las masas trabajadoras** situadas dentro o en el entorno de dichas organizaciones. El escaso éxito alcanzado hasta hoy en este empeño (al igual que en otras actividades) se debe, ni más ni menos, al insuficiente desarrollo del proceso de Reconstitución del Partido Comunista, que es "el eslabón principal para asir el resto de la cadena", como diría Lenin. Por lo demás, nos atreveremos a formular una pregunta a los camaradas del PCE(r) y a todos los que compartan aquí su punto de vista: ¿Qué pinta un obrero avanzado que rechaza los posibles vínculos organizativos, directos o indirectos, con las grandes masas, y sólo se preocupa por conservar su inmaculada pureza?

3º) Es por todo eso que la táctica de boicot a los sindicatos amarillos que sostiene este partido está llena de fisuras en la práctica e, incluso, en la teoría. El propio V. Ferrer lo refleja en su artículo:

"En el caso de que todos o la mayoría de los obreros de la empresa estén afiliados a un único sindicato, (sea el que sea, incluidos CC.OO. y UGT) —del que todavía no hayan salido huyendo—, los militantes se afiliarán a ese sindicato y aprovecharán los innumerables conflictos laborales para elevar el nivel de conciencia de sus compañeros, para conectar con otros trabajadores del sector procurando la unidad, para extender los métodos asamblearios y democráticos, para plantear justas reivindicaciones, etc.". (págs. 37 y 38)

4º) Además, cuando las condiciones objetivas sean más favorables a la revolución y el proletariado se haya dotado de su Partido Comunista o esté más cerca de ello, los dirigentes sindicales oportunistas de CC.OO. y UGT, si no quieren desaparecer y dejar de servir al capital, tendrán que radicalizar su política, con lo que crecerá el carácter de masas de sus organizaciones y se reducirá el peso de la burocracia en su seno. En definitiva, la situación se volverá aún más



parecida a la que conoció Lenin y se hará todavía más evidente la necesidad de trabajar en esos sindicatos reaccionarios **ya directamente "de masas"**.

5º) Por último, muchas de las orientaciones que defiende *Antorcha* para el trabajo sindical de los comunistas son muy similares a las nuestras o perfectamente compatibles con ellas. Pero, el camarada V. Ferrer no quiere ver eso porque le obsesiona "tomarse la revancha" sobre nosotros por haber puesto al descubierto los errores o las contradicciones de su partido; para eso, no tiene escrúpulos en ocultar y tergiversar nuestro verdadero punto de vista, sustituyéndolo por la fórmula: "los comunistas tienen que trabajar en los sindicatos por más reaccionarios que sean, hasta expulsar a sus dirigentes". (pág. 38)

Deduco eso de una interpretación forzada de un viejo documento nuestro, a pesar de que, en el trabajo que sirve de base a su crítica, defendimos una posición muy diferente a aquella simple fórmula: "Hay un debate equivocado que, en ocasiones, se plantea, sobre cuál debe ser nuestro objetivo en el trabajo sindical: ¿expulsar a los dirigentes oportunistas de las organizaciones sindicales hoy existentes o escindimos de éstas? En un futuro, habrá que decantarse por una opción o por la otra, según cada caso concreto. Pero mientras, el objetivo principal, al que deben subordinarse todos los demás, es ganar para la política comunista a la vanguardia y luego a las masas del proletariado"³⁷.

6- Algunas consideraciones finales

Recapitulando, la línea política del PCE(r) se aparta del marxismo-leninismo en aspectos importantes.

En cuanto al fondo, la estrategia, asoma el revisionismo de derecha, sustituyendo la Revolución Socialista Proletaria, como objetivo principal del desarrollo social, por otro tipo de metas: esto es, derribar al fascismo para conquistar una democracia desde la que sí se priorizaría ya la lucha por el socialismo. De la mano del revisionismo de derecha —que es el principal enemigo de la liberación del proletariado— los partidos comunistas de la mayoría de los países imperialistas dejaron de luchar por la Revolución Socialista. Se limitaron a perseguir reformas que mejorasen o, al menos, que frenasen el deterioro de la democracia y de las condiciones económicas para amplias capas de trabajadores, sin combatir al régimen capitalista de explotación de los obreros y de los pueblos oprimidos.

En España y en otros países de capitalismo tardío, este revisionismo se manifestó bajo una forma particular y "adaptó" los viejos esquemas estratégicos a la nueva realidad. En efecto, es una controversia a dilucidar si en nuestro país, entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX, la revolución pendiente tenía carácter socialista proletario o democrático-burgués. El PCE bascularía, durante los años veinte, de la primera a la segunda opción, de manera definitiva. Luego, esta meta perdería su razón de ser por la reestructuración social plenamente capitalista que operó el franquismo. Sin embargo, la necesidad de una etapa intermedia quedaría grabada de tal forma en la cultura del movi-

miento comunista español que se empezó a reivindicar toda suerte de "revoluciones" democráticas, antimonopolistas, antifascistas, ... previas a la Revolución Socialista y para las que ya no había ningún tipo de precedente ni de justificación desde el punto de vista marxista-leninista.

El PCE(r) no fue capaz de sustraerse a esta equivocación y se apoyó, para ello, en una peculiar concepción del fascismo. Éste aparecería identificado con el Estado burgués de la etapa monopolista del desarrollo del capitalismo, borrando toda diferencia cualitativa entre fascismo y democracia burguesa imperialista, puesto que —según estos camaradas— la tendencia a la reacción que Lenin había observado en esta etapa superior del régimen burgués habría desembocado en reacción **total y absoluta** (al igual que, para Kautsky, el imperialismo desembocaría en "ultraimperialismo", o lo ha hecho en "imperio", para Toni Negri y otros neokautskistas). De esta manera, las posibilidades pacíficas y legales para preparar la revolución desaparecían y, entonces, o bien habría que recuperarlas derribando previamente al fascismo (teoría revisionista de derecha sobre la etapa intermedia), o bien toda la preparación habría de reducirse a los medios de lucha ilegales y armados (revisionismo de "izquierda"). Fracasado el intento de dar a la Reforma o Transición española un contenido más rupturista, prevalece este último tono ultraizquierdista en el discurso del PCE(r). Sin embargo, dado que esta variante del revisionismo es aun más inviable —puesto que se contraponen directamente a las masas, que constituyen la única fuerza real frente al régimen burgués—, en cuanto surja la más mínima crisis en éste, volverán a esgrimir ese trasto viejo de la "etapa intermedia antifascista".

En definitiva, en el PCE(r), bajo el revisionismo "izquierdista" en la forma, en la táctica, subyace el viejo revisionismo derechista que relega la Revolución Socialista a las calendarios griegas.

En cuanto a ese aspecto de su "izquierdismo" que es la táctica terrorista, es importante tener las ideas claras, incluso más allá de la existencia de esta organización, puesto que tal desviación está "de moda" internacionalmente desde hace unos cuantos años:

1º) El presente artículo, que se centra en la crítica de este error, debe contextualizarse con todo lo que hasta hoy ha publicado el PCR y que tiene por eje la causa consistente en derribar al imperialismo y en impulsar la Revolución Proletaria Mundial hacia el Comunismo. Por eso, como decíamos al principio de este trabajo, nuestro enemigo es la reacción burguesa y compartimos campo con todos los que se le oponen, incluidos los que elijan la táctica terrorista y debemos apoyarlos **frente a los golpes que ésta pretenda propinarles** ("La rebelión se justifica", decía Mao Tse-tung).

2º) El concepto de "terrorismo" tiene para nosotros un significado bien preciso y muy distinto al que le dan los ideólogos burgueses. En su acepción más amplia, se entendería por tal el ejercicio de la violencia con fines intimidatorios respecto de terceros. En este sentido, el terror se tiene que reputar por legítimo mientras existan antagonismos de clase. Así, las guerras coloniales, las de rapiña entre grandes potencias, los baños de sangre contrarrevolucionarios, el fascismo, las agresiones y embargos imperialistas, los GAL de todo tipo, etc., con sus cientos de millones de víctimas a costas otorgan al capitalismo el título de mayor terrorista de la Historia (y eso, sin contar el terror silencioso que siembra de

³⁷ Editorial del número 18 de *La Forja*, pág. 20.

continuo su régimen económico de desigualdades, ruina, explotación, desempleo, miseria, hambre, ...). Pero, para los beneficiarios de tanta carnicería, todo eso son exageraciones o bien "catástrofes naturales", "daños colaterales" o incluso legítima defensa, "libertad duradera" y "justicia infinita". Para ellos, terrorismo es toda rebeldía que perturbe su función de sanguijuelas del pueblo trabajador. Incluye, por tanto, toda violencia revolucionaria y eso significa que, por principio, no puede haber acuerdo genérico entre capitalistas y obreros conscientes para "la lucha contra el terrorismo".

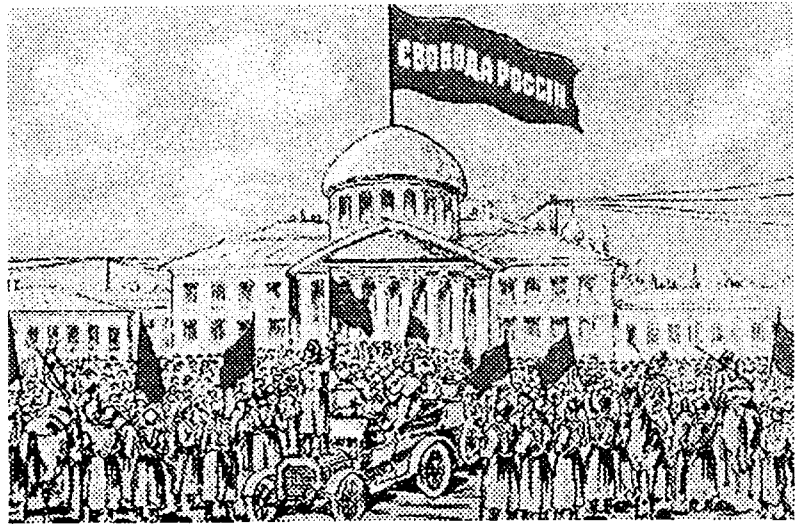
Para el proletariado revolucionario, el terrorismo en su acepción más general es un medio legítimo de combate en situaciones revolucionarias y de guerra civil, como un aspecto secundario de éstas, absolutamente subordinado al avance de la sociedad hacia el Comunismo (lo que, de por sí, limita estrictamente las posibilidades de su uso).

3º) Dicho esto, debemos recordar las palabras de Lenin en el sentido de que "sólo una adecuada resistencia a la reacción ayuda a la revolución". Por eso, el marxismo-leninismo condena sin paliativos ese terrorismo individual o sin masas que hemos analizado a lo largo del presente artículo. En el seno del movimiento obrero, debemos desplegar una lucha implacable contra él y por una táctica verdaderamente revolucionaria.

4º) La "moda" terrorista no es ajena a la grave crisis que sufre el movimiento comunista internacional desde hace un cuarto de siglo. En tiempos de Marx, Engels, Lenin, Stalin y de la Komintern, a nadie se le habría permitido defender **en nombre del marxismo** esta táctica emparentada con la acción directa de los anarquistas³⁸.

Sólo cuando el revisionismo moderno se apoderó de la dirección de la mayoría de nuestro movimiento, con su "vía pacífica al socialismo", la pequeña burguesía y la burguesía nacional de los países oprimidos tomaron la cabeza del combate antiimperialista con sus métodos terroristas (atentados individuales, focos guerrilleros guevaristas, ...). Entonces, las masas revolucionarias empezaron a confundir todo eso con la Guerra Popular verdadera del proletariado.

Claro que, al principio, entre los años 60 y 70, cuan-



do el movimiento de liberación nacional todavía era poderoso y en los países imperialistas despuntaba un incipiente movimiento revolucionario de masas, esta confusión se traducía en simpatía por tales métodos (con la ayuda de los revisionistas soviéticos que, bajo cuerda, animaban a esta nueva burguesía radicalizada). Pero, a partir de los años 80, cuando toda esa podredumbre se vino abajo —desde el Muro de Berlín hasta el "socialismo" árabe, pasando por la revolución latinoamericana—, las masas dieron la espalda al terrorismo que las tomaba por carne de cañón, encima a cambio de nada o de unas míseras reformas, y aquella confusión fue aprovechada por los ideólogos reaccionarios para denigrar la causa comunista a la que identificaron con el terrorismo, con la inestimable ayuda de sus nuevos e indignos representantes: los revisionistas de derecha y también de los de "izquierda". Desde entonces, esos plumíferos utilizan el repudio al terror para propagar el pacifismo burgués (o sea, la sumisión a los explotadores), para estigmatizar la violencia revolucionaria, para criminalizar y aislar socialmente a los movimientos de resistencia de masas, y para contrarrestar los preparativos de la futura Revolución Socialista Proletaria.

Por todo ello, admitir la táctica terrorista como un matiz legítimo en el movimiento proletario revolucionario, no deslindar campos con ella, no combatirla, es un error especialmente grave en la actualidad.

5º) También merece la pena contestar al argumento que defiende al terrorismo como la vía más rápida o incluso la más realista, aunque sea la más dolorosa, para preparar la revolución. Sobre todo cuando, en una forma u otra, tuvo bastante que ver con el éxito en Argelia o en Cuba.

Es cierto que, contra el imperialismo, la guerra nacional es justa y ésta, cuando la dirigen sectores burgueses, tiende a tomar a las masas como simple carne de cañón (léase la maquiavélica lógica de "acción-represión-más acción", los atentados en las Torres Gemelas del *World Trade Centre* de Nueva York con miles de víctimas civiles³⁹, etc.). Se puede triunfar en una guerra así enfocada, pero: 1) será por el camino más doloroso para las masas, por el que las toma, no como protagonistas conscientes de la transformación social,

³⁸ "Unas palabras acerca de la Internacional Comunista. En el Occidente, mercenarios de los imperialistas y autores de cartas apócrifas difunden rumores de que la Internacional Comunista es una organización de conspiradores y terroristas, que los comunistas recorren los países del Occidente para tramar complots contra los gobernantes europeos. A propósito, la explosión producida en Sofía, en Bulgaria, se achaca a los comunistas. He de declarar algo que todo hombre culto, todo el que no sea un ignorante rematado o no esté vendido debe conocer: he de declarar que los comunistas no han tenido, no tienen y no pueden tener nada de común con la teoría y la práctica del terror individual; que los comunistas no han tenido, no tienen y no pueden tener nada de común con la teoría de los complots contra individuos aislados. La teoría y la práctica de la Internacional Comunista consiste en organizar el movimiento revolucionario de masas contra el capitalismo. Eso es cierto. Esta es la tarea de los comunistas. Sólo ignorantes y majaderos pueden confundir los complots y el terror individual con la política de la Internacional Comunista en el movimiento revolucionario de masas". (J. V. Stalin, "Informe Político del Comité Central al XIV Congreso del P.C.(b) de la U.R.S.S. (18-31 de diciembre de 1925). *Obras*, tomo VII, págs. 302 y 303)

³⁹ El comunicado del Comité Central del PCE(r) al día siguiente, fiel a su miopía terrorista, rebotaba de alegría porque entrábamos en "la guerra abierta" y porque "el 11 de septiembre también ha demostrado que al imperialismo se le puede hacer frente y se le puede vencer" (¡¡¡!!).

sino como ganado al que se conduce a palos hacia su liberación (¿?); 2) será tal vez más rápida (o no, si se enconan las contradicciones nacionales), pero menos profundos sus logros, más fácilmente reversibles y más lejanos de la meta comunista. por no basarse en el movimiento de grandes masas cada vez más conscientes. A todas luces, la táctica terrorista comparte estos presupuestos tácticos y, por consiguiente, representa una desviación burguesa en nuestro movimiento.

Las masas proletarias y oprimidas en general son las más indefensas de la sociedad, las que más han sufrido toda clase de guerras reaccionarias, y sólo irán a la guerra revolucionaria por necesidad, porque la burguesía no les deja más alternativa para su liberación. Por eso, es deber de su partido de vanguardia luchar por el camino menos doloroso para la revolución, incluso por la "vía pacífica" si se presentara tal posibilidad **realmente** (la de comprar a esa pandilla de capitalistas, como decía Marx⁴⁰). Pero la experiencia histórica demuestra que la burguesía ha forjado poderosos instrumentos como el ejército permanente, los cuerpos policiales, las cárceles, la burocracia, etc., con los que se opone con violencia y terror masivos a la lucha por la emancipación de los trabajadores. Debido a ello, la vía menos dolorosa para las grandes masas siempre ha sido la que fue precedida de la mayor preparación militar de éstas (conocimientos, disposición a la guerra, organización, armamento, experiencia de combate, ...). Cuando no fue así, los anhelos populares acabaron ahogados en sangre, como en España, Indonesia, Chile, etc., etc. Por eso, la crítica que dirigimos contra el terrorismo tiene por objeto que las masas abran su corazón y su conciencia a la comprensión de la necesidad de la violencia revolucionaria **ejercida por ellas**.

6º) La táctica terrorista desvía la atención de la vanguardia proletaria de las tareas que **realmente** contribuyen a preparar la próxima Revolución Socialista Proletaria. Incluso amplios sectores avanzados de nuestra clase —que, sin embargo, todavía no comprenden la necesidad de esta perspectiva y se limitan a objetivos menos radicales— se han dado cuenta de lo contraproducente que resulta recurrir a una violencia mayor de la que están dispuestas a aceptar las grandes masas. De ahí las propuestas de colectivos como los *Tute Bianche* de Italia (que se hicieron famosos en las luchas antiglobalización de Turín y Génova), *Rompamos el silencio* de España, etc., enfiladas a forzar los límites de la legalidad y de las formas rutinarias de protesta mediante lo que llaman "acción directa no violenta". No nos proponemos aquí entrar a valorar la utilidad de este tipo de iniciativas, sino solamente su motivación ya indicada, así como un aspecto más: sus autores comparten con los terroristas la obsesiva preocupación por la espectacularidad y notoriedad de sus acciones, en definitiva, por el eco que hallarán en los grandes medios de comunicación ... ¡todos ellos pertenecientes a la burguesía! Aquí, hay que subrayar:

a) Que la "no violencia" como norma ni es solución, ni ayuda a preparar la solución.

b) Que deberían preguntarse porqué los informadores capitalistas dan publicidad de las luchas, no en función de sus objetivos, ni del número de sus participantes, ni de la duración de las mismas, ni de la simpatía que despiertan en

las masas no directamente involucradas, etc., sino por el grado de confrontación violenta que adquieren. Y, en relación con ello, deberían reflexionar sobre la sucia costumbre que tiene la reacción de combatir los movimientos de resistencia mediante la **infiltración de provocadores de disturbios violentos**. Comprenderían entonces cuán interesada está la burguesía en empujar a los proletarios de vanguardia hacia una violencia prematura para aislarnos del resto de nuestra clase y sabotear así los preparativos revolucionarios.

c) Que el problema de la publicidad, la información y la comunicación dentro de la clase obrera y el pueblo debe resolverse principalmente por nuestros propios medios. Por eso, la acción —no tanto directa, cuanto consciente, masiva y efectivamente enfilada a preparar la insurrección popular armada— debe ir precedida de una importante labor de educación comunista y de organización de las masas en torno a su Partido Comunista; requisitos que no pueden entender ni cumplimentar quienes se dejan seducir por los cantos de sirena pequeñoburgueses.

7º) Se nos podrá objetar que, en el presente artículo, no trazamos una línea militar alternativa a la táctica terrorista, incluso que hablamos más de lo que no se debe hacer que de lo que se debe. Eso es cierto y es correcto que así sea. En efecto, si no nos desviamos de los principios marxistas-leninistas, según los cuales "la guerra es la continuación de la política por otros medios" y "la lucha armada es la forma superior de la lucha de clases", y si comprendemos que, aquí y ahora, ésta se encuentra en una fase depresiva, no es la línea militar lo que corresponde desarrollar, sino otros aspectos previos de la línea política, como son lo relativo a la construcción del Partido Comunista y, posteriormente, del Frente Único (por no hablar de cuestiones sin resolver, todavía más básicas, como es el desarrollo de la ideología marxista-leninista con las lecciones de la historia de la Revolución Proletaria Mundial hasta hoy). De todas formas, para que el lector pueda comparar la línea militar pequeñoburguesa del PCE(r) con una línea militar más o menos elaborada y correspondiente a una revolución socialista como la que tenemos nosotros pendiente, reproducimos en este número de *La Forja* la de la Unión Obrera Comunista (marxista leninista maoísta) de Colombia y unos fragmentos del *Borrador de Programa del PCR de Estados Unidos*.

Para concluir, advertimos al lector que no se haga demasiadas ilusiones con que este artículo vaya a conseguir poner remate a la controversia con el PCE(r): no sólo porque no responde exhaustivamente a todos los aspectos de su política, sino sobre todo debido a la larga trayectoria de sufrimientos de sus miembros, su empecinamiento y las bases objetivas de clase que sustentan la táctica terrorista. Por ello, la lucha de dos líneas sobre la misma continuará largo tiempo aún y el atractivo que ejerce el terror sobre algunos proletarios avanzados se mantendrá hasta que los comunistas revolucionarios alcancemos un cierto desarrollo **práctico** que demuestre **con hechos** cuál es la línea correcta. Mientras, insistiremos en que el camino del pacifismo burgués y el del terrorismo pequeñoburgués no sirven y son dañinos; nosotros seguiremos otro: el del proletariado revolucionario.

⁴⁰ Cf. *El infantilismo "de izquierda" y la mentalidad pequeñoburguesa*, Lenin, O. C., tomo XXIX, pág. 97.

Plataforma de la Fracción Octubre del PCE(r)

El texto que reproducimos a continuación se publicó en el número uno de *La Gaceta*, la nueva revista de la Fracción Octubre del PCE(r). Como podrá comprobar el lector, las posiciones políticas de estos camaradas suponen un importante y esperanzador paso adelante en comparación con las que mantiene la Dirección de ese partido. Sin embargo, todavía conservan algunos puntos de vista que nos parecen erróneos y que sometemos a crítica en comentarios a pie de página. Dada la disposición de este grupo a tener en cuenta la opinión de otros comunistas y de las propias masas, así como su demostrada voluntad de rectificación, confiamos en que la presente discusión resulte fructífera para la causa de la revolución proletaria. La reacción oficial de los máximos dirigentes del PCE(r) ante el surgimiento de esta fracción —como cabía esperar de ellos— no desmereció el trato vejatorio que nos dispensaron a nosotros¹.

«El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, objetivamente comprobable de la correlación de las clases y de las peculiaridades concretas de cada momento histórico. Nosotros, los bolcheviques, siempre hemos procurado ser fieles a esta exigencia, indiscutiblemente obligatoria desde el punto de vista de toda fundamentación científica de la política»

(Lenin, *Cartas sobre táctica*. Obras completas, vol. XXIV, 1917)

A modo de presentación

Nuestro Partido se encuentra inmerso en una profunda crisis que, en realidad, comenzó a gestarse hace ya mucho tiempo. Hasta el punto que para comprenderla bien hay que remontarse al periodo de la Reforma política del régimen. Uno de sus síntomas más visibles se puede observar

históricamente en la progresiva pérdida de su influencia entre las masas obreras y populares. En cuanto a sus causas más inmediatas, éstas giran en torno a la no adaptación de nuestra táctica a la nueva etapa abierta a partir de la Transición, como consecuencia de no haber valorado esa operación política en todo su significado y alcance. Esto nos ha conducido (y nos conduce todavía) a cometer graves errores políticos que nos vienen (y siguen) impidiendo acumular fuerzas y ante los que todo intento de abordarlos para solucionarlos se ha visto cada vez más obstaculizado desde la Dirección. Todos estos errores, junto con las desviaciones ideológicas y límites teóricos que los inspiran, de seguir sin ser corregidos y superados, llevan al Partido a adoptar irremisiblemente una línea política general totalmente errónea que nos desvía de la Revolución Socialista.

Es en este contexto donde, a nuestro juicio, hay que situar el conflicto que ha surgido entre la Comisión Política y

¹ El Secretario General del PCE(r), M.P.M. (Arenas), se despacha contra los miembros de esta fracción con un folleto de cuatro cuartillas con el siguiente encabezamiento: “Contra el oportunismo y el fraccionalismo / Los oportunistas deben ser desenmascarados, expulsados del partido y denunciados como enemigos de clase”. Después de unas consideraciones generales sobre el oportunismo y el fraccionalismo, aderezadas con citas de Lenin y Stalin, concluye: “... no vamos a entrar en ‘polémicas’ ni en ningún tipo de ‘debate’ con los dos elementos que recientemente abandonaron nuestras filas para formar una ‘fracción’ y presentar una ‘plataforma’ con el pretexto de una supuesta ‘crisis’ en el Partido. En realidad, esos dos tipejos hace tiempo que fueron desenmascarados y aislados entre nosotros por su individualismo y su deshonestidad. (...) Desde luego, hay que tener la cara muy dura o ser un tarado mental para proponer un ‘debate’ sobre la base de una flamante ‘plataforma’ al poco tiempo de celebrarse el Congreso donde ni siquiera esbozaron una crítica. (...) no pueden utilizar más armas que la intriga, la tergiversación, la

mentira y las provocaciones que acompañan a su ‘plataforma trotsko-revisionista. (...) tampoco ahora tienen ni la más mínima posibilidad de arrastrarnos a la charca donde siempre han estado metidos (...) Como auténticos truhanes (...) ‘Plataforma’ antimarxista y anti-Partido (...) sus ‘espíritus selectos’ aún confían en la idiotez del género humano (...) que se hundan en sus propios excrementos”.

Con la misma fecha, el n° 51 de *Resistencia*, en sus páginas 43 y 44, publica un comunicado suscrito por el C.C. del PCE(r), breve en su extensión pero denso en descalificaciones: “¡Alerta frente a la provocación! ... la conducta indigna y la labor de zapa e intriga que han estado realizando entre nosotros dos elementos que finalmente se han revelado como **unos provocadores**. (...) estos quintacolumnistas (...) Ahora nos llegan noticias de que se están dedicando a realizar llamadas telefónicas al trabajo de algunos militantes, con el único objeto de comprometerles y de alertar al mismo tiempo a la policía política de su verdadera labor de soplones y esquirolas. (...) un libelo indecente (*La Gaceta*) (...) su verdadera catadura anticomunista (...)

(...) estos dos tipejos (...) carácter contrarrevolucionario de estos dos aventureros (...) han rebasado todos los límites para ir a caer en la charca de la provocación del más puro estilo trotskista. Es claro a todas luces que no les vamos a permitir ir muy lejos por ese camino, del mismo modo que no vamos a gastar ni un minuto de nuestro tiempo de contestar o ‘rebatir’ la basura pseudo política que están publicando; no le vamos a dar ninguna cancha a su verborrea malintencionada. El Partido, el conjunto de sus militantes con su Dirección al frente, también en esta ocasión, sabrán cumplir con su deber para impedir que tales elementos utilicen nuestro nombre, nuestra historia y nuestra bandera contra la causa obrera y popular. **¡Mantengámonos alerta y preparados para darles la respuesta que merecen!**”

¿Se puede confiar la dirección de la Revolución Comunista —que habrá de elevar a la humanidad por encima de toda la inmundicia de las sociedades de clases— a quienes rebajan con ostentación la lucha política hasta las formas propias del lumpen mafioso?



nosotros. Y es que dada la prolongada duración y dimensión de la crisis, ésta no podía dejar de tener serias consecuencias en la vida interna del Partido. La necesidad de justificar y defender a toda costa la línea política o táctica errónea ante cualquier balance crítico de nuestra experiencia, ha llevado al progresivo vaciamiento del centralismo democrático por parte de la Dirección y a obstaculizar la participación de todos los militantes en la elaboración de la línea y de su patrimonio teórico. Así no sólo no se ha promovido sino que se ha imposibilitado todo debate real en torno a los errores del Partido y, por tanto, la posibilidad de corregirlos. Lo que ha provocado anteriormente episodios muy parecidos al nuestro, si bien éstos no terminaron por manifestarse en toda su crudeza y gravedad.

No es extraño, pues, que ante estos precedentes y la agravación progresiva de la crisis, la Dirección no haya reparado en medios para sofocar nuestras divergencias políticas, ideológicas y de funcionamiento y ocultarlas a los militantes, empleando todo tipo de maniobras y presiones contra nosotros. Hasta el punto de situarnos fuera de la organización de forma arbitraria queriéndolo justificar con que "somos nosotros mismos los que nos hemos situado fuera". Con esta fórmula no sólo se nos ha impedido durante un largo período exponer nuestras divergencias y defenderlas, sino que, además, ha sido utilizada para establecer en torno a nosotros un "cordón sanitario", justificar ante la militancia todas las arbitrariedades que se han cometido y realizar impunemente una campaña de desprestigio contra nosotros. Y aunque aún no sabemos exactamente el alcance que ha tenido, ni conocemos en su totalidad los "argumentos" esgrimidos por la Dirección para justificar sus medidas, nos comprometemos a informar y documentar a la militancia y círculos próximos al Partido, por los canales más adecuados y seguros posibles, acerca de las circunstancias que han rodeado el grave conflicto orgánico que nos ha enfrentado con la Comisión Política. Con ello no hacemos más que defender y garantizar el derecho de todo militante a tener acceso **contrastado** al conocimiento de la seria decisión que hemos tenido que tomar: nuestra constitución en fracción de forma abierta y pública a

pesar de que en todo momento hemos tratado de evitarlo para no romper la unidad del Partido y no dar bazas al enemigo.

A nadie se le puede escapar la gravedad que supone la formación de una fracción en el seno de un Partido al que todos consideramos como revolucionario. Pero aún menos se debe perder de vista que este recurso extraordinario es la **única vía interna posible** que queda en un partido comunista cuando se impide canalizar internamente la lucha ideológica por los cauces y procedimientos normales. La experiencia histórica del movimiento comunista internacional es clara a este respecto: cuando una Dirección no sólo hace dejación de su obligación de impulsar y dar libre curso al debate y a la lucha ideológica, sino que ahoga ésta, silencia los problemas y boicotea o distorsiona cualquier empeño en solucionarlos, los militantes de ese partido están plenamente justificados para romper la disciplina y formar una fracción como única posibilidad de dar a conocer sus propuestas al conjunto del partido.

Nuestra fracción nace, pues, con el propósito de impulsar la lucha para superar la crisis, sobre la que, ni mucho menos, pretendemos decir la última palabra, ni en cuanto a los problemas que atañe ni en cuanto a sus soluciones. Es más, debemos dejar claro que no todos nuestros planteamientos actuales se corresponden con los que hemos venido manteniendo en los últimos años, incluida la confianza en que la propia Dirección pudiera encauzar la solución de nuestros problemas. Así, nuestra toma de conciencia es resultado, primero, de una lucha contra diversas manifestaciones ligadas al trabajo práctico en las que considerábamos que no se aplicaban tanto los principios generales del comunismo como nuestra propia línea de Resistencia, para posteriormente ir profundizando en el origen teórico y político de los problemas a medida que se nos iba mostrando toda la amplitud de la crisis. Por todo esto, no consideramos nuestra Plataforma como definitivamente acabada, sino que está **abierta**, al igual que el debate, a la contribución de todos.

Las ventajas que se derivarán para el Partido y la causa del comunismo de este debate y de la rectificación de los errores compensarán con creces los daños que durante un tiempo provoque el enconamiento de la lucha ideológica interna, la incertidumbre creada y los intentos de nuestros enemigos por aprovecharse de nuestras disensiones.

Es duro para cada uno de nosotros y para el Partido en su conjunto tener que enfrentarse a una situación semejante, y reconocer haber seguido durante tanto tiempo un camino erróneo, una táctica política equivocada. Es todavía más duro tenerlo que reconocer después de tantos esfuerzos y luchas en la calle y en las cárceles, de tantos camaradas caídos, de tantos sacrificios. Pero mucho peor sería permitir que prosiga el proceso de lenta y gradual degradación y liquidación del Partido y de su línea revolucionaria que, pese a todo, consideramos que sigue siendo *justa en un plano general*.

Haber cometido errores es grave, pero, si reflexionamos sobre la situación por la que actualmente pasa el movimiento comunista internacional, es sin embargo natural. A fin de cuentas, la crisis del Partido, aunque no responda en primera instancia a las mismas causas ideológicas, no es más que un reflejo de la crisis internacional de nuestro movimiento a la que ningún partido comunista puede ser ajeno. Lo extraño sería, a la vista de esta última, que nos mantuviésemos inmunes a ella y que no hubiésemos cometido errores.

La seriedad de un partido comunista se mide ante

todo por su capacidad para determinar y reconocer abiertamente sus errores, entrar en el fondo de sus verdaderas causas, analizar las circunstancias reales en las que se han producido y examinar atentamente los medios para corregirlos. Sólo así puede el Partido conquistar la confianza y el corazón de las masas, que es precisamente la fuente principal de la que emana su fuerza cuando se mantiene una táctica justa, o bien reconquistar esa confianza si la ha perdido a causa de sus errores. Ningún partido comunista está exento de cometerlos. Otros partidos comunistas también los han cometido y después los han corregido, como en su día ocurrió con el PCCH. «*Hacia veinte años que llevábamos a cabo la revolución y todavía no sabíamos cómo hacerla. Hasta ahora hemos actuado a ciegas...*», decía Mao Tse-tung en 1945 (1). Gracias a este reconocimiento, y como resultado de una aguda lucha ideológica interna, el PCCH fue capaz de corregir sus errores y llevar a las masas obreras y populares chinas a la victoria de la revolución. Esta experiencia de los comunistas chinos nos debe servir de ejemplo y a la vez de estímulo para encarar audazmente entre todos la solución de los problemas a los que nos enfrentamos.

Que también el Partido, debido a sus errores y pese a tener una línea general justa en lo fundamental, viene actuando a ciegas, es algo en lo que, desde luego, debemos asumir la parte de responsabilidad que nos cabe. Ya no sólo como militantes, sino, sobre todo, por el hecho de haber formado parte algunos de nosotros del Comité Central durante un tiempo y haber compartido en mayor o menor medida muchas de las concepciones que están en el origen de nuestros problemas. Esto explica el largo, azaroso y complejo proceso que hemos seguido antes de tomar conciencia sobre la entidad y gravedad de muchos de los errores que hemos cometido. En ello también ha contribuido que en nuestra propaganda sea normal encontrar ideas generales y ambiguas que dificultan ver su relación inmediata con desviaciones teóricas, o lo que es peor, expresadas de tal forma que de ellas se puedan extraer conclusiones contradictorias que dificultan hacer una crítica. Lo que nos hizo creer que nos encontrábamos, en todo caso, ante un simple problema de aplicación de la línea. De ahí que haya sido posteriormente cuando hemos reparado en la importancia de precisar al máximo la teoría para que líneas diferentes no puedan encontrar amparo bajo un mismo discurso. En cualquier caso, nuestro mismo proceso de toma de conciencia no ha estado exento de limitaciones y errores por nuestra parte, como lo pone de manifiesto que no hayamos sido plenamente conscientes de la profundidad de la crisis del Partido hasta fechas relativamente recientes y ya fruto de una reflexión y discusión colectivas, o que muchas veces nos hayamos dejado llevar al terreno de la conciliación.

I

Quien conozca la vida de nuestro Partido o haya seguido su trayectoria, no ha podido dejar de percibir como mínimo que *algo* no marcha bien. Pero, a poco que ahondemos en buscar una explicación racional a ese algo que no marcha bien, es decir, a los problemas que encontramos, como el de nuestro progresivo aislamiento de los trabajadores, nos topamos enseguida con el subjetivismo de nuestros análisis sobre el nivel de conciencia de las masas y nuestro sectarismo. En

este sentido, el Pleno de junio de 1997 supuso hasta cierto punto un salto significativo, sólo sea por el reconocimiento de algunos errores que veníamos cometiendo en nuestras apreciaciones acerca de la evolución de la situación política y el nivel de conciencia de los trabajadores, con respecto a nuestras relaciones con las masas u otras organizaciones o en relación a nuestro voluntarismo. Al menos, habíamos acabado con el método de simplemente referirnos a haber cometido errores sin decir cuáles eran, o con eso de afirmar que «*los que nos sucedan juzgarán, en todo caso, en qué nos hemos equivocado, ya que por nuestra parte no encontramos en la actuación que hemos seguido ningún error destacable que debemos rectificar o no hayamos rectificado*» (2). Sin embargo, al no entrar a fondo en las causas que los provocan, ni analizar las circunstancias reales que los favorecen ni poner los medios para evitarlos, nuestra "autocrítica", al ser tímida, confusa, embrollada y evasiva, se quedó en humo de pajas y no ha tenido apenas una traducción práctica. Tampoco en el IV Congreso entramos consecuentemente en el análisis de nuestros verdaderos errores, desarrollándose el mismo en un ambiente conciliador con declaraciones generales de intenciones y de principios. Este ambiente, más allá de la conciencia que tuviéramos, no contribuyó a sacar a la superficie las diferentes posiciones que se venían manifestando en torno a nuestros problemas. Por otro lado, con respecto a la "campaña de rectificación" iniciada antes del IV Congreso y que se dio por concluida a finales de 1999, tenemos que constatar que ningún error importante se ha rectificado y que los intentos de hacerlo se han traducido solamente en amagos. Así lo pone de manifiesto que sigamos tropezando en la misma piedra.

Un buen ejemplo de lo que decimos es el análisis del Partido sobre las últimas elecciones generales, en el que volvemos a caer en exageraciones desmedidas que ya parecían olvidadas. En el mismo, no sólo se afirma que «*diez millones de trabajadores boicotearon al régimen*», confundiendo el boicot con la alta abstención habida y atribuyéndola al Partido, sino que llegamos a considerarla como una de nuestras «*más importantes victorias*», «*como la principal derrota que ha sufrido el régimen fascista español en muchos años*» (3). A la vista de estas y otras arremetidas de irrealismo y fantasía desbordante que se pueden ver últimamente en nuestra propaganda, es evidente que la Dirección ha optado, en una huida hacia delante, por encubrir los errores con bluffs y ampulosas frases muy "revolucionarias" (además de extremar como nunca el método de hablar de todo sin precisar nada) antes que encarar la rectificación a fondo de los mismos.

La misma Dirección confirma la situación de crisis cuando, al hacer el balance de los últimos veinte años transcurridos, sostiene que nuestra "victoria" sobre el régimen ha consistido en haber logrado sobrevivir y cuando reconoce que la "creciente influencia del partido entre las masas" no se traduce en organización, en acumulación de fuerzas revolucionarias. Casi todos los miembros del Partido admiten que los últimos veinte años constituyen un período de debilitamiento y desgaste de nuestras fuerzas organizadas. Este es un hecho que nadie puede cuestionar, aunque, naturalmente, difieran las apreciaciones sobre el significado del mismo. La actual Dirección, contrariamente a nosotros que pensamos que nuestra debilidad y raquitismo se deben a la táctica errónea que hemos seguido en nuestra línea de Re-

sistencia, ha tratado y trata de justificarlo con razonamientos que, como mostraremos, no resisten el análisis. Así, atribuye el origen de nuestro debilitamiento, sobre todo, a la represión, además de a otros factores internos o internacionales que, si bien contextúan el actual reflujo general del movimiento revolucionario en todos los frentes, no son suficientes para explicar el raquitismo orgánico del Partido ni, por supuesto, nuestra escasa influencia entre los trabajadores después de tantos años. Eso por no referimos a otras "justificaciones" absurdas en las que se explica nuestro gran aislamiento de los trabajadores por el «hábito de permanecer largo tiempo aislados, sin apenas relaciones con la gente o incluso con la propia familia» (4) o a aquéllas en las que casi se les echa la culpa a las masas por estar desorientadas y desanimadas y no habernos seguido (5). Y en esto tampoco vale recurrir a comparaciones con respecto a la situación de debilidad en la que se encuentra actualmente el movimiento comunista internacional, sobre todo en los países imperialistas, donde la existencia de partidos comunistas y de organizaciones revolucionarias de masas brilla por su ausencia. En cualquier caso, lo que tendremos que hacer es preguntarnos por lo que hay de común entre nuestra crisis particular y la crisis internacional de nuestro movimiento.

La Gaceta

de la Fracción OCTUBRE del PCE(r)
Marzo - 2001 n° 2



La Gaceta, publicación de la Fracción Octubre del PCE(r)

La "justificación teórica", por parte de la Dirección, de ese debilitamiento y raquitismo, en la que no faltan citas de los clásicos sacadas de todo contexto en las que ampararse, comporta la resignación ante el mismo y la renuncia a la acumulación de fuerzas revolucionarias como preparación necesaria de la revolución socialista. Sostener que nuestras fuerzas organizadas no pueden aumentar, que «no podemos ser muchos», que es imposible o casi la acumulación de fuerzas revolucionarias en tanto que la oligarquía financiera domine en nuestro país, equivale a eximirnos de analizar los problemas y establecer las tareas y la línea a seguir para acumular dichas fuerzas. Planteamientos como éstos nos llevan de hecho a dar la razón a los que sostienen que no es posible la revolución socialista en España ni en ningún otro país imperialista.

La idea de que no podemos acumular fuerzas, aunque ciertamente nunca la hemos expresado clara y abiertamente más que en relación con el trabajo abierto y legal, se desprende claramente de nuestras posiciones en torno a este problema. Ya desde los comienzos de la Reforma, comenzamos a mantener que las posibilidades de trabajo abierto o legal eran «tan escasas en nuestro país que apenas merece que nos detengamos en ellas» (6) y continuamos manteniéndolo posteriormente. Así, a finales de 1984, decíamos —en *¿A dónde ir, qué camino debemos tomar?*— que la «falta de libertades auténticamente democráticas y el control policíaco que ejerce la oligarquía sobre la clase obrera y los pueblos de España, imposibilitan una acumulación de fuerzas revolucionarias a través de los procedimientos pacíficos y legales de lucha» (7). Estos planteamientos contienen un grano de verdad, pero no toda la verdad. Efectivamente, ninguno de nosotros puede negar que existe y sigue existiendo en España una falta de libertades democráticas y un control policíaco, como en cualquier país imperialista, al igual que es evidente que para, acumular fuerzas se hace necesario no sólo fortalecer la clandestinidad, sino también recurrir a métodos de lucha ilegales y a la violencia revolucionaria. Pero esto, así como que la acumulación de fuerzas sea más lenta en los períodos de reflujo, es una cosa y otra muy distinta negar de plano que exista en la práctica la posibilidad de acumular también fuerzas a través de procedimientos pacíficos y legales de lucha, aunque sean simplemente un medio auxiliar y secundario². De ahí que por negarlo sólo pusiéramos el acento, de hecho, en la utilización de métodos y formas de organización clandestinos o ilegales y en el apoyo a la lucha armada. Y encima, como veremos, para imponer al régimen una especie de "ruptura", a partir de la cual pudiésemos llevar a cabo el trabajo abierto que siempre hemos estado aplazando. Por eso, de poco sirve que en ese u otros documentos se afirme que el Partido «no se ha atado

² El recurso a métodos de lucha ilegales y a la violencia revolucionaria para acumular fuerzas en la situación actual debe tener un carácter muy definido y cauteloso. En primer lugar, debe ir precedido de un intenso y paciente trabajo educativo (agitación y propaganda) que vuelva legítima la violencia revolucionaria a los ojos de la mayoría de los trabajadores. Esto exige, a su vez, explicar todas las expresiones

de violencia contra el pueblo que conlleva el capitalismo, así como incorporar a masas crecientes a la lucha intransigente por sus intereses legítimos, lo que les hará sentir la violencia burguesa en sus propias carnes. Sólo a partir de estos logros tendrá sentido valorar si el recurso a algún tipo de actividad armada nos acerca al objetivo principal que es la conquista del Poder político por la clase obrera.

Mientras, la práctica o el estímulo de la lucha armada por el partido no es que deba considerarse algo secundario, sino que debe desaconsejarse (a no ser la que desplieguen las masas básicas en su movimiento reivindicativo, de la cual procuraremos aprender al tiempo que intentaremos encauzar como parte del movimiento revolucionario de clase por el socialismo).

las manos consagrando en su Programa ninguna forma exclusiva de lucha» y que «las admite todas: las legales y las clandestinas, las pacíficas y las armadas, o una combinación de ambas, con tal de hacer avanzar en todo momento la educación y organización política de las masas en la persecución de sus objetivos históricos» (8) si estos planteamientos generales justos no se aplican en la práctica de forma concreta.

A pesar de nuestras declaraciones en sentido contrario, las condiciones en las que debíamos realizar nuestra labor entre las masas eran, pese a la represión, bastante mejores que con respecto al final de la anterior etapa del régimen. Gracias, precisamente, al mayor “margen de libertad de acción” conquistado por la lucha revolucionaria de las masas obreras y populares y las acciones guerrilleras a partir de las nuevas condiciones creadas por la Reforma³. Unas condiciones, las del fascismo encubierto, en las que el mantenimiento y fortalecimiento de la clandestinidad y la resistencia armada acrecientan las posibilidades de hacer un trabajo abierto e incluso legal entre las masas, como lo pone de manifiesto la experiencia del MLNV y su flexible utilización de todas las formas y métodos de lucha y organización. Y esto último, independientemente de que dicho movimiento no tenga el mismo carácter que el nuestro y de que sus objetivos políticos sean diferentes⁴. En cualquier caso, no tiene justificación no preguntarse, después de tantos años sin acumular fuerzas, si nuestra táctica es errónea, pues dicha acumulación *incluso* es posible en períodos de dura represión. Lo demuestra la historia del PCE antes de que fuera liquidado por el revisionismo y nuestra propia experiencia de la etapa franquista del régimen y de los años iniciales de la Reforma, en los que el Partido acumuló fuerzas revolucionarias.

Últimamente a todo este discurso justificativo sobre la imposibilidad de acumular fuerzas se le ha sumado el argumento de que nuestro aislamiento y debilidad orgánica se solucionarán tras el estallido de la guerra imperialista, la cual deberá supuestamente producir un vuelco en la situación política del país. Este vuelco, a la vista de esa presunta imposibilidad de acumular fuerzas previamente sin haber derrocado antes al régimen, tendría lugar, naturalmente, sin el con-

curso efectivo del Partido. Y sólo “por un milagro” sería favorable a la clase obrera y a las masas populares. La inconsistencia de esta argumentación se evidencia aún más cuando reparamos en que semejante tesis no tiene en cuenta para nada la experiencia histórica que demuestra la gran capacidad de maniobra de la que pueden disponer los imperialistas. En momentos de crisis aguda, para utilizar y movilizar de forma reaccionaria a las masas en ausencia de fuerzas comunistas suficientemente sólidas. Pero, en realidad, esta “vía pasiva” de espera del estallido de la guerra imperialista para acumular fuerzas no es sino la carta que la Dirección se ha sacado para no entrar a analizar críticamente a fondo esa “vía más activa” que hemos seguido desde hace tanto tiempo a fin de forzar en una negociación con el Gobierno una “ruptura” que nos hemos inventado como algo *particularmente* posible en España.

II

Todas nuestras concepciones erróneas sobre la acumulación de fuerzas y sus repercusiones negativas en nuestra actividad revolucionaria se derivan principalmente y en primera instancia de nuestra *limitada caracterización* de la Reforma⁵. Esta maniobra *antidemocrática* que no cambiaba la naturaleza fascista del régimen, ya que desde el fascismo y el monopolismo no puede haber un retorno al clásico parlamentarismo democrático-burgués, fue denunciada y combatida muy justamente por el Partido con todas sus fuerzas. Sin embargo, al sostener que la Reforma era la «*continuación del franquismo sin Franco... bajo la falsificación del parlamentarismo*» (9), no supimos ver en ella, en todo su alcance, lo que comportaba de nuevo: la superación del franquismo y, por tanto, el cambio en las condiciones en las que debíamos desarrollar nuestra actividad política entre las masas. Y todo porque, durante demasiado tiempo, se ha venido dando entre nosotros mucha resistencia a tener en cuenta **real y consecuentemente** «*que las tareas de la acción inmediata y directa se han modificado con mucha nitidez durante este período, en función de los cambios de la situación social y políti-*

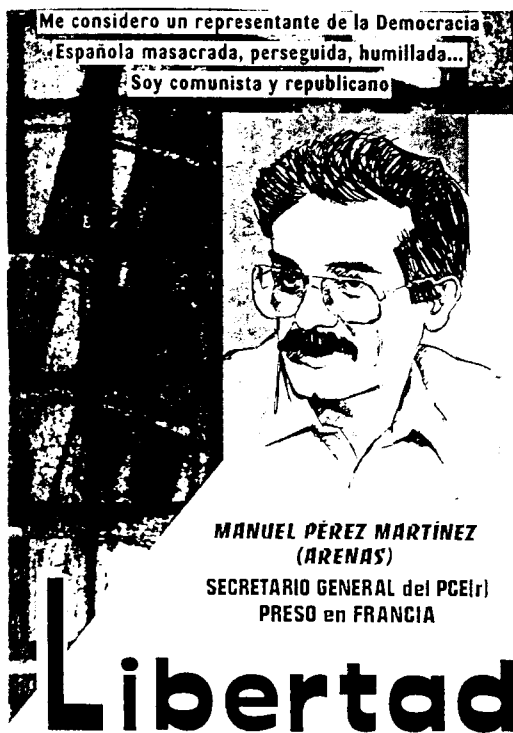
³ Si albergamos serias dudas de que las “acciones guerrilleras” hubieran contribuido a ensanchar el “margen de libertad de acción” durante la transición “democrática” española, de lo que estamos plenamente convencidos es de que, entonces, no hubo lucha revolucionaria y menos de masas, y sí, en cambio, hubo lucha democrática de masas. Y esto, por la sencilla razón de que la revolución ya sólo puede tener carácter proletario-socialista, y no fue el caso.

⁴ Nosotros opinamos precisamente lo contrario, incluso en relación con el MLNV. Su carácter de masas no viene favorecido sino perjudicado por las acciones armadas puntuales de ETA, si bien es cierto que su eficacia aparenta más de lo que realmente es cuando se la compara con el capitulacionis-

mo de la “izquierda” española (en el país de los ciegos, el tuerto es el rey). Además, los etarras no han sido tan necios como para despreciar la utilidad de organizar los movimientos populares sobre la base de su nivel espontáneo de conciencia (sindicalista, anti-represivo, ecologista, feminista, ... y sobre todo, nacional, algo muy extendido sobre todo a consecuencia de la opresión imperialista española que se exacerbó durante el franquismo) para respaldar su acción protagonista y suplantadora de las masas. Otro gallo cantaría —y mucho más alto— si todo el esfuerzo en recursos humanos y materiales que ETA dedica hoy a la lucha armada terrorista, lo destinase a desencadenar plenamente la movilización de las masas por sus intereses de carácter democrático (na-

cional) y socialista, mediante demostraciones, huelgas políticas, etc., enfiladas hacia una insurrección armada del pueblo. Pero, entonces, ya no sería ETA lo que es —un partido nacionalista pequeñoburgués—, sino un Partido Comunista proletario. Como no lo es, los proletarios vascos (con los españoles) sufren la prolongación de un conflicto cuya salida no deberían confiar a ningún sector burgués, sino a sus propias fuerzas, impulsando la Reconstitución del Partido Comunista. ⁵ Lo que estos camaradas todavía no alcanzan a comprender es que, antes de este error y como dogma “original”, está la adopción del punto de vista terrorista, es decir, el de la lucha armada de la vanguardia que se adelanta y se contrapone a la voluntad de las masas.

ca concreta» (10). Así, en nuestro caso, mantuvimos la táctica que se correspondía con el final de la etapa anterior y no pudimos aprovechar la situación revolucionaria que entonces se dio para que el régimen quedase lo más debilitado posible a fin de poderle hacer frente en adelante en las mejores condiciones. Esto favoreció que la gran burguesía pudiera contar con una mayor iniciativa, al no contrarrestar debidamente por nuestra parte, hasta donde era factible, las grandes posibilidades que de antemano se le ofrecían al régimen para conseguir sus objetivos. Desde luego, no podemos obviar que éste contaba con un gran margen de maniobra a nivel internacional, al tener el respaldo del campo imperialista y la disposición a apoyar la "democracia" por parte del revisionismo internacional; y que, por otro, disponía de bastante capacidad de maniobra a nivel interno, debido sobre todo a la juventud del Partido, a su inexperiencia y a sus propios límites. Límites que, entonces como hoy, tenían y tienen mucho que ver con la crisis del movimiento comunista internacional.



Que el Partido no viese entonces lo que la Reforma aportaba de nuevo al régimen era un límite, pero no un grave error como lo fue después, sobre todo, a partir del comienzo de la década felipista. Pero más aún lo es hoy si encima añadimos la idea ilusoria de "la vuelta del régimen a los orígenes". Es decir, la idea de que, al haber fracasado la Reforma por habérselo impedido el movimiento de resistencia, el régimen ha retornado a sus orígenes franquistas de la mano de los Aznar y compañía. Este planteamiento no responde a la realidad. Ni ha habido "retorno a los orígenes" porque la izquierda del régimen, de la que se ha servido y se sirve desde la Reforma para desviar a las masas de sus objetivos revolucionarios, esté hecha polvo, ni tampoco porque haya tenido que recurrir al terrorismo de Estado y a la guerra sucia. En el primer caso, porque el ocaso de la izquierda reformista se está generalizando a todos los países imperialistas debido a que la gran burguesía ni siquiera puede ya ofrecer reformas de peso a las masas. En cuanto al segundo, porque se olvida que la Reforma contenía como uno de sus presupuestos esenciales la guerra sucia, sin entrar en contradicción con sus propios fundamentos "democráticos". Basta con ver el hecho

de que el momento más álgido de la guerra sucia en España no ha estado protagonizado, ni mucho menos, por los herederos directos del franquismo. Y es que por más tentador que resulte echar mano del recurso fácil del "retorno a los orígenes" y de que "vuelven los fascistas", en realidad, hay que ver la victoria electoral de los aznaristas como señal de la "normalidad democrática" que la Reforma ha aportado al régimen. Pensar, por el contrario, que solamente hoy la "izquierda" puede dar al régimen un marchamo "democrático" supone alimentar y caer en las ilusiones reformistas.

En realidad, esa "normalidad democrática" queda aún más reafirmada por las sucesivas victorias de la derecha desde el 96 que por la llegada del PSOE al Gobierno. Porque, si bien fue un paso adelante en el asentamiento de la Reforma que los espadones permitieran que la "izquierda" llegara a la Moncloa, aún más lo ha sido que las urnas respalden "democráticamente" las pretensiones "centristas" de la derecha más rancia: verse reconocida más por su respeto a la "democracia" y su pertenencia a la gran familia liberal europea que por su estigma franquista. Este logro, que a los Fraga y compañía tantos estériles esfuerzos les costó, los aznaristas no van a dilapidarlo tontamente. Basta recordar a grandes rasgos las maniobras que éstos tuvieron que hacer y a lo que tuvieron que recurrir para hacer creíbles sus propósitos de "regeneración democrática" y descabalgarse de la Moncloa a sus rivales felipistas: desde dar pábulo a las conspiraciones republicanas de salón que se dieron y flirtear con las teorías de los plumíferos más "radicales" de *El Mundo* sobre la pretendida continuidad sociológica del franquismo que suponía el felipismo corrupto, hasta destapar calculadamente un poco las cloacas del Estado. Tampoco hay que olvidar las profesiones de fe constitucionalista que Aznar tuvo que hacer a los Anguita y compañía para que le ayudasen a completar la pinza contra los que, según ellos, habían puesto patas arriba el "Estado de derecho". Pero como estas y otras maniobras, suficientes para desplazar a los felipistas y arrebatar a ellos y a sus socios financieros el uso y disfrute de las arcas del Estado, no bastan para mantenerse en La Moncloa y llevar las riendas del "nuevo" Estado fascista, los aznaristas no van a dejar de seguir haciendo méritos "democráticos". Pues saben muy bien que su mayoría absoluta no tiene la consistencia, legitimidad y respaldo popular que tuvo la de sus contrincantes felipistas. Sólo hace falta ver las consignas "antifascistas" que están utilizando en sus intentos por movilizar de forma reaccionaria a las masas y la orientación "democrática" que preside la guerra sucia contra el MLNV y el movimiento de resistencia en general, para constatar la inconsistencia de toda pretensión de imputar al régimen una "vuelta a los orígenes" de la mano de los aznaristas. Y también para darnos cuenta que a la derechona, por la cuenta que le trae, le conviene más transgredir los "límites democráticos" siguiendo las *más que suficientes* normas europeas al uso sin necesidad de tener que remover la pesada losa del Valle de los Caídos.

Pero de los resultados de las últimas elecciones no sólo podemos extraer la confirmación de la homologación "democrática" de la derechona, como algo normalmente intercambiable con la "izquierda antifranquista", sino además otras conclusiones bastante clarificadoras acerca del grado de estabilidad del régimen en su conjunto, de la evolución de la situación política y del seguimiento de las consignas lanzadas por el Partido para aislar a

la gran burguesía y a sus aliados.

Un análisis detallado y objetivo de los resultados no indica precisamente que en España nos encontremos ante una situación de crisis aguda o revolucionaria, como se podría deducir del hecho de que hubiese sido cierto, como ha sostenido el Partido, que las elecciones hubieran sido boicoteadas por diez millones de trabajadores en medio de un estado de excepción. Entre otras cosas, porque se confunde la alta abstención habida (30,02%), que en muchos casos no tiene el mismo carácter, con el boicot. Lo que significa identificar un comportamiento político más o menos espontáneo o semiespontáneo, en el que se plasma el descontento y rechazo, cuando no el hastío, de buena parte del electorado hacia la política anti-obrera y anti-popular de la "izquierda" con una actitud política consciente y frontal de los trabajadores contra el régimen, que sí mostraría ya que estamos ante una situación de crisis aguda o revolucionaria. En realidad, esa alta abstención, no mayor que la habida en los comicios electorales de 1979 (32,96%) y 1989 (30,26%), no refleja otra cosa que el mismo fenómeno que se está dando en los demás países imperialistas con sus respectivas peculiaridades y con mayor o menor resalte: la pérdida de influencia de los partidos "obreros", "socialistas" o "comunistas" que la crisis ha dejado sin identidad y programa reformista, la progresiva desafección de las masas obreras y populares hacia ellos y la decreciente participación de los trabajadores, no sólo en las elecciones sino también en la actividad política general y, en definitiva, la crisis del sistema político burgués como consecuencia de la agravación de la crisis general del capitalismo y de todas sus contradicciones. Pero de ahí a afirmar que los *«trabajadores de nuestro país han abandonado definitivamente el corsé democrático... y se han situado fuera de los montajes e instituciones del régimen»* (11), hay todavía un largo trecho que recorrer. Esta apreciación no sólo se corresponde con una situación de crisis revolucionaria, que hoy por hoy no existe en nuestro país, sino que, si eso fuese cierto y la Dirección del Partido fuese consecuente con lo que dice, en vez de lanzar la consigna de *«ir al encuentro de las masas»* para ligarnos a ellas y romper nuestro aislamiento, orientarlas y organizarlas, debería llamar a los trabajadores a ¡preparar y organizar de inmediato una insurrección general! Cosa que sería un disparate, de ahí lo disparatado de esas conclusiones a las que se ha llegado. Por ello mismo nos cuesta trabajo pensar, más aún a la vista de esa teoría tan en boga ahora entre nosotros de la espera de la guerra imperialista, que la Dirección se pueda creer su propio análisis de las elecciones.

Con semejantes fantasías sobre el nivel de concien-

cia de los trabajadores es evidente que nos incapacitamos para aprovechar de forma revolucionaria los síntomas claros de que los apoyos e ilusiones que el régimen cosecha ya no son en modo alguno comparables con los que se dieron al comienzo de la restauración "democrática". La misma abstención habida y en especial la que proviene del importante número de anteriores votantes del PSOE y de IU (1,9 y 1,4 millones, respectivamente), que por primera vez desde 1982 ha perdido votos, lo pone de manifiesto. Esto muestra las posibilidades reales que existen, si utilizamos una táctica justa, para desplegar y desarrollar un amplio trabajo abierto entre las masas obreras y populares y acumular fuerzas. Pero para eso tendríamos que empezar por no confundir molinos de viento con gigantes. De otra forma, esos trabajadores, hoy desengañados y hastiados de los reformistas, nos verán como unos "iluminados" y podrán volver a dejarse llevar por los cantos de sirena de cualquiera de los partidos políticos burgueses, ya sean de "izquierda" o de derecha, o bien seguirse absteniendo, es decir, manteniendo una posición pasiva, semi-anarquista, que, a la postre, no favorece más que al régimen.

Para superar nuestras contorsiones y fantasías sobre la evolución de la situación política y del nivel de conciencia de los trabajadores debemos también abandonar nuestra visión particularista y esquemática del fascismo en España. Cosa que no podremos hacer en tanto no comprendamos las características del actual Estado imperialista y el sistema de ocultación de su naturaleza fascista. Para ello es preciso desarrollar consecuentemente las tesis de Lenin sobre el imperialismo y el militarismo y las tesis de Dimitrov sobre el fascismo, como también desarrollar, en la línea de lo apuntado en el artículo *El fascismo, un fenómeno universal*⁶ que acompaña esta plataforma, algunos planteamientos que sobre el particular el Partido ya comenzó tempranamente a esbozar. En este sentido, nosotros mantenemos que la Reforma política no ha supuesto "la continuación del franquismo sin Franco" (por mucho que se le añada lo de encubierto bajo la falsificación del parlamentarismo), como viene sosteniendo el Partido, sino la **homologación** del régimen con el sistema de contrarrevolución preventiva que han adoptado todos los países imperialistas desde antes o después, según los casos, de la II Guerra Mundial. De ahí que no debemos considerar al sistema de fascismo encubierto que hay en España como una excepción o un caso particularísimo. Esta homologación perseguía así mismo tomar lo **mejor** del franquismo, el cual ha hecho también aportaciones al fascismo universal.

Desde luego, difícilmente podremos valorar una operación política si no acertamos en identificar los objetivos que se han propuesto los que la han diseñado. Juzgar

⁶ Tanto la dirección del PCE(r) como la Fracción Octubre caracterizan como fascista al Estado español actual. Lo que les diferencia es que los primeros siguen viendo en él unas peculiaridades cualitativamente importantes que le distinguen de otros Estados imperialistas —lo que llaman "la continuidad del franquismo sin Franco"—: en cambio, los segundos consideran que la Reforma o Transición homologó la superestructura política de España con la del resto de potencias, esto es, como

"fascismo encubierto". Desde luego que nos parece más coherente con la realidad esta última postura (sin negar las peculiaridades propias de nuestro país), pero seguimos pensando que es una equivocación reducir toda posibilidad de existencia del Estado monopolista a su forma fascista, porque 1º) predispone al proletariado para que desaproveche las posibilidades legales actuales y para que se vea sorprendido y desarmado ante la "vuelta de tuerca" reaccionaria que **todavía** no se ha

producido; 2º) lleva implícita cierta idealización de la democracia, cierta disolución de su carácter de clase, lo que perjudica la preparación de nuestra clase para la Revolución Comunista; y 3º) los comunistas tenemos que ser rigurosos en la terminología, como exige la ciencia, y el fascismo engloba unas características que lo diferencian de otras formas del Estado capitalista contemporáneo.



la Reforma por su calidad democrática real es un absurdo. Y sin embargo, hemos caído en este absurdo que ha supuesto nuestra manifestación más clara de subjetivismo en el análisis de la realidad política. Así, afirmar tan contundentemente que la Reforma ha fracasado nos ha llevado a negar la evidencia de que el régimen logró legitimarse ampliando su base social con el apoyo de los partidos de "izquierda", e incluso apuntarse tantos como los de privar al movimiento de resistencia del carácter de masas que tenía en el conjunto del Estado durante el final de la anterior etapa del régimen y movilizar de forma reaccionaria, en algunos momentos, a los sectores más atrasados de las masas populares en la lucha contra el "terrorismo".

Evidentemente, reconocer esta realidad no significa que la Reforma haya supuesto, como han pretendido los revisionistas y otros reformistas desde la Transición, la instauración de un sistema político democrático-burgués, pues éste ya ha sido enterrado para siempre hace ya mucho tiempo por la propia evolución histórica del capitalismo y la lucha de clases tanto a nivel internacional como de nuestro país. Sólo haciendo un balance *objetivo* de la Reforma, y no inventando lo que quisiéramos que fuera, haremos más creíble nuestra denuncia de los que engañaron y traicionaron a las masas. Y además aprovecharemos al máximo el hecho de que el régimen de la oligarquía no haya conseguido con dicha operación desactivar o liquidar el movimiento de resistencia organizado, encabezado por el Partido⁸, ni ahogar o hacer capitular al Movimiento de Liberación Nacional de Euskal Herria. Esto ya de por sí supone una victoria de alcance estratégico, sobre todo si tenemos en cuenta la crisis del reformismo y la fragilidad relativa del marco político, económico y social en que se desenvuelve el régimen en

el contexto general de la crisis capitalista. A fin de cuentas, la Reforma poco puede hacer por superar las debilidades que se derivan de ser España un país imperialista de segunda fila.

En esto último es en lo que tendremos que poner el acento ante los trabajadores. Y no liarlos más con historias como éstas que fundamentan el supuesto fracaso de la Reforma en que no se produjo la llamada "ruptura" como en Portugal y Grecia. Curiosamente, tal y como proponían los carrillistas y otros oportunistas llevados por el iluso deseo de establecer en España "un verdadero régimen democrático" sin acabar con el poder político y económico de las clases dominantes. Sólo hace falta ver las características de los regímenes que existen hoy en Grecia y Portugal para comprobar que no se diferencian básicamente y esencialmente en nada del de España. Prueba de que tanto esa supuesta "ruptura" como la Reforma no pretendían otra cosa que superar el fascismo abierto, siguiendo el ejemplo de otros países imperialistas. Pensar que ha sido y es posible obligar al régimen a llevar a cabo una "ruptura", además de engañarnos a nosotros mismos, nos lleva a sembrar ilusiones entre las masas y al reformismo. No hay más que recordar el Programa de los Cinco Puntos, con el que, superando a Carrillo y sus epígonos, nos planteamos imponer dentro del sistema, no ya la amnistía, sino también la depuración de los altos mandos del ejército y de otras instituciones represivas del Estado, las libertades democráticas y hasta incluso ¡el reconocimiento del «derecho de las masas populares a recurrir a la violencia revolucionaria contra las arbitrariedades del Poder!»! (12); es decir, un programa de lucha por la implantación de un régimen democrático-burgués que ni siquiera en la época más "progresista" de la burguesía ha existido. Aquel programa, en suma, se planteaba que la gran burguesía, contrariamente a la corriente universal que predomina en los Estados imperialistas, renunciase incluso a mantener en España un régimen fascista encubierto.

Bien es verdad que tras el fracaso de ese y otros intentos de imponer un programa rupturista, nuestras pretensiones han sido más modestas. Pero en ellas sigue subyaciendo la misma visión reformista radical que afecta en mayor o menor medida a toda nuestra táctica. Una táctica que se apoya en la idea de que para realizar un trabajo abierto y legal —sin el cual difícilmente vamos a poder organizar y preparar a las masas para la lucha revolucionaria ni fortalecer la clandestinidad—, hace falta el consentimiento de la gran burguesía, del Gobierno o del Ministerio del Interior. Este planteamiento, por más que tratemos de justificarlo con nuestra ilusa pretensión de "imponerlo", con la necesidad de liberar los presos políticos y realizar un trabajo abierto, es francamente liquidacionista. Aún más lo revela el hecho de que para llevar a cabo esa labor basta con ponerse a ello y trabajar entre las masas, aprovechando todas las posibilidades que ya existen para conseguir imponer al régimen, por la vía de los hechos y mediante todas las formas de lucha (dando preeminencia a las más adecuadas en cada momento)⁹,

⁷ Si el terrorismo, entre comillas, provoca el rechazo de amplísimos sectores de las masas populares y es incapaz de sacarlas de su atraso, ¿no será más conveniente cambiar a una táctica que sí consiga elevarlas, en vez de echarlas en brazos de la reacción?

⁸ ¿Existe tal movimiento de resistencia organizado, encabezado por el PCE(r), o es ésta otra exageración parecida a las que ya están denunciando los camaradas de la Fracción Octubre?

⁹ Es evidente que no es adecuado

practicar **todas** las formas de lucha en cada momento, sino solamente las que convenga a la causa comunista, renunciando a aquellas que resulten dañinas hasta que las circunstancias objetivas y subjetivas se modifiquen al punto de volverlas beneficiosas.

un "margen de libertad acción" cada vez mayor. Al menos hasta que la lucha de clases llegue a tal extremo que salten por doquier las fronteras entre el terrorismo de Estado selectivo y el de masas. Pero para ese entonces ya nos encontraremos en vísperas de una verdadera guerra civil revolucionaria. En cualquier caso, lo que debe quedar claro es que ese "margen de libertad de acción" que se da en mayor o menor medida en *todos* los países imperialistas, como resultado de la lucha de clases, no tiene que ver con nada parecido a que las "libertades democráticas" (!) "se pueden conseguir bajo el actual sistema" (13)¹⁰, y aún menos con que puedan ser recogidas en programas intermedios o sucedáneos como éstos que, al estilo del presentado en el Pleno de junio del 97 (14), se nos siguen metiendo de matute bajo la consigna justa de reagrupar fuerzas.

Todos estos "programas", más o menos acabados, nos llevan directamente al revisionismo, es decir, a revisar la tesis del Partido, ya suficientemente precisada, de la incompatibilidad del imperialismo y del monopolismo con la democracia¹¹. Pero, además, no darnos cuenta de la imposibilidad de materializar los planteamientos reformistas radicales o rupturistas que hemos estado impulsando, ha agravado el izquierdismo y alimentado el militarismo a los que desde un principio nos abocaba nuestra exagerada apreciación de que las masas, junto con las acciones guerrilleras, habían terminado por aislar al régimen y hacer fracasar la Reforma. Dicho izquierdismo —ahora podemos verlo mejor que antes— se ha circunscrito, efectivamente, a nuestra valoración del estado de ánimo y conciencia de las masas y a las *formas* y métodos de lucha impulsados. Pero, al fin y al cabo, ha sido un izquierdismo que encubría planteamientos programáticos no precisamente izquierdistas. No hay más que ver las posiciones "rupturistas" que hemos defendido: todas ellas parten de que son asumibles por la oligarquía; es decir, que parten del hecho de que son posibles las libertades democráticas sin destruir el aparato estatal del régimen.

Que toda esta táctica "rupturista" —base de nuestros planteamientos negociadores— no resiste la más mínima verificación práctica, es algo de lo que estamos convencidos que también la Dirección comparte con nosotros. De ahí que para aprobarse a sí misma, y en un arrebato de subjetivismo, ya bastante forzado, se haya inventado su particular prueba práctica: "el régimen ha retornado a los orígenes" con "la vuelta de los fascistas". Más allá de la in-



congruencia que supone sostener que vuelven los fascistas después de 20 años en que creíamos que no se habían ido, más allá de este "error de cálculo previsor", hay que reconocer que dicha "prueba práctica" era la única "salida" que le quedaba para no afrontar una autocrítica a fondo. Detengámonos por un momento en esta cuestión. En realidad, lo que la Dirección nos quiere meter es que la táctica que hemos venido siguiendo perseguía dos cosas: forzar a la oligarquía a negociar y acceder al cambio "rupturista" pendiente en España o bien, en su defecto, obligar al régimen a enrocarse en sus orígenes al objeto de que se ponga en evidencia ante los trabajadores lo fachas e intransigentes que son y que no han quedado colmadas sus aspiraciones democráticas. Así, las masas podrían recuperar los bríos de la Transición al salir del engaño. Con todo este malabarismo se pretende que, en cualquier caso, nuestra táctica sea justa porque, aunque no consiguiéramos lo primero, lograríamos lo segundo. Y para "demostrar" que el régimen se ha vuelto atrás, nada mejor que darnos también nosotros un buen baño de regreso a nuestros orígenes y recuperar nuestros mejores arrebatos de triunfalismo en la propaganda. De ahí que en los últimos números de *Resistencia* y *Antorcha*, se hayan dilapidado de un plumazo esfuerzos de años por rebajar nuestra tendencia a la exageración y a la ampulosidad "revolucionaria".

Pero, además, lo del "retorno a los orígenes" no sólo justifica —aunque sea con "cierto" retraso— nuestra táctica del pasado, sino que le da patente de curso para lo que queda de futuro. Porque como decíamos en el IV Congreso después de la primera victoria pepista «... *más tarde o más temprano tendrán que ceder* (subrayado en el original)» y «*cuanto más esperen, cuanto más tiempo tarden en decidirse, más caro les va a costar, ya que nuestro movimiento se sentirá más fuerte y, por consiguiente, mayores (¡) podrán ser también nuestras demandas y exigencias*». Todo esto después de declarar que la situación ha conducido al régimen a «*finalmente (...) emprender una huida hacia atrás, a un regreso a los orígenes*».

¹⁰ Desde luego que, bajo el capitalismo, no pueden conquistarse "los derechos y libertades", como tal, para la clase obrera. Pero se pueden conseguir ciertas "libertades democráticas" para nuestra clase (en parte, ya las conseguimos y todavía se conservan), pero, eso sí, sólo como pequeña parte de un todo que no puede dejar de ser una dictadura de la burguesía. Por muy

democrático que sea el capitalismo, nunca podrá serlo para el proletariado, a fin de cuentas.

¹¹ El capitalismo, en cualquiera de las etapas de su existencia, es incompatible con la democracia **para los explotados**, en última instancia. Sólo puede proporcionar democracia a la burguesía y a sus aliados —las clases propietarias de toda índole—, y éstos pueden

incluir circunstancialmente a las masas obreras **mientras no actúen consecuentemente con sus intereses fundamentales de clase**. El imperialismo no implica la anulación de toda democracia, sino "solamente" la **restricción** de esa democracia capitalista que queda subordinada ahora a la salvaguarda de los intereses de la fracción monopolista de la burguesía.

nes fascistas (subr. orig.), *prescindiendo de todas las máscaras y apariencias democráticas para actuar a cara de perro*. Y, además, todo ello, antes de sentenciarlo de que «hemos de tener muy claro que *mientras se mantenga en pie el sistema capitalista, a los fascistas siempre les quedará el recurso de 'volver a sus orígenes'* (subr. orig.) como «síntoma de que no se sienten muy seguros y de que quieren asustarnos» (15). Así que los dos objetivos que nos hemos propuesto con nuestra táctica no se excluyen como posibilidad. Por tanto, aunque nunca se haya dado el primero de hacerlos negociar hasta el final, ambos objetivos son «eternamente» posibles y alternables. Y es así como nuestra táctica se «eterniza» como correcta, en pura lógica con que España será también «eternamente» un país particularmente fascista y no homologable al resto de países imperialistas. Al menos, hasta el advenimiento de la guerra imperialista que, entre otras cosas, además de facilitarnos el trabajo, nos sacará de paso del «eterno» lío en el que nos hemos metido y del que tanto vértigo nos da salir.

III

En un plano más general, todo este embrollo en el que estamos metidos responde al hecho de no comprender las transformaciones habidas desde hace años en los regímenes políticos de los países imperialistas encaminadas a contener y reprimir el movimiento revolucionario en «tiempos de paz». Estas transformaciones universales, que caracterizan el sistema de contrarrevolución preventiva o fascismo encubierto, no sólo no podían ser ajenas a la Reforma, sino que se impusieron a la herencia particular franquista. Así, por muchos obstáculos reales que opusieron algunos sectores «inmovilistas», la gran burguesía en su conjunto optó de forma estratégica por el sistema de contrarrevolución permanente que incorpora el «juego democrático» como elemento constitutivo. Este sistema ha demostrado ser para el imperialismo mucho más eficaz y flexible que el fascismo abierto, difícil de mantener por mucho tiempo en un país capitalista desarrollado. Ya no sólo por la agudización extrema y permanente de las contradicciones políticas y sociales y la fragilidad congénita que ello provoca en él, como señalaba G. Dimitrov, sino también por las propias necesidades, incluso económicas, del imperialismo en las metrópolis. El fascismo encubierto presenta muchas más ventajas que el fascismo abierto, ya que ha perfeccionado tanto su potencialidad terrorista y contrarrevolucionaria como su capacidad de camuflaje y legitimación. Estas ventajas le permiten, por un lado, combinar de forma flexible el control y la represión de masas de «baja intensidad» con la represión implacable contra los revolucionarios, sin necesidad de recurrir a leyes o medidas excepcionales, salvo en situaciones de crisis aguda o revolucionaria y de guerra civil y, por otro, encubrir su naturaleza fascista a fin de negarse a sí mismo y disponer de un margen político de maniobra muy superior al del fascismo abierto. Pero el sistema de contrarrevolución preventiva también tiene sus puntos *débiles*, derivados de la propia necesidad del imperialismo de camuflar su naturaleza

fascista, que pueden ser *aprovechados* por los partidos comunistas para ensanchar mediante la lucha «el margen de libertad de acción» de la actividad revolucionaria. En este asunto no caben equívocos. El aprovechamiento y ensanchamiento de este «margen» por parte del Partido, dada la utilización política del mismo por los monopolistas e imperialistas como tapadera de sus permanentes planes contrarrevolucionarios, sólo puede hacerse desde el mantenimiento y desarrollo de una organización *clandestina* cada vez más fuerte, experimentada y ramificada. Sólo así se podrá forzar al máximo posible un «margen» que no podemos, ni mucho menos, hacer depender solamente de las pretensiones camufladoras de la burguesía imperialista, sino sobre todo de la profundidad y amplitud de la lucha de clases. Profundidad y amplitud que, en cuanto a la responsabilidad que incumbe a la política del Partido, son resultado de la independencia de clase que es garantizada precisamente por la clandestinidad de la organización y por la adopción de una táctica justa que aprovecha al máximo el margen disponible en cada momento. Sólo así se podrá llevar a cabo la necesaria educación política de las masas. Cuestión que está ligada estrechamente a su práctica política y que no se desarrolla ni puede desarrollarse precisamente en el plano de la clandestinidad.

No ver el margen de trabajo abierto que se abría y, por el contrario, remitirnos a grandes, pero no por ello menos imposibles márgenes futuros, nos ha llevado a poner el acento en el apoyo a la lucha armada en base a la táctica de forzar al régimen a hacer concesiones. Pero lo grave es que los fracasos cosechados en este sentido nos han llevado, como reacción a nuestros errores izquierdistas y militaristas, a poner en cuestión de hecho tesis justas, como la del papel estratégico de la guerrilla urbana y la de que la lucha armada abre el camino al movimiento de resistencia popular. Esto es lo que se desprende claramente de afirmaciones explícitas como ésta: «*el enfrentamiento frontal contra el terrorismo de Estado en las dos décadas últimas..., ha impedido en buena medida que pudiéramos contactar con la gran masa del proletariado de una forma real, física, inmediata*» (16). En planteamientos como éste difícilmente se puede dejar de ver una justificación del abandono de la lucha armada, muy acorde con el hecho de plantear en las últimas «negociaciones» la disolución de los GRAPO a cambio, entre otras cosas, de poder realizar una actividad partidista abierta entre las masas. Cuando en realidad, aprovechar y ensanchar el margen abierto en los sistemas de fascismo encubierto no entra en contradicción en ningún momento con la lucha armada, siempre que ésta no pierda de vista el carácter estratégico que la debe presidir y tenga muy en cuenta en cada momento el nivel de conciencia de las masas¹². Por lo demás, esas hipotéticas posibilidades de trabajo abierto que se pudieran imponer no iban a dejar de estar condicionadas prácticamente por los mismos límites a los que está sujeto el trabajo abierto que se puede realizar bajo el sistema de fascismo encubierto adoptado en España por el régimen tras la Reforma. Por lo tanto, en este asunto, lo único que debe abandonar el Partido es la errónea táctica rupturista que ha orientado la

¹² No sabemos si estos camaradas comparten con la dirección del PCE(r) la identificación del «carácter estratégico de la lucha armada» con su carác-

ter permanente. En ese caso, les preguntaríamos: ¿qué hacer si la lucha armada no se corresponde con el nivel de conciencia de las masas, y la eleva-

ción de éste no sólo exige volcarse en tareas previas, sino que se ve perjudicada por las actividades armadas?

lucha armada para de verdad afrontar en la práctica las tareas y planes acordes con el carácter estratégico que ésta debe tener para contribuir a los procesos revolucionarios en los países imperialistas. Pues lo que no puede suceder en ningún momento es que se confundan (y reduzcan) las tareas estratégicas de la lucha armada con las propias de la sección técnica de cualquier organización revolucionaria clandestina.

IV

Las repercusiones y consecuencias de esa visión particularista del fascismo en un país imperialista como España, aunque se disfrace con ropajes como el de "nuevo fascismo constitucional", afectan de lleno y en todos los planos, como estamos viendo, a la táctica y estrategia revolucionarias del proletariado y tienen, por tanto, alcance internacional.

Dado el carácter imperialista-monopolista de España, dicha táctica particular, expresada tanto en esas pretensiones "rupturistas" y en otras abiertamente reformistas, como a más largo plazo por el Programa Mínimo que defendemos, desvían al Partido de la revolución socialista, la única revolución pendiente en España. Es esa táctica particularista, basada en la existencia de un régimen fascista *sui generis*, la que nos ha llevado a defender de forma exclusiva para nuestro país la necesidad de una etapa revolucionaria intermedia o corta etapa de transición con el fin de acumular fuerzas. Bastaría preguntarse con qué fuerzas vamos a derrocar al Estado fascista si esa acumulación no se lleva a cabo antes, bajo el régimen actual, para darse cuenta de la falacia de semejantes ideas que sólo conducen a no preparar las condiciones subjetivas para la toma del poder por el proletariado y las masas populares. Otra cosa es el análisis de cómo la Revolución Socialista se puede abrir paso en los países imperialistas, de cómo sortear las dificultades específicas que en ellos se dan, de cómo debemos ligar nuestro proceso revolucionario, no ya sólo con los de nuestro entorno europeo sino con el avance de las luchas antiimperialistas en los países dependientes, y de cómo, en fin, se irá materializando progresivamente, tras la toma del poder por el proletariado, el conjunto del programa socialista, en función de la maduración de las condiciones internas e internacionales.

No haber enfocado todo esto desde la perspectiva universal de los países imperialistas nos aboca finalmente a rebajar *incluso* el Programa Mínimo, defendiendo, como acabamos de ver, la posibilidad de etapas o períodos muy democráticos antes incluso del derrocamiento de los monopolistas e imperialistas, por más que queramos encubrirlo con que eso sólo será posible en situaciones de crisis del régimen. Así, si bien no era tan grave decir, en 1975, que en "*España no puede darse más que una forma más encubierta de régimen fascista o una verdadera democracia de tipo popular*" y que *no hay que descartar que "se produzca una crisis que nos permita, durante un corto período, trabajar más abiertamente, fortalecernos, e incluso abrir una brecha aún más grande de esta manera"* (17), la cosa cambia cuando 25 años más tarde se insiste constantemente en que el régimen está "instalado en una crisis permanente". Porque entonces

se sientan las bases para condenar a España a ser permanentemente particular o diferente, en espera de la "lógicamente" siempre posible y siempre pendiente brecha democrática. Lo que nos lleva a no adoptar la estrategia revolucionaria común a todos los países imperialistas.

Tenemos, pues, que acabar con esta suerte de vía particular al socialismo. Por consiguiente, el objetivo estratégico del Partido, como en los demás países imperialistas, debe ser la conquista del poder por el proletariado y demás sectores populares, la expropiación de la oligarquía financiero-terrateniente y la implantación de una República Socialista, sustentada en la creación de Consejos obreros y populares como base del nuevo Estado. Pero la lucha por este programa socialista no significa que renunciemos a imponer al régimen un mayor "margen de libertad de acción" ni a reagrupar fuerzas con otros sectores populares interesados en luchar contra la gran burguesía monopolista ni que abandonemos a su suerte la lucha de los trabajadores y masas populares por todo tipo de reivindicaciones tanto en el terreno político como económico o sindical. Entre ellas ocupa una plaza importante la lucha por el reconocimiento del derecho de autodeterminación de las naciones oprimidas dentro del marco estatal español; cuestión que la burguesía nunca ha llegado a resolver en España y que habrá de ser acometida muy probablemente tras la conquista del poder por el proletariado.

Es claro que los comunistas difícilmente podremos avanzar de forma efectiva en la reagrupación de las fuerzas populares, si no somos capaces de dar pasos adelante en nuestra propia reagrupación y unidad y estrechar lazos con la clase obrera. Esto cobra cada vez más urgencia, en el contexto de reflujos en el que estamos, para poder hacer frente y contrarrestar la avalancha anticomunista y contrarrevolucionaria con que la burguesía imperialista persigue desmoralizar a los trabajadores y neutralizar todo intento de vinculación de la clase obrera a la causa del socialismo.

El Partido ha de impulsar y fomentar activamente en la práctica dicha reagrupación de fuerzas comunistas, siendo muy consciente de que aún queda bastante camino por recorrer en el propio proceso de reconstrucción del partido y aún más en nuestra consolidación como fuerza arraigada entre la clase obrera¹³. Si además partimos de reconocer que existe una gran dispersión y desorientación entre muchos obreros que se sienten comunistas o que están por un avance de éstos, entonces, no debemos de dudar en promover entre ellos formas organizativas amplias y flexibles, abiertas y legales, a fin de contribuir al proceso de unidad orgánica de todos los comunistas.

Ya en un plano político más general, debemos impulsar la lucha por la liberación y mejora de las condiciones de detención de los presos políticos, así como denunciar los crímenes del Estado policial para desenmascarar el carácter esencialmente terrorista del régimen. Pero con respecto a estos asuntos no podemos fomentar ilusiones y separarlos de la cuestión del poder político. Aquí debemos ser claros: las máximas mejoras que se puedan ir consiguiendo sólo podrán ser conquistas coyunturales en el

¹³ Estaremos plenamente de acuerdo con esta observación, siempre que los camaradas entiendan que el Partido

Comunista no se puede considerar reconstruido (o, mejor dicho, reconstituido) si no se ha consolidado

ya como fuerza arraigada entre la clase obrera.



desarrollo *inequívoco* del proceso revolucionario y no fruto de la negociación de programas intermedios consentibles por la gran burguesía.

Debemos prestar una atención especial al apoyo de las luchas antiimperialistas como parte de la revolución mundial. Los comunistas debemos trabajar en las organizaciones y comités que surjan para tal fin, no simplemente para limitarnos a aportarles nuestra solidaridad, sino porque es fundamental para debilitar al imperialismo en las propias metrópolis y garantizar y consolidar así el avance de la Revolución Socialista Mundial¹⁴. Por tanto, debemos combatir la influencia pequeñoburguesa que se reduce a demandar la solidaridad para que los países dependientes salgan del subdesarrollo. Pero también los comunistas no podemos utilizar de forma sectaria el criterio de apoyar una u otra lucha anti-imperialista, dependiendo de si está o no dirigida por un partido comunista, o incluso por un partido comunista con el que no compartimos su línea. Con respecto

a esta cuestión, no cabe que los comunistas apoyen luchas diversas en su país que debilitan al sistema, aunque éstas no estén lideradas por ellos, y no apliquen el mismo criterio para acumular fuerzas a nivel internacional que debiliten al imperialismo y hagan avanzar y consolidar la Revolución Socialista en *todos* los países.

En el terreno de las luchas reivindicativas económicas y sindicales consideramos que, como consecuencia de la quiebra de las bases sobre las que se sustentaba la política reformista debida a la crisis general, se abren buenas perspectivas para impulsar en ellas nuestra labor revolucionaria. Pero para llevar con éxito esta labor debemos tener en cuenta en todo momento que las consignas políticas revolucionarias sólo pueden tomar *carácter de masas* si estamos con éstas en las luchas que llevan a cabo. Y en ningún momento debemos ponernos límites preestablecidos ni sectarios para trabajar allí donde estén las masas e impulsar su educación política: ya sean organizaciones legales o semilegales, sindicales, clubes de todo tipo, ateneos, asociaciones juveniles, vecinales y culturales, etc. También debemos participar y apoyar tanto las luchas más radicales como las más pacíficas de los trabajadores, a fin de poder orientarlas y dirigir las. Y siempre teniendo en cuenta el criterio de no arrastrarnos tras los elementos más atrasados, pero tampoco darles de lado, y menos aún, decretar que no existen o elevar artificialmente su nivel de conciencia. Si no tenemos en cuenta todo ello, dejaremos el campo libre a los revisionistas, reformistas y economicistas y, en definitiva, a la burguesía. En relación con esto, difícilmente podremos contrarrestar la influencia burguesa entre los trabajadores con concepciones equivocadas que estigmatizan de economicismo todo intento de desarrollar y aplicar la *línea de masas* como parte constituyente de nuestra labor revolucionaria. Concepciones que, en definitiva, no reparan en que, aunque las masas no elaboran las ideas políticas¹⁵, pues efectivamente les vienen "de fuera", sólo pueden asimilarlas a partir, mediante y al ritmo de la práctica de sus luchas. Por tanto, no debemos hacer dejación de nuestras responsabilidades en lo referente al plano reivindicativo ni permanecer a la *espera* de que las masas vengan a compartir con nosotros el plano político en el que nos movemos por el simple hecho de que tengamos razón.

¹⁴ Creemos importante añadir aquí los siguientes matices. En primer lugar, sería más correcto decir que las luchas antiimperialistas contribuyen, en general, a la revolución mundial, pero que son parte de ésta *sensu stricto* únicamente las revoluciones socialistas proletarias en los países imperialistas y las verdaderas revoluciones democrático-nacionales dirigidas por la clase obrera (de "Nueva Democracia") en los países oprimidos. En segundo lugar, aunque sea muy importante aportar la solidaridad de los comunistas españoles a las luchas antiimperialistas en el mundo, no lo es menos priorizar las más consecuentes y criticar todas las desviaciones de la causa proletaria, educando así a nues-

tra clase y fortaleciéndola frente a la influencia y la hegemonía actual de los aliados pequeñoburgueses. Por último y consecuentemente con lo anterior, lo que debilitará eficazmente al imperialismo en las propias metrópolis no será cualquier tipo de resistencia solidaria o altruista, sino la que se derive, como subproducto, de la preparación de la revolución socialista aquí, enfocada como parte y base de apoyo de la Revolución Proletaria Mundial.

¹⁵ En realidad, lo que las masas no pueden elaborar en su movimiento espontáneo son las ideas socialistas, por cuanto el desarrollo social posterior al capitalismo sólo puede ser producto de una conciencia forjada sobre

el acervo cultural acumulado por la humanidad a lo largo de la historia, y las masas revolucionarias son predominantemente los oprimidos también en lo intelectual. Pero, sí que pueden elaborar ideas políticas, sólo que no podrán trascender de la ideología burguesa dominante. Así pues, no es necesario aportarles desde fuera las ideas antifascistas puesto que éstas surgirán espontáneamente en su lucha, y lo hacen en la medida en que la realidad las hace necesarias; lo que habrá que transmitirles es que sólo la Revolución Socialista Proletaria es verdadera solución frente a cualquier forma de dictadura burguesa.

Lo anterior hay que tenerlo más presente si cabe en nuestra labor con los obreros, entre los que, tenemos que reconocer, hemos hecho dejación del trabajo sindical. Como no podía ser de otra manera, si reparamos en que no hemos tenido en cuenta los cambios que la nueva etapa del régimen ha traído en este terreno. Durante mucho tiempo nos hemos instalado en el discurso de que los trabajadores boicoteaban los sindicatos oficiales y que sólo la represión (incluida la laboral) les impedía estrechar más sus lazos con el Partido y, en general, seguir nuestras consignas y propuestas sindicales. Sin embargo, dicho discurso no ha calado verdaderamente en nadie.

Por nuestra parte, pensamos que es muy justa nuestra consigna *general* acerca de la necesidad de desarrollar la lucha sindical independiente de todo control policiaco y de las cúpulas mafiosas de los sindicatos. Pero de lo que se trata es de *cómo* llevar esa consigna general a la práctica, para lo que se exige no perder de vista las condiciones reales en las que tienen que desarrollar sus luchas los trabajadores. Lo que significa que no debemos obviar cómo se inician y se desarrollan *realmente* las luchas reivindicativas de los obreros y tener en cuenta que éstas en su inmensa mayoría pasan, por el momento, por las convocatorias del sindicalismo oficial y la utilización de los cauces legales. A partir de este reconocimiento, tenemos que defender entre los trabajadores más avanzados que sean flexibles para agruparse y relacionarse, sin sectarismos de ningún tipo, y fomentar entre todos los trabajadores la utilización de los nuevos métodos de lucha que cada vez se ven más favorecidos por el nuevo marco laboral y el prestigio creciente del sindicalismo oficial.

Por lo demás, no es este el lugar de entrar en detalles sobre esta cuestión, en la que, en cualquier caso, lo que se debe promover es un vasto trabajo de recogida de experiencias y sistematización de enseñanzas, en el que es fundamental la aportación de los camaradas y simpatizantes que han venido desarrollando más en concreto esta labor.

V

Como al comienzo hemos indicado, la crisis del Partido está en relación con problemas ideológicos, los cuales están estrechamente ligados a diversas manifestaciones de subjetivismo, encontrándose entre ellas el dogmatismo. Éste se asienta en la incompreensión de la conexión existente entre los principios (su origen y desarrollo) y la necesidad del análisis concreto para ir avanzando tanto en el avance práctico del proceso revolucionario, como en el desarrollo de la teoría revolucionaria que lo debe guiar. En este aspecto, está claro que, en España, la Transición supuso un fenómeno suficientemente nuevo como para que, además de exigimos una aplicación de los principios y tesis ya existentes de la teoría revolucionaria que más tenían que ver con los

problemas prácticos a los que nos enfrentamos, nos plantease también la necesidad de contribuir al desarrollo de la teoría universal del fascismo en base a nuestra experiencia. Experiencia que, como luego se demostró, tenía unas consecuencias que iban más allá de nuestro país. Sin embargo, ya hemos visto que, aunque avanzamos algunas tesis en este terreno, no lo hicimos tan profunda y consecuentemente como era necesario para superar los límites que en este asunto heredamos del movimiento comunista internacional. De haberlo hecho hubiésemos contribuido a resolver los serios problemas a los que se enfrenta el renacimiento del movimiento comunista en los países imperialistas, y, muy particularmente, a resolver la principal (y complicada) tarea que actualmente tiene que acometer: *la creación o reconstrucción de los respectivos partidos comunistas y la consiguiente adopción de una línea o táctica justa, acorde con la existencia de unos regímenes imperialistas de contrarrevolución permanente*¹⁶.

Ahora bien, nosotros consideramos que nuestros problemas ideológicos no pueden ser caracterizados simplemente por el dogmatismo, sino que entran en un marco mucho más amplio de manifestaciones subjetivistas. Dadas las exigencias prácticas de nuestra actividad revolucionaria, el dogmatismo no podía dejar de estar acompañado por el empirismo (o practicismo) y el voluntarismo, que no tiene en cuenta la realidad para poder realizar las tareas y conseguir los objetivos que nos proponemos.

El dogmatismo supone inevitablemente la separación de la teoría de la práctica, lo que lleva a renunciar a la dirección de la lucha revolucionaria de las masas. Así, los dogmáticos, en vez de buscar la verdad partiendo de los hechos, se muestran seguros de su infalibilidad, se ensoberbecen, se refugian en una hueca fraseología sobre los principios que dicen respetar y temen la crítica justa y la autocrítica como a la peste. En cuanto al empirismo o al practicismo, si bien se distingue del dogmatismo por ignorar en la práctica la necesidad de la teoría como guía de la acción revolucionaria y se refugia en su estrecha y limitada experiencia, comparte con él esencialmente el mismo modo de pensar. «*Ambos —como decía Mao— separan la teoría marxista-leninista de la práctica (...), violan las enseñanzas del materialismo dialéctico e histórico y transforman las verdades parciales y relativas en verdades generales y absolutas: sus ideas no corresponden a la realidad objetiva en toda su amplitud*» (18).

En nuestro caso, tanto el dogmatismo como el empirismo han venido siendo tapados con teorizaciones no exentas de "originalidad", que sólo han pretendido justificar nuestros frecuentes bandazos y nuestra falta de un análisis preciso de la realidad que nos ahorre la comisión de errores evitables. Así, ante los problemas prácticos y retos que nos proponemos, en vez de afrontarlos estudiando la expe-

¹⁶ Compartimos con estos camaradas que una de las características del fascismo ha sido históricamente la de actuar como contrarrevolución preventiva. Otra cosa es eso de la "contrarrevolución permanente". En su sentido más estricto, este concepto estaría fuera de lugar actualmente en España

o en países de su entorno, ya que el imperialismo no tiene que hacer frente a ninguna revolución siquiera mínimamente madura. Y, en su sentido más lato, si exceptuamos a los Estados burgueses en sus inicios, cuando predominaba la lucha contra las reminiscencias medievales, así como los

semi-Estados proletarios (Comuna de París, URSS, China, etc.), todos los Estados tienen como misión combatir y prevenir las revoluciones sociales: por eso, la "contrarrevolución permanente" no sería ninguna particularidad especial de los regímenes imperialistas.



riencia acumulada, nos hemos dedicado a menudo a especular acerca de la necesidad de la "aproximación a la solución de los problemas". Complementándolo, cuando hemos cometido errores, con esa ya vieja interpretación sofista de la dialéctica en la que "todo es positivo incluido lo negativo porque lleva íntimamente ligado lo positivo como su contrario necesario". Estas contorsiones, que ya en su momento no dudamos en calificar como "aproximatitis" y "dialectitis", son francamente una interpretación caricaturesca del proceso de conocimiento y de la dialéctica que no tiene nada que ver con ese innegable esfuerzo inicial en aplicar de forma original la teoría revolucionaria que efectivamente nos distinguió de las capillas más dogmáticas.

Será en los últimos tiempos, ante la prolongación de la crisis del Partido, cuando nuestro dogmatismo alcance cotas más altas, al refugiarnos en una huera fraseología sobre los principios. Esto se puede ver en el creciente "principismo" que últimamente rezuma nuestra propaganda. Y en esa actitud suficiente y prepotente de la que damos muestras; actitud que nos lleva a permanecer en el Olimpo de los principios, desde el cual nos bastamos para "asimilar la esencia" de los fenómenos sin necesidad de descender a las "menudencias" de la realidad concreta, y a arrogarnos al mismo tiempo el derecho de ir repartiendo por ahí credenciales de marxismo a diestro y siniestro. Por nuestra parte, ya hemos manifestado que esta actitud pretende desviar la atención de nuestros errores y no busca, en realidad, otra cosa que cubrir nuestras carencias en la comprensión del socialismo científico.

Ha sido, sobre todo, en el *Antorcha* donde se ha pretendido justificar este "principismo" de última hora, en artículos como el de *Lo universal y lo particular*. Este artículo que, en principio se propone una crítica a la posición de Mao y sus eventuales consecuencias en el rumbo restauracionista tomado posteriormente en China, no sólo no aborda justamente esta crítica sino que expone tesis incorrectas en lo concerniente a la relación dialéctica entre lo «universal» y lo «particular». Así, no ve la relación de contenido existente entre ambos conceptos, ni cómo lo particular enriquece en contenido a lo universal a la vez que lo precisa. Esto, traducido al terreno de los principios, significa que no se tiene en cuenta el mecanismo por el cual los procesos prácticos particulares desarrollan y precisan (y no sólo aplican) los principios y en general las tesis que conforman la teoría revolucionaria. Lo que, sobre todo, ha de tenerse en consideración cuando estamos ante procesos nuevos que cuentan con escasos precedentes. No comprender o reparar en esto significa no ya sólo no haber asimilado las aportaciones de Mao, sino tampoco las enseñanzas filosóficas de Lenin y las constantes recomendaciones de Engels sobre este parti-

cular.

Ese retroceso, al que desde la Dirección del Partido se nos quiere llevar, se ha culminado con el paso atrás que supone desprestigiar también los avances de Mao en el terreno de "la identidad y la lucha de contrarios". Esto se evidencia en el artículo "*Sobre la identidad*", en el que no se tiene en cuenta la justa crítica de aquél a Stalin sobre este asunto y que nos conduce a posicionarnos en defensa de una relación mecánica y rígida entre los diferentes contrarios que conforman una unidad. Así, de un plumazo, nos olvidamos que "*el uno se divide en dos*", del movimiento *interno* en cada «contrario» y de la interpenetración entre los mismos en función de la madurez global que alcanza la unidad a la que pertenecen y en la que mantienen su lucha. Todo este tema, incluido el de lo universal y lo particular, que ciertamente tiene mucho de abstracción filosófica, está, sin embargo, estrechamente relacionado con la comprensión de los problemas que han surgido en el desarrollo de la revolución mundial y en la construcción del socialismo. Porque poco se puede entender en este asunto si no avanzamos en la comprensión del proceso por el cual se puede reproducir el contrario (la burguesía) en una unidad concreta (un sistema o país socialista) donde se ha tenido que proceder a su liquidación. Pero para avanzar en esta cuestión no se puede prescindir de Mao, por más que éste, en su desarrollo de la teoría revolucionaria, dejara deslizar algunas expresiones poco rigurosas que se prestan a ser mal interpretadas o distorsionadas.

Para nosotros, todo este abandono de Mao junto con una defensa forzada de los errores y límites de Stalin aún nos deja en peores condiciones para estudiar los fenómenos nuevos y contribuir a esclarecer las causas que han producido la crisis de nuestro movimiento. Pues poca luz podremos ofrecer sobre esto si, basándonos en el hecho de que estamos todavía en la época del imperialismo y de la revolución proletaria, lo interpretamos *esquemáticamente*, como si ya fuese suficiente con lo dicho por Lenin y Stalin y no fuera necesario analizar la realidad concreta y enriquecer o precisar los principios en base a ella. También pensamos que, dado que esta arremetida dogmática que está protagonizando la Dirección afecta a asuntos que superan el marco de la revolución en nuestro país, la experiencia de la lucha contra nuestro dogmatismo puede ser de utilidad para combatir el revisionismo a nivel internacional. De ahí que hayamos expresado nuestra firme convicción de que con respecto a la crisis internacional de nuestro movimiento, tarde o temprano, tendremos que afrontar la responsabilidad que el dogmatismo tiene históricamente ante los males causados por el revisionismo. Y es que no podemos soslayar que éste, como expresión ideológica más acabada de la penetración de la in-

fluencia burguesa en el movimiento obrero y comunista, encuentra un terreno abonado en las condiciones de baja o insuficiente comprensión del marxismo, en una interpretación de los principios que no explica la realidad, sino que la adapta a ellos; en fin, en una interpretación esquemática e idealizada de los principios que dificulta la necesaria maduración política tanto de la clase obrera como del propio Partido. En realidad, los dogmáticos no llevan a cabo la lucha contra la ideología burguesa desde las posiciones del socialismo científico, sino en base a adulteraciones del mismo.

Es claro que el dogmatismo cuando se enquistaba no puede traer nada bueno. Por tanto no caben complacencias por aquello de que es peor el revisionismo. Sólo hay que ver la experiencia para cerciorarse de que el dogmatismo, cuando no desaparece —porque también deja de existir el partido que lo padece—, termina por convertirse en revisionismo. Nada de extraño hay en esto, ya que, en definitiva, los dogmáticos revisan, objetivamente, la propia teoría marxista del conocimiento y con ello los principios. Y cuando la realidad les da de bruces, su propio esquematismo les aboca no al “complicado” y arduo proceso de revisar su propia concepción errónea acerca de la naturaleza de los principios, sino a tomar el camino más fácil: sostener que tal o cual principio ya no es válido, cayendo abiertamente en el revisionismo.

Por todo ello, y con respecto a la crisis del Partido, debemos tener en cuenta la experiencia histórica e internacional de nuestro movimiento, que muestra cómo el dogmatismo puede transformarse en revisionismo. Pero es que además, en nuestro caso, esta posible conversión no es simplemente una amenaza especulativa o hipotética. Pues en la crisis de nuestro Partido, si bien el reformismo y el revisionismo no aparecen tan claramente, no cabe duda de que vienen empujando fuerte para ocupar la “plaza de honor” que en el presente ocupan el dogmatismo y el subjetivismo como expresiones más claras de nuestras desviaciones. De aquí que debemos prestar *desde ahora* una gran atención a combatir el dogmatismo y otras manifestaciones subjetivistas como la mejor garantía para que el cáncer del reformismo y el revisionismo (más allá de sus ropajes) no lleven a cabo su labor liquidacionista en el Partido.

VI

Está más que demostrado que en lo relativo a la lucha para superar unos determinados problemas que afectan ampliamente al porvenir del movimiento comunista, el “simple” hecho de cómo llevar a cabo la lucha contra esas desviaciones marxistas se ha convertido a su vez en otro problema añadido con derivaciones en la *vida interna* de los partidos comunistas. Hasta el punto que tenemos que reconocer que no pocas veces dicho problema interno se ha convertido en el centro del debate con todo lo que conlleva de peligro y manifestaciones sectarios. Pero lo peor es que nos desvía de los problemas políticos e ideológicos que verdaderamente se plantean.

Desde muy atrás hasta hoy, el Partido no ha sido capaz de superar los límites y deficiencias que se han venido manifestando con demasiada frecuencia en el movimiento comunista internacional acerca de la concepción y aplicación del centralismo democrático, que reducen a éste simplemente a acatar la disciplina y las directrices de la Comisión Política. Esta práctica y las relaciones que lleva aparejadas



Milicianas en Cuba

obstaculizan la participación de cada militante en la elaboración de la línea y de su patrimonio teórico e impiden la corrección oportuna de los errores. De esta forma no sólo no se estimula y promueve un debate real, sino que se impide.

Esa concepción errónea sobre el centralismo democrático y sus consecuencias prácticas, unida a la concepción errónea que existe en el Partido sobre la unidad y la lucha ideológica, también han contribuido decisivamente a agravar la crisis, creando una situación de anormalidad orgánica que ha obstaculizado gravemente el proceso de elaboración y desarrollo colectivos de nuestra línea política. Este proceso requiere que se dé una situación en la que se expresen abiertamente las divergencias, la discusión franca en base a *argumentos teóricos y políticos* y la verificación práctica. Es decir, una situación en la que, desde luego, hay que mantener una actitud muy diferente a la mostrada por el subjetivismo y el sectarismo que, como señala Mao, «*tienen un miedo mortal a la refutación, son de una gran cobardía, y por eso, asumen una actitud presuntuosa para intimidar a la gente, calculando que con amenazas pueden reducirla al silencio...*» (19). Estos métodos y actitudes, como el de lanzar campañas de desprestigio “personal”, para obstaculizar o impedir que se planteen las divergencias y que la militancia las conozca, son impropios de un partido comunista.

Estos hábitos y concepciones sobre la interpretación y aplicación del centralismo democrático, a los que suelen ir unidos un funcionamiento personalista de la dirección, una visión “monolítica” de la unidad y una concepción errónea sobre la lucha ideológica, forman parte de la tradición revisionista. Pero lo que no se puede ya obviar es que el dogmatismo, so capa de marxismo, los ha introducido en los partidos comunistas, silenciando, por otra parte, las no pocas experiencias positivas acumuladas por el movimiento comunista internacional, entre ellas, las enseñanzas de Lenin

en el POSDR.

En realidad, todas estas deficiencias y concepciones erróneas sobre el funcionamiento interno, son un reflejo en el Partido del atraso ideológico en el que se reproduce la ideología de la burguesía y las relaciones que ésta impone a las masas trabajadoras.

En nuestro caso, la lucha frontal contra el régimen y la necesidad de mantener a toda costa la clandestinidad, han sido utilizadas como pretextos para justificar nuestras deficiencias en el terreno del centralismo democrático. Esta dura realidad ha pesado en que se haya relajado entre la militancia la lucha contra la progresiva instalación de un ambiente responsable de que durante mucho tiempo las divergencias se hayan circunscrito a los aspectos más superficiales de nuestra actividad. Esto ha propiciado el relajamiento de la atención que debemos prestar al estudio y la investigación individuales o colectivas que posibiliten ver más de lo que se ha visto. Y también a que, en diferentes grados, se tienda a la conciliación y a la pasividad como resultado de una falsa concepción de la unidad y de la seguridad del Partido. Estas erróneas concepciones nos han llevado a menudo a cometer el grave error de no expresar nuestros planteamientos y puntos de vista con el viejo "argumento" de no dar bazas al enemigo y que tanto daño ha hecho, ya no sólo en nuestro Partido, sino también en todo el movimiento comunista internacional. Sobre todo, por lo que representa de caldo de cultivo para el desarrollo del oportunismo. Que esta grave situación se viene dando entre nosotros lo demuestra el que finalmente nos hayamos tenido que ver obligados a formar la fracción como única solución para fomentar en el seno del Partido el debate y la lucha ideológicas, y a

fin de rectificar realmente, sin ambigüedades y medias tintas, nuestros serios y graves errores.

Estamos convencidos de que, ante la importancia, profundidad, alcance y carácter prolongado de la crisis de nuestro Partido, ésta sólo podrá superarse con una participación amplia y activa de los militantes, simpatizantes y trabajadores avanzados. Para ello, debemos desprendernos de la inercia y la resignación y afrontar seria y claramente la rectificación profunda (y lo más completa que nuestro grado de conocimiento nos permita) de nuestros errores, en relación estrecha con nuestro **rearme ideológico**. Sólo así podremos garantizar que el Partido cumpla ante la clase obrera y las masas populares con sus tareas revolucionarias y contribuya dentro de sus posibilidades a superar los errores y límites que están agravando el reflujo en el que se encuentra el Movimiento Comunista internacional.

Asimismo hacemos un llamamiento a todos aquellos que se han alejado del Partido debido a nuestra táctica errónea, para que participen activamente en el debate, discutiendo y enriqueciendo la plataforma que presentamos.

Este debate amplio y abierto es condición indispensable para convocar, a la mayor brevedad posible, un **Congreso extraordinario** que extraiga las conclusiones del mismo y ratifique consecuentemente la rectificación de nuestros errores tácticos, programáticos y de funcionamiento interno. Por lo demás, declaramos desde ahora que la Fracción respetará y asumirá las decisiones congresuales, incluida la valoración que se haga de la justeza o no de la iniciativa que hemos tomado para superar la crisis del Partido.

**¡ Unamos todos nuestros esfuerzos para superar la crisis del Partido!
¡ Contribuyamos a superar la crisis del movimiento comunista internacional!
¡ Viva el internacionalismo proletario!**

NOTAS:

(1) Mao Tse-tung: *Resolución sobre algunas cuestiones de la historia de nuestro Partido* (20 de abril de 1945). Obras completas, vol. 10. Ediciones Rapporti Sociali.

(2) M.P. («Arenas»): *Informe Político del C.C. presentado al III Congreso del Partido*. Resistencia (especial), agosto 1993.

(3) *Diez millones de trabajadores boicotean al régimen*. Resistencia n° 48, marzo 2000.

(4) M.P. («Arenas»): Informe cit.

(5) *Hablemos del Partido*. Resistencia n° 50, junio 2000.

(6) M.P. («Arenas»): *Informe político del C.C. presentado al II Congreso del Partido*. Bandera Roja n° 25, julio de 1977.

(7) M.P. («Arenas»): *¿A dónde ir, qué camino debemos tomar?* (Informe presentado al C.C. del Partido, septiembre 1984).

(8) Idem.

(9) M.Pérez («Arenas»): *El "Suarismo" y la crisis del reformismo*. Bandera Roja n° 28, octubre de 1977. Ver tam-

bién Juan García Martín: *Historia del PCE(r) y de los GRAPO*. Editorial Contracanto.

(10) V. I. Lenin: *Karl Marx y su doctrina*, Obras escogidas, Editorial Progreso.

(11) "¡Viva la normalidad!". Resistencia n° 48

(12) *Programa de los Cinco Puntos*. 1978.

(13) *No existe más alternativa que la lucha organizada de resistencia*. Antorcha n° 7, febrero 2000.

(14) *En el camino del IV Congreso*. Resistencia n° 36, junio 1997.

(15) M. Pérez («Arenas»): Informe Político del C.C. presentado al IV Congreso del Partido. Resistencia n° 41, septiembre 1998.

(16) L. Carmona: *¡Debemos ira su encuentro!* Resistencia n° 47, enero 2000.

(17) M.P. («Arenas»): *El punto de viraje*. Bandera Roja n° 5, noviembre 1975.

(18) Mao Tse-tung: op. cit.

(19) Mao Tse-tung: *Contra el estilo de cliché del partido*. Obras escogidas, t. III.

DEL BORRADOR DE PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO DE LOS EE.UU.

El camino al poder

El pueblo tiene que librar una guerra revolucionaria

“La violencia es la partera de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva”, señaló Marx. Las viejas clases dominantes nunca han dejado el poder por su propia voluntad. No soltarán sus puñales asesinos sino hasta que las tumben.

El proletariado no puede valerse del estado burgués para rehacer la sociedad o, ni siquiera, para hacer uno solo de los grandes cambios mencionados. Ya sea “democrático” o abiertamente terrorista, el estado burgués es una maquinaria de represión y engaño. Es una manifestación de las relaciones capitalistas básicas y existe para mantenerlas. Se ha desarrollado y refinado a lo largo de siglos.

Por eso el proletariado tiene que tumbar, destruir y desmantelar completamente el estado burgués, y para eso se necesita una guerra. Como dijo Mao Tsetung: “Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra”.

La guerra causa gran derramamiento de sangre y destrucción, y el proletariado abolirá la guerra un día. Pero la única forma de abolir la guerra es aboliendo el sistema de acumulación capitalista y de opresión de clase que causa constantes guerras.

¿Sí podrán ganar las masas una guerra revolucionaria contra el imperialismo? Esta es una pregunta sumamente seria y compleja; es una pregunta de vida o muerte. Pero la respuesta es sí. Puede que los imperialistas sean fuertes, pero tienen debilidades debajo de la superficie. Han sufrido derrotas en el pasado, por ejemplo en Vietnam y Corea, y es posible derrotarlos hoy.

Para alcanzar la victoria es crucial aplicar correctamente la línea militar maoísta de guerra popular. Esta doctrina señala cómo una fuerza inicialmente débil puede derrotar a un enemigo más poderoso. Las tácticas y la estrategia militar de la guerra popular permiten a las masas apoyar la guerra revolucionaria, unirse a ella en crecientes oleadas y, en ese proceso, aprender a ser amos de la sociedad.

En un país como este, la guerra popular empieza con insurrecciones de las masas en las zonas urbanas a fin de establecer un gobierno revolucionario en el mayor territorio que sea posible. A continuación se libra una guerra civil para derrotar completamente a la vieja clase dominante y sus fuerzas armadas contrarrevolucionarias, y para consolidar el dominio del proletariado en el territorio más extenso que se pueda.

Tal guerra solamente se debe iniciar cuando el proletariado tenga una posibilidad concreta de ganar. Para eso se necesitan tres factores básicos: primero, una crisis grave

de la sociedad y del gobierno; segundo, levantamientos y rebeliones del proletariado y otros sectores del pueblo; tercero, un partido de vanguardia capaz de transformar los levantamientos y rebeliones en una insurrección organizada, y de dar liderazgo y dirección.

Cuando se presente tal situación, el partido debe dirigir a las masas a golpear con todo y asestar un golpe contundente para resquebrajar la autoridad y las estructuras de poder del enemigo. Eso atrae más masas a la guerra popular e inicia una dinámica que realza las debilidades de las fuerzas imperialistas y contrarresta sus puntos fuertes, y concreta las ventajas estratégicas de las fuerzas revolucionarias. Tal dinámica concientiza y moviliza a más y más masas a la guerra revolucionaria, y finalmente conquista la victoria.

El pueblo necesita liderazgo para hacer la revolución y seguir el camino revolucionario; ese liderazgo es el partido

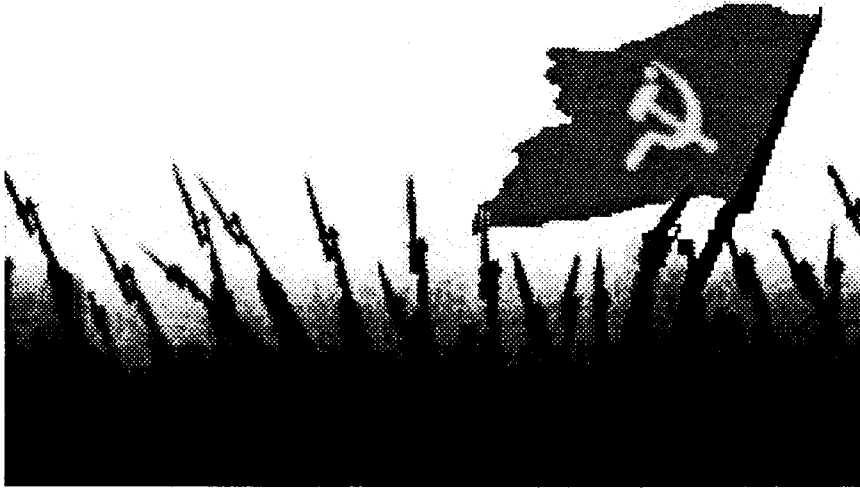
La opresión genera resistencia: esta ley se ha comprobado a lo largo de miles de años de la sociedad de clases. Pero, como señaló Mao, “para hacer la revolución, se necesita un partido revolucionario”.

Si uno se pone a pensar en lo que se requiere para iniciar y ganar una guerra revolucionaria, es evidente que se necesita un liderazgo bien templado. Pero más que eso, se necesita un partido comprometido a luchar por los intereses fundamentales del proletariado a cada paso, que explique claramente el problema (el capitalismo) y la solución (la revolución proletaria).

El partido debe poner en primer plano los intereses revolucionarios del proletariado de todo el mundo, no de un solo país; debe basarse en la ciencia y la concepción del mundo del marxismo-leninismo-maoísmo, y fusionarlas con la experiencia y el sentir del proletariado y otras masas oprimidas. Solo así se llegará a una confrontación revolucionaria definitiva y solo así el proletariado podrá ganar.

V. I. Lenin, el gran líder de la revolución rusa, planteó y llevó a la práctica la teoría del partido proletario de vanguardia. Este partido se basa en la teoría revolucionaria más avanzada y se organiza de tal modo que pueda dirigir una lucha revolucionaria con la meta de derrocar el capitalismo y transformar la sociedad.

Las masas adquieren por su cuenta sentimientos de clase y sentimientos revolucionarios, pero se necesita un partido para elevarlos al nivel de conciencia de clase, es decir, para que reconozcan los intereses de las dos fuerzas fundamentalmente antagónicas de la sociedad (el proletariado y la burguesía) y la necesidad de la revolución proletaria. Las masas, también, libran por su cuenta luchas heroicas, pero se necesita un partido para dirigir, unir y encauzar las distintas corrientes de lucha en un torrente revolucionario contra el sistema.



El partido debe tener profundas raíces en el proletariado, primero que todo, pero también en las capas medias. Se debe organizar tomando en cuenta que el proletariado y su vanguardia tienen una relación antagónica con la clase dominante imperialista. Debe tener presente siempre la orientación estratégica de la clase dominante de aplastar todo peligro al sistema, al igual que su propia orientación estratégica de tumbarlo por medio de una guerra revolucionaria, cuando maduren las condiciones.

El partido debe tener un núcleo de revolucionarios profesionales como columna vertebral, y organizarse de modo que pueda combatir el espionaje, las intrigas y las actividades asesinas de la policía política y el resto del aparato de represión. Sólo un partido así puede darle alas a la actividad consciente de las masas, capacitar como revolucionarios a los más avanzados y trabar combate con la burguesía.

El principio de organización del partido es el centralismo democrático. Este principio combina dirección unificada y la más férrea disciplina, por una parte, con la más amplia discusión y lucha sobre la línea y las medidas del partido, y selección y supervisión política de los líderes del partido por los militantes, por la otra.

El método que permite al partido aprender de las masas y guiarlas es la *línea de masas*. El partido toma las ideas de las masas y las concentra en una visión más fiel y completa de la realidad. Después les devuelve esa síntesis en forma de línea y medidas, las insta a adoptarlas y se une con ellas para aplicarlas. La línea de masas es un instrumento clave para cimentar la unidad del partido y las masas e impulsar la lucha revolucionaria del proletariado.

El partido no puede crear una crisis revolucionaria únicamente con sus esfuerzos, pero tampoco puede esperar de brazos cruzados a que madure una situación revolucionaria. El partido puede, y debe, *acelerar* la llegada de tal crisis luchando por fortalecer el "polo" de la revolución en la sociedad y "preparándole el terreno"... mientras aguarda grandes sucesos, como crisis, guerras, etc., que han de producir sacudones y virajes de la situación.

La estrategia para la revolución: El frente único bajo dirección proletaria

La revolución proletaria en Estados Unidos es una parte de la lucha mundial para tumbar el imperialismo. El

proletariado de Estados Unidos apoya toda lucha contra sus "propios" imperialistas, se opone a toda agresión imperialista y brinda apoyo político a los movimientos revolucionarios de otros países, especialmente a la lucha del proletariado por la revolución y el socialismo. El partido fomenta un punto de vista y actividades internacionalistas, y destaca en este país el impacto político de las luchas revolucionarias de otros países.

La burguesía procura dividir y conquistar a las fuerzas potenciales de la revolución en Estados Unidos; en especial, enemista a la clase media contra el proletariado. La estrategia del partido, el frente único bajo dirección proletaria, es un "arma mágica" para forjar una alianza de las fuerzas necesarias para la victoria de la revolución proletaria.

Con esa estrategia, el proletariado puede distinguir amigos potenciales de enemigos y unir sectores importantes de la clase media (maestros, agricultores, profesionales, etc.) contra la burguesía. Le permite aislar en la mayor medida posible al enemigo y ganar el apoyo necesario para derrotar a la burguesía, una vez que se inicie la guerra.

El proletariado basa esta estrategia en los siguientes puntos fundamentales: la revolución socialista corresponde a los intereses de la gran mayoría de la sociedad y solo el proletariado puede dirigir la revolución a la victoria.

El partido construye el frente único en medio de luchas, y de los conflictos políticos e ideológicos centrales de la sociedad. Dentro del frente único, aplica la orientación de *unidad-lucha-unidad*, que permite a fuerzas diferentes unirse firmemente contra el enemigo y, por otro lado, discutir y debatir sus diferencias. El partido lucha continuamente por poner en primer plano el punto de vista y los intereses revolucionarios del proletariado, y por atraer a la mayor cantidad posible de aliados, como preparación para lanzar la guerra revolucionaria cuando maduren las condiciones.

La alianza clave, o *el núcleo sólido*, del frente único que el proletariado debe construir bajo su dirección es la alianza revolucionaria del movimiento proletario multinacional consciente de clase con las luchas de los negros, chicanos, puertorriqueños, amerindios y otros pueblos oprimidos contra el enemigo común: el sistema imperialista y la dictadura burguesa. (...)

La tarea central del partido

La tarea central del partido es crear opinión pública, conquistar el poder—preparar mentes y organizar fuerzas para la revolución. Esta tarea central describe un proceso y una lucha globales por medio de los cuales se eleva la conciencia, organización y capacidad de combate de las masas, como preparación para pasar a la lucha armada para conquistar el poder cuando estalle la crisis revolucionaria. Por medio de la tarea central, el partido lleva a millones a ver que el sistema no sirve, que hay que tumbarlo, y a ponerlo todo en juego por la revolución.

El partido debe dirigir al pueblo a luchar contra los

ataques del sistema guiado por la ideología revolucionaria y en pos de metas revolucionarias. No se trata solo de responder a los ataques de la burguesía, sino de hacerlo de tal forma que el pueblo aprenda a conocer la naturaleza del enemigo, desarrolle su capacidad organizativa y combativa, y avance hacia una posición revolucionaria. Esas batallas evitan que el sistema aplaste al pueblo y, con la debida dirección, son "escuelas de guerra" para la lucha frontal por venir. (...)

Un aspecto fundamental de la tarea central es fortalecer en todo momento al partido y sus lazos organizados con las masas. El partido constantemente incorpora nuevas fuerzas, y profundiza y amplía sus raíces, especial pero no solamente en el proletariado. Lo hace de tal forma que el enemigo no pueda ubicar las redes de organización ni destruir o trastornar seriamente la organización. Esto es esencial para poder librar una guerra revolucionaria y para tener posibilidades concretas de ganar cuando llegue la hora. Construir el partido es la parte más importante de organizar fuerzas para la revolución, ahora y para la lucha armada del futuro, cuando formará la columna vertebral del futuro ejército revolucionario del proletariado.

En particular, los sitios donde vive y trabaja el proletariado deben ser bases de apoyo para la revolución proletaria. El partido adquiere "autoridad política" ahí de varias

formas: dirige las luchas de las masas, distribuye su prensa, populariza la concepción comunista del mundo, forja organización, etc. Esas plazas fuertes sirven para crear opinión pública en toda la sociedad y para organizar a muchos miles de fuerzas proletarias, que dirigirán a millones, cuando "de repente" emprendan la lucha.

A los dos aspectos de la tarea central (crear opinión pública y conquistar el poder) no los separa un muro. El partido tiene que reconocer las semillas del futuro que están presentes en la situación de hoy, nutrirlas y desarrollarlas en la mayor medida posible.

Un aspecto es aprovechar las crisis (incluso las "minicrisis"), porque en ellas entran en movimiento diferentes fuerzas políticas y se desatan grandes debates. En esos momentos, se presentan en embrión situaciones que enseñan muchas lecciones al partido y las masas, y sirven como una especie de "ensayo general" para la crisis mayor del futuro.

Es imposible predecir de qué crisis madurará una situación revolucionaria, pero el partido debe aprovechar al máximo toda oportunidad y dar saltos para estar listo a aprehender el momento cuando finalmente maduren las condiciones... para forjar un ejército revolucionario y librar una guerra revolucionaria contra el implacable enemigo: los imperialistas.

La revolución significa librar la guerra popular

El PCR,EU parte de la verdad fundamental de que no se puede reformar el sistema y de que ¡la revolución en Estados Unidos será una guerra revolucionaria! Mao Tsetung nos enseña que: "La guerra revolucionaria es la guerra de las masas y solo puede realizarse movilizandolas a las masas y apoyándose en ellas".

Hoy más que nunca, los oprimidos, especialmente de la juventud, odian el mundo donde tienen que vivir y reconocen que este sistema jamás cambiará. Dicen: "Los opresores jamás dejarán de hacer lo que están haciendo, van de mal en peor. ¡Si lo que quieren es guerra, guerra les daremos!". ¡Sí! Hagámoslo bien y hagámoslo en serio. ¡Hagámoslo para ganar! Hagámoslo con la orientación, la doctrina y la estrategia que permitirán a las masas populares combatir y derrotar a las potentes fuerzas armadas imperialistas.

Solo una guerra popular revolucionaria, dirigida por un partido marxista-leninista-maoísta, llevará a la toma del poder por el proletariado, y le permitirá establecer su dictadura, construir una nueva sociedad que servirá a las masas populares y, sobre todo, que será una base de apoyo de la revolución proletaria mundial. Mao Tsetung señaló: "El pueblo, y solo el pueblo, es la fuerza motriz que hace la historia mundial".

A lo largo de la historia, las clases que aspiraban al poder han tenido que movilizar a las masas populares para derrocar la vieja clase dominante. Pero no podían ni tenían la necesidad, o el interés, de permitir que las masas populares captaran la esencia del proceso revolucionario ni su propio papel, ni que transformaran la sociedad conscientemente de acuerdo a sus intereses. De hecho, eso era imposible en las épocas iniciales de la historia humana. ¡Pero hoy la revolución proletaria es imposible sin eso!

La revolución proletaria es totalmente distinta de todas las revoluciones anteriores. Su meta no es afianzar en

el poder a un nuevo grupo de explotadores y opresores que impongan los intereses de una minoría, sino la completa emancipación de la humanidad y la creación de una sociedad donde la gente trabaje en común, por el bien común de todos. Es fundamental que la forma de librar la revolución corresponda a esas metas.

Mao Tsetung dijo que toda lógica militar se sintetiza así: "Ustedes combaten a su manera y nosotros a la nuestra". La nuestra se basa en la acción y el apoyo decidido y voluntario de las masas populares, dirigidas por el proletariado y su vanguardia. Igualmente, se basa en estrategias y tácticas que, en el curso de la guerra, den al ejército popular la máxima iniciativa, saquen a la superficie y aprovechen las debilidades estratégicas del enemigo, y plasmen los puntos fuertes de las fuerzas revolucionarias. Todo eso se hace de tal forma que fortalezca la capacidad de las masas de ser los amos de la sociedad y transformarla de acuerdo a sus intereses. Cómo aplicar ese principio depende de la situación concreta y las condiciones en que se desenvuelve la guerra revolucionaria.

Una revolución mundial, dos caminos básicos

En los países oprimidos, el camino básico al poder es la guerra popular prolongada; ese fue el camino que Mao Tsetung forjó para llevar la revolución china a la victoria. Mao reconoció que en esos países era posible que las fuerzas revolucionarias librasen la lucha armada como forma principal de lucha desde el principio. Por medio de un período prolongado de lucha armada, los revolucionarios fortalecen poco a poco sus fuerzas armadas y establecen bases de apoyo revolucionarias, donde las masas populares comienzan a ejercer



“mantener el control”. Además, la guerra revolucionaria debe apoyarse en el pueblo revolucionario, es decir, en el proletariado y otros sectores oprimidos, cuya combatividad prende alzamientos masivos, y que más y más están dispuestos a arriesgarlo todo por un futuro diferente. También debe haber un sector importante de la clase media que no acepta el programa de la clase dominante y que potencialmente puede unirse como aliados de la causa revolucionaria.

Basándose en el trabajo político y la lucha de las masas durante todo el período previo al desenvolvimiento de la situación revolucionaria, el partido dirige a las masas a aprovechar la erupción de la crisis revolucionaria para forjar el ejército revolucionario y librar la guerra. Esa guerra revolucionaria tiene que concretarse en insurrecciones armadas de las masas relativamente simultáneas en varias ciudades grandes. A continuación se establece un gobierno revolucionario en el mayor territorio que sea posible y se libra una guerra civil para derrotar completamente la vieja clase dominante y sus fuerzas contrarrevolucionarias, y consolidar el nuevo poder revolucionario en un amplio territorio.

el nuevo poder. Al darse una correlación de fuerzas más favorable, y cuando los revolucionarios hayan logrado en gran medida cercar las ciudades, la guerra popular avanza a la toma de las ciudades, asesta una derrota contundente a las fuerzas contrarrevolucionarias y libera todo el país.

Eso es posible porque, generalmente, en los países oprimidos el desarrollo económico que permite el imperialismo es muy disparado y solo hay unas cuantas zonas con tecnología avanzada; en general la economía es atrasada, desarticulada y semifeudal; las masas populares viven en condiciones de extrema miseria; y los campesinos son brutalmente explotados y pueden ser la fuerza principal que apoya y libra la guerra revolucionaria. El aislamiento y atraso del campo puede transformarse en una ventaja para la revolución, ya que permite establecer bases de apoyo revolucionarias relativamente autosuficientes que son la columna vertebral de la guerra popular prolongada.

Por lo general, las clases dominantes de esos países no pueden concentrar y coordinar rápidamente sus grandes fuerzas militares para aplastar la guerra popular porque la autoridad y poder del gobierno central, las carreteras, los medios de comunicación, etc., no se extienden de manera uniforme por todo el país.

Pero en los países imperialistas, el camino revolucionario es por necesidad diferente, ya que el poder de la clase dominante está centralizado y se extiende uniformemente por todo el país, y la tecnología, los medios de transporte y comunicación son altamente desarrollados. Salvo en situaciones de muy grave crisis, la clase dominante puede concentrar rápidamente su gran fuerza militar en un lugar dado o incluso en varios al mismo tiempo.

Aunque en dichos países hay una gran cantidad de proletarios y oprimidos cuya vida exige un cambio radical, grandes sectores de la población y especialmente de la clase media solo se encuentran en esa situación en tiempos de crisis extremas. Por eso, en tiempos normales en los países imperialistas no existen las condiciones propicias para una guerra revolucionaria.

En los países imperialistas, la posibilidad de iniciar la guerra revolucionaria depende de la erupción de una crisis en toda la sociedad que provoque contiendas y divisiones al interior de la clase dominante sobre cómo gobernar y cómo

concretarse en insurrecciones armadas de las masas relativamente simultáneas en varias ciudades grandes. A continuación se establece un gobierno revolucionario en el mayor territorio que sea posible y se libra una guerra civil para derrotar completamente la vieja clase dominante y sus fuerzas contrarrevolucionarias, y consolidar el nuevo poder revolucionario en un amplio territorio.

¡Empeñarse en ganar!

Con su típico desprecio y arrogancia, las clases gobernantes conciben y pintan los levantamientos populares como “chusmas” sin conciencia política ni organización, o como acciones de pequeñas bandas “terroristas” sin el apoyo de las masas oprimidas. Pero un levantamiento armado que tenga la posibilidad de ganar no puede ser ni una “chusma” ni una banda de “terroristas”; se basa sólidamente en las masas oprimidas y moviliza a miles, docenas de miles y finalmente a millones de personas en diferentes formas de combate y apoyo.

Una guerra revolucionaria en un país como Estados Unidos se enfrenta a una estructura de poder con un ejército que tiene sistemas de comunicación avanzados, además de formidables cantidades de tecnología y armamento. Tiene que derrotar un ejército preparado y dispuesto a desatar destrucción y sufrimiento masivo contra el pueblo, es decir, tiene que librar una lucha enconada para aplastar las fuerzas armadas del enemigo, desmantelar su aparato de represión y consolidar el poder.

Al darse una oportunidad revolucionaria, el ejército popular debe lanzarse a la insurrección armada y golpear con todo en una ofensiva frontal para conquistar el poder. Tiene que movilizar la fuerza de millones de oprimidos que arden de ganas por tumbar a los opresores desalinados, y organizarlos en destacamentos militares y fuerzas de combate bajo la dirección de la vanguardia proletaria.

Esas fuerzas armadas revolucionarias de miles y millones tienen que asestar golpes masivos y devastadores, concentrados y coordinados para aplastar y derrotar inmediatamente algunas de las unidades clave de las fuerzas enemigas. Entonces es de vital importancia acelerar la ofensiva

revolucionaria sin dar tregua al enemigo para seguir derrotando y desintegrando sus fuerzas armadas.

Respecto a las fuerzas armadas revolucionarias, es necesario forjar continuamente más tropas templadas en batalla y construir destacamentos militares con mayor poderío. Esto requiere apoyarse en las masas para obtener información, apoyo logístico, etc., y valerse de armamento y equipo capturado al enemigo, además de integrar los soldados enemigos que pasan al lado del pueblo a las fuerzas combatientes de la revolución proletaria.

Es necesario unir rápidamente los territorios arrebatados a las fuerzas contrarrevolucionarias y consolidar un nuevo gobierno revolucionario que sirva de base para librar una guerra civil, y finalmente derrotar el resto de las fuerzas imperialistas y sus aliados. Mientras más avance la guerra revolucionaria de las masas, más gente, en particular de las fuerzas medias, se acerca a la revolución, y repudia a los imperialistas y su guerra contrarrevolucionaria.

La revolución proletaria no es ni una "huelga general armada" ni un movimiento de masas que crece gradualmente, atrae a la mayoría de la sociedad y termina abrumando al enemigo. Si bien llegarán a sumarse millones de personas, es probable que una insurrección armada comience con una minoría de las fuerzas más avanzadas de la sociedad.

De hecho, una de las características propias de una insurrección, y aun más de una guerra civil, es que en gran medida las reservas revolucionarias son gente que al inicio no participa activamente en el movimiento revolucionario o incluso apoya al enemigo. Un factor vital para el éxito de la revolución es atraer a las fuerzas neutrales o inactivas, y a los que al inicio apoyan al enemigo, para que apoyen e ingresen a la lucha revolucionaria armada.

Otro factor vital es ganarse a las tropas del enemigo. Para eso es necesario golpearlas y derrotarlas en el campo de batalla (lo principal y decisivo) y, secundariamente, convencerlas de que la revolución corresponde a sus intereses básicos como masas oprimidas. Así una insurrección tendrá la posibilidad de ganar cuando a primera vista pareciera que no existe tal posibilidad.

Nuestras ventajas estratégicas y las debilidades estratégicas del enemigo

La meta de todo ejército es derrotar al enemigo en el campo de batalla y conservar las propias fuerzas. El ejército revolucionario debe apoyarse en las propias fuerzas y negar a las fuerzas armadas burguesas la posibilidad de combatir a su manera. De eso depende la victoria o la derrota.

Las guerras nunca se resuelven solo por medio de las armas, sobre todo cuando se trata de revolución vs. contrarrevolución. Las características del ejército revolucionario que libra una auténtica guerra popular son totalmente distintas de las de un ejército burgués. Al ejército revolucionario lo guía la ideología del proletariado y la posición internacionalista de luchar hombro a hombro con los pueblos oprimidos del mundo; se basa en la actividad consciente de los soldados, que sirven al pueblo y luchan por su liberación, y no para provecho propio ni poder para unos cuantos.

Los imperialistas poseen un gran poderío militar, PERO también tienen serias debilidades estratégicas y lo fundamental es que NO PUEDEN apoyarse en las masas, por lo

que son extremadamente dependientes de su tecnología.

El ejército imperialista depende de su poderoso arsenal y armamento para intimidar y abrumar al adversario, pero cuando se neutraliza ese factor, cuando se le impide "combatir a su manera", se destaca su verdadera naturaleza de clase: es un ejército imperialista de saqueo y explotación, empapado de sangre, que defiende los intereses de una pequeña parte de la sociedad, de un puñado de explotadores.

Con los primeros golpes de la insurrección y al seguir a la ofensiva, las fuerzas revolucionarias procuran iniciar una dinámica que realza las debilidades estratégicas del enemigo y contrarresta sus puntos fuertes, a la vez que concreta las propias ventajas revolucionarias.

También es importante mencionar que una guerra revolucionaria para tumbar al imperialismo yanqui —una superpotencia que oprime despiadadamente a billones y ha masacrado a millones— prendería una ola de levantamientos y rebeliones por todo el mundo. Es probable que la guerra revolucionaria en Estados Unidos se entrelace estrechamente con levantamientos y luchas revolucionarias en México, y que se apoyen mutuamente, lo cual haría posible que la revolución se "riegue" de un país a otro. Desde luego, para el proletariado revolucionario y su ejército, esa sería una situación muy favorable.

El partido debe dirigir

Se necesita un partido de vanguardia que dirija la guerra popular revolucionaria, es decir, que aplique consciente y enérgicamente la ciencia revolucionaria del marxismo-leninismo-maoísmo (MLM) para preparar y librar esa guerra revolucionaria. En un país como Estados Unidos, donde la guerra popular —insurrecciones armadas seguidas por una guerra civil— solamente se debe iniciar cuando se dé una crisis revolucionaria en la sociedad, el partido de vanguardia debe enfocar todo su trabajo desde la perspectiva de una preparación multifacética para ese momento.

El partido debe mantener su tensión revolucionaria para contribuir lo máximo a acelerar esa crisis, y estar en la mejor posición posible para reconocerla y aprovecharla. A la vez que desarrolla el movimiento revolucionario del pueblo, debe profundizar su doctrina militar estratégica, incluso antes de que surjan las condiciones necesarias para iniciar la guerra revolucionaria. Y debe prepararse y procurar estar en la mejor posición para transformar las organizaciones revolucionarias de las masas en organizaciones militares que incorporen a millones y dirijan la lucha de acuerdo a su doctrina militar, cuando llegue el momento.

En la guerra el factor decisivo es el ser humano y no las armas; esa es una profunda verdad que debe concretarse en la estrategia y doctrina militar y, más que eso, en la forma de librar, y de ganar, la guerra revolucionaria cuando llegue el momento. No es suficiente ser "más valientes" que las fuerzas imperialistas. El valor, la osadía y la capacidad de sacrificio de la gente que lucha conscientemente por su emancipación y la emancipación de toda la humanidad, y las grandes enseñanzas e inspiración que brinda el MLM, serán un factor tremendamente importante para el ejército revolucionario, pero cuando llegue el momento, deben concretarse de la manera más eficaz en doctrina militar, principios de operación militares, fuerzas y destacamentos militares, y formas



Órgano de prensa del Partido Comunista Revolucionario de EE.UU.

concretas de lucha que pueden DERROTAR al enemigo en el campo de batalla.

La doctrina militar, además de tomar en cuenta las ventajas estratégicas de los revolucionarios y las debilidades estratégicas y las vulnerabilidades del enemigo, debe plantear soluciones básicas a los complejos y difíciles problemas que se presentarán, por ejemplo: ¿Cómo crear, organizar y dirigir al ejército revolucionario del proletariado en sus distintos niveles? ¿Cómo incorporar constantemente a masas más amplias? ¿Cómo desplazarse para combatir al enemigo, poniendo la debida atención en su poder destructivo? ¿Cómo organizar y coordinar las unidades de combate? ¿Cómo equipar y entrenar sus fuerzas, y abastecerlas constantemente con los medios necesarios para sobrevivir y para combatir a nuestra manera?

En vísperas de la situación revolucionaria —una vez que esté claro que habrá que iniciar la insurrección armada muy pronto o perder la oportunidad (quizás por un largo tiempo)— ENTONCES la vanguardia debe enfocar su atención y esfuerzos en los preparativos concretos para iniciar la insurrección (y después librar la guerra civil).

También es necesario prepararse para la posibilidad de que haya otros ejércitos en el campo de batalla, que representan otras clases y grupos que luchan contra el viejo orden, y de que haya que aliarse con algunas de esas fuerzas. Sin embargo, el ejército revolucionario del proletariado debe mantener su independencia y su papel crucial como la fuerza más consecuente, decidida y poderosa en la lucha contra el enemigo, la fuerza decisiva que derrotará a los imperialistas y contrarrevolucionarios. Así, el proletariado revolucionario puede dirigir a las otras fuerzas populares por el camino de la revolución proletaria.

Dos ejércitos fundamentalmente diferentes

En lo fundamental, un ejército es una concentración de la sociedad por la cual lucha. El ejército imperialista (y su estilo de lucha) representa un sistema caduco y moribundo que de ninguna manera beneficia los intereses de la gran mayoría de los pueblos del mundo. Está repleto de agudas contradicciones de clase y nacionales, y de machismo. Cuando no logra aplastar rápidamente al enemigo, esas contradicciones se manifiestan muy fuertemente y la moral de las tropas cae por los suelos.

Por su parte, el ejército revolucionario del proletariado, con su base en los sectores más explotados del proleta-

riado, y con la participación de otras capas sociales, concentrará las relaciones sociales y políticas de la futura sociedad por la cual lucha. Desencadenará, organizará y coordinará la capacidad de combate de gente de toda nacionalidad, unida en la lucha para eliminar toda opresión.

Desencadenará a las mujeres como una fuerza poderosa para la revolución, de una manera que los ejércitos reaccionarios jamás podrán; se desempeñarán en el frente de batalla y como mandos del ejército. Y el urgente clamor de los jóvenes de que el mundo no debe ser así será de suma importancia para el ejército revolucionario, que les dará un propósito y un blanco para su justa indignación; les dará un propósito por el cual valga la pena luchar y morir. El ejército revolucionario del proletariado plasmará el gran odio de las masas por el sistema capitalista y los anhelos de millones de vivir en un mundo diferente.

El estilo de lucha de ese ejército también es una manifestación de su meta. Por ejemplo, la capacidad de luchar continuamente, desplazarse a través de largas distancias y trabar combate sin descansar, y sin temor al cansancio, el gran valor en el combate sin temor al sacrificio que caracteriza a sus tropas, todo eso se debe al hecho de que ese tipo de ejército revolucionario lucha por la causa elevada de liberar a las masas y, en última instancia, a toda la humanidad de toda opresión y explotación.

Solamente con la dirección del partido de vanguardia será posible forjar un ejército revolucionario sobre esas bases, cuando llegue el momento, y mantener esa orientación durante todos los recodos de la guerra. La guerra es la continuación de la política por medios militares y, en la guerra revolucionaria, la política e ideología del proletariado revolucionario deben dirigir la forma de librar la guerra. Esa guerra jamás debe desvincularse de la meta revolucionaria, ni emplear métodos opuestos a ella. Como sintetiza el partido de vanguardia, y su línea ideológica y política: el partido manda al fusil y jamás permitiremos que el fusil mande al partido.

El partido debe imbuir en las masas la concepción del mundo y el espíritu revolucionarios de "ser intrépidos, con las miras en la meta desde el principio hasta el final". Inculcará en el ejército revolucionario, y en las masas que lo apoyan, sinceridad y honradez, y desinterés personal al servicio de la causa de la revolución proletaria, y los dirigirá a realizar grandes sacrificios y a sobreponerse a dificultades en la lucha por esa causa. Y las ayudará a mantener las miras en la meta desde el principio hasta el final, para que puedan derrotar al enemigo y ¡ganar en el sentido más completo!

La Línea Militar de la Revolución Proletaria en Colombia

La revista *Contradicción* se había propuesto presentar las tesis sobre la Guerra Popular en Colombia; tarea que no pudo cumplir. Ahora la *Unión Obrera Comunista (marxista leninista maoísta)*, heredera de sus posiciones y de sus tareas presenta a los comunistas, al movimiento revolucionario, a la clase obrera y a las masas en general sus conclusiones al respecto.

El presente documento fue elaborado por encargo del Comité Ejecutivo de la *Unión Obrera Comunista (marxista leninista maoísta)* y sirvió de base para la adopción de la *Resolución del Comité de Dirección en su III Plenario de la II Asamblea*; es por consiguiente, la sustentación teórica de lo expuesto en ella.

Esto sin embargo, no indica que el documento como tal haya sido sometido a aprobación y por tanto, las opiniones concernientes a la actuación de la *III Internacional* en la segunda guerra mundial y con respecto a la situación en el Perú no comprometen en todo a la Unión y son motivo de estudio y discusión en sus filas.

Los camaradas del Comité Ejecutivo me concedieron la oportunidad de publicar esas tesis con el ánimo de abrir la discusión y de propiciar la lucha ideológica que nos permita avanzar en la comprensión de la historia de nuestro movimiento internacional y de las dificultades que ahora enfrentamos. Espero que este gesto se vea recompensado con nuevas elaboraciones y nuevas opiniones al respecto.

Planteamiento del problema

En el Programa de la Unión Obrera Comunista se dice: *"La vía de la revolución socialista en Colombia, es la Guerra Popular como forma superior de la lucha política de las masas. Es la continuación de la política revolucionaria de la clase obrera por otros medios, y sólo puede realizarse movilizándolo a las masas y apoyándose en ellas. Es inevitable, justa y tiene garantizada la victoria porque es la guerra de la inmensa mayoría de las masas trabajadoras y oprimidas en contra de un puñado de parásitos opresores. Exige la creación de un ejército popular como parte del pueblo en armas para garantizar la conquista del poder político, y para sostener el triunfo e impedir la invasión imperialista una vez conquistado el poder. La fuerza dirigente de la guerra popular es la clase obrera, quien a través de su Partido Comunista Revolucionario debe garantizar la dirección estratégica y táctica. 'Nuestro principio es: el Partido manda al fusil, y jamás permitiremos que el fusil mande al Partido'"*. (Pág. 63).

La formulación programática general no puede resolver todos los problemas de la Guerra Popular, pues quien quiera conducir el proletariado a la victoria debe tener claro no solamente el programa de la revolución en lo concerniente a las tareas, sino además los medios por los cuales el proletariado conquistará el poder político y realizará esas tareas que se derivan de las tendencias del desarrollo de la misma sociedad. La línea militar de la revolución proletaria, que es

la línea de la Guerra Popular, la línea de la insurrección de las masas obreras y campesinas pobres, no se determina voluntariosamente por los comunistas, sino que se deriva de la tendencia del desarrollo objetivo de la lucha de clases en Colombia, y es decisiva para el triunfo de la revolución. Su importancia radica en que el partido que dirija a las masas populares debe saber y dominar el arte de la guerra, es decir, las circunstancias, las formas, los procedimientos y escenarios principales en que la lucha de clases alcanza la forma de confrontación armada, para poder conducirlos a la victoria. La guerra popular no es una pasión por la osadía, ni el resultado del entusiasmo subjetivo; es, sobre todo, un medio necesario para un fin inevitable.

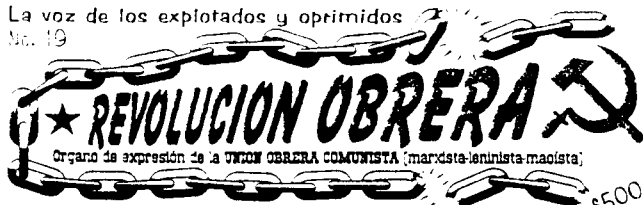
Los esfuerzos del proletariado por organizarse como partido político exigen, también en el terreno militar, una clara delimitación con el aventurerismo y el espontaneísmo, exigen poner al mando la concepción, el punto de vista y el método del marxismo leninismo maoísta para abordar con la seriedad que requiere este asunto decisivo de la vía de la revolución, sin la cual, la base teórica y política del partido estará trunca e incompleta. Esto es de singular importancia en estos momentos en que se habla por parte de distintas organizaciones comunistas revolucionarias de los preparativos para una guerra popular, de la cual la clase obrera y el campesinado y en general las masas del pueblo, que se supone son sus protagonistas, saben muy poco de esos preparativos y sus fines.

El camino de la revolución proletaria en Colombia es la Guerra popular, cuyo desarrollo más probable será una gran insurrección que alcanzará todo el país y tendrá como centro las principales ciudades. Sus objetivos son aniquilar las fuerzas armadas del enemigo, destruir el Estado burgués terrateniente y proimperialista y construir el Estado socialista de obreros y campesinos, basado en el armamento general del pueblo. En el transcurso de ellas, el proletariado deberá organizar el Ejército Popular como parte del pueblo en armas para impedir la restauración del poder de las clases reaccionarias, prevenir la intervención imperialista y garantizar un repliegue estratégico en caso de ser derrotado.

La acumulación de fuerzas para las batallas decisivas se realizará a través de las múltiples formas de la lucha revolucionaria de las masas que van desde las huelgas económicas y las movilizaciones por reivindicaciones inmediatas, hasta las huelgas políticas, la lucha de barricadas, la lucha guerrillera y las insurrecciones locales; lo cual exige al proletariado revolucionario estar atento a hacer conscientes y generalizar las nuevas formas de organización y de lucha que con seguridad aparecerán en el transcurso de esta. El dispositivo estratégico principal para garantizar su victoria es la existencia del Partido Comunista Revolucionario de Colombia quien deberá estar preparado para dirigir a las masas en las innumerables oportunidades que se presentarán para conquistar el poder, dadas las agudas contradicciones en que se desenvuelve la sociedad colombiana.

Lo anterior son las conclusiones a que hemos llega-

La voz de los explotados y oprimidos
No. 19



AÑO 3 - JULIO 2000 - APARADO ABRIO 1140 - BOGOTÁ, D.C. - COLOMBIA



Órgano de expresión de la Unión Obrera Comunista (marxista leninista maoísta) de Colombia

do y de las cuales nos proponemos demostrar su justeza en el presente documento; para ello vemos necesario señalar los asuntos generales de la guerra y sus leyes; los asuntos generales de la Guerra Popular y sus leyes; los asuntos particulares y las leyes de la Guerra Popular en Colombia; igualmente

I. SOBRE LA GUERRA EN GENERAL

Clausewitz, quien se ocupó de estudiar a fondo la experiencia de las guerras en la Europa de finales del siglo XVIII y de las primeras décadas del siglo XIX formuló con toda exactitud muchos de los asuntos que constituyen el punto de partida para quienes nos proponemos dirigir la guerra popular.

Su punto de vista parte del hecho de que la guerra necesita ser estudiada (como todas las ciencias) y a la vez convertirse en habilidad práctica (como todas las artes) para llegar a la conclusión de que: *"cuando se trata de creación y de producción, allí está el dominio del arte; cuando el objetivo es la investigación y el conocimiento, allí reina la ciencia. Después de todo esto, resulta evidente que corresponde más hablar de 'arte de la guerra' que de 'ciencia de la guerra'"*. (De la Guerra pág. 156).

Argumenta además que la guerra no es ni arte ni ciencia en el sentido estricto de la palabra concluyendo genialmente que: *"la guerra no pertenece al campo de las artes o de las ciencias, sino al de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor si en vez de compararlo con cualquier otro arte lo comparáramos al comercio que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la que, a su vez, puede ser conside-*

presentaremos una breve síntesis de la historia de la lucha armada en el país; y finalmente, acerca de los preparativos de una auténtica Guerra Popular. Estamos convencidos que con ello estamos colocando otro pilar en la construcción del partido que necesita la clase obrera y a su vez, plasmando en la teoría lo que ese partido, la clase obrera y el campesinado tendrán que hacer y las tareas particulares de los comunistas ahora en este terreno de la lucha política.

Exponer en el momento actual las tareas militares de la revolución proletaria socialista en Colombia tiene un significado mayor todavía si tenemos en cuenta que una parte de las clases oprimidas, la pequeña burguesía, que ha protagonizado una lucha guerrillera por más de 30 años, ahora concierne un "acuerdo de paz" con la burguesía y el imperialismo para dar fin a su lucha. A propósito de lo cual Clausewitz, el primer teórico de la guerra decía: *"habrá que recordarle que ese es un camino resbaladizo, en el que corre el riesgo de dejarse sorprender por el dios de la guerra, y recomendarle, por último, que no aparte la vista del enemigo, para evitar el peligro de tener que defenderse con un florete embotado contra un enemigo armado de afilado sable"*.

Es necesario, por tanto, y ahora con mayor razón, seguir con firmeza la enseñanza de Mao Tse-tung quien sostenía que: *"La historia nos enseña que una línea política y militar justa no surge ni se desarrolla en forma espontánea y apacible, sino en lucha contra el oportunismo de 'izquierda' por una parte, y contra el oportunismo de derecha por la otra. Sin combatir estas perniciosas desviaciones que minan la revolución y la guerra revolucionaria, y sin superarlas completamente, será imposible elaborar una línea justa y lograr la victoria en la guerra revolucionaria"* (Selección de Escritos Militares pág. 99).

rada como una especie de comercio en gran escala." (De la Guerra págs. 156-157).

Su razonamiento se basa, en que las artes se aplican a materias inertes y a objetos que, aunque vivientes en algunos casos, como en las bellas artes, son pasivos en el proceso de la creación artística; y en la guerra se trata de objetos vivientes y que reaccionan; se trata de relaciones entre hombres motivados por conflictos de intereses. Su analogía con el comercio es exacta en el sentido en que el combate en la guerra busca un interés inmediato y de contado como en el comercio.

La guerra, sin embargo, podemos y debemos tratarla como un arte; ella, al igual que todas las artes especiales tiene *su propia historia, su evolución y sus leyes* que evolucionan con su propio desarrollo y con el desarrollo general de la sociedad, de la técnica y la ciencia. Comprender la naturaleza de las contradicciones que originan la guerra, sus relaciones con los demás asuntos de la vida económica y social, las circunstancias reales en las cuales se desenvuelve, es conocer sus leyes o principios y por consiguiente saber cómo desarrollarla y llevarla a la victoria.

Las leyes o principios de la guerra, como todas las leyes y principios, son el resultado de una larga experimentación de la humanidad, han sido extraídos de la naturaleza del fenómeno y tienen el carácter de leyes o principios por-

que se cumplen indefectiblemente en todos los casos. Es decir, las leyes son el reflejo del movimiento objetivo de los fenómenos en la cabeza de los hombres. La actividad consciente consiste en que, una vez conocidas, sepamos utilizarlas para nuestros propios fines.

El arte de la guerra exige, por tanto, una actividad consciente no solo por parte de quienes nos proponemos dirigir la guerra popular, sino además, por parte de las masas que la protagonizan. *"La actividad consciente es un rasgo característico del hombre. El hombre manifiesta fuertemente este rasgo característico en la guerra. La victoria o la derrota en una guerra, por supuesto, dependen de las condiciones militares, políticas, económicas y geográficas de ambos bandos, de la naturaleza de la guerra de cada uno y del apoyo internacional de que cada uno goza, pero no sólo de esos factores; todos ellos no hacen más que proporcionar la posibilidad de la victoria o la derrota, y no deciden por sí mismos el desenlace de la guerra. Para decidir el desenlace de la guerra es preciso agregar el esfuerzo subjetivo, esto es, la dirección y la conducción de la guerra, o, dicho de otro modo, la actividad consciente en la guerra."* (Mao Tse-tung Selección de Escritos Militares pág. 250)

La Guerra es la Continuación de la Lucha Política por Otros Medios.

La historia de la humanidad, desde la aparición de la propiedad privada, es la historia de la lucha de clases. Los antagonismos de clase, que tienen su base en las diferentes posiciones que ocupan los hombres frente a los medios de producción y al lugar que ocupan en la producción de la vida material de la sociedad, son la fuente de la permanente lucha de clases, lucha que toma inevitablemente la forma de lucha política, es decir, lucha por el poder del Estado para defender el conjunto de los intereses de cada clase.

El Estado, la violencia organizada, la máquina de dominación de unas clases por otras, surgió cuando la sociedad se dividió en clases antagónicas cuya lucha amenazaba la existencia de la sociedad, y por tanto ella misma exigía de un aparato que privara a las clases oprimidas de los medios de lucha para defenderse y brindar a las clases económicamente dominantes los medios políticos (los mandatarios, los jueces, las cárceles y las fuerzas militares) para someter y explotar a las clases dominadas.

La lucha de clases, por consiguiente, ha adquirido siempre la forma de lucha por el poder político, por apoderarse de la máquina de dominación, es decir, por el poder del Estado. La guerra, el enfrentamiento armado entre las clases, que es la consecuencia natural e inevitable de la lucha por el poder del Estado no es otra cosa que la continuación de la lucha política por otros medios, por medio de la violencia.

Toda la historia de la humanidad también está llena de guerras entre pueblos y naciones, la mayoría de las cuales han sido guerras de conquista, guerras por someter a los designios del pueblo o la nación fuerte, desde el punto de vista militar, a los pueblos y naciones débiles. La guerra declarada de una nación a otra es el producto de una decisión política, de una decisión de las clases dominantes, de una decisión de Estado. Con justeza Clausewitz dice que *"La guerra de una comunidad —guerra de naciones enteras y particularmente de naciones civilizadas— surge siempre de una circunstan-*

cia política, y se pone de manifiesto por un motivo político. Por lo tanto, es un acto político." (De la Guerra pág. 57).

Frente a lo cual Mao Tse-tung concluye genialmente: *"Pero la guerra tiene sus características peculiares, y en este sentido, no es igual a la política en general... Cuando la política llega a cierta etapa de su desarrollo, más allá de la cual ya no puede proseguir por los medios habituales, estalla la guerra para barrer los obstáculos en el camino de la política... Por consiguiente, se puede decir que la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre"*. (Selección de Escritos Militares pág. 252).

"La guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios" (Clausewitz De la Guerra Pág. 58). Es decir, la guerra es un medio para alcanzar los objetivos políticos: se entiende entonces que la guerra no es un fin en sí misma sino un medio para someter a otros a los propios designios; la idea de que la "guerra es absoluta", que pretende separar la guerra (un medio) de la política (los fines) es completamente errónea.

De lo anterior se desprende que una guerra que no tenga claridad en los objetivos políticos que persigue, que no posea un programa político que justifique tal guerra no tiene posibilidades de triunfar. Así mismo, de la radicalidad de tal programa depende la radicalidad de la guerra y la perseverancia de los jefes militares en ella. Una guerra que sólo proponga pequeñas transformaciones y cambios, fácilmente conducirá a un acuerdo, a una paz, pues ni los jefes, ni los combatientes de tal guerra, tendrán grandes motivos y convicciones para el combate. Esto explica, en cierto sentido, los propósitos de "acuerdos de paz" entre las clases dominantes colombianas y los grupos guerrilleros, ya que ambos bandos coinciden en la defensa del capitalismo.

La Violencia Revolucionaria es la Partera de los Grandes Cambios Sociales

En el Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política, Marx expone con claridad la base donde hay que buscar las causas de las revoluciones sociales y las guerras entre clases: *"En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales... Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella."* (Marx Engels Obras Escogidas págs. 181-182).

Expone las condiciones en que tales revoluciones son posibles advirtiendo que *"ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas pro-*

ductivas que caben dentro de ella" (Idem) permitiéndonos observar cómo todos los grandes saltos sociales, las grandes revoluciones ocurridas mediante el enfrentamiento violento de las clases, mediante la guerra, han constituido un enorme progreso social.

La guerra de clases, la violencia revolucionaria no es solamente un monstruo de matanza entre los hombres sino también "... la comadrona de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva: de que es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigecidas y muertas" (F. Engels Anti-Dühring p. 189).

Pero además, continúa Engels "toda revolución victoriosa ha tenido como consecuencia un gran salto moral y espiritual" (Idem). Así lo confirman todas las revoluciones sociales. Hoy, excepto algunos curas, nadie pone en discusión el enorme progreso que significó la revolución francesa, la revolución que puso en manos de la burguesía el dominio de la sociedad actual. Nadie niega que las consignas de "igualdad, libertad, fraternidad" conseguidas con el poder de las armas y la guillotina significaron el rompimiento con el oscurantismo feudal y abrieron a la humanidad a una nueva época de progreso.



Ahora, cuando el proletariado se prepara nuevamente a tomar el cielo por asalto en todo el mundo, la burguesía hipócrita, interesada en perpetuar su dominación de clase, pretende convencernos de que la guerra y la violencia revolucionaria son cosas pasadas de moda; así, mientras bombardea y extermina países y somete por la fuerza de las armas a los pueblos, para defender sus privilegios de clase, pregona para el proletariado la renuncia a los métodos revolucionarios de lucha.

Pues bien, nosotros no tendríamos necesidad de plantearnos el asunto de la guerra si la burguesía accediera por las buenas a socializar los medios de producción y renunciara a explotar fuerza de trabajo, pero jamás lo hará. Máxime cuando en esta época del imperialismo se ha confirmado con

absoluta nitidez la idea de Engels, según la cual la sociedad vive para sostener, la burocracia Estatal y sobre todo el ejército, ese cuerpo especial de hombres armados para aplastar cualquier intento de modificación a las actuales relaciones sociales. Y tal como lo hicieron Marx y Engels en el *Manifiesto*, levantamos en alto la bandera de la revolución violenta, de la guerra popular revolucionaria: "Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio un mundo que ganar".

Es la Forma Superior de la Lucha Política

Como hemos visto arriba la guerra es la continuación de la política por otros medios, es también la partera de la revolución social, pero además, de ello se desprende el que la guerra es la **forma superior de lucha**, en palabras de Mao

Tse-tung "es la forma más alta de lucha para solucionar las contradicciones entre clases, naciones, estados o grupos políticos, cuando estas contradicciones han llegado a una determinada etapa de su desarrollo". (Selección de Escritos Militares pág. 84). Toda la historia de la humanidad, desde la aparición de la propiedad privada y las clases sociales confirman esta verdad.

Cuando admitimos que los intereses de las distintas clases y naciones ocasionan lucha y choques permanentes y culminan en enfrentamientos abiertos, en guerra declarada, cuando son antagónicos, estamos admitiendo que la guerra es la forma superior de lucha, la forma más elevada de la confrontación cuyo fin expreso es aniquilar al adversario, privarlo de sus medios de defensa y someterlo.

En la lucha de clases es claro que sólo en ciertas circunstancias de agudización de las contradicciones ésta adquiere connotaciones violentas, y solo adquiere la forma de guerra abierta en algunos períodos donde se exacerban excepcionalmente las contradicciones. Es decir, la guerra nunca estalla súbitamente y ello obedece a que necesita que maduren ciertas condiciones: por un lado, la fuerza de voluntad para llevar la lucha hasta las últimas consecuencias, y por otro, la capacidad de resistencia del adversario. La guerra civil, por tanto, no se manifiesta como tal hasta tanto las clases oprimidas no hayan adquirido la fuerza de voluntad para derribar a las clases dominantes y hayan previsto la forma de quebrantar su capacidad de resistencia.

Las formas de lucha que preceden a la solución de las contradicciones por las armas son preparatorias de la misma, y ella, la guerra, no es más que un salto de calidad en la confrontación, es solo su forma superior.

Entre los revisionistas son frecuentes las alusiones a que se deben y se pueden combinar "todas las formas de lucha" en cualquier momento como una manera de justificar su cretinismo parlamentario. Desde el lado opuesto, el "izquierdismo" considera la lucha armada como "forma principal" de lucha siempre y en todo momento.

Lenin en "La Guerra de Guerrillas" crítica tanto el

revisionismo como el "izquierdismo" poniendo en su justo lugar la doctrina de la lucha de clases en cuanto a las formas de organización y de lucha: "... En primer lugar, ... El marxismo, totalmente hostil a todas las fórmulas abstractas, a todas las recetas doctrinarias, exige que se preste mucha atención a la lucha de masas en curso que, con el desarrollo del movimiento, el crecimiento de la conciencia de las masas y la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos métodos de defensa y ataque. Por esto, el marxismo no rechaza categóricamente ninguna forma de lucha. El marxismo no se limita, en ningún caso, a las formas de lucha posibles existentes sólo en un momento dado, admitiendo la aparición inevitable de formas de lucha nuevas, desconocidas de los militantes de un período dado, al cambiar la coyuntura social. El marxismo, en este sentido, aprende, si puede decirse así de la práctica de las masas, lejos de pretender enseñar a las masas las formas de lucha inventadas por 'sistematizadores' de gabinete ...

En segundo lugar, el marxismo exige que la cuestión de las formas de lucha sea enfocada históricamente. Plantear esta cuestión fuera de la situación histórica concreta significa no comprender el abecé del materialismo dialéctico. En los diversos momentos de la evolución económica, según las diferentes condiciones políticas, culturales-nacionales, costumbres, etc., aparecen en primer plano distintas formas de lucha, y se convierten en las formas de lucha principales; y, en relación con esto, se modifican a su vez las formas de lucha secundarias, accesorias. Querer responder sí o no a propósito de un determinado procedimiento de lucha, sin examinar en detalle la situación concreta de un movimiento dado, la fase dada de su desenvolvimiento, significa abandonar completamente la posición del marxismo." (Marx, Engels Marxismo, Ediciones en Lenguas Extranjeras Pekín, págs. 198-200).

Significa entonces, que no es posible "combinar en todo momento todas las formas de lucha" como plantean los revisionistas, pues en cada momento se colocan como principales unas formas que desplazan a las demás e incluso que son contrarias y se excluyen; por ejemplo, no contribuye a acumular fuerzas y es contraria a la lucha revolucionaria de las masas participar en elecciones cuando éstas se han planteado la lucha directa y su movimiento va en ascenso, cuando ellas mismas privilegian las acciones de hecho, cuando se han planteado la lucha armada, o se está a las puertas de una insurrección. La desviación revisionista tiene su base en el espontaneísmo y en el seguidismo a la parte más atrasada de las masas y renuncia al papel que le corresponde al elemento consciente de organizar, generalizar y hacer conscientes las formas de organización y de lucha que corresponden a un determinado momento del desarrollo de la revolución.

Igualmente, es erróneo plantear la lucha armada como forma principal de lucha siempre, sin atender a la lucha de las masas, esta desviación, supuestamente muy revolucionaria, fue introducida por el guevarismo y conduce a negar la lucha de las masas por reivindicaciones inmediatas e incluso considera inservibles las huelgas políticas que, entre otras cosas, son una condición para el levantamiento en armas de las masas. Esta posición tiene su base en la desconfianza en las masas, en su incompreensión de que son las masas las hacedoras de la historia y le otorga este papel a los héroes. Según esta teoría, son las acciones de los "hombres va-

lientes" las que harán que las masas (según ellos, torpes, ignorantes y miedosas) los sigan.

El Objetivo de la Guerra es Conservar las Propias Fuerzas y Aniquilar las del Enemigo.

Mao Tse-tung sostiene con acierto que: "Todos los principios orientadores de las operaciones militares provienen de un sólo principio básico: hacer todo lo posible por conservar las propias fuerzas y aniquilar las del enemigo" (Selección de Escritos Militares pág. 169). Entendiendo por aniquilar las fuerzas del enemigo, no eliminar físicamente todos sus efectivos sino privarlo de su capacidad de combatir y someterlo a nuestra voluntad. Toda guerra está orientada por este principio básico; desde los principios de tiro que exigen ponerse a cubierto para disparar empleando el máximo potencial de fuego, hasta los principios de la estrategia y la táctica, así como las diversas operaciones militares están orientadas por el principio de conservar las propias fuerzas y aniquilar las del enemigo.

Ahora bien, toda guerra exige un precio en sangre y demanda enormes sacrificios, lo que parece contradictorio con la conservación de las fuerzas. El asunto consiste en que la mejor manera de conservar las propias fuerzas es aniquilando las del adversario, aún a costa de los sacrificios. La cuestión es saber si los sacrificios compensan con el logro de los propósitos.

De esto se desprende que "La ofensiva es el único medio para destruir a las fuerzas enemigas y también el medio principal para conservar las propias fuerzas: la defensa y la retirada puras y simples sólo desempeñan un papel temporal y parcial en la conservación de las propias fuerzas, y son totalmente inútiles para aniquilar las fuerzas enemigas.." (Mao Tse-tung Selección de Escritos Militares pág. 180). En la guerra, toda actitud defensiva que no vaya encaminada a la preparación de una posterior ofensiva conduce a la derrota.



En toda Guerra es Necesario Ocupar y Dominar el Territorio

La primera condición de la victoria en la guerra es aniquilar al enemigo, privarlo de sus medios de defensa, así mismo una vez vencido, ocupar el territorio dominado por él para impedir cualquier reagrupamiento y someterlo a nuestra voluntad o minar o quebrantar toda idea de resistencia u hostilidad, es decir, quebrantar su voluntad de lucha.

Toda la historia de las guerras confirma este principio que se deriva también del expuesto anteriormente. No se puede considerar aniquiladas las fuerzas vivas del enemigo mientras su territorio no sea ocupado y sus hombres desarmados y privados de cualquier posibilidad de respuesta o resistencia.

La discusión sobre la importancia de ocupar o conservar territorios o aniquilar las fuerzas del enemigo tiene una solución práctica, lo decisivo es aniquilar las fuerzas del enemigo y ocupar sus territorios es derivado de este hecho. Generalmente, en las guerras que libran los países o las fuerzas más débiles frente a fuerzas y ejércitos superiores deben ceder territorio para debilitar el enemigo y poder aniquilarlo posteriormente, para, finalmente, como resultado de la victoria, poder recuperar el territorio perdido.

Toda Guerra se Decide en Enfrentamientos Cuerpo a Cuerpo

No se puede ocupar el territorio, ni desarmar al enemigo, es decir, aniquilar su voluntad de luchar, sin vencerlo en el campo de batalla; por tanto, de esto se desprende como ley, que toda guerra se decide, finalmente, en enfrentamientos cuerpo a cuerpo. El concepto de enfrentamiento cuerpo a cuerpo tiene un sentido histórico y se corresponde con el desarrollo de la técnica, en las guerras de la antigüedad las batallas se desarrollaban en enfrentamientos hombre a hombre, la aparición del fusil modificó completamente el concepto y hoy se considera cuerpo a cuerpo los combates a pocas decenas de metros. Las guerras son recordadas generalmente por las grandes batallas (Lepanto, Waterloo, Carabobo, Boyacá, Leningrado) y toman casi siempre el nombre del sitio en que se sucedieron, pero lo que en realidad muestran es como, el desenlace final de la guerra, se resuelve en los combates cuerpo a cuerpo.

La idea de que la moderna tecnología cambió esta ley es un sofisma. Las guerras de rapiña recientes confirman este principio: tanto en Irak, Kosovo y Chechenia, la moderna tecnología ocasionó sobre todo la destrucción de la infraestructura económica y los medios de abastecimiento, de los invadidos, pero finalmente terminaron con la intervención de la infantería: tanques, equipo motorizado, pero sobre todo, con hombres a pie. Con justeza decía Engels que por mucho que se desarrollara la técnica, después de la aparición del fusil de asalto, era muy poco lo que podría cambiar en los combates decisivos. Mao Tse-tung en "La bomba atómica no intimida al pueblo chino" reafirma esta idea cuando opone a la bomba atómica y a los aviones de los imperialistas norteamericanos, el cereal y los fusiles del pueblo chino: "Nosotros solemos decir que lo que tenemos es mucho más fusiles. Los EE.UU., en cambio poseen aviones más bombas atómicas. Pero si los EE.UU. con sus aviones y bombas atómicas,

desencadenan una guerra de agresión contra China, ésta, con su mijo y sus fusiles, saldrá triunfante". (Obras Escogidas, T. V. pág. 163).

LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA

Toda guerra tiene dos aspectos inseparables que tienen a su vez sus leyes o principios: la Estrategia que estudia las leyes que afectan la situación de la guerra en su conjunto y la Táctica que estudia las leyes que afectan la situación parcial de la guerra.

La Estrategia Define la Dirección del Golpe Principal y las Reservas

Esto quiere decir que la estrategia define el camino general, traza el plan de guerra, define los planes para las campañas separadas y prepara los encuentros que serán librados en cada una de ellas. "Lo principal —dice Mao Tse-tung— es examinar, a la luz de las circunstancias, los problemas de la formación de las unidades y agrupaciones de tropas así como las relaciones entre las campañas, entre las distintas etapas de operaciones y entre el conjunto de las actividades propias y el de las actividades enemigas" (Selección de Escritos Militares Pág. 89) Esto implica el conocimiento profundo de todos los aspectos de la situación del enemigo y de las propias fuerzas, de donde se derivan las leyes que rigen las acciones de ambos y lo cual nos posibilita aplicarlas a nuestras propias acciones.

La estrategia, si bien define los asuntos que afectan a la situación de guerra en su conjunto, no es algo rígido ni estático. Toda la experiencia demuestra la necesidad de aplicar con flexibilidad los principios de acuerdo a las circunstancias, así como prever las medidas en caso de derrota. Así mismo, toda la experiencia pone en evidencia que el arte de la guerra sólo se aprende en el transcurso mismo de la guerra.

La estrategia, como se ve, no resuelve los problemas de toda guerra, ella sólo puede resolver los problemas de cada guerra en particular de acuerdo a la época histórica y al tipo de guerra que se libre. Aún así toda la experiencia de la guerra ha dejado en claro algunos principios de la Estrategia que tienen validez universal.

Concentrar una fuerza superior para aniquilar el enemigo

Esto significa que se debe garantizar la superioridad absoluta o relativa en el campo de batalla. La historia de la guerra conoce de muchas experiencias en que tropas numéricamente inferiores derrotaron en el campo de batalla fuerzas hasta dos veces superiores, lo que aparentemente negaría este principio; la verdad es que los jefes de las tropas numéricamente inferiores supieron disponer sus fuerzas, aprovechar los errores en la disposición de las tropas enemigas, la moral de sus propias tropas y las de enemigo, atacar con acierto sus flancos, y concentrar el golpe principal en el punto decisivo, derrotando sus columnas por separado, en ese caso, los vencedores supieron concentrar una fuerza superior relativa en el campo de batalla.

Descubrir los errores del enemigo o inducirlo a cometer errores

Todos los hombres se equivocan por geniales que sean; en la guerra son mucho más frecuentes que en cualquier otra actividad dado que se trata de voluntades opuestas que maniobran con el mismo objetivo de aniquilar a su adversario y donde cada uno de los bandos esconde su objetivo inmediato.

La actividad consciente en la guerra es por tanto una exigencia de quien quiera vencer; lo cual a su vez requiere del conocimiento detallado del enemigo y de las propias fuerzas: los planes, maniobras, la capacidad de los mandos, la moral de las tropas, el aprovisionamiento, la retaguardia, la simpatía con que cada uno cuente entre las masas en el teatro de operaciones, etc. Una vez conocido al enemigo y a las propias fuerzas se puede hacer un balance aproximado de los encuentros, aprovechar las debilidades y errores del enemigo aumentándoselos conscientemente, e induciéndolo a cometer errores; normalmente, los ejércitos hacen movimientos que aparentan la dirección del golpe principal para golpear donde el adversario no lo esperaba, se le atrae a dar batallas en terrenos desfavorables para él, se le cortan las líneas de comunicaciones y abastecimientos para aislarlo y obligarlo a actuar a ciegas y desesperado, etc.

Mantener la Iniciativa a toda costa

"En toda guerra, las partes beligerantes se disputan la iniciativa en un campo de batalla, en un teatro de operaciones, en una zona de guerra e incluso a lo largo de toda la guerra, ya que la iniciativa significa libertad de acción para un ejército." (Mao Tse-tung, Selección de Escritos Militares pág. 174).

Todos los jefes militares saben esto y buscan mantener la iniciativa a toda costa; cuando la han perdido buscan sobreponerse rápidamente porque saben que una vez se pierde la iniciativa se está a un paso de ser derrotado, se pierde la libertad de acción y se convierte en presa fácil del adversario. Garantizar la iniciativa en la guerra significa mantenerse a la ofensiva y aunque en las guerras defensivas, las guerras contra una fuerza superior, generalmente la ofensiva estratégica la mantiene la fuerza superior, no es menos cierto que la fuerza más débil puede asegurarla no presentando combates donde el adversario quiere y cuando quiere sino cuando la fuerza más débil puede asegurarse la victoria. Es decir, aunque en el plano estratégico la fuerza más débil esté a la defensiva, debe actuar a la ofensiva en el terreno táctico y operacional. La apreciación de Marx con respecto a la insurrección, una operación ofensiva por excelencia, se aplica a todas las guerras: *"la defensiva es la muerte"* y la derrota.

Garantizar la ofensiva en la Guerra Popular en Colombia significa que el proletariado no deberá presentar batallas decisivas hasta tanto no pueda garantizar la victoria, pero una vez lanzada la ofensiva contra la fortaleza enemiga deberá asestar los golpes decisivos en el menor tiempo posible. Las lecciones extraídas por Marx y Engels de la experiencia en Europa acerca de la insurrección, y retomadas por Lenin en vísperas de la insurrección de octubre de 1917 en "Consejos de un Espectador", tienen plena vigencia:

"... No jugar nunca a la insurrección, pero una vez

empezada estar firmemente convencido de que es necesario ir hasta el final.

*...Una vez comenzada la insurrección, se debe proceder con la mayor **decisión** y pasar obligatoria e incondicionalmente a la ofensiva. 'La defensiva es la muerte de la insurrección armada'.*

...Hay que esforzarse por sorprender al enemigo, hay que aprovechar el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

*... Hay que esforzarse por obtener éxitos **diarios** por pequeños que sean (incluso podría decirse a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la 'superioridad moral'..."* (Marx Engels Marxismo. Ediciones en Lenguas Extranjeras Pekín, pág. 468).

Este principio de la estrategia exige su aplicación creadora en la actuación táctica del proletariado también, quien no debe lanzarse a ninguna lucha sin que las masas estén convencidas de ir hasta el final; quien debe prestar atención a que una vez tomada la decisión de ir a la lucha, las masas mantengan la ofensiva y sorprendan al enemigo, pre-ocupándose porque ellas, las masas, alcancen éxitos.

Centralizar la Dirección Estratégica de la Guerra

Toda la historia de la guerra confirma que ésta debe tener un mando estratégico a fin de poder garantizar la actuación de las tropas en una sola dirección, coordinar las diferentes campañas e incluso los combates en el mismo campo de batalla. En la guerra no puede haber dos direcciones o se está condenado a la derrota.

La guerra necesita además, mantener un rumbo firme a pesar de las dificultades y complicaciones que puedan presentarse en el transcurso del objetivo que se persiga; no se podrá alcanzar la victoria si una vez tomado el rumbo éste es desviado frecuentemente con los vaivenes, victorias o reveses que se presenten.

La dirección centralizada de la guerra, no significa sin embargo, centralización absoluta de las operaciones, todo buen jefe militar sabe que debe permitir la iniciativa de los mandos inferiores e incluso de los combatientes con ajuste al plan general; pero nunca permitirá dos planes estratégicos de guerra y de campañas estratégicas.

Prevenir la Derrota y estar Preparado para un Repliegue Ordenado

En la guerra, más que en ninguna otra actividad el error y la derrota son los maestros de la victoria. No hay jefe militar que no se equivoque ni ejército que no haya sufrido derrotas. No se trata por supuesto de cometer errores, quien menos errores cometa en la guerra mayores posibilidades de victoria tendrá, pero todo buen jefe militar sabe que puede ser derrotado, su éxito consiste en que a pesar de las derrotas es capaz de conquistar la victoria y por eso siempre debe tener un plan de retirada.

Una vez se ha comprendido que no es posible la victoria, cuando se ha observado que el enemigo es más poderoso y la correlación de fuerzas no garantizará el éxito, cuando se sabe que la retirada es el único medio de esquivar el golpe decisivo del adversario y de conservar las propias fuerzas,

con miras a las batallas futuras, el buen jefe militar debe tener un plan de retirada, un repliegue ordenado de sus fuerza a fin de evitar la catástrofe que ocasionaría un desbandada de sus tropas. *“Los partidos revolucionarios —dice Lenin— deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar las ofensivas. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completarla con la de saber retirarse acertadamente”*. (J. Stalin Los Fundamentos. ELE Pekín pág. 97)

La Táctica Estudia las Leyes que Afectan la Situación Particular y los Medios Particulares en un Corto Período

“La dirección táctica es una parte de la dirección estratégica, a cuyos objetivos y exigencias se supedita. La misión de la dirección táctica consiste en dominar todas las formas de lucha y de organización... y en asegurar su empleo acertado para lograr, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas existentes, el máximo resultado necesario para la preparación del éxito estratégico” (Stalin, Fundamentos del Leninismo. ELE Pekín pág. 98)

La táctica consiste en saber utilizar y disponer las distintas fuerzas con que se cuenta para triunfar en las campañas y en los combates. Ya atacando los flancos o las tropas desorganizadas o confundidas del enemigo, ya concentrando en el justo momento las fuerzas. Consiste en saber utilizar y concentrar las fuerzas para caer sobre la parte más débil del enemigo y asestar los golpes decisivos para aniquilarlo en el campo de batalla. Consiste en saber utilizar la defensa y el ataque, consiste en utilizar el elemento sorpresa, aprovecharse de las ventajas del terreno en los combates, etc.

Sin embargo, la Táctica tiene que servir a la Estrategia porque, no necesariamente las victorias tácticas conducen a la victoria estratégica. Si la estrategia es equivocada, así en la táctica se obtengan victorias el fin será la derrota. El foco de Guevara, por ejemplo, fue derrotado y aniquilado en Bolivia porque erró en la estrategia a pesar de que todos los



Karl Von Clausewitz

combates, excepto uno los ganó. En todos los combates originó bajas al ejército, capturó sus armas y pertrechos, hizo prisioneros, etc. pero las armas no tenía a quien entregárselas, ni un solo campesino se vinculó a la lucha y por el contrario fue entregado por ellos.

Pero además, así la estrategia general es correcta si se comete algún error de importancia se puede pagar caro, incluso obteniendo todas las victorias tácticas. Por ejemplo, un enemigo superior en fuerzas puede sufrir una, varias o muchas derrotas, pero si no se le aniquila en cada batalla, si se le deja retirarse y se le permite reorganizar sus fuerzas y aprender de sus errores puede sorprendernos en el desenlace final.

II. SOBRE LA GUERRA POPULAR

Existen varias condiciones que forjaron lo que hoy conocemos como Guerra Popular. De un lado, la aparición del fusil de asalto modificó las formaciones rígidas de los ejércitos antiguos, posibilitando que los combatientes desplegaran la iniciativa en formaciones de columnas modificando con ello todos los ejércitos. De otro, la revolución francesa y la guerra de independencia americana principalmente, cambiaron la fisonomía de la guerra y revolucionaron también los ejércitos. Ellas pusieron al orden del día el armamento general del pueblo, o el pueblo en armas movilizado para la guerra: combinaron las operaciones militares de las tropas regulares con destacamentos guerrilleros y el levantamiento de las masas: modificaron el material soldado, hasta entonces considerado como mero peón de brega, y lo convirtieron en luchador que sabe por qué lucha, aumentando su capacidad y moral de combate. Todo ello sentó las premissas de lo que conocemos como la Guerra Popular o la guerra de las masas.

Trataremos de hacer un pequeño recorrido histórico del concepto, mostrando a la vez sus distintas facetas y las

formas que ha adquirido en distintas épocas.

KARL VON CLAUSEWITZ

El concepto de guerra popular aparece por primera vez en Clausewitz cuando analiza las guerras en Europa, llegando a la conclusión de que: *“La Guerra del pueblo en la Europa civilizada es un fenómeno del siglo XIX”*. (De la Guerra pág. 290). Se refiere al tipo de guerra que se impuso para la defensa de la nación ante una invasión extranjera que consistía en combinar los esfuerzos del ejército regular con tropas milicianas y destacamentos armados de las masas poco numerosos y la utilización de la lucha guerrillera; la derrota de Napoleón es un claro ejemplo de ello.

Destaca en particular la lucha guerrillera de los campesinos de la siguiente forma: *“aun si no abrigáramos ideas exageradas sobre la omnipotencia de una guerra del pueblo, aún si no la consideráramos como elemento inagotable e inconquistable, sobre la cual la simple fuerza de un ejérci-*

to tuviera tan poco control, como la voluntad humana tiene sobre el viento o la lluvia... debemos admitir que no podemos conducir delante de nosotros a los campesinos armados como si se tratara de un cuerpo de soldados que se mantienen unidos al igual que un rebaño y que por lo común se siguen unos a otros. Por el contrario los campesinos armados, cuando están desparramados, se dispersan en todas direcciones, para lo cual no se requiere ningún plan elaborado. Con esto se hace muy peligrosa la marcha de cualquier pequeño grupo de tropas en territorio montañoso, muy boscoso o accidentado, porque en cualquier momento la marcha puede convertirse en un encuentro." (De la guerra pág. 293).

La idea de la omnipotencia de la guerra popular y su invencibilidad tiene su origen en este teórico de la guerra que sienta las bases en cuanto a la forma en que deben utilizarse las tropas irregulares y la guerra de guerrillas en una guerra de las masas: "Según la idea que tenemos sobre la guerra del pueblo, ésta, al igual que una esencia en forma de nube o vapor, no se condensa en ninguna parte ni forma cuerpo sólido... Sin embargo, es necesario que este vapor se reúna en algunos puntos en masas más densas y forme nubes amenazadoras desde las cuales de vez en cuando se produce un relámpago formidable." (Idem pág. 294).

Aparece allí la idea de que se debe y se puede establecer cierto tipo de tropas concentrando los destacamentos pequeños y dispersos, encomendándoles tareas de mayor envergadura que los simples hostigamientos, como por ejemplo ataques decisivos en los flancos del teatro de guerra del enemigo, la toma de guarniciones importantes, etc.

MARX Y ENGELS

Marx y Engels, no solo estudiosos de Jomini y Clausewitz (ambos historiadores y teóricos de la guerra), sino también de todos los jefes militares de la época, así como estudiosos de las guerras y ejércitos antiguos, y además miembros activos en las guerras en Europa (sobre todo Engels en la guerra del 48 al 50 en Alemania), lograron asimilar no solo las ideas de la guerra en general sino destacar con particular importancia la guerra de clases y muy especialmente dejar un legado extenso de la síntesis de la experiencia de las guerras que sacudieron a Europa desde mediados del siglo y culminaron con la Comuna de París.

Su mérito histórico es reconocido incluso por las reaccionarias instituciones colombianas que en una de sus publicaciones los consideran como los "forjadores de la estrategia contemporánea" donde dicen, entre otras cosas, que "al aparecer, se ha presentado indiferencia en recopilar la inmensa cantidad de conceptos que sobre estrategia militar Marx y Engels, emitieron a través de sus escritos, en artículos pequeños discursos y epistolares.

De vital importancia para quienes estamos dedicados a la profesión castrense es el conocimiento de conceptos tan valiosos en el campo de la Estrategia Militar que, después de 130 y más años continúan vigentes para su aplicación en la dirección de la guerra, así como resaltar una faceta de carácter típicamente militar en la vida de estos dos pioneros de la filosofía revolucionaria" (Marx y Engels, Forjadores de la Estrategia Contemporánea - Revista de las Fuerzas Armadas N° 90, Vol. 30, 1978 pág. 333).

En "La Guerra en Italia" (1849) ante la derrota del ejército italiano a manos de los austríacos Marx y Engels oponen a la guerra corriente (enfrentamiento entre dos ejércitos) la guerra popular, la cual destacan como única forma de vencer a un enemigo superior: "El error de los piemonteses desde el comienzo mismo ha consistido en que han opuesto a los austríacos tan sólo el ejército regular y han querido sostener la más corriente, burguesa y honrada de las guerras. Un pueblo que quiere conquistar para sí la independencia no puede limitarse a los procedimientos corrientes de realización de la guerra. La insurrección en masa, la guerra revolucionaria, los destacamentos de guerrilleros: estos son los únicos procedimientos con la ayuda de los cuales un pueblo pequeño puede vencer a uno grande; solo así un ejército más débil puede enfrentarse a otro más fuerte y mejor organizado..."

La agudeza de su concepción del mundo les permite observar la forma en que se hubiera podido transformar la derrota estratégica de los italianos en victoria si hubieran cambiado su plan estratégico de guerra y sobre todo, si se hubieran apoyado decididamente en las masas:

La derrota de Novara causó tan sólo daño **estratégico**: los italianos se vieron cortados de Turín, mientras que para los austríacos este camino aparecía abierto. Este daño no hubiera tenido ninguna importancia si después de perdida la batalla hubiese comenzado una verdadera guerra revolucionaria, si la parte que había quedado indemne del ejército italiano se hubiese constituido inmediatamente en núcleo de la insurrección general de la nación, si la **guerra de ejércitos** habitual y estratégica se hubiese convertido en una **guerra popular**, a semejanza de la que sostuvieron los franceses en 1793." (La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo-leninismo págs. 33-34, los resaltados son del original).

En 1852, sacando las lecciones de los grandes movimientos revolucionarios en Europa, en "Revolución y Contrarrevolución en Alemania", dejan sentados los principios de la insurrección, que vísperas de la insurrección del 17 en Rusia serán retomados por Lenin y llevados a la práctica por los bolcheviques y que tienen plena vigencia para el proletariado revolucionario que se encuentra acumulando fuerzas para los grandes días venideros:

"La insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdeña. Estas reglas, lógica deducción de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que uno ha de tratar en cada caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 las ha dado a conocer de sobra a los alemanes. La primera es que jamás se debe jugar a la insurrección a menos que se esté completamente preparado para afrontar las consecuencias del juego. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual; si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos,

aunque pequeños, pero diarios; mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad: obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas: en suma, hay que obrar según las palabras de Danton, el maestro más grande de la política [táctica] revolucionaria que se ha conocido: de l'audace, de l'audace, encore de l'audace! [¡audacia, audacia y siempre audacia!]" (Obras Escogidas de Mancy Engels Tomo 1, Edit. Progreso, págs. 385-386).

En "La Revolución en España" (octubre de 1854), Marx y Engels analizan no solo las causas sociales y políticas de la caída de España en manos de Francia sino, en particular, el desarrollo de la guerra, la falta de un mando central, la desconfianza del pueblo en las clases acomodadas y su Junta Central y la enorme iniciativa popular que desarrolló por todo el país la lucha guerrillera, hechos que ponían en evidencia que las clases burguesas ya desde esa época, eran



Federico Engels dirige la construcción de barricadas en Elberfeld

temerosas del pueblo armado y estaban impedidas para dirigirlo a la victoria, incluso en la defensa de sus propios países; la omnipotencia de la guerra popular y la iniciativa creadora de las masas fueron realmente el dolor de cabeza de las tropas francesas:

"Las guerrillas constituían la base de un armamento efectivo del pueblo. En cuanto se presentaba la oportunidad de realizar una captura o se meditaba la ejecución de una empresa combinada, surgían los elementos más activos y audaces del pueblo y se incorporaban a las guerrillas... Los franceses se veían obligados a permanecer constantemente armados contra un enemigo que, aunque huía continuamente, reaparecía siempre y se hallaba en todas partes sin ser realmente visible en ninguna, sirviéndole las montañas de otras tantas cortinas. No eran los combates ni las escaramuzas —dice el abate Pradt— lo que agotaba a las tropas francesas, sino las incessantes molestias de un enemigo invisible que al ser perseguido desaparecía entre el pueblo, del cual volvía a surgir inmediatamente con renovada energía..." (La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo leninismo pág. 29).

Engels, en 1857 establece las leyes generales de los

combates y la guerra de montaña, las operaciones ofensivas en una guerra defensiva o lo que llamó la defensa activa y las operaciones envolventes. Todo esto no ha cambiado sustancialmente desde entonces:

"En los países alpinos casi son imposibles los combates serios: la guerra aquí representa una cadena ininterrumpida de pequeñas refriegas, de intentos de la parte atacante de abrir aquí o allá una cuña en el dispositivo del enemigo y después avanzar. Necesariamente ambos ejércitos están dispersos: ambos están a cada paso a riesgo de ser objeto de un afortunado golpe del adversario; ambos tienen que confiar en la casualidad. De tal modo, la única ventaja que puede tener el ejército que se defiende consiste en encontrar el punto vulnerable del enemigo y lanzarse entre sus columnas dispersas. En este caso, las posiciones defensivas fuertes, que son las únicas en las que se apoya una defensa puramente pasiva, pueden jugar para el enemigo un papel de emboscadas a las que se le puede atraer para un ataque

frontal, al mismo tiempo que los principales esfuerzos de la defensa serían dirigidos contra las columnas envolventes, cada una de las cuales puede a su vez resultar envuelta y caer en situación más desesperada, que en la que se proponía colocar a la parte que se defiende." (La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo-leninismo pág. 47).

Analista cotidiano de la guerra franco-prusiana de 1870, el 17 de diciembre en "Notas sobre la guerra", Engels advierte no solo el agotamiento del ejército prusiano sino que expresa su confianza en la omnipotencia de la guerra popular para lograr la victoria de Francia; a pesar del cerco sobre París, las operaciones de los destacamentos guerrilleros mantienen un permanente

hostigamiento sobre las tropas invasoras, le causan bajas importantes y las desmoralizan; el cerco o sitio sobre París se convirtió, de una operación ofensiva, en una operación en la cual las tropas invasoras tienen que defenderse de las operaciones ofensivas de los invadidos que poco a poco van destruyendo al invasor:

"El agotamiento de fuerzas originado por esta campaña aumenta terriblemente día en día. Esto se demuestra tanto por el tono melancólico de las cartas enviadas desde el ejército, como por las listas de bajas. A juzgar por estas listas, las principales pérdidas no son ocasionadas por los grandes combates, sino por las pequeñas refriegas, durante las cuales perecen uno, dos, cinco hombres. Las oleadas de la guerra popular, en el transcurso del tiempo, destruyen por partes el ejército más grande y, lo que es singularmente importante, sin ninguna pérdida aparente de la parte contraria" (La lucha de guerrillas a la luz de los clásicos del marxismo leninismo pág. 23).

Con razón Engels decía que la derrota de Prusia era cuestión de tiempo, sin embargo, como se sabe, la burguesía francesa capituló y el proletariado parisino tomó las riendas de la defensa de Francia y por ahí derecho de toda la socie-

dad.

En la Introducción a la edición de 1895 de "Lucha de Clases en Francia de 1848 a 1850", F. Engels sintetiza la experiencia de la lucha de clases y advierte cómo el aumento de las tropas, la introducción del fusil de repetición, las granadas de percusión y el uso de la dinamita obligan a replantear la lucha de calles y en particular, la lucha de barricadas:

"... La rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas, que hasta 1848 había sido la decisiva en todas partes, estaba considerablemente anticuada..."

... ¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables. Y éstas deberán, indudablemente, como ocurrió en toda la gran revolución francesa, así como el 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870, en París, preferir el ataque abierto a la táctica pasiva de barricadas." (Marx-Engels, Obras Escogidas T.I. pág. 201).

Estas palabras fueron proféticas: años más tarde esta forma de lucha fue retomada en Rusia durante las insurrecciones que no solo sostuvieron la defensa pasiva en las barricadas, sino que tomaron la iniciativa pasando a la ofensiva inmovilizando las tropas en los cuarteles y oponiendo a ellas en los combates callejeros los destacamentos armados de fusiles y ametralladoras, las bombas caseras tanto explosivas como incendiarias, el agua hirviendo y el ácido arrojados desde las ventanas y terrazas y los francotiradores.

LENIN Y STALIN

Lenin y Stalin, dirigentes del triunfo del proletariado en Rusia y Stalin gran estratega de la II guerra mundial imperialista dónde el proletariado revolucionario no solo defendía su campo socialista, sino que además le arrebató al imperialismo la mitad de Europa, aportando un sin número de nuevas enseñanzas a la guerra popular.

En el transcurso de la revolución en Rusia se presentaron por lo menos tres grandes períodos de intensa lucha armada y guerra popular: el período de 1905-1907; el período de 1917 durante las insurrecciones de febrero y octubre; el período posterior a la conquista del poder por parte del proletariado 1918-1921. En ellos Lenin y Stalin, hombres de primera fila en los asuntos militares desarrollaron los principios aportados por Marx y Engels a la guerra popular.

Antes de la insurrección de diciembre de 1905 Lenin y Stalin realizan un gigantesco trabajo por esclarecer los asuntos concernientes a la insurrección, por elevar el nivel de comprensión de los comunistas y las masas frente a las nuevas formas de organización y de lucha que aparecieron en el transcurso de unos meses.

En julio del 5, en el artículo "El Ejército Revolucionario y el Gobierno Revolucionario", Lenin, apoyándose en la experiencia de la insurrección en Odesa y el levantamiento de la flota, particularmente, el paso del acorazado Potemkin al lado de la revolución, destaca y pone de relieve la impor-

tancia de la teoría militar y el estudio y dominio del arte de la guerra y la educación de las masas en estos asuntos:

"La socialdemocracia [el comunismo] nunca ha descendido hasta el juego de los complotos militares, nunca ha planteado en primer plano los problemas militares mientras no se daban de hecho las condiciones de la incipiente guerra civil. Pero **ahora** todos los socialdemócratas han planteado los problemas militares, si no en primer lugar, cuando menos en uno de los mismos y la necesidad de darlos a conocer a las masas populares. El ejército revolucionario debe aplicar en la práctica los conocimientos militares y las armas de guerra para la resolución de toda la suerte ulterior del pueblo ruso, para la resolución del primer y más vital problema, el problema de la libertad." (La Lucha de Guerrillas a la Luz de los Clásicos del marxismo-leninismo pág. 73).

En "De la Defensa al Ataque" de septiembre del 57, Lenin resalta una acción militar de los destacamentos armados en Riga donde, cerca de cuarenta obreros armados, irrumpen en la cárcel y liberan a los detenidos. Descubre que con esta acción se ha puesto a la orden del día la consigna del Ejército Popular Revolucionario:

"¡Así pues, las cosas van, a pesar de todo, adelante! El armamento de las masas a pesar de las increíbles e indescriptibles dificultades, hace progresos... He aquí lo que resulta cuando los pioneros de la lucha armada se funden con las masas no de palabra, sino con los hechos, se colocan al frente de los equipos de combate y de los destacamentos del proletariado, educan en el fuego de la guerra civil a decenas de jefes populares, así mañana, en el día de la insurrección obrera, sabrán ayudar con su experiencia y con su valor heroico a millares y decenas de millares de obreros..."

Esto no es ya un complot contra un personaje cualquiera odiado..., es el comienzo de las acciones de los destacamentos del ejército revolucionario. El número de estos destacamentos de 25 a 75 hombres puede ser aumentado en varias decenas en cada ciudad grande y a menudo en los suburbios de una gran ciudad..."

Atento siempre a la lucha de las masas, a su estado de ánimo y a su enorme capacidad creadora, advierte que el movimiento ha destacado nuevas formas de lucha, exaltando con entusiasmo el temor de las masas:

"...La bomba ha dejado de ser el arma del petardista individual y ha pasado a ser el elemento necesario del armamento del pueblo. Con los cambios introducidos en la técnica militar, cambian y deben cambiar los métodos y procedimientos de la lucha de calles. Todos nosotros estudiamos ahora (1) la construcción de barricadas y el arte de defenderlas. Pero por conocer este viejo y útil arte no hay que olvidar los nuevos pasos dados en este terreno de la técnica militar. Los progresos hechos en el empleo de los explosivos han introducido una serie de innovaciones en la artillería..." (La Lucha de Guerrillas a la Luz de los Clásicos del Marxismo Leninismo pág. 61).

El 16 de octubre del 5, en una carta al Comité Militar Anejo al Comité de San Petersburgo, crítica la tramitomanía en que éste se enreda y se preocupa por resolver los asuntos prácticos de la organización de las fuerzas militares del proletariado:

"... Que se organicen inmediatamente destacamentos de tres a diez, a treinta y más hombres. Que se armen inmediatamente ellos mismos, con lo que cada uno pueda, quién con un revólver, quién con un cuchillo, quién con un

trapo impregnado de petróleo para provocar incendios, etc.”

A renglón seguido delimita las funciones de la Organización Militar encargada de dirigir la insurrección y las funciones de los distintos destacamentos que se organicen, poniendo el énfasis en desplegar la iniciativa de las masas, su fe absoluta en ellas le permite anticiparse a los reclamos aclarando que los posibles “excesos” o errores son un mal menor en las condiciones en que se encontraba la lucha y los preparativos para la guerra popular, arte que sólo puede aprenderse en la práctica:

“El papel del Comité Militar anejo al Comité de Petersburgo debe consistir en: **ayudar** a estos destacamentos del Ejército Revolucionario, servir de ‘buró’ para el enlace, etc. Todo destacamento aceptará gustoso vuestros servicios, pero si en esta **empresa** comenzáis con esquemas y discursos acerca de los “derechos” del Comité Militar, echaréis a perder todo el asunto, os lo aseguro...

... deben dar a cada uno de los destacamentos breves y muy sencillas fórmulas para la fabricación de bombas, deben explicarles de la manera más elemental todos los tipos de trabajos a realizar después y dejarles a ellos mismos que desplieguen toda su actividad... Pero obligatoriamente hay que comenzar enseguida a aprender en la práctica: no temáis estos ataques de prueba. Pueden, naturalmente, degenerar en extremismo, pero esto es una desgracia de mañana: hoy la desgracia está en nuestra rutina, en nuestro doctrinarismo, en la inmovilidad propia de intelectuales, en el temor senil a toda iniciativa...” (La Lucha de Guerrillas a la Luz de los Clásicos del Marxismo-Leninismo págs. 80-81).

El 17 de octubre del 5, en “La última palabra de la táctica ‘iskrista’” insiste en la necesidad de avanzar en la creación del Ejército Revolucionario para conquistar la victoria y el peligro que se cierne sobre la revolución de no coronarse con éxito la insurrección:

“Ejército revolucionario: también esta es una palabra muy grande. Su creación es un proceso difícil, complicado y largo. Pero cuando vemos que ya ha comenzado, y que se desarrolla por todas partes con intermitencias, a intervalos; cuando sabemos que sin ejército semejante es im-

posible la victoria de la revolución, debemos destacar esta consigna decidida y abierta, propagarla, haciendo de ella la piedra de toque de las tareas de palpitante actualidad de la política... La revolución puede madurar, pero las fuerzas de los creadores revolucionarios de esta transformación pueden resultar insuficientes para llevarla a término. Entonces, la sociedad se descompone, y esta descomposición se prolonga a veces durante decenios enteros...” (La Lucha de Guerrillas a la Luz de los Clásicos del Marxismo-Leninismo, págs. 87-88).

A finales de octubre del 5, en “Las tareas de los destacamentos del ejército revolucionario” señala las diferentes tareas de las fuerzas militares proletarias combatiendo la idea de que la insurrección es un acto único que no requiere preparación y adiestramiento de las fuerzas populares:

“...sin limitarse en ningún caso a las solas acciones preparatorias, los destacamentos del ejército revolucionario deben con la mayor rapidez posible pasar también a las acciones militares, con los siguientes fines: 1. ejercitación de las fuerzas militares; 2. exploración de los puntos débiles del enemigo; 3. asestar al enemigo derrotas parciales; 4. liberación de los prisioneros (detenidos); 5. obtener armas; 6. obtener medios para la insurrección... Los destacamentos pueden y deben aprovechar ahora mismo toda ocasión propicia para realizar un trabajo vivo, no aplazando las cosas de ninguna de las maneras hasta la insurrección general, pues sin la preparación en el fuego de la lucha no es posible tampoco adquirir la habilidad para la insurrección.” (La Lucha de Guerrillas a la Luz de los Clásicos del Marxismo-Leninismo pág. 84).

Posterior a la insurrección del 5, en “La Disolución de la Duma y las Tareas del Proletariado”, sintetiza la experiencia demostrando que no es suficiente la organización de los soviets para el triunfo de la revolución, sino que se requiere la organización militar del pueblo para triunfar en la insurrección y respaldar las organizaciones de poder de las masas:

“...Estas organizaciones deben tener como célula agrupaciones libres muy pequeñas, grupos de diez, de cinco e incluso puede ser que de tres... deben ser creadas de la manera más amplia e inexcusablemente antes de recibir las armas, **independientemente** de la cuestión de las armas.

Ninguna organización del partido ‘arma’ a las masas. Por el contrario, la organización de las masas en pequeños grupos de combate de gran movilidad prestará en el momento de la lucha insurreccional, un inmenso servicio en cuanto a la adquisición de armas...

Que en cada fábrica, en cada sindicato, en cada aldea resuene el llamamiento a la organización de semejantes equipos sueltos de combate...” (Idem págs. 77-79).

Stalin, organizador práctico de la insurrección interviene decididamente en los asuntos y



Barricada durante la Revolución rusa de 1905-07

retoma en varios artículos y llamados los principios establecidos por Marx y Engels para triunfar en la insurrección. Igualmente, en 1906, una vez derrotada la insurrección, esclarece las causas de la derrota, así dice en "El Momento Actual y el Congreso de Unificación del Partido":

La insurrección fue derrotada, "Ante todo, porque el pueblo carecía de armas o las tenía en cantidad demasiado pequeña, ¡y por conscientes que seáis, no podréis resistir a las balas con las manos vacías!...

En segundo lugar, porque no disponíamos de destacamentos rojos instruidos, que pudieran conducir tras de sí a los demás, que se apoderaran de las armas por medio de las armas y armasen al pueblo...

En tercer lugar, porque la insurrección estaba desunida y carecía de organización. Cuando Moscú combatía en las barricadas, Petersburgo guardaba silencio...

En cuarto lugar, porque nuestra insurrección se atuvo a la política de defensiva, y no de ofensiva... No en vano dijo Marx: 'Una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda insurrección armada...'" (J. Stalin, Obras T.I págs. 275-277).

Lenin complementa esta síntesis en "Las enseñanzas de la insurrección de Moscú" de septiembre de 1906:

"Hoy debemos, al fin reconocer abiertamente y proclamar bien alto la insuficiencia de las huelgas políticas; debemos llevar a cabo la agitación más extensa posible entre las masas en favor de la insurrección armada, sin disimular esta cuestión por medio de ningún grado preliminar; sin cubrirla con ningún velo. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra desesperada, sangrienta y exterminadora, como objetivo inmediato de la acción próxima, es engañarse a sí mismo y engañar al pueblo." (La Lucha de Guerrillas a la Luz de los Clásicos del Marxismo-Leninismo, pág. 107).

La derrota de la insurrección del 5, ocasionó un repliegue estratégico de la guerra popular que adquirió la forma de movimiento guerrillero, el cual se extendió por los principales centros de la revolución. En 1907 se presenta una álgida discusión en torno a esta forma de organización y de lucha, ya que una parte del Partido consideraba el movimiento guerrillero como una enfermedad que acercaba al proletariado al lumpen y proponía condenarlo. Lenin en "La Guerra de Guerrillas", se pronuncia analizando el fenómeno desde el punto de vista de la lucha de clases y del materialismo histórico:

"La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre 'grandes batallas' de la guerra civil." (Marx, Engels, Marxismo, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, pág. 206).

Así mismo previene al partido contra el guerrillerismo y destaca el papel dirigente del Partido:

"...El partido del proletariado no puede nunca considerar la guerra de guerrillas como el único, ni siquiera como el principal procedimiento de lucha; que este procedimiento debe estar subordinado a los otros, debe ser propor-



N. Samokish. «Combate frente a la comisaría de policía». Revolución rusa de Febrero de 1917

cionado a los procedimientos esenciales de lucha, ennoblecido por la influencia educadora y organizadora del socialismo. Sin esta última condición, todos, absolutamente todos los procedimientos de lucha, en la sociedad burguesa, aproximan al proletariado a las diversas capas no proletarias, situadas por encima o por debajo de él, y, abandonadas al curso espontáneo de los acontecimientos, se desgastan, se pervierten, se prostituyen..." (Idem, pág. 209).

Igualmente, clarifica el hecho de que la lucha guerrillera hace parte de la **guerra civil prolongada**, que es la forma que ha adquirido la lucha de clases en Rusia:

"Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época semejante, en una época de huelgas políticas en escala nacional, la **insurrección** no puede adoptar la antigua forma de actos aislados, limitados a un lapso de tiempo muy breve y a una zona muy reducida. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada y que abarca a todo el país, es decir; de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Semejante guerra no puede concebirse más que como una serie de pocas grandes batallas, separadas unas de otras por intervalos relativamente considerables y una gran cantidad de pequeños encuentros librados durante estos intervalos..." (Idem, págs.210-211).

Y pone en claro el papel del Partido en tal lucha:

"La socialdemocracia [el comunismo] debe proponerse, en la época en que la lucha de clases se agudiza hasta llegar a la guerra civil, no solamente tomar parte en esta **guerra civil**, sino también desempeñar la función dirigente en ella. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones para que realmente sean capaces de actuar como una **parte beligerante**, no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del adversario." (Idem, pág. 211).

Todo el período que antecede la revolución en el 17 es una época de grandes discusiones en torno a la guerra imperialista que se avecina. Desde 1914 los comunistas, con Lenin a la cabeza definen la estrategia y tácticas correctas en tal guerra: Transformar la guerra imperialista en guerra civil y acelerar el hundimiento del capitalismo. Demuestra

cómo la huelga contra la guerra y negarse a prestar el servicio militar, banderas defendidas por los oportunistas, son tontearías: *“una ilusión pobre y medrosa de luchar sin armas contra la burguesía armada, una añoranza por destruir el capitalismo sin una encarnizada guerra civil o sin una serie de guerras...”* (Acerca del Movimiento Obrero y Comunista Internacional, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú. pág. 216).

Consecuentes con esa idea, los bolcheviques organizan una gigantesca labor en el ejército imperial ruso, enarbolan la consigna del *derrotismo revolucionario* y la *confra-ternización en las trincheras*, y preparan al pueblo para la guerra popular, para la insurrección.

Stalin en “Las condiciones para la victoria de la Revolución Rusa” observa que, a pesar de existir un ejército que por su composición y por la influencia de las ideas revolucionarias, es posible convertirlo en un ejército popular, es necesario que el proletariado cuente con sus propias fuerzas armadas; y en particular destaca el papel de la **guardia obrera**:

“La guerra, como todo en la vida, tiene, además de sus lados negativos, su lado positivo, pues, movilizándolo a casi toda la población adulta de Rusia, ha hecho del ejército un ejército popular por su espíritu, facilitando de esta manera la unión de los soldados con los obreros insurreccionados...”

“Pero el ejército es móvil, especialmente por sus constantes desplazamientos de un lugar a otro, de acuerdo con las exigencias de la guerra. El ejército no puede permanecer eternamente en un mismo sitio, protegiendo a la revolución frente a la contrarrevolución. Por eso se necesita otra fuerza armada, un ejército de obreros armados, naturalmente vinculados a los centros del movimiento revolucionario. Y si es cierto que una revolución no puede vencer sin una fuerza armada siempre dispuesta a servirla, tampoco nuestra revolución puede prescindir de una guardia obrera propia, íntimamente ligada a los intereses de la revolución...” (Obras T 111, pág. 14).

En “El Marxismo y la Insurrección” de septiembre de 1917, Lenin apunta las tres condiciones sin las cuales no es posible lanzarse a la insurrección con posibilidad de triunfo:

*“Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjuración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el **auge revolucionario del pueblo**. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en aquel **momento de viraje** en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las **vacilaciones** en las filas de los enemigos y en las **filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución**. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian el **marxismo del blanquismo...**”* (Marx Engels Marxismo, Ediciones en Lenguas Extranjeras Pekín, pág. 459).

Todo el período posterior al triunfo de la insurrección hasta la derrota de los ejércitos blancos, los ejércitos financiados y dirigidos por las potencias imperialistas, Stalin jugó un papel importantísimo en la conducción de la guerra popular prolongada, organizando el Ejército Rojo, el Ejército de Obreros y Campesinos y combinando sus acciones con

las acciones de los destacamentos guerrilleros, las milicias o guardias obreras y campesinas, y los levantamientos de las masas en las fronteras.

En “El Nudo Ucraniano” de marzo de 1918, refiriéndose a las pretensiones de los imperialistas alemanes ya advertía cómo la agresión se transformaría en una guerra prolongada como efectivamente ocurrió:

“El ‘golpe fulminante’ con el cual los alemanes calculaban matar dos pájaros de un tiro (conseguir el trigo y quebrantar a la Ucrania Soviética), tiene todas las probabilidades de convertirse en una guerra prolongada de los sojuzgadores extranjeros contra los veinte millones de almas que integran el pueblo ucraniano, al que se quiere arrebatarse el pan y la libertad.” (Obras Completas T. IV. págs. 48-49).

LA INTERNACIONAL COMUNISTA - III INTERNACIONAL

“La Insurrección Armada” es una valiosa recopilación de diversos artículos publicados en 1928 por orientación de la Internacional Comunista —III Internacional— luego de su VI Congreso. En este libro se analizan diversas experiencias de insurrecciones dirigidas por el proletariado en diferentes países; allí se exponen las lecciones de las insurrecciones en Europa y en China en las primeras tres décadas del siglo XX. En los distintos artículos se establecen las directrices y se resuelven diferentes relaciones concernientes al arte de la insurrección y se hace un gran esfuerzo por precisar incluso asuntos particulares de los combates. De esta obra, que es un clásico obligatorio de estudio para quien quiera dirigir una guerra popular, queremos extraer algunos apartes.

Contra la idea de los “izquierdistas” de que son las acciones militares de la vanguardia las que impulsan a las masas a la lucha, enfatiza en muchos de sus apartes:

“No son las acciones militares de una vanguardia armada las que pueden y deben suscitar la lucha activa de las masas por el poder, es el poderoso impulso revolucionario de las masas trabajadoras el que debe provocar las acciones militares de los destacamentos de vanguardia; la entrada en acción de estos últimos —según un plan bien estudiado, con antelación, en todos sus aspectos— debe producirse por el impulso revolucionario de las masas.” (Op. Cit. pág. 75).

En contra de la concepción “izquierdista” que pretende separar la política de los asuntos militares y que se pronuncia por el punto vista puramente militar en la guerra, pone de relieve el papel de la política como dirigente y lo militar como lo subordinado:

“Por importante que sea el papel del factor puramente militar en la insurrección, no deja de ser por ello un papel subordinado. El potente impulso revolucionario de las masas debe constituir la base social, el fondo social y político sobre el cual deben organizarse las acciones militares atrevidas, audaces y decisivas de los destacamentos avanzados del proletariado revolucionario, resuelto a romper la máquina gubernamental burguesa.” (Idem. pág. 75).

De la página 147 a la 170 clarifica e insiste sobre el trabajo que deben realizar los partidos proletarios en las fuerzas armadas burguesas para triunfar en la guerra popular,

detalla incluso las reivindicaciones concretas para la agitación y la propaganda en los diferentes ejércitos y cuerpos represivos en los distintos países, así como las formas de organización que deben desarrollarse allí y los métodos para trabajar en las filas enemigas; de todo ese valioso arsenal queremos extractar lo siguiente:

"El principio esencial para todo partido revolucionario es el que debe realizar un trabajo revolucionario donde haya masas concentradas. Los ejércitos y las marinas burguesas agrupan siempre decenas y centenas de millares de jóvenes proletarios o campesinos, que no son menos aptos para recibir las consignas y las ideas revolucionarias que los obreros de las fábricas y ciertas categorías de campesinos. Teniendo en cuenta que el ejército, la policía y la marina son los principales instrumentos de opresión, los principales medios por los que el estado burgués (y cualquier otro estado) combate al proletariado revolucionario, hay que encarecer constantemente la necesidad del trabajo revolucionario dentro de sus filas. Un partido que renuncia directa o indirectamente a esta rama esencial de la acción revolucionaria se expone a consecuencias extraordinariamente peligrosas para la revolución. Esta acción debe proseguirse incansablemente por todo el partido comunista, tanto en el período de acumulación de las fuerzas revolucionarias, como, y aun más intensamente, en período de plenitud de la revolución. Nosotros creemos que esta agitación, vistas las consideraciones arriba expuestas, no es menos esencial que el trabajo del partido en otros muchos dominios..." (Idem. Pág. 151, las negrillas son apartes de las Tesis y Resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista).

Refiriéndose a las guerras imperialistas y a la necesidad de transformarlas en guerra civil destaca que: *"Uno de los grandes errores de la mayor parte de los partidos comunistas es el de plantear la cuestión de la guerra de una manera abstracta y desde el punto de vista de la propaganda y la agitación exclusivamente, sin examinar de forma seria la cuestión del ejército, factor decisivo en todas las guerras. Hay que explicar a las masas el sentido de la política revolucionaria en el problema de la guerra y hay que trabajar el ejército, sin lo cual toda lucha contra la guerra imperialista, todo esfuerzo para preparar las guerras revolucionarias, se limitan al dominio de la teoría"* (Idem. págs. 150-151. Las negrillas son apartes de las Tesis y Resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista).

Define las tareas del Partido Comunista con miras a la guerra popular, de un modo detallado y con múltiples ejemplos:

"... Un partido que sea marxista hasta el fin, es decir, que considere la insurrección como un arte y propague entre la clase obrera la idea del levantamiento armado, debe plantearse prácticamente el problema de la educación de los cuadros de la futura insurrección y darle una u otra solución. Para esto, todo el partido proletario debe prepararse desde ahora mismo, sin esperar una situación inmediatamente revolucionaria, ya que entonces será demasiado tarde. Debe prepararse para ella con independencia de la situación política presente. El problema, a pesar de su dificultad aparente, no es, desde luego, insoluble. Al lado del estudio del marxismo-leninismo, la dirección de partido debe organizar también el del arte militar, el estudio de las lecciones de las diversas insurrecciones, principalmente las de Rusia, Alemania y China. Este estudio puede hacerse en los

círculos, en las escuelas (legales, semilegales o ilegales, según las circunstancias) consignando las lecciones de la lucha armada del proletariado en las publicaciones del partido, estudiando el arte militar en la práctica (envío de camaradas al ejército), formando organizaciones militares legales e ilegales (Frente rojo, en Alemania; Asociación revolucionaria de antiguos combatientes, en Francia).

El conocimiento de la teoría no basta, naturalmente, para formar dirigentes militares experimentados para los destacamentos de la guardia roja. Sin embargo, es esa la condición primera a la que no debemos renunciar." (Idem. págs. 174-175).

Finalmente, ilustra y advierte sobre las tareas de la insurrección y el camino que generalmente toma la guerra luego de una insurrección triunfante:

"La insurrección armada, al perseguir la destrucción del aparato gubernamental y la toma poder por el proletariado, adquiere la forma de lucha armada implacable entre la fracción militarmente organizada del proletariado y de sus aliados y la fuerza militar de las clases dominantes. En el primer período de esta guerra si declarada, la lucha se desarrollará principalmente en las ciudades, es decir, revestirá la forma combates de calle, diferenciándose, por otra parte, por su carácter y por su duración según las circunstancias. Del resultado del combate en ese período y de la rapidez con que el proletariado logre poner en pie un número suficiente de unidades aptas para el combate de su ejército rojo dependerá en una amplia medida el resultado de la lucha por la consolidación y extensión territorial de la revolución. Más tarde, cuando el poder esté sólidamente tomado por el proletariado, en las principales regiones económicas y políticas (las capitales los grandes centros económicos), la lucha armada tomará principalmente un carácter de guerra de campo abierto entre ejército rojo regular y los restos de la contrarrevolución indígena, o de la intervención extranjera." (Idem. pág. 189).

LA II GUERRA MUNDIAL

La segunda guerra mundial fue un hecho de importancia decisiva en la historia de la humanidad y en la historia de las guerras. Por primera vez en la historia universal se presentó una conflagración que involucró a la inmensa mayoría de los hombres del planeta poniendo de relieve, en escala ampliada, el hecho de que el imperialismo es la guerra; igualmente, en escala sin precedentes en la historia de la guerra puso de manifiesto la invencibilidad de la guerra popular.

La segunda guerra mundial fue en realidad la primera guerra internacional del proletariado; ya Marx, Engels y Lenin habían advertido de esta posibilidad cuando sostuvieron que el triunfo definitivo del proletariado no sería posible sin una serie de guerras, e incluso sin una serie de guerras internacionales:

Engels en su carta del 12 de septiembre de 1882 a Kautsky dice: *"Una cosa es segura: el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún pueblo extranjero sin comprometer su propia victoria. Bien entendido, esto no excluye, en absoluto, las guerras defensivas de diverso género"* (Obras Escogidas en I Tomo, pág. 713).

Los hechos de Europa del 48 al 50 dejan claro que *"toda reforma social no será más que una utopía mientras*



Cartel sobre el reclutamiento de voluntarios para el Ejército Rojo

la revolución proletaria y la contrarrevolución feudal no midan sus armas en una guerra mundial” (C. Marx, Trabajo Asalariado y Capital, Idem. pág. 69).

Lenin en “El Programa Militar de la Revolución Proletaria” de septiembre de 1916 refiriéndose a los errores de los conciliadores (Kautsky, Trotsky y Cía.) con los socialimperialistas señala: “... el socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las guerras en general. Al contrario, las presupone. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. No puede ser de otro modo bajo el régimen de producción de mercancías. De aquí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Triunfará en uno o en varios países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto no sólo habrá de provocar rozamientos, sino incluso la tendencia directa de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar de la burguesía a los otros pueblos. Engels tenía completa razón cuando, en su carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, reconocía directamente la posibilidad de ‘guerras defensivas’ del socialismo ya triunfante. Se refería precisamente a la defensa del proletariado triunfante contra la burguesía de los demás países”. (Marx Engels Marxismo ELE Pekín, pág. 411).

La segunda guerra mundial se proponía en verdad acabar con el Estado socialista, y se convirtió en una guerra defensiva del proletariado en la cual arrebató al imperialismo la mitad de Europa. La Internacional equivocó su análisis al considerar el carácter de la guerra, y a pesar de que actuó correctamente al buscar una alianza con las fuerzas

antifascistas y al derrocar a la burguesía en los países ocupados por las tropas fascistas, no lo hizo al disolver la organización internacional del proletariado.

Ya desde 1936, en lo que se conoce como la guerra civil en España, se puso en evidencia las pretensiones del imperialismo de aplastar el movimiento obrero y de acabar con el campo socialista. La insurrección fascista en España con Franco a la cabeza y la intervención sanguinaria de Alemania e Italia contra el proletariado con la anuencia de los imperialistas ingleses, franceses y norteamericanos no dejaban dudas de ello. La política de no intervención promovida por los imperialistas y aceptada inicialmente por la Unión Soviética se constituyó en el hecho que alentó a Hitler y sus secuaces a avanzar en sus sueños de dominar el mundo. En España los fascistas y, especialmente los alemanes, probaron sus nuevas armas y constataron las intenciones de sus oponentes, tanto de sus competidores imperialistas como del proletariado internacional. El proletariado se equivocó al no intervenir desde el principio mismo, con lo cual hubiera amarrado las manos de los fascistas y muy posiblemente hubiera impedido la segunda guerra mundial.

Fueron los imperialistas norteamericanos quienes financiaron la máquina de guerra fascista en los tiempos de “paz” a pesar de las prohibiciones establecidas desde la primera guerra, la burguesía alemana supo mantener durante varios años la industria de guerra en el anonimato hasta la subida de Hitler quien desafió abiertamente a los gobiernos de Europa y Estados Unidos, mostrando su arsenal y causándoles pánico con su aviación y sus tanques. No había sido derrotado aún el proletariado en España cuando Hitler inicia su campaña por apoderarse de Europa; sin disparar un tiro, consigue la anexión de Austria, el desmembramiento de Checoslovaquia y cuando se siente lo suficientemente fuerte y ha constatado la cobardía de sus congéneres imperialistas, invade Polonia y Francia para dar suelta a su avezado plan de destruir el régimen soviético.

Al pánico que se observa en todas las declaraciones y “maniobras” diplomáticas de los gobernantes de la época se añade su odio visceral al proletariado y su deseo morboso, compartido por toda la burguesía del orbe, de matar el comunismo “en su cuna”, como diría Churchill; de ahí su permiso para exterminar el proletariado revolucionario en España, de ahí su afán de inducir a Hitler a comenzar la invasión contra Rusia y su negativa a una alianza con la Unión Soviética. Aun cuando las tropas alemanas invaden Francia y se hace evidente que las aspiraciones de los banqueros y monopolistas alemanes van más allá de acabar con el comunismo, los imperialistas ingleses y estadounidenses, se niegan a participar decididamente en la guerra, pues confían, en el fondo (sobre todo los norteamericanos), que los ejércitos alemanes de todas formas tendrán que invadir la Unión Soviética y que detrás de los países beligerantes, de su economía maltrecha y de sus tropas gastadas y agotadas por la guerra, les espera a ellos el gran festín.

Es un hecho que Inglaterra y Estados Unidos aplazaban su participación en la guerra; especialmente Estados Unidos calculaba aparecer en la guerra cuando los combatientes estuvieran agotados, sus aspiraciones de mandamás se dejan ver desde el principio mismo cuando se inmiscuye en los asuntos internos de Francia e Inglaterra, pretendiendo hacer lo propio con Rusia que jamás se lo permitió. Por la correspondencia secreta se sabe que Roosevelt insiste varias

veces en que el gobierno soviético le conceda autorización a las fuerzas norteamericanas para inspeccionar y conseguir los planos de los aeródromos y bases estratégicas con el pretexto de ayudar a prevenir una posible acción japonesa por oriente. La contestación de Stalin es tajante y pone al descubierto los oscuros intereses de los imperialistas americanos: *"Su propuesta de que el general Bradley inspeccione los objetivos militares rusos en el Lejano Oriente y en otros lugares de la URSS me ha producido sorpresa. Debería ser perfectamente claro que los objetivos militares rusos únicamente pueden ser inspeccionados por rusos, al igual que los objetivos militares americanos sólo pueden ser inspeccionados por americanos. En esta cuestión no debería existir ninguna obscuridad"*. (W. Churchill. «La Segunda Guerra Mundial». Y J. Stalin. "Correspondencia Secreta de Stalin con Churchill, Attlee, Roosevelt y Truman 1941-1945". Edit. Grijalbo. Pág. 373).

Sólo mucho después que las tropas de Mussolini invaden en 1935 Abisinia (hoy Etiopía y en esa época colonia de Inglaterra), de que los miembros del "Pacto de Acero" (Alemania, Italia y España) invaden España en 1936, de que Japón invade China en 1937, de que Alemania invade Austria en 1938 y Polonia en 1939, se produce la declaración de guerra anglo-francesa y sólo después que la flota naval norteamericana es bombardeada en Pear Harbor por Japón en 1940, Estados Unidos decide declarar la guerra y se formaliza la alianza antifascista con la Unión Soviética. Pese a la formalidad de las declaraciones de guerra al fascismo y a las altisonantes palabras de apoyo mutuo, los imperialistas americanos, ingleses y franceses se negaron a crear un segundo frente de guerra en Europa hasta que se dieron cuenta que el Ejército Rojo amenazaba no sólo con aniquilar las tropas alemanas que eran obligadas a retirarse derrotadas en una guerra sin precedentes, sino que además, el prestigio moral y político de aquel ejército de obreros y campesinos alentaba la instauración de las repúblicas democráticas populares por doquier pasaba. Los cálculos mezquinos de los imperialistas se venían a pique envueltos en la ira de millones de obreros, campesinos e intelectuales que castigaban a sus burguesías cobardes y aceptaban la dirección del proletariado revolucionario. El desembarco de las "tropas aliadas" (norteamericanas e inglesas con otras) en Normandía en 1944, lejos de ser una amenaza contra las hordas fascistas, a pesar de que contribuyeron a su derrota, era una medida preventiva para impedir que el poder rojo se extendiera en toda Europa.

Durante casi todo el transcurso de la guerra el proletariado soviético y los pueblos de los países invadidos fueron quienes soportaron el peso total de la guerra, y por tanto, fue un error disolver la internacional: con ello no se facilitó, como creía Stalin y los dirigentes de la Internacional, la unidad de las fuerzas antifascistas; como tampoco se desenmascaraba como se creyó *"la falacia de los hitleristas de que Moscú trata de intervenir en la vida de otras naciones y bolchevizarlas"* (Stalin. Respuesta a la carta de Harold King en mayo del 43. En José Stalin La Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. Pág. 163) y por el contrario, se debilitó la unidad internacional del proletariado, combatiente de pri-



mera fila en la guerra imperialista; igualmente era erróneo el argumento de que con la disolución se *"desenmascara la calumnia de los adversarios del comunismo en el seno del movimiento obrero, de que los partidos comunistas de varios países actúan no en interés de su pueblo sino bajo órdenes del extranjero"* (Idem).

Como hemos visto, los imperialistas angloamericanos todo el tiempo estuvieron esperando que las fuerzas del proletariado fueran destrozadas, y sólo en junio de 1944, cuando ya las tropas fascistas habían sido derrotadas y se encontraban a la defensiva estratégica, diez meses antes de su aniquilamiento definitivo, abren el segundo frente en Europa; a ello se agrega las acciones de sabotaje a la resistencia en los países invadidos y la entrega, en cantidad de casos, de los mejores combatientes comunistas a las SS y la Gestapo hitlerianas por parte de los espías ingleses, americanos y franceses. Esto sin embargo, no quiere decir que haya sido incorrecta la actuación de Stalin en cuanto a buscar una alianza con todas las fuerzas antifascistas; pero para lograr tal alianza no debía disolverse la organización internacional de la clase obrera. Es, guardando las proporciones, disolver el partido del proletariado en un país en aras de una alianza temporal con un sector de su burguesía.

Desde el punto de vista militar, incluso los imperialistas tienen que reconocer la sagacidad, la capacidad y la heroicidad del proletariado dirigido por Stalin. Desde 1941 hasta mayo de 1945 el proletariado soviético sostuvo la mayor proeza guerrera de la historia. Creó un poderoso ejército regular que, apoyado por todo el pueblo, fue capaz de derrotar las tropas más carniceras y asesinas que se hayan conocido hasta ahora. Hombres, mujeres y niños levantados en pie de guerra garantizaron para el Ejército Rojo no sólo los medios materiales bélicos más modernos, los alimentos, ropa y reservas para hacer frente a la aviación, los tanques y hordas fascistas, sino que además, en un hecho sin precedentes también, trasladaron a la retaguardia segura toda la industria de las regiones ocupadas, en donde cientos de miles de combatientes, en audaces acciones guerrilleras, no dieron respiro al invasor.

La segunda guerra mundial demostró el carácter pusilánime de la burguesía y los terratenientes y la capacidad creadora de las masas que por iniciativa propia y de los mejores hijos de la clase obrera desplegaron, como nunca se haya visto, una poderosa guerra de guerrillas acompañada de los levantamientos armados en masa en todos los países invadidos, sin los cuales el Ejército Rojo no hubiera podido derrotar y aniquilar a las tropas fascistas. Más de un millón de combatientes sumaban los destacamentos guerrilleros y partisanos que con sus acciones a todo lo largo y ancho del frente y en las líneas de comunicación no dieron respiro a los invasores. La omnipotencia de la guerra popular, de la guerra de las masas conscientes que saben por qué luchan, demostró nuevamente su invencibilidad.

Los resultados finales de la guerra que se proponía aplastar al proletariado y "matar en su cuna al comunismo" hablan por sí solos: en Asia el pueblo chino, bajo la dirección del proletariado, logra expulsar a los invasores japoneses, otro tanto hicieron los pueblos de Vietnam y Corea; en Europa, Yugoslavia, Albania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Alemania Oriental logran para el proletariado la conquista de la dirección de la sociedad. Al inicio de la guerra imperialista sólo existía un Estado socialista, al final, emerge de sus cenizas y sus horrores, el campo socialista.

MAO TSE-TUNG

Todo el arsenal teórico, producto de más de un siglo de experimentación de la Guerra Popular es desarrollado genialmente por Mao Tse-tung en sus diversos artículos que hoy día se constituyen en guía obligada de los partidos proletarios, no solo en los países oprimidos sino también en las ciudadelas imperialistas. El arte de la guerra popular se ha convertido así en una doctrina armónica, completa e invencible que sólo puede ser aplicada por el proletariado revolucionario porque tiene como médula la movilización de las masas para la guerra y su participación consciente en ella.

Desde 1928 hasta 1949 Mao Tse-tung dirige al pueblo chino durante las tres guerras que tuvieron lugar en este lapso de tiempo. Sus trabajos teóricos tienen además el gran valor de ser extraídos de la experiencia de la guerra misma y tienen una gran importancia en el desarrollo de la teoría militar del proletariado.

La línea militar de la revolución en China y en general toda la teoría de la guerra popular surgida de su práctica es, sobre todo, el producto de grandes derrotas estratégicas de la revolución, una de las cuales casi acaba con el Partido. Por eso la línea de la guerra popular surgió en lucha y todos los trabajos de Mao son hechos en medio de tremendas confrontaciones contra el dogmatismo y el subjetivismo en la guerra.

Mao Tse-tung concede especial importancia al asunto de cómo aprender a desarrollar la guerra, cómo se aprende el arte militar y cuál es el método de un partido obrero para dirigir la guerra con acierto, desarrollando la teoría materialista del conocimiento aplicado al arte de la guerra:

"Ese método es conocer a fondo todos los aspectos de situación del enemigo y la nuestra, descubrir las leyes que rigen las acciones de ambos lados y aplicarlas a nuestras propias acciones..."

... Aquí la clave es conseguir que lo subjetivo concuerde bien con lo objetivo... Las leyes de la guerra, como las de todos los demás fenómenos, son el reflejo de la realidad objetiva en nuestra conciencia" (Selección de Escritos Militares, págs. 91-95).

"El proceso de conocimiento de una situación no sólo tiene lugar antes, sino también después de la formulación del plan militar. Desde el momento en que el plan se lleva a la práctica hasta el fin del combate, media otro proceso de conocimiento de la situación, es decir, el proceso de aplicación del plan. Es aquí donde surge la necesidad de comprobar de nuevo si el plan trazado en el proceso anterior corresponde a la situación real. Si el plan no corresponde a la realidad o no corresponde plenamente, es necesario, a luz de los nuevos datos, formar un nuevo juicio, tomar una nueva decisión y modificar el plan inicial con vistas a hacer que corresponda a la nueva situación. Ocurre que, en casi todas las operaciones, el plan es rectificado parcialmente y, a veces, incluso por completo." (Idem. págs. 93-94).

"Leer es aprender; aplicar también es aprender, y es una forma más importante de aprender. Nuestro método principal consiste en aprender a combatir en el curso mismo de la guerra" (Idem. Págs. 94-95).

"Todas las leyes o teorías militares que tienen un carácter de principio, son las experiencias de las guerras pasadas, sintetizada por nuestros antecesores o nuestros contemporáneos. Debemos estudiar con seriedad estas lecciones pagadas al precio de sangre, que nos han legado las guerras pasadas. Esta es una tarea. Pero hay otra: comprobar con nuestra propia experiencia las conclusiones así extraídas, asimilo lo útil y agregar lo que nos es específicamente propio. Cumplir esta última tarea es sumamente importante, pues de otro modo no podemos dirigir una guerra." (Idem. pág. 94).

La Guerra Popular en China, como en cualquier guerra defensiva que se proponga derrotar un enemigo más fuerte, tenía tres etapas estratégicas bien diferenciadas: la defensiva estratégica, o la etapa de acumulación de fuerzas por parte de la parte más débil, donde el enemigo estará a la ofensiva estratégica; el equilibrio estratégico, o la etapa en que las fuerzas más débiles alcanzan, si han obrado con acierto, una igualdad de fuerzas con el adversario; y la etapa de ofensiva estratégica donde las fuerzas más débiles se proponen derrotar estratégicamente al adversario y éste pasa a la defensiva estratégica.

Así las cosas, la clave consistía en descubrir las leyes particulares derivadas del carácter prolongado de la guerra en China, en razón sus características:

- Un vasto territorio que facilitaba grandes operaciones en el campo y por tanto se contaba con un enorme teatro de guerra.
- Un desarrollo desigual tanto económico como político: China era en los años 20 un país semicolonial y semifeudal donde la inmensa mayoría de la población, varios cientos de millones, era campesina sometida a los señores y mandarines feudales, la clase obrera era una ínfima minoría, alrededor de 2 millones, que vivía hacinada en los tugurios de unas cuantas grandes ciudades, lo cual no quería decir que debía renunciar a luchar como clase independiente, con sus propias organizaciones y sus métodos, y con mayor razón a tomar la dirección estratégica de la guerra.

- No existía un Estado centralizado, no existía un Estado burgués, las masas no conocían la palabra democracia y, mucho menos el voto o el derecho de huelga o movilización.
- La tarea central de la guerra era derribar a los señores feudales y a los burgueses aliados de los imperialistas y desarrollar la revolución agraria. De esta particularidad se derivaba el que el campo fuera el escenario principal de la guerra. Es decir, la guerra popular en China era una guerra campesina.
- A todo ello se agregaba dos hechos importantes: El primero, el que en China, en razón de que no existía un Estado centralizado, su territorio se encontraba dividido, donde existía aparentemente un poder central que contaba con un poderoso ejército dirigido por la gran burguesía, y una gran cantidad de caudillos militares que ejercían el poder local a través de sus ejércitos, estos ejércitos reaccionarios protagonizaban constantes guerras entre sí, lo que permitió la existencia de Bases de Apoyo, donde las masas dirigidas por el Partido Comunista ejercían el poder desde 1928 como producto de un repliegue estratégico del proletariado luego de varias insurrecciones en algunas ciudades.

El segundo, el que todas las clases en China tenían sus propios ejércitos y controlaban territorios y resolvían las contradicciones por medio de las armas; esto hizo que la forma principal de la lucha de clases fuera la lucha armada desde principios del siglo XX y el ejército se convirtiera en la forma principal de organización de las masas.

Con base en esto, las tres etapas de la guerra prolongada en China tenían unas características especiales. En la etapa de defensiva estratégica la forma principal de lucha era la guerra de movimientos, complementada con la guerra de guerrillas y la guerra de posiciones jugaba un papel auxiliar. En la etapa de equilibrio estratégico la forma principal de lucha era la guerra de guerrillas y la guerra de movimientos jugaba un papel secundario. En la etapa de contraofensiva estratégica la forma principal de lucha era la guerra de movimientos, la guerra de posiciones jugaba un papel secundario y la guerra de guerrillas un papel auxiliar.

El carácter prolongado de la guerra popular y el enfrentamiento entre una débil fuerza de la clase obrera y poderosos ejércitos de las clases reaccionarias determinó a su vez que las campañas de "cerco y aniquilamiento" y las contracampañas se convirtieran en la forma principal de la guerra en China.

En estas campañas se emplean, como en todas las guerras, dos formas de lucha: la ofensiva y la defensiva; con la particularidad de que allí se repiten alternándose durante un largo período: "En cada campaña, la alternación de las formas de combate consiste en una primera etapa, en que el enemigo opone su ofensiva a nuestra defensiva y nosotros nuestra defensiva a su ofensiva, y una segunda etapa, en que

el enemigo opone su defensiva a nuestra ofensiva y nosotros nuestra ofensiva a su defensiva" (Idem, pág. 107).

Pero la repetición alternada no es una repetición mecánica, sino que en cada nueva campaña y contracampaña de "cerco y aniquilamiento", a pesar de los altibajos "... las operaciones ganan en amplitud, la situación de hace más compleja y la lucha más encarnizada" (Idem, pág. 107). Esto se constituye en una ley particular de la guerra popular prolongada.

Las campañas de cerco y aniquilamiento y las contracampañas se mantienen hasta tanto las fuerzas populares no adquieran la superioridad. "Entonces, nosotros organizaremos campañas de cerco y aniquilamiento contra el enemigo, y éste recurrirá a las contracampañas." (pág. 111).

Mao resuelve los asuntos particulares concernientes a la etapa de defensiva estratégica detallando los pasos a seguir en cada campaña de cerco y aniquilamiento del enemigo así: 1. la defensiva; 2. la preparación de una contracampaña; 3. la retirada estratégica; 4. la contraofensiva estratégica; 5. la iniciación de la contraofensiva; 6. la concentración de las



fuerzas; 7. la guerra de movimientos; 8. la guerra de decisión rápida; 9. la guerra de aniquilamiento.

Se pronuncia por la defensa activa en oposición a la defensa pasiva como único medio de conservar las propias fuerzas y aniquilar las del enemigo:

"La defensa activa se denomina también defensiva ofensiva o defensa por combates decisivos... Sólo la defensa activa es una defensa verdadera, efectuada con el objetivo de pasar a la contraofensiva y a la ofensiva." (pág. 113).

Los preparativos de una contracampaña son necesarios para no perder la iniciativa en la guerra y quedar reducidos a la defensa pasiva; ellos deben contemplar principalmente la retirada del Ejército Rojo y la movilización política de las masas.

La preparación de la retirada del ejército consiste en elegir las zonas de operaciones para acumular los medios materiales, para engrosar sus filas y para adiestrar a los soldados.

Mao consideraba la movilización política de las masas para la guerra como un "problema de primera importancia". Insiste en que a los combatientes del ejército y a la

población se les debe decir clara, decidida y detalladamente que la ofensiva del enemigo es inevitable e inminente y que causará daños graves al pueblo; así mismo que se le debe mostrar a las masas las ventajas del ejército rojo y las debilidades del enemigo.

"Excepción hecha de los secretos militares, la movilización política debe realizarse abiertamente y extenderse en la medida de lo posible a todos los que puedan defender los intereses de la revolución." (pág. 117).

Clarifica el sentido de la retirada estratégica como necesidad del ejército más débil para inducir al enemigo a cometer errores, llevar al enemigo a pelear en territorio desfavorable para él, desmoralizarlo y cansarlo para lanzar la contraofensiva y aniquilarlo.

"La retirada estratégica es una medida estratégica planificada que adopta un ejército inferior en fuerza, cuando estima no poder aplastar rápidamente la ofensiva de un adversario más poderoso, con el fin de conservar sus fuerzas y esperar el momento oportuno para derrotar al enemigo" (pág. 118).

Precisa que la contraofensiva sólo se debe lanzar cuando se hayan cumplido algunas condiciones entre las cuales la más importante es el apoyo de la población, la cual permite crear o saber otras condiciones como descubrir los puntos débiles del enemigo, inducirlo a cometer errores, saber si se encuentra cansado y desmoralizado, etc.

"Sólo una batalla decisiva puede solucionar el problema de quién es el vencedor y quien el vencido. He aquí la tarea en la fase de la contraofensiva estratégica. La contraofensiva es un largo proceso; es la fase más dramática y más dinámica de una campaña defensiva; es también su fase final. Por defensa activa se entiende, principalmente, esta contraofensiva estratégica de carácter decisivo." (Pág. 132).

Las particularidades de la contraofensiva consistían básicamente en tres asuntos concernientes a la primera batalla, la cual era decisiva para el aplastamiento de la campaña de cerco y aniquilamiento; el plan particular de la primera batalla y las batallas sucesivas y los preparativos de la siguiente fase estratégica.

"En primer lugar, es necesario ganar la primera batalla. Solo debemos emprender la lucha cuando la situación del enemigo, el terreno, el apoyo popular y otras condiciones son completamente favorables para nosotros y desfavorables para el enemigo y cuando estamos absolutamente seguros de poder vencer. De lo contrario es preferible retroceder, actuar con cautela y esperar la ocasión. Semejante ocasión se presentará tarde o temprano; no debemos aceptar el combate en forma precipitada..."

En segundo lugar, el plan para la primera batalla tiene que ser el prelude, parte orgánica del plan de toda la campaña. Sin un buen plan para toda la campaña es absolutamente imposible sostener con verdadero éxito la primera batalla. Es decir, aunque se logre la victoria en la primera batalla, si ésta perjudica a la campaña en su conjunto en lugar de beneficiarla, la victoria en dicha batalla sólo puede ser considerada como derrota... Por lo tanto, antes de dar la primera batalla, debemos examinar en líneas generales, cómo se sostendrán la segunda, la tercera, la cuarta y hasta la última, y qué cambios se producirán en la situación general del enemigo después de cada una de nuestras victorias o de cada uno de nuestros fracasos...

En tercer lugar, también es preciso considerar cómo

operar en la siguiente fase estratégica." (págs. 140-142).

En cuanto a la concentración de las fuerzas y su relación con la guerra de movimientos, la guerra de decisión rápida y la guerra de aniquilamiento enfatiza en que lo decisivo es concentrar una fuerza superior para ganar la iniciativa y derrotar al enemigo por partes sin lo cual no es posible su aniquilamiento, por tanto *"...debemos emplear nuestro ejército, sea cual fuere su fuerza numérica, en una sola dirección principal en un momento determinado... Nuestra estrategia es 'enfrentar uno a diez', y nuestra táctica es 'enfrentar diez a uno'"*. (pág. 145- 146).

Esta concentración de las fuerzas no implica el abandono de la guerra de guerrillas o la no utilización de fuerzas del ejército para operaciones en direcciones secundarias, la concentración de las fuerzas se refiere a garantizar la superioridad en el campo de batalla.

El hecho de tener que desarrollar la guerra de movimientos y no guerra de posiciones ocasiona que las bases de apoyo en la etapa de defensiva estratégica sean inestables y le otorga al ejército popular la característica de un ejército guerrillero.

Sin embargo *"... no rechazamos la guerra de posiciones allí donde es necesaria y posible. Tenemos que reconocer la necesidad de recurrir a la guerra de posiciones cuando, en un período de defensiva estratégica, defendemos con empeñamiento algunos puntos clave con miras a contener al enemigo, y cuando nos vemos frente a una fuerza enemiga aislada y privada de toda ayuda durante nuestra ofensiva estratégica."* (Pág. 152).

Así mismo, el carácter guerrillero del ejército (su descentralización, falta de uniformidad, ausencia de disciplina estricta, etc.) debe superarse gradualmente. *"A medida que el Ejército Rojo alcanza una etapa superior, debe des- embarazarse de todo ello gradual y conscientemente, para hacerse más centralizado, más disciplinado, más cuidadoso y concienzudo en su trabajo; en una palabra, más regular en su carácter."* (Pág. 153-154).

Mao aplica los principios generales de la guerra y de la insurrección cuando analiza la necesidad de campañas y combates de decisión rápida en la guerra prolongada:

"La guerra estratégicamente prolongada y las campañas o combates de decisión rápida son dos aspectos de una sola y misma cosa, dos principios que se deben subrayar igual y simultáneamente en la guerra civil y que también son aplicables a la guerra antiimperialista." (pág. 155).

La decisión rápida en las campañas y combates de la guerra prolongada exige tener en cuenta: - lanzarse a la ofensiva con decisión en el momento oportuno; - concentrar fuerzas superiores; - cercar y realizar movimientos envolventes; - elegir el terreno favorable y atacar a las fuerzas enemigas cuando están en marcha o no se han organizado.

"En una guerra contra un enemigo poderoso, las operaciones encaminadas sólo a derrotar al enemigo no pueden decidir rápidamente el desenlace de la guerra. En cambio, una batalla de aniquilamiento produce de inmediato un gran impacto sobre el enemigo, sea cual fuere. En una riña es mejor cortarle un dedo al adversario antes que herirle en los diez; en una guerra, es mejor aniquilar una división enemiga que derrotar a diez." (Pág. 159).

A pesar de que en la guerra popular prolongada lo principal es la guerra regular y lo secundario es la guerra de

guerrillas Mao eleva a nivel de sistema la lucha guerrillera en la guerra contra el Japón y demuestra que en las condiciones de China esta forma de lucha tiene un carácter estratégico, dado el teatro de operaciones, la vastedad del territorio y la superioridad del enemigo, que hace necesario realizar operaciones no solo en las líneas interiores para apoyar las campañas del ejército regular sino, también, en operaciones independientes en su retaguardia, donde las guerrillas operan sin ella.

Combatiendo las ideas del guerrillerismo errante, consistente en solo realizar escaramuzas y propinar bajas al enemigo sin plantearse su aniquilamiento y olvidando las tareas políticas y la vinculación de las masas al esfuerzo de guerra Mao plantea que las zonas de operaciones guerrilleras deben sostener las bases de apoyo donde el enemigo las haya ocupado y transformar en bases de apoyo las nuevas zonas de operaciones.

"Estas zonas guerrilleras se transformarán en bases de apoyo cuando hayan pasado por el proceso necesario de la guerra de guerrillas, es decir, cuando en ellas se haya aniquilado o derrotado a una gran cantidad de tropas enemigas y destruido el régimen títere; cuando hayan sido puestas en actividad las masas, formadas las organizaciones populares antijaponesas, desarrolladas las fuerzas armadas del pueblo y establecido el Poder antijaponés". (Pág. 187).

Igualmente, plantea que las fuerzas guerrilleras se deben transformar con el tiempo en fuerzas regulares y con ello, la guerra de guerrillas en guerra de movimientos.

En cuanto al ejército, Mao retomando la experiencia del Ejército Rojo en Rusia, que una vez derrotó a los ejércitos blancos, se transformó en un "ejército de trabajo", subvirtió los conceptos que hasta el momento existían sobre esta máquina de fuerza cuando planteó que éste no debía convertirse en una carga para las masas. Así, el ejército popular se convirtió en una forma elevada de organización de las masas, en un destacamento altamente disciplinado que combatía, producía, hacía propaganda entre las masas y las organizaba. Planteó además la necesidad de establecer la democracia tanto económica como política y militar en el ejército.

El Movimiento Revolucionario Internacionalista

En sus distintas declaraciones el movimiento marxista leninista maoísta internacional, desde 1980 (I Conferencia Internacional), posteriormente en 1984 (II Conferencia que dio vida al MRI) hasta ahora, se ha mantenido y ha desarrollado, sobre todo en el Perú y Nepal, las bases sentadas por nuestros maestros acerca de la guerra popular.

En el documento *Principios fundamentales para la unidad de los marxistas-leninistas y para la línea del Movimiento Comunista Internacional*, preparatorio a la primera conferencia, se establece el principio de la violencia revolucionaria como la partera de la historia, destacando el papel de la lucha armada y de la guerra popular para la conquista del poder:

"(163) La transformación revolucionaria de la sociedad no es realizable sin el derrocamiento armado del poder del Estado reaccionario. Teniendo en cuenta las condiciones particulares en los diferentes países y haciendo un análisis concreto, los comunistas de todas partes deben ba-

sarse en (y aplicar) el principio fundamental que Mao Tse-tung ha expresado en forma concentrada cuando dice: 'La tarea central y la forma más alta de toda revolución es la toma del poder por medio de la lucha armada, es decir, la solución del problema por medio de la guerra. Este revolucionario principio marxista-leninista tiene validez universal, tanto en China como en los demás países'." (Hacia la Internacional Comunista de Nuevo Tipo: viva el marxismo leninismo maoísmo pág. 89).

Combatiendo la idea "izquierdista" señala en el aparte (164) que la lucha armada de las masas no es siempre la forma principal de lucha, pero a la vez no deja cabida al derecho pacifista advirtiendo que los comunistas deben desarrollar su trabajo con las miras puestas en la lucha armada de las masas: *"... deben estudiar las leyes de la guerra revolucionaria, hacer un balance de las experiencias y estudiar las condiciones concretas teniendo en vista el objetivo de la lucha armada de masas."*

Diferenciándose abiertamente del "izquierdismo" que pretende reemplazar a las masas en la guerra, o que cree que las masas pueden ser atraídas a desarrollar la guerra popular por las acciones de los héroes aislados de ellas, traza las tareas de los comunistas revolucionarios tanto entre las masas en general como entre las fuerzas armadas enemigas:

"(165) Además, aunque la lucha armada por el poder tomará diferentes formas y pasará por diferentes etapas según las distintas condiciones de cada país, debe estar caracterizada en todos los casos por la participación y movilización de las amplias masas bajo la dirección del proletariado y de su partido y apoyarse en ellas. El partido debe tomar en sus manos la tarea de impulsar la creación y la dirección de sus propias fuerzas armadas populares de masas, siendo éste el aspecto principal para realizar una guerra revolucionaria —y debe, así mismo, efectuar un trabajo político en el seno de las fuerzas armadas reaccionarias a fin de desintegrarlas y de ganar tantos soldados como sea posible en el curso de la lucha revolucionaria— guiando la lucha armada de masas hasta la victoria final. En fin, el partido debe jugar el rol dirigente para que la guerra revolucionaria sea verdaderamente y cada vez más una guerra de masas, en el curso de la cual éstas reciban una formación ideológica y política, y sobre esta base, organizativa, y se preparen para ejercer el poder político..." (Idem).

Explica las diversas condiciones que pueden presentarse en los distintos países, señala una orientación general de acuerdo a los dos tipos de países (imperialistas y oprimidos) y sobre estos últimos concluye:

"(215) Para resumir, es mediante un análisis concreto de las condiciones, mediante el estudio y evaluación de la experiencia adquirida que es necesario determinar si, y bajo qué condiciones, la lucha armada debe progresar de los campos a las ciudades, o en el sentido contrario. Pero en todos los casos el partido proletario debe cumplir sus tareas y desarrollar la lucha de las masas con miras al objetivo concreto de poder emprender la lucha armada en tanto que forma principal de lucha, tan pronto como esto sea posible; el partido debe dar una gran importancia al trabajo revolucionario y al papel de la lucha armada en el campo, aún en el caso en que sea correcto centrar la actividad revolucionaria en las ciudades; el partido debe prepararse para conducir una lucha armada compleja y prolongada y debe estar listo a hacer frente a ataques inesperados de parte de los

reaccionarios, incluyendo una intervención militar de los imperialistas; y lo que debe guiar al partido fundamentalmente, lo que debe aplicar constantemente es el principio de comprometer en la lucha armada, bajo su dirección, a las amplias masas, movilizarlas y apoyarse en ellas, y el hecho que la guerra revolucionaria debe verdaderamente ser una guerra de masas mismas, en el curso de la cual se preparen a ejercer el poder político bajo todos estos aspectos una vez que haya sido ganado por su lucha armada." (Idem pág. 104).

En la declaración de la Conferencia que conocemos como la Declaración de Otoño: *A los marxistas-leninistas, a los Obreros y a los Oprimidos de Todos los Países*, se resumen en unos cuantos párrafos estas conclusiones, señalando la importancia de estudiar las enseñanzas de Mao sobre la guerra popular prolongada para los países oprimidos, las cuales se han pretendido negar por parte de los revisionistas.

Las declaraciones del 84 y del 93 definen el rumbo general que la guerra popular adquiere tanto en los países imperialistas como en los países oprimidos y ratifican la importancia de la teoría de Mao Tse-tung sobre la guerra popular prolongada para los países oprimidos.

En la declaración del 84 se dice que: "La teoría desarrollada por Mao Tse-tung en los largos años de la guerra revolucionaria en China sigue siendo el punto de referencia para elaborar la estrategia y tácticas revolucionarias en los países coloniales, semi (o neo) coloniales." (Declaración del Movimiento Revolucionario Internacionalista Pág. 35) Haciendo así una concesión al dogmatismo y al subjetivismo en la guerra, toda vez que se invierte la relación entre la teoría como guía obligada y la realidad como centro o referencia; esta visión estrecha ocasiona el que algunas organizaciones

comunistas revolucionarias interpreten como suficiente la experiencia de China, y pretendan resolver los problemas de países y sociedades concretas con la fórmula de rodear las ciudades desde el campo en todos los países oprimidos, tal como lo han expuesto en Colombia el Grupo Comunista Revolucionario (GCR) y la Organización Comunista de Colombia / mlm (OCC/mlm).

A pesar de esta concesión al dogmatismo, más adelante se mira el problema de la guerra popular en los países oprimidos con los ojos del proletariado revolucionario y del marxismo leninismo maoísmo creador y revolucionario, observando los cambios que han ocurrido y abriendo las puertas a interpretar la realidad de países como Colombia donde se ha impuesto el capitalismo:

"El peso relativo de las ciudades en relación al campo, tanto política como militarmente, es una cuestión sumamente importante que plantea el creciente desarrollo capitalista de algunos países oprimidos. En algunos de estos países es correcto iniciar la lucha armada con insurrecciones en la ciudad, y no siguiendo el modelo de cercar las ciudades desde el campo. Además, incluso en los países donde la vía de la revolución es la de rodear las ciudades desde el campo, pueden ocurrir situaciones en las que un levantamiento de masas conduce a sublevaciones e insurrecciones en las ciudades, y el partido debe estar preparado para aprovechar tales situaciones como parte de su estrategia de conjunto. Sin embargo en ambas situaciones, para que la revolución tenga éxito es crítico que el partido sea capaz de movilizar a los campesinos a participar en la revolución bajo el liderazgo proletario." (Idem. Pág. 42).

Las ideas contradictorias expresadas en las declaraciones indican la lucha entre líneas existentes en el seno de los marxistas leninistas maoístas y el Movimiento Revolucionario Internacionalista donde la línea marxista enfrenta una línea dogmática que desconoce los cambios sufridos en los distintos países oprimidos y por consiguiente, pretende trasladar la experiencia de la guerra popular china; ignora por completo la existencia de países oprimidos donde las relaciones capitalistas son las dominantes y donde las fuerzas principales de la revolución y de la guerra popular están concentradas en las grandes ciudades, lo cual indica objetivamente, que la guerra popular adquiere la forma de insurrecciones, y por tanto exige el cambio del escenario principal; todo lo cual no niega ni desconoce la importancia del trabajo en el campo y el desplazamiento o conjugación de la insurrección en las ciudades con levantamientos y lucha armada en el campo. Esta lucha, que no es otra cosa que la expresión de la lucha entre el proletariado y la burguesía en el seno de los comunistas revolucionarios en el mundo, tiene en Colombia una especial importancia e historia a la cual nos referiremos más adelante.

En los Andes peruanos desde 1980, y en los montes Himalayas en Nepal desde 1996, se han levantado los campesinos en armas dirigidos por sendos partidos marxistas leninistas maoístas, ambos miembros del Movimiento Revolucionario Internacionalista. Allí se están aplicando las lecciones aprendidas en más de un siglo de experiencia militar del proletariado, sus logros y dificultades se constituyen en fuente



de inspiración y de aprendizaje para el proletariado internacional en la actualidad.

Rugen los Andes peruanos

Desde 1980 en los Andes peruanos las masas de campesinos pobres dirigidas por la clase obrera se han levantado en armas contra el imperialismo, la burguesía y los terratenientes. Esta Guerra popular ha obtenido importantes victorias, entre ellas, ha logrado la construcción del poder revolucionario en las bases de apoyo, en donde ha sido derrotado militarmente el Estado reaccionario, así sea temporalmente; así mismo, la guerra popular ha logrado crear un Ejército Popular que se propone conquistar el poder en todo el país.

La clase obrera a través del Partido Comunista del Perú dirige la guerra de las masas quienes se han convertido en las protagonistas derrocando el poder de las clases reaccionarias y estableciendo una nueva forma de Estado a través de los Comités Populares, organizaciones que cumplen las funciones estatales en lo económico, político y social. Los camaradas en el Perú han sostenido, con acierto, que la guerra popular por ellos dirigida, hace parte y sirve a la revolución proletaria mundial, precisión que enriquece el contenido internacionalista de su lucha.

En 1992 se presentó lo que el Presidente Gonzalo llamó "un recodo en el camino" como producto de su detención y de otros dirigentes del partido a manos del régimen de Fujimori; con esto, la guerra popular sufrió un duro golpe. Este hecho suscitó la aparición de una línea oportunista de derecha que propone poner fin a la guerra popular con el argumento de que no puede triunfar por carecer de "liderato". El Comité Central ha sostenido una lucha firme y decidida contra la línea de derecha y ha persistido en mantener en alto la bandera de la revolución y la guerra popular; igualmente el proletariado internacional ha contribuido en esta lucha, siendo de destacar la actuación de Movimiento Revolucionario Internacionalista en sacar las lecciones de este duro trance.

A pesar de la desinformación en que el proletariado internacional se encuentra, podemos observar que la guerra popular se encuentra en un período de estancamiento relativo, poniendo de relieve algunos problemas que deben ser y con seguridad están siendo motivo de reflexión para los camaradas del Perú y para todo el movimiento comunista internacional:

Debe preocuparnos y estamos obligados a sacar las conclusiones pertinentes en cuanto al hecho de que la mitad de la población peruana se haya concentrado en la capital, situación distinta a la existente en el 80 cuando se inicia la guerra popular. Este fenómeno puede obedecer, o a errores en la conducción de la guerra popular, ya que no se puede concebir una guerra de las masas, donde las masas sean desplazadas de su lugar de residencia y trabajo; o a equivocaciones en el plan estratégico de guerra; o a cambios dramáticos en la vida económico social peruana. Toda la historia de la guerra popular dirigida por el proletariado es aleccionadora en cuanto a que las masas campesinas, por el contrario, lejos de abandonar las regiones del teatro de la guerra se vuelven fuertes allí y el nuevo poder se convierte en un punto de atracción para las de otras regiones. El ejército popular, clave en el desenlace final de la guerra, se nutre en cada combate con

nuevos combatientes y armas arrebatadas al enemigo. Si la guerra ocasiona el desdoblamiento del campo quiere decir que en algo estamos actuando incorrectamente y que estamos permitiendo que las fuerzas de la reacción logren su objetivo de aislar la vanguardia armada de las masas y por tanto, el desarrollo y crecimiento del ejército popular y de la guerra popular se ven obstaculizados; si no se corrige esta situación, las fuerzas revolucionarias pueden ser derrotas o reducidas a grupos de guerrilleros errantes sin perspectiva de conquistar el poder. Si hemos actuado bien y el crecimiento desorbitado de la capital obedece a otros factores estamos obligados a replantear el plan estratégico de la guerra popular de acuerdo a esta nueva situación, una vez entendidas las causas que originaron el fenómeno.

Debe llamar la atención y ser motivo de análisis minucioso la fragilidad e inestabilidad de las bases de apoyo de cuyo desarrollo depende la ampliación del teatro de guerra y por ende el desarrollo mismo de la guerra popular; si en cada campaña de cerco y aniquilamiento y de la subsiguiente contra-campaña de cerco y aniquilamiento, las fuerzas de la revolución no aniquilan las fuerzas enemigas y no amplían sus bases de apoyo y las zonas de operaciones, ello indica que se está desarrollando una guerra de desgaste en la cual quien sale perdiendo estratégicamente, pese a las victorias tácticas, es la guerra popular. Estamos obligados, por consiguiente, a volver a mirar las condiciones concretas en que se desenvuelve la guerra popular en el Perú, a plantearnos la existencia de las bases de apoyo, su sostenimiento y ampliación, y, de acuerdo a las nuevas condiciones, desarrollar la teoría de Mao Tse-tung al respecto.

En nuestra opinión, el Partido, pese a pronunciarse repetidas veces sobre la importancia estratégica de las ciudades, ha descuidado o ha sido negligente en el trabajo en ellas, sobre todo en la capital. Las acciones en este frente han sido, sobre todo, actos de sabotaje y acciones punitivas contra representantes de las clases enemigas. Igualmente, los nuevos cambios que se han producido en la sociedad peruana obligan a replantear el plan estratégico de la guerra popular donde seguramente las ciudades, principalmente Lima, tendrán un papel destacado y donde la clase obrera y las masas de los cinturones de miseria, llamados pomposamente por la reacción "poblados jóvenes", están llamadas a descubrir y protagonizar nuevas formas de la guerra popular.

Lo que acontece en el Perú es indicativo de la necesidad que tiene el proletariado revolucionario en la actualidad de desarrollar la teoría de la guerra popular prolongada tomando como centro la realidad del mundo actual, donde en distintos países atrasados existe un poder Estatal unificado, unas fuerzas militares y mandos unificados, donde el núcleo de la clase obrera viene creciendo aceleradamente, donde las ciudades por tanto, adquieren una importancia cada vez mayor y donde es necesario, en consecuencia, combinar la lucha armada de los campesinos con la insurrección de las masas en las ciudades, teniendo en cuenta el desarrollo desigual en que se desenvuelven las contradicciones. No puede extrañarnos que se presenten insurrecciones locales en las ciudades sin que ello sea necesariamente la consecuencia de cercarlas desde el campo y no podemos renunciar a dirigirlas y hacer que ellas avancen lo más posible en el cumplimiento de su deber de destruir el Estado enemigo y aniquilar sus fuerzas represivas. Los sucesos que obligaron a la caída de Fujimori y los combates callejeros protagonizados espontáneamente



Miñ del Partido Comunista de Nepal (maoísta)

contra las fuerzas militares y contra las sedes del partido de gobierno son un claro anuncio de que maduran las condiciones para una insurrección si las contradicciones se siguen exacerbando.

Estamos convencidos que nuestros camaradas en el Perú sabrán, como lo han hecho en cerca de 40 años, encontrar el camino correcto para enfrentar las dificultades y los nuevos problemas que la revolución nos plantea. La clase obrera en el Perú ha logrado forjar en el transcurso de muchos años y de grandes luchas, un poderoso Partido pertrechado con la doctrina del marxismo leninismo maoísta; ha logrado sostener la guerra popular por más de veinte años en medio de inmensas dificultades; ha formado grandes dirigentes militares y cuenta con una experiencia formidable, factores que determinan las condiciones para poder superar las dificultades que afronta.

En la Cima del Mundo Ondeada la Bandera Roja

El 13 de febrero de 1996, bajo la dirección del partido Comunista de Nepal (Maoísta) varios contingentes de obreros y campesinos inician en las cumbres de los Himalayas una Guerra Popular que se ha propuesto barrer de Nepal el imperialismo, el feudalismo y el capitalismo que durante varios siglos han dominado la sociedad nepalesa. La estrategia de la Guerra popular Prolongada aplicada creadoramente a las condiciones de Nepal se propone establecer bases de apoyo en el campo para rodear las ciudades desde allí, conquistar el poder en todo el país y establecer la República de Nueva Democracia, como el paso inicial a la construcción de la sociedad socialista, la guerra popular en Nepal hace parte de la revolución proletaria socialista mundial.

En cinco años la guerra popular ha logrado grandes avances: ha conseguido el armazón del futuro ejército popular y nuevas formas de organización armada de las masas, que han asestado serias derrotas militares al Estado reaccionario; la guerra del pueblo se ha enraizado profundamente

entre las masas logrando forjar en el transcurso mismo de la lucha, poderosas organizaciones revolucionarias donde participan obreros y campesinos, así como otros sectores del pueblo como los estudiantes y otros miembros de la pequeña burguesía; en vastas zonas del país, sobre todo en los distritos de Rolpa y Rukum en la Región Occidental, la guerra popular ha expulsado a los explotadores y opresores, creando un vacío de poder, en estas zonas, cerca de dos millones de personas participan en organizaciones embrionarias del nuevo poder.

Las tareas de la revolución, derivadas del análisis de la sociedad, ya están siendo cumplidas en el transcurso mismo de la guerra. Los Comités Populares son la forma descubierta por las masas para ejercer la dictadura del proletariado; ellos se ocupan de los asuntos económicos, políticos y sociales, constituyéndose, de hecho, en una muestra de lo que será la nueva sociedad.

Desde el punto de vista militar, nuevas situaciones son enfrentadas y nuevos desarrollos de la teoría militar del proletariado se están produciendo; hasta ahora, se creía que bastaba con la derrota de los enemigos locales para proceder a crear las bases de apoyo; allí los camaradas no se han apresurado a declararlas porque reconocen que falta la maduración de varios factores: uno ellos la existencia del ejército popular, del cual ya se tienen cuerpos pero aún no es un ejército, ni por la cantidad de combatientes, ni por la calidad de sus armas, ni por su nivel de organización y disciplina; igualmente, señalan que deben madurar otras condiciones en las zonas donde existe vacío de poder para que una vez declaradas las bases de apoyo, éstas puedan sostenerse dando vida al nuevo Estado de obreros y campesinos.

El secreto del avance de la guerra popular estriba en que las masas de obreros y campesinos cuentan con un Partido Comunista Revolucionario que se ha forjado en el transcurso de cincuenta años de lucha contra el oportunismo, ha aprendido a dirigir trabajando y está armado con la comprensión científica de la sociedad lo cual le ha permitido aplicar creadoramente, toda la experiencia del movimiento obrero internacional (incluida la experiencia de nuestros hermanos en la India, Filipinas y Perú) a las condiciones concretas de Nepal, formulando con acierto las tareas de la revolución y de la guerra. La comprensión de que son las masas las hacedoras de la historia le ha permitido desplegar su iniciativa y ha posibilitado que la guerra se convierta en una guerra de las masas. Todo esto hace que la guerra popular en Nepal por dura que sea y por muchas dificultades que tengan que enfrentar sea invencible.

Guerra Prolongada vs. Insurrección: un sofisma del Grupo Comunista Revolucionario de Colombia (GCR)

Como decíamos arriba, en el seno del movimiento comunista internacional y particularmente en el seno del MRI se presenta una aguda lucha entre líneas, en Colombia esta lucha se manifiesta abiertamente en la existencia de varios grupos cuyas diferencias se observan en todos los aspectos, desde las consideraciones programáticas y por ende, en las definiciones frente a la guerra popular y a la táctica, hasta en los asuntos de los métodos y estilos de trabajo.

En 1988 apareció en *Alborada Comunista*, órgano

de expresión del Grupo Comunista Revolucionario de Colombia (GCR) el artículo, "Colombia: la Estrategia Insurreccional Vs. El Poder Rojo y la Guerra Popular", posteriormente publicado en la revista internacionalista *Un Mundo Que Ganar* N° 12 en inglés en ese mismo año y reproducido en español en folleto posteriormente. Este artículo es de mucha importancia pues es hasta el momento el documento más serio que hayan elaborado los camaradas con respecto a lo que piensan de la guerra popular, además porque se proponían en esa época contrarrestar la perniciosa influencia del sandinismo en las filas de los revolucionarios colombianos.

En el artículo los camaradas desenmascaran los propósitos reformistas del movimiento guerrillero colombiano representado en ese tiempo en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB) y de la cual hacían parte el Movimiento 19 de Abril (M19), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) y desde ese punto de vista tiene un inmenso valor; como se sabe tanto el M19 como el EPL entregaron las armas en el gobierno de Gaviria a cambio de puestos en el Estado reaccionario y de la realización de la "Asamblea Nacional Constituyente" donde también tuvieron participación, ahora mismo tanto el ELN como las FARC-EP negocian con las clases dominantes un "acuerdo de paz"; sin embargo, los camaradas se equivocan completamente al contraponer insurrección contra guerra popular, incurriendo además en falsedades históricas que hacen de su trabajo una diatriba inconsistente y dogmática.

Se dice en la página 15 del folleto "ya en el X Congreso Fundador en 1965, el PC de C (ML) consideró que siendo Colombia un país 'predominantemente capitalista con rasgos feudales', la revolución no podía ser democrático-burguesa (de nuevo tipo) o de Nueva Democracia sino 'patriótica-popular-antiimperialista', popular pero no democrática; en realidad propuso una revolución semisocialista... no se fundó tomando como guía el marxismo leninismo-pensamiento Mao Tsetung, sino el guevarismo y tesis trotskistas... sí se dio cierta influencia del marxismo leninismo-pensamiento Mao Tsetung, pero dentro de la concepción errónea de tomar solamente ciertos aspectos de la teoría militar..., navegó en el eclecticismo desde 1965 hasta 1976... La concepción sobre el partido, el frente y el Ejército revolucionario fue errónea. El EPL era el brazo armado del Partido y el Frente —que llamaron 'Patriótico de Liberación Nacional'— era más bien frentismo... nunca tuvo en cuenta la revolución de Nueva Democracia..."

La única manera de juzgar correctamente la historia es mirando la evolución de los fenómenos y en el caso que nos ocupa, sólo se puede juzgar correctamente al Partido Comunista de Colombia (ML) en su evolución que refleja la lucha entre líneas en su seno, la cual supieron alentar sus jefes en los primeros años de su existencia y que condujo a que este partido se convirtiera en el Partido de la Clase Obrera en Colombia; si se carece de este método para abordar el asunto ya estamos condenados a sacar conclusiones falsas, y si a ello agregamos los prejuicios heredados del pasado perderemos toda objetividad y nuestro análisis se hará inservible, como lo demuestran los camaradas en el documento citado.

La caracterización que hace el X Congreso de la so-



ciudad colombiana es la siguiente: "Colombia es un país con relaciones de producción predominantemente capitalistas entrelazadas en lo fundamental con remanentes feudales, dependiente del imperialismo norteamericano, que deforma y entorpece su desarrollo" (Documentos Políticos del Partido Comunista de Colombia (marxista leninista) T. II. Pág. 184); reducir esto como lo hace el GCR e introducir la palabra "rasgos" es, o un gran descuido inadmisible o deshonestidad teórica.

La definición de la revolución la concibe como: "Patriótica, Popular y Antiimperialista en marcha al Socialismo" (Idem). En aquella época era perfectamente claro para todo el movimiento revolucionario que este tipo de revolución era de Nueva Democracia, siendo falso por tanto que el Partido dijera que "no podía ser" democrático burguesa de nuevo tipo. Pedro Vázquez Rendón en la polémica contra la "aldea de los tres traidores" y contra los abogados de la revolución socialista en esa época recuerda a los olvidadizos y tergiversadores que la revolución patriótica, popular, antiimperialista en marcha al socialismo, es del tipo de Nueva Democracia:

"Es bueno aclarar, y debe hacerse plena conciencia de ello, que la mención hecha en los materiales del III Pleno en el sentido de que nuestra revolución no será exactamente igual a la realizada por nuestros camaradas chinos no encierra, como tendenciosamente han querido interpretar algunos oportunistas, el desconocimiento por parte de nuestro Partido de la universalidad del pensamiento del camarada Mao hecho en la Nueva Democracia... En la Nueva democracia expresa claramente cuáles son las leyes universales para la revolución, válidas en países coloniales y semicoloniales. Dichas leyes han sido rigurosamente respetadas por nuestro Partido en sus planteamientos. El propio camarada Mao habla de que cada país tiene sus características propias que hacen de cada proceso algo particular; pero también advierte 'dichas características particulares

no son más que pequeñas diferencias dentro de la gran identidad'. Quienes se horrorizan de las características particulares dentro de nuestro proceso, olvidan la gran identidad y no son marxistas: son dogmáticos o simples oportunistas en su afán manifiesto por confundir y justificar su oportunismo." (Idem. pág. 194).

El Frente Popular de Liberación que llamaron en las "Llanuras del Tigre" Juntas Patrióticas Regionales, donde establecieron las bases de apoyo y el poder de los obreros y los campesinos, está definido, no como la política "frentista de los revisionistas" como dice falsamente el GCR, sino "como una alianza revolucionaria de clases para la toma y el ejercicio del poder político del cual formarán parte: a- el proletariado de la ciudad y del campo como **fuerza directriz**. b- Los campesinos pobres y medios, que con el proletariado forman la alianza obrero campesina que es la **alianza fundamental**. c- los semiproletarios de la ciudad (pequeña burguesía inferior), que se suman a los anteriores para completar la **fuerza fundamental** de la revolución. d- la pequeña burguesía superior que debe ser ganada para el FPL." (P C de C (MLM) Documentos Vol. 1. Pág. 29).

Como podemos observar falsificación y tergiversaciones que no contribuyen a dar claridad y que por el contrario oscurecen y enturbian los asuntos. Esta posición está inspirada, en el fondo, por los viejos prejuicios, que desde la época de la vieja Liga ML han perseguido como fantasmas a los dirigentes del GCR quienes con toda razón quieren librarse del pasado y de "... la corriente revisionista que reconocía de palabra la guerra popular pero nunca la plasmó en acción y condicionó el trabajo para preparar la guerra popular al planteamiento de que 'no existían las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución'..." (pág. 16 del folleto 12 UMQG), ello sin embargo, no puede hacerse de otra forma que criticando su propio pasado, y en ningún momento desconociendo el otro pasado, el pasado glorioso del proletariado revolucionario que supo plasmar en hechos sus definiciones programáticas, tácticas, políticas y militares.

En cuanto a los asuntos militares es una miopía contraponer Guerra Popular Vs. insurrección, como lo hacen los camaradas. Toda la historia de las guerras populares confirma la necesidad de las insurrecciones tanto de las masas campesinas como de los obreros y las masas populares en las ciudades acompañadas de las acciones guerrilleras y de las campañas y batallas del Ejército Popular, así como de la guerra de movimientos y de posiciones. Este absurdo obedece a una comprensión mecanicista de la guerra popular y a su total incompreensión de la lucha armada librada por la pequeña burguesía colombiana; no de otra forma se puede entender su título y las reiteradas alusiones a que insurrección es sinónimo de entrega y claudicación, como si ella no fuera una forma de guerra popular, de guerra de las masas.

"La cuestión de las dos vías es el problema a confrontar del futuro de las masas populares y la nación colombianas: o es el 'insurreccionalismo' cuyo contenido es la negociación, la subyugación nacional, la hipoteca de las luchas revolucionarias del pueblo al imperialismo y a sectores de las clases dominantes burguesas burocráticas y terratenientes, o es una revolución de Nueva Democracia total, cabal y completa que destruya la dominación del imperialismo, la burguesía burocrática y los terratenientes y sobre las ruinas humeantes del viejo orden construya un nuevo

orden. Estado y sociedad: La República y el Estado de Nueva Democracia con la mira clara en el socialismo y como base de apoyo de la revolución proletaria mundial que lleve a toda la humanidad al comunismo" (Suplemento Rev. Un Mundo Que Ganar N° 12, pág. 6).

Como se observa en el párrafo anterior, los camaradas confunden dos cosas totalmente distintas revolviendo la estrategia que se deriva del análisis económico social, las fuerzas de clases, la disposición de las fuerzas y el carácter de la revolución, con el carácter de clase pequeñoburgués de las organizaciones guerrilleras colombianas y sus objetivos políticos de remendar el Estado burgués, terrateniente y proimperialista. Es decir, oponen la insurrección (una forma particular de guerra popular) contra revolución de nueva democracia, un programa de revolución social.

Igualmente deducen, no se sabe de donde, que las organizaciones guerrilleras están empeñadas en una insurrección. Jamás las organizaciones armadas de la pequeña burguesía en Colombia han hecho el intento siquiera de organizar a las masas en las ciudades para una insurrección armada. Ojalá lo hubieran hecho, porque con seguridad habrían sido reeducadas por las masas obreras urbanas, quienes por lo menos habrían neutralizado su concepción de insurrectos errantes.

En la página 7 del folleto se dice: "La estrategia insurreccional se centra más en las ciudades ya que el movimiento de masas, que es el punto focal de la lucha en esta estrategia, converge principalmente allí". ¿Piensan acaso los camaradas desarrollar una guerra de las masas sin ellas? Con seguridad no, porque en la página siguiente se contradicen: "Así pues una diferencia entre la 'estrategia insurreccional' y la guerra popular, es que esta última le da gran importancia a las masas, a su organización, armamento, movilización y educación política e ideológica" ¿A qué obedece entonces tal confusión y galimatías?

A la oposición artificial entre insurrección y guerra popular y a su incompreensión de las insurrecciones que se produjeron en el 59 en Cuba y en el 80 en Nicaragua. Los camaradas no pueden encajar dos fenómenos políticos objetivos de la lucha de clases en países oprimidos dentro de su esquema de guerra popular mutilado, y en lugar de interpretarlos y aprenderlos despoticamente de ellos son ni ton.

El comunismo se diferencia de todas las doctrinas porque sabe encontrar en los fenómenos las causas que los originaron observando su desarrollo; no podemos, por tanto, increpar al pueblo cubano y nicaraguense que se hayan rebelado contra las tiranías de Batista y Somoza, que se hayan alzado en armas contra ellos en un intento por liberarse del yugo de la opresión y la explotación; si algo tenemos que decir al respecto, es la escasa preparación de las fuerzas del proletariado revolucionario para ponerse al frente de su lucha y conducirlos por el sendero de la liberación definitiva.

La insurrección que puso en el poder a las fuerzas sandinistas no se la inventaron ni la organizaron los sandinistas; este gran movimiento social revolucionario se gestó en medio de unas terribles condiciones y contradicciones económicas, políticas y sociales que exacerbadas al extremo se convirtieron en una poderosa bomba que ocasionó el levantamiento del pueblo armado; la insurrección se hubiera presentado con o sin el Frente Sandinista y con o sin las alianzas de las clases burguesas. La habilidad de los socialdemócratas nicaraguenses consistió en ponerse al frente de



Primero de Mayo de 1998 en Bogotá (Colombia)

la insurrección y utilizar a su favor las contradicciones interburguesas en el seno de las clases dominantes. Una cosa sí dejó en claro el levantamiento, las insurrecciones en los países latinoamericanos no son cuentos de brujas o utopías de locos.

En la página 8 se dice: "La 'estrategia insurreccional', al poner el acento en la lucha política por encima de la lucha militar, está en oposición a la doctrina de la guerra popular", luego de que en la página anterior han dicho que: "Por eso las fuerzas 'políticas' juegan el papel decisivo y las fuerzas militares el papel secundario" en lo que llaman "insurreccionalismo". Y aquí sí que nos encontramos con una abjuración completa del marxismo. Si hemos comprendido las verdades básicas del marxismo y de toda la experiencia de la guerra tenemos que pronunciamos decididamente porque, parodiando a Mao, el Partido mande el fusil y jamás permitir que el fusil mande al Partido y si los camaradas creen que la lucha militar debe estar por encima de la política están abriendo el camino a imponer el punto de vista "puramente militar", desviación combatida fieramente por todo el movimiento obrero internacional. Si entendemos que la guerra es la continuación de la lucha política por otros medios, que es política con derramamiento de sangre, y que es la forma superior de la lucha política, la oposición que nos presentan es una muestra de incomprensión de este otro principio. Tal parece que los camaradas no son plenamente conscientes de sus afirmaciones, porque páginas más adelante colocan en su justo lugar las relaciones entre lo político y lo militar.

El dogmatismo de que está impregnado el documento hace que sus afirmaciones se opongan a la línea del Movimiento Revolucionario Internacionalista con respecto al camino de la Guerra Popular en países como Colombia, donde en la sociedad predominan las relaciones capitalistas y donde las ciudades no pueden considerarse de manera simplista en un plan estratégico de guerra popular. Ya desde el 80 y reiterado en el 84, el movimiento comunista internacional advierte contra esa estrechez de miras: "En algunos de estos países es correcto iniciar la lucha armada con insurrecciones en la ciudad, y no siguiendo el modelo de cercar las ciudades desde el campo. Además, incluso en los países donde la vía de la revolución es la de rodear las ciudades desde el campo, pueden ocurrir situaciones en las que un levanta-

miento de masas conduce a sublevaciones e insurrecciones en las ciudades, y el partido debe estar preparado para aprovechar tales situaciones como parte de su estrategia de conjunto".

No es materialista quien se niega a reconocer la materialidad de los fenómenos, en su caso, no admitir la posibilidad de las insurrecciones en países oprimidos es negar la historia de los muchos levantamientos e insurrecciones sucedidos tanto en Colombia como otros países del continente; así mismo negar que en Colombia como país capitalista y semicolonial exige un plan estratégico de guerra distinto, es pre-

tender someter la realidad a las formulaciones doctrinarias. Esto sólo puede conducir al subjetivismo en la guerra y por tanto al fracaso y a la derrota.

Los camaradas deberían mirarse en el espejo de los camaradas que en República Dominicana en el 80 bregaron por muchos años a impulsar la estrategia de la guerra popular prolongada en ese país: "Se desarrolló una larga lucha en la UCR (Unión Comunista Revolucionaria miembro fundador del MRI) para elaborar un programa que aplique la estrategia de la guerra popular prolongada a las condiciones concretas de ese país, que movilice a las masas rurales y se apoye en ellas para acumular poco a poco fuerza militar y poder político, y no centrarlo todo en una insurrección urbana sin posibilidades de aguantar mucho tiempo contra los yanquis. Como la UCR no pudo resolver este problema, su práctica no pudo avanzar y se le hizo cada vez más difícil unir a todos los susceptibles de ser unidos para formar el auténtico partido comunista que muchos avanzados esperaban que se construyera. En 1991, la organización anunció que 'ya no era política ni ideológicamente capaz de seguir funcionando en cuanto a sus tareas a nivel nacional. Sus incapacidades son numerosas, y los camaradas no estamos en condiciones de hallar cómo superar este grave escollo. En lugar de seguir de esta manera, más vale aclarar la situación, criticar nuestros puntos de vista políticos e ideológicos, comprender lo que está mal para que podamos descubrir las causas de esta derrota temporal y sobre esa base, tomar las medidas correctivas necesarias, según la enseñanza de Mao de 'curar la enfermedad para salvar al paciente'" (Del Comunicado del Comité del MRI Sobre la Muerte del Camarada Wilberto Ventura. Ver Revolución Obrera - Órgano de la Unión Obrera Comunista MLM- N° 27, pág. 11).

Ahora bien, como todas las ideas, puntos de vista y posiciones corresponden o reflejan intereses de clase, tenemos que decir que el punto de vista del GCR no es proletario sino pequeñoburgués, campesino; los camaradas desconocen olímpicamente las fuerzas de clase en Colombia, se niegan a aceptar los hechos que indican de manera contundente la existencia de una mayoría absoluta del proletariado en la sociedad, su concentración en las grandes ciudades, etc. y persisten en que es el campesinado la fuerza principal de la guerra y de la revolución. Y quiéranlo o no reflejan esto en sus escritos; en el artículo donde contraponen insurrección vs.

guerra popular dicen, refiriéndose a las fuerzas guerrilleras pequeñoburguesas: “En términos de clase, aunque mantengan una base social campesina, la ‘estrategia insurreccional’ se orienta a la pequeña burguesía, a los sectores de la burguesía nacional y sectores de oposición de las mismas clases dominantes, llamados por ellos ‘sectores progresistas’”. (Folleto citado pág. 8). Tener una base social campesina y orientarse a la pequeña burguesía no es contradictorio, como candorosamente sostienen los camaradas, es simplemente la cuestión más lógica, pues el campesinado es pequeñoburgués y burgués. La apreciación errónea de los camaradas tiene su fundamento en que defienden —representan— los intereses de los campesinos y en su confusión creen que esos intereses son los intereses del proletariado revolucionario.

Desde el Manifiesto Comunista Marx y Engels se advierte al proletariado que los intereses de los campesinos, pese a ser el sector más empobrecido, embrutecido y sometido de la sociedad no es revolucionario hasta el final, porque sus aspiraciones e intereses se corresponden con los intereses de la burguesía: “Más todavía —dice el Manifiesto refiriéndose a todas las capas medias— son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del

proletariado”. (ELE Pekín pág. 46).

Lenin en “El Desarrollo del Capitalismo en Rusia” separa al partido obrero de las tesis populistas que presentan al campesino como el hombre de vanguardia de la revolución y demuestra el carácter pequeñoburgués de los partidos que tratan de representarlo: “Por otra parte, tanto en el curso de la revolución, como en el carácter de los diversos partidos políticos y en numerosas corrientes ideológicas y políticas, se manifiesta la estructura de clase, internamente contradictoria, de estas masas campesinas, su carácter pequeñoburgués, el antagonismo entre las tendencias de propietario y de proletario existentes en el seno de las mismas”. (La Alianza de la Clase Obrera y el Campesinado. ELE Moscú. Pág. 26).

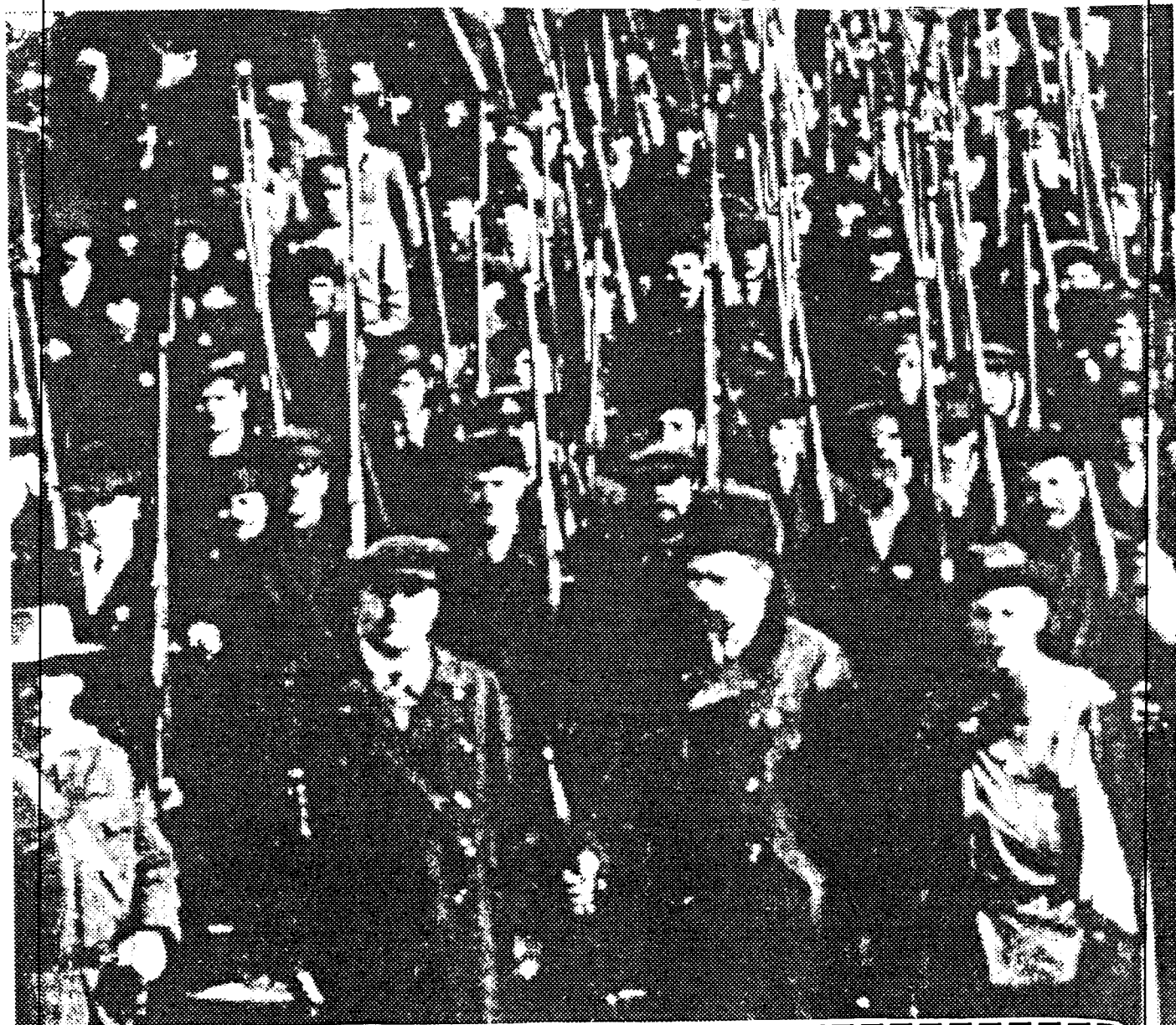
Los camaradas del GCR deben desprenderse de las ideas pequeñoburguesas y abrazar sin reservas la ideología y los intereses del proletariado revolucionario que en palabras de Lenin exige que “... el proletariado no puede ni debe, hablando en términos generales, asumir la defensa de los intereses de una clase de pequeños patronos; lo único que puede hacer es apoyarla en la medida en que esa clase actúe de manera revolucionaria”. (Idem pág. 48).

José Núñez

(Continuará en el próximo número de La Forja)



¡Celebremos el 84° Aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre con el compromiso de seguir cumpliendo, uno por uno, todos los requisitos que nos conducirán a la Reconstitución del Partido Comunista!



Sobre la base del estudio de las obras fundamentales de Marx, Engels y Lenin, dirigiremos el esfuerzo principal de la vanguardia de la clase obrera hacia la investigación de la experiencia histórica del movimiento comunista internacional. Sus enseñanzas enriquecerán la teoría del marxismo-leninismo, devolviéndole la capacidad para guiar la futura ola de revoluciones proletarias hasta su culminación en el Comunismo.